

COLECCION DE ESCRITORES MEXICANOS

AGUSTIN YAÑEZ

AL FILO DEL AGUA

NOVELA



Prólogo de
ANTONIO CASTRO LEAL

EDITORIAL PORRÚA
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO

COLECCION DE ESCRITORES MEXICANOS

AGUSTIN YAÑEZ

AL FILO DEL AGUA

NOVELA



Prólogo de
ANTONIO CASTRO LEAL

EDITORIAL PORRÚA
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO

Agustín Yáñez

Al filo del agua

Altamente confirmada como auténtica obra maestra de la literatura mexicana del XX, *Al filo del agua* retrata de forma minuciosa la conciencia, las coordenadas mentales de un pueblo anónimo que se halla en una oscilación constante entre temor y deseo. El ritmo de estos impulsos nunca realizados, de mortificaciones constantes, está entretejido con gran maestría, registrados en *crescendo* los desasosiegos de esta tradición arraigada, anquilosada, que empieza a resquebrajarse. Dejando traslucir un inefable amor por la música, la estructura de la obra está determinada por el contrapunto magistral de tramas y personajes, donde no hay un único miembro, sino un microcosmos coral que entrelaza polifónicamente multiplicidad de destinos, canicas mezcladas que el párroco no puede terminar de controlar.

De mentalidad profundamente religiosa, lo espiritual se alza como única guía del pueblo y la política brilla prácticamente por su ausencia, ya que toda influencia externa se considera nociva para el tranquilo discurrir del pueblo. Un subtítulo de la obra podría ser "crónica del encierro", particularmente duro para las almas jóvenes, anhelantes, que se marchitan y languidecen entre las sombras. Por ello se puede decir que los personajes viven en su conciencia, donde se gestan sus deseos, siempre puertas adentro, pero por fuera eternamente enlutados, melancólicos, sin haber vivido realmente, habiéndose limitado a cumplir lo que debían.

Con un lenguaje innovador que tiene en su base la fórmula, el uso del latín ligado a lo moral y aliteraciones que van calando de forma progresiva, Yáñez aporta un hondo sentido estético y una respiración propia a la obra, recreando una atmósfera asfixiante, claustrofóbica y opresiva.

Título original: *Al filo del agua*
Agustín Yáñez, 1947

Al filo del agua es una expresión campesina que significa el momento de iniciarse la lluvia, y —en sentido figurado, muy común— la inminencia o el principio de un suceso.

Quienes prefieran, pueden intitular este libro En un lugar del Arzobispado, El antiguo régimen, o de cualquier modo semejante. Sus páginas no tienen argumento previo; se trata de vidas —canicas las llama uno de los protagonistas— que ruedan, que son dejadas rodar en estrecho límite de tiempo y espacio, en un lugar de Arzobispado, cuyo nombre no importa recordar.

ACTO PREPARATORIO

Pueblo de mujeres enlutadas. Aquí, allá, en la noche, al trajín del amanecer, en todo el santo río de la mañana, bajo la lumbre del sol alto, a las luces de la tarde —fuertes, claras, desvaídas, agónicas—; viejecitas, mujeres maduras, muchachas de lozanía, párvulas; en los atrios de iglesias, en la soledad callejera, en los interiores de tiendas y de algunas casas —cuán pocas— furtivamente abiertas.

Gentes y calles absortas. Regulares las hiladas de muros, a grandes lienzos vacíos. Puertas y ventanas de austera cantería, cerradas con tablones macizos, de nobles, rancias maderas, desnudas de barnices y vidrios, todas como trabajadas por uno y el mismo artífice rudo y exacto. Pátina del tiempo, del sol, de las lluvias, de las manos consuetudinarias, en los portones, en los dinteles y sobre los umbrales. Casas de las que no escapan rumores, risas, gritos, llantos; pero a lo alto, la fragancia de finos leños consumidos en hornos y cocinas, envuelta para regalo del cielo con telas de humo.

En el corazón y en los aledaños el igual hermetismo. Casas de las orillas, junto al río, junto al cerro, al salir de los caminos, con la nobleza de su cantería, que sella dignidad a los muros de adobe.

Y cruces al remate de la fachada más humilde, coronas de las esquinas, en las paredes interminables; cruces de piedra, de cal y canto, de madera, de palma; unas, anchas, otras, altas; y pequeñas, y frágiles, y perfectas, y toscas.

Pueblo sin fiestas, que no la danza diaria del sol con su ejército de vibraciones. Pueblo sin otras músicas que cuando clamorean las campanas, propicias a doblar por angustias, y cuando en las iglesias la opresión se desata en melodías plañideras, en coros atiplados y roncós. Tertulias, nunca. Horror sagrado al baile: ni por pensamiento: nunca, nunca. Las familias entre sí se visitan sólo en caso de pésame o

enfermedad, quizás cuando ha llegado un ausente mucho tiempo esperado.

Pueblo seco, sin árboles ni huertos. Entrada y cementerio sin árboles. Plaza de matas regadas. El río enjuto por los mayores meses; río de grandes losas brillantes al sol. Áridos lomeríos por paisaje, cuyas líneas escuetas van superponiendo iguales horizontes. Lomeríos. Lomeríos.

Pueblo sin alameda. Pueblo de sol, reseco, brillante. Pilonos de cantera, consumidos, en las plazas, en las esquinas. Pueblo cerrado. Pueblo de mujeres enlutadas. Pueblo solemne.

La limpieza pone una nota de vida. Bien barridas las calles. Enjalbegadas las casas y ninguna, ni en las orillas, ruinosa. Afeitados los varones, viejos de cara cenceña, muchachos chapeteados, muchachos pálidos, de limpias camisas, de limpios pantalones; limpios los catrines, limpios los charros, limpios los jornaleros de calzón blanco. Limpias las mujeres pálidas, enlutadas, pálidas y enlutadas, que son el alma de los atrios, de las calles ensolecidas, de las alcobas furtivamente abiertas. Nota de vida y de frescura, las calles bien barridas bajo el sol y al cabo del día, entre la noche. Mujeres enlutadas, madrugadoras, riegan limpieza desde secretos pozos.

En cada casa un brocal, oculto a las miradas forasteras, como las yerbas florecidas en macetas que pueblan los secretos patios, los adentrados corredores, olientes a frescura y a paz.

Muy más adentro la cocina, donde también se come y es el centro del claustro familiar. Allí las mujeres vestidas de luto, pero destocadas, lisamente peinadas.

Luego las recámaras. Imágenes. Imágenes. Lámparas. Una petaquilla cerrada con llave. Algún armario. Ropas colgadas, como ahorcados fantasmas. Canastas con cereales. Algunas sillas. Todo pegado a las paredes. La cama, las camas arrinconadas (debajo: canastas con ropa blanca). Y en medio de las piezas, grandes, vacíos espacios.

Salas que lo son por sus muchas sillas y algún canapé. No falta una cama. La cama del señor. En las rinconeras, las imágenes principales del pueblo y del hogar, con flores de artificio, esferas y tibores. La Mano de

la Providencia, el Santo Cristo, alguna Cruz Milagrosa que fue aparecida en algún remoto tiempo, a algún ancestro legendoso.

De las casas emana el aire de misterio y hermetismo que sombrea las calles y el pueblo. De las torres bajan las órdenes que rigen el andar de la casa. Campanadas de hora fija, clamores, repiques.

Pueblo conventual. Cantinas vergonzantes. Barrio maldito, perdido entre las breñas, por entre la cuesta baja del río seco. Pueblo sin billares, ni fonógrafos, ni pianos. Pueblo de mujeres enlutadas.

El deseo, los deseos disimulan su respiración. Y hay que pararse un poco para oírla, para entenderla tras de las puertas atrancadas, en el rastro de las mujeres con luto, de los hombres graves, de los muchachos colorados y de los muchachillos pálidos. Hay que oírla en los rezos y cantos eclesiásticos a donde se refugia. Respiración profunda, respiración de fiebre a fuerzas contenida. Los chiquillos no pueden menos que gritar, a veces. Trepidan las calles. ¡Cantaran las mujeres! No, nunca, sino en la iglesia los viejos coros de generación en generación aprendidos. El cura y sus ministros pasan con trajes talarés y los hombres van descubriéndose; las mujeres enlutadas, los niños, les besan la mano. Cuando llevan el Santísimo, revestidos, un acólito —revestido— va tocando la campanilla y el pueblo se postra; en las calles, en la plaza. Cuando las campanas anuncian la elevación y la bendición, el pueblo se postra, en las calles y en la plaza. Cuando a campanadas lentas, lentísimas, tocan las doce, las tres y la oración, se quitan el sombrero los hombres, en las calles y en la plaza. Cuando la Campana Mayor, pesada, lentísimamente, toca el alba, en oscuras alcobas hay toses de ancianidad y nicotina, toses leves y viriles, con rezos largos, profundos, de sonoras cuerdas a medio apagar; viejecitos de nuca seca, mujeres y campesinos madrugadores arrodillados en oscuros lechos, vistiéndose, rayando fósforos, tal vez bostezando, entre palabras de oración, mientras lo Campana ronca da el alba con solemne lentitud, pesadamente.

Los matrimonios son en las primeras misas. A oscuras. O cuando raya la claridad, todavía indecisa. Como si hubiera un cierto género de vergüenza. Misteriosa. Los matrimonios nunca tienen la solemnidad de los entierros, de las misas de cuerpo presente, cuando se desgranán

todas las campanas en plañidos prolongados, extendiéndose por el cielo como humo; cuando los tres padres y los cuatro monagos vienen por el atrio, por las calles, al cementerio, ricamente ataviados de negro, entre cien cirios, al son de cantos y campanas.

Hay toques de agonía que piden a todo el pueblo, sobre los patios, en los rincones de la plaza, de las calles, de las recámaras, que piden oraciones por un moribundo. Los vecinos rezan el Sal, alma cristiana, de este mundo... y la oración de la Sábana Santa.

Cuando la vida se consume, las campanas mudan ritmo y los vecinos tienen cuenta de que un alma está rindiendo severísimo Juicio. Corre una común angustia por las calles, por las tiendas, entre las casas. Algunas gentes que han entrado a ayudar a bien morir, se retiran; otras, de mayor confianza, se quedan a ayudar a vestir al difunto, cuando sea pasado un rato de respeto, mientras acaba el Juicio, pero antes de que el cuerpo se enfríe.

Las campanas repican los domingos y fiestas de guardar. También los jueves en la noche. Sólo son alegres cuando repican a horas de sol. El sol es la alegría del pueblo, una casi incógnita alegría, una disimulada alegría, como los afectos, como los deseos, como los instintos.

Como los afectos, como los deseos, como los instintos, el miedo, los miedos asoman, agitan sus manos invisibles, como de cadáveres, en ventanas y puertas herméticas, en los ojos de las mujeres conlutadas y en sus pasos precipitados por la calle y en su bocas contraídas, en la gravedad masculina y en el silencio de los niños.

Los deseos, los ávidos deseos, los deseos pálidos y el miedo, los miedos, rechinan en las cerraduras de las puertas, en los goznes resecos de las ventanas; y hay un olor suyo, inconfundible, olor sudoroso, sabor salino, en los rincones de los confesonarios, en las capillas oscurecidas, en la pila bautismal, en las pilas del agua bendita, en los atardeceres, en las calles a toda hora del día, en la honda pausa del mediodía, por todo el pueblo, a todas horas, un sabor a sal, un olor a humedad, una invisible presencia terrosa, angustiosa, que nunca estalla, que nunca mata, que oprime la garganta del forastero y sea quizá placer del vecindario, como placer de penitencia.

En las noches de luna escapan miedos y deseos, a la carrera; pueden oírse sus pasos, el vuelo fatigoso y violento, al ras de la calle, sobre las paredes, arriba de las azoteas. Camisas de fuerza batidas por el aire, contorsionados los puños y las faldas, golpeando las casas y el silencio en vuelos de pájaro ciego, negro, con alas de vampiro, de tecolote o gavián; con alas de paloma, sí, de paloma torpe, recién escapada, que luego volverá, barrotes adentro. Los deseos vuelan siempre con ventaja, en las noches de luna; los miedos corren detrás, amenazándolos, imprecando espera, chillando: vientos con voz aguda e inaudible. Saltan los deseos de la luz a la sombra, de la sombra a la luz, y en vano los miedos repiten el salto. Dura la vieja danza media, noche. Pasa el cansancio. Y ala madrugada, cuando hay luna, cuando la campana toca el alba, recommienza el brincar de los deseos jugando con los miedos. La mañana impone la victoria de los últimos, que ya por todo el día serán los primeros en rondar el atrio, las calles, la plaza, mientras los deseos yacen tendidos en las mejillas, en los labios, en los párpados, en las frentes, en las manos, tendidos en los surcos de las caras o metidos en oscuras alcobas, transpirando sudor que impregna el aire del pueblo.

En las noches de luna, en casas de la orilla, quién sabe si en lo hondo de alguna casa céntrica, rasgúan guitarras en sordina, preñadas de melancolía, lenguas de los deseos. En las noches de luna, cantan en las cantinas vergonzantes una canción profana, canción de los terrores, jinetes de los deseos. En las noches de luna hay dulce tristeza en los pilones exangües de la plaza, cuyas piedras reverberan melancolía por un ausente pensamiento nazareno y una emoción samaritana, también ausente. Nunca estas pilas, ni en las noches de luna, quién sabe si ni en las más negras noches, han oído un diálogo de amor; nunca vienen a sentarse más que deseos en soledad; nunca sobre sus bordes una pareja estrechó las manos con resortes de fiebre. Secas pilas pulidas por el tiempo.

En las tardes cargadas de lluvia, en las horas torrenciales, en las tardes cuando ha llovido y queda el olor de las paredes, maderas y calles mojadas, en las noches eléctricas cuando amenaza tormenta, en las mañanas nubladas, en los días de llovizna interminable y cuando aprieta el agobio veraniego, en las noches de intenso frío cuando la

transparencia del invierno, salen también los deseos y se les oye andar a ritmo bailarín, se les oye cantar en cuerda de gemido una canción profana, invisibles demonios que a vueltas emborrachan las cruces de las fachadas, de los muros, de las esquinas, de las garitas, y la gran cruz en el dintel del camposanto. Los miedos alguaciles, loqueros, habrán de sujetarlos con camisas negras y blancas, con cadenas de fierro, al conjuro de las campanas y ala sombra de los trajes talaes.

Pueblo de perpetua cuaresma. Primavera y verano atemperados por una lluvia de ceniza. Oleo del Dies Irae inexhausto para las orejas. Agua del Asperges para las frentes. Púas del Miserere para las espaldas. Canon del Memento, homo, para los ojos. Sal del Réquiem aeternam para la memoria. Los cuatro jinetes de las Postrimerías, gendarmes municipales, rondan sin descanso las calles, las casas y las conciencias. De profundis para lenguas y gargantas. Y en los lagrimales, la cuenca de vigilia tenaz, con dárseñas en las frentes y en las mejillas.

Pueblo de ánimas. Las calles son puentes de necesidad. Para ir a la iglesia. Para desahogar estrictos menesteres. Las mujeres enlutadas llevan rítmica prisa, el rosario y el devocionario en las manos, o abrazadas las canastas de los mandados. Hieráticas. Breves, cortantes los saludos de obligación. Acaso en el atrio se detengan un poco a bisbisear, muy poco, cual temerosas. (Pero habrá que fijarse bien, mucho, para ver cómo algunas veces llegan a las puertas, lentamente, y se diría que no tienen ganas de que se les abran, y entran con gesto de prisioneras que dejan sobre la banqueta toda esperanza. Habrá que fijarse bien. Quizá suspiran cuando la puerta vuelve a cerrarse.) Hay, sí, hombres en las esquinas, en las afueras de los comercios, en las bancas de la plaza; son pocos, y parcos de palabra; parecen meditantes y no brilla en sus pupilas el esplendor de la curiosidad que acusara el gozo de la calle por la calle. A la noche habrá pasos obsesionados y sombras embozadas bajo las oscilaciones de los faroles municipales; y ala media noche o muy de madrugada podrían oírse bisbiseos junto a las cerraduras de las puertas o entre las resquebrajaduras de las ventanas. ¡Ah! es el gran misterio, triunfante sobre los cuatro jinetes; la vida que rompe compuertas; pero entre sombras, con neja discreción, corno lo exige y lo permite— la costumbre del pueblo. Mientras duermen las

campanas. Y es mejor, más recomendable, más honesto, el lenguaje escrito: guardan las tiendas con cautela de mercancía vergonzante ciertos pliegos ya escritos, capaces de reducirse a toda circunstancia; pero también hay hombres y mujeres emboscados que pueden redactar misivas especiales, para casos difíciles o perdidos.

No se ven, pero se sienten los cintarazos de los cuatro jinetes en las mesnadas de los instintos, al oscurecer, a las altas horas de la noche. Rechinan los huesos, las lenguas enjutas y sedientas.

Jinetes misteriosos de carne y sangre transitan en horas avanzadas, rumbo a las afueras, por los caminos aledaños. El pueblo amanece consternado, como si un coyote, como si un lobo dejara huellas de sangre por todas las banquetas, muros, puertas y ventanas; como si todos los vecinos se sintieran cómplices del rapto. Allí engéndranse, con futuras vidas, futuras venganzas y muertes. No hay dolencia en el pueblo como la del honor mancillado: preferibles todas las agonías, todas las miserias y cualquier otro género de tormentos. ¡Cuán difícil aceptar los hechos consumados! En las máquinas paternas ha sido para siempre rota la cuerda más sensible, y aunque de los males el menos, ya el próximo matrimonio, ya los próximos nietos habrán de ser frutos para siempre amargos, arrancados a la fuerza. Y no es frecuente tal resignación, antes la venganza sin cuartel o el desconocimiento de por vida, inflexible, hacia la hija frágil, hacia el yerno execrado, hacia los extraños nietos, que ni quien los miente si se quiere guardar la amistad del ofendido.

Aun las pretensiones en forma, las relaciones cautelosas y bajo todos los respetos y disimulos, aun los pedimentos por boca del cura y apadrinados por vecinos de influencia, caen como centellas devastadoras, hienden el ánimo paterno, hacen llorar a las familias, ponen luto en las casas, ojeriza en los hermanos, cuarentena para el responsable, por ventajosos que parezcan, por esperados que hayan sido. La novia es una yerba bamboleante y mal tratada; pararrayo de desprecios e invectivas; ¡qué gloria familiar si cediera y a tiempo se arrepintiese! Cuando se obstina, qué pálida llega a la parroquia en el forzoso amanecer de la ceremonia nupcial y cómo no se atreve a mirar a quien le da las arras y le ciñe el anillo. Qué vergüenza los primeros

días. No quiere salir con el marido ni a la iglesia. Cuán externa vergüenza de sentirse madre, brújula de miradas e íntimos comentarios. Qué calvario del matrimonio bajo la hostil, cerrada extrañeza colectiva, tradicional. También los hombres se sienten señalados, marcados por invisibles manos, por miradas capciosas, por reticencias, en los primeros meses matrimoniales, y evaden hablar de sus goces, de sus problemas, de su mujer, como si fueran ladrones prófugos; tiemblan las púberes cuando los ven venir, porque han oído vagas conversaciones que les ponen espanto, vagas conversaciones que los hacen odiosos, temibles, aunque allá muy en el fondo del terror bullan informes inquietudes ávidas, como las de los adolescentes varones que quisieran hablar con los recién casados, y la vergüenza los contiene, los aleja de quienes fueron compañeros de andanzas y juegos.

Pueblo de templadas voces. Pueblo sin estridencias. Excepto los domingos en la mañana, sólo hasta medio día. Un río de sangre, río de voces y colores inunda los caminos, las calles, y refluye su hervor en el atrio de la parroquia y en la plaza, tiñe las fondas, los mesones y los comercios; río colorado cuyas aguas no se confunden o impregnan el estanque gris; pasada la misa mayor comprados los avíos de la semana, los hombres de fuertes andares y gritos, las enaguas de colores chillantes —anaranjadas, color de rosa, solferinas, moradas—, crujientes de almidón, los zapatos rechinadores, los muchachitos llorones, las cabalgaduras trepidantes, toman el rumbo de sus ranchos y dejan al pueblo con su tarde silenciosa, con sus mujeres enlutadas, con sus monótonos campaneos, y lleno de basuras, que los diligentes vecinos barrerán presurosos. Ya toda la semana fondas y mesones bostezarán.

Fondas y mesones vacíos de ordinario. El pueblo no está en rutas frecuentadas. De tarde en tarde llega un agente de comercio, un empleado fiscal, o pernocta un «propio» que trae algún recado, algún encargo, para vecinos de categoría. No hay hoteles o alojamientos de comodidad. La comodidad es un concepto extraño. La vida no merece regalos.

La comida es bien sencilla. Ordinariamente, caldo de res, sopa de pasta o de arroz, cocido y frijoles, al medio día; en la mañana y en la tarde,

chocolate, pan y leche. El pan es muy bueno; su olor sahúma las tardes.

Las gentes viven de la agricultura. Se cultiva mucho maíz. Hay una sola cosecha en el año. Carece la comarca de presas y regadíos. Una constante zozobra por malos temporales deja su huella en el espíritu de las gentes. Panaderos, carpinteros, unos cuantos herreros y curtidores, varios canteros, cuatro zapateros, un obrajero, tres talabarteros, dos sastres, muchos curanderos, algunos huizacheros, cinco peluqueros, completan el cuadro de la economía. Pero no se olviden las manos de los usureros; hay muchos y parecen sepulcros blanqueados.

Los más pobres vecinos van pasándola bien, aunque con agobios. Nadie se ha muerto de hambre por estas tierras. Los ricos miserables y estoicos, estoicos los pobres, igualan un parejo vivir. La conformidad es la mejor virtud en estas gentes que, por lo general, no ambicionan más que ir viviendo, mientras llega la hora de una buena muerte. Entienden la existencia como un puente transitorio, a cuyo cabo todo se deja. Esto y la natural resequedad cubren de vejez al pueblo, a sus casas y gentes; flota un aire de desencanto, un sutil aire seco, al modo del paisaje, de las canteras rechupadas, de las palabras tajantes. Uno y mismo el paisaje y las almas. Foscura luminosa, como de prolongado atardecer, como de rescoldo inacabable. Así en los ojos, así en las bocas, en las canterías, en las maderas de puertas y ventanas, en la dura tierra parda. Pardo el mirar y pardos los ademanes. Tardo el resolver, el andar, el negociar, el hablar. Tardo, pero categórico.

—Toda la noche lo he pensado...

—Hablaemos mañana con despacio... El año que entra...

—Para las secas... Para las aguas, Dios mediante...

—Si para entonces no nos morimos...

Pueblo seco. Sin árboles, hortalizas ni jardines. Seco hasta para dolerse, sin lágrimas en el llorar. Sin mendicantes o pedigüños gemebundos. El pobre habla al rico lleno de un decoro, de una dignidad, que poco falta para ser altanería. Los cuatro jinetes igualan cualesquier condiciones. Vive cada cual a su modo, para sentirse libre, no sujeto a necesidades o dependencias. Este no me quiere de mediero, con otro lo conseguiré.

—Aquél me despreció, aquí la cortaremos.

—Guárdese su dinero y yo mi gusto.

—Más vale paz que riqueza.

Pueblo seco. Pero para las grandes fiestas —Jueves Santo, Jueves de Corpus, Mes de María, Fiesta de la Asunción, Domingo del Buen Pastor, Ocho y Doce de Diciembre—, las flores rompen su clausura de patios y salen a la calle, hacia la iglesia; flores finas y humildes: magnolias, granduques, azucenas, geranios, nardos, alcatraces, margaritas, malvas, claveles, violetas, ocultamente cultivadas, fatigosamente regadas con agua de profundos pozos; nunca otros días aparecerán en público estos domésticos, recónditos tesoros, alhajas de disimulada ternura. Distanciamiento y adustez también se rompen cuando llegan las horas graves de la miseria humana: enfermedades, muertes, tristezas, reveses; brazos y manos mueven sus goznes, humedécense las palabras y los ojos, las casas se abren, las gentes se visitan. Y transcurrido el motivo, las manos y las almas vuelven a cerrarse, impasiblemente.

Muchas congregaciones encauzan las piadosas actividades de grandes y chicos, hombres y mujeres. Pero son dos las más importantes, a saber, la de la Buena Muerte y la de las Hijas de María; en mucho y casi decisivamente, la última conforma el carácter del pueblo, imponiendo rígida disciplina, muy rígida disciplina, en el vestir, en el andar, en el hablar, en el pensar y en el sentir de las doncellas, traídas a una especie de vida conventual, que hace del pueblo un monasterio. Y es muy mal visto que una muchacha llegada a los quince años no pertenezca a la Asociación del traje negro, la cinta azul y la medalla de plata; del traje negro con cuello alto, mangas largas y falda hasta el tobillo; a la Asociación en donde unas a otras quedan vigilándose con celo en competencia, y de la que ser expulsadas constituye gravísima, escandalosa mancha, con resonancia en todos los ámbitos de la vida.

La separación de sexos es rigurosa. En la iglesia, el lado del Evangelio queda reservado exclusivamente para los hombres, y el de la Epístola para el devoto femenino sexo. Aun entre parientes no es bien visto que hombre y mujer se detengan a charlar en la calle, en la puerta, ni siquiera con brevedad. Lo seco del saludo debe extremarse cuando hay un encuentro de esta naturaleza, y más aún si el hombre o la mujer van

a solas; cosa no frecuente y menos tratándose de solteras, que siempre salen acompañadas de otra persona.

Caras de ayuno y manos de abstinencia. Caras sin afeites. Labios consumidos. Pálidos cutis. Mas los varones tostados, consumidos por el sol. Manos rudas, de las mujeres, que sacan agua de los pozos; de los varones, que trabajan la tierra, lazan reses, atan el rastrojo, desgranar maíz, acarrear piedras para las cercas, manejan caballos, cabrestean novillos, ordeñan, hacen adobes, acarrear agua, pastura, granos.

Entre mujeres enlutadas pasa la vida. Llega la muerte. O el amor. El amor, que es la más extraña, la más extrema forma de morir; la más peligrosa y temida forma de vivir el morir.

AQUELLA NOCHE

1

AQUELLA noche don Timoteo Limón había cenado ni más ni menos que todas las noches y a la primera campanada de queda, como todas las noches, a solas ya en su cuarto, había comenzado a rezar el rosario de su devoción por el Alma del purgatorio más necesitada u olvidada; cuando llegó al tercer misterio, los aullidos del Orión, el perro veterano, quisieron distraerlo; pero un esfuerzo de la conciencia redujo a los pensamientos en fuga y el piadoso ejercicio continuó, sin parar mientes en que Orión siguiera ladrando con sombríos acentos de maleficio.

Le pareció raro a don Timoteo no bostezar en la letanía y llegar al *Bendito* sin que se le cerraran de sueño los párpados, como todas las noches.

No, no era noche de luna, ni soplaba viento. Quiso cerciorarse, y abrió el postigo que cae al patio. No había ningún ruido en la casa ni en el pueblo. El perro había dejado de aullar; pero ahora recordaba que los aullidos lastimeros duraron hasta que terminaron el rosario y sus devociones personales a la Sábana Santa, a la Santísima Trinidad, a las Cinco Llagas, a los Santos Varones Arimatea y Nicodemo, a Señor San José patrono de la Buena Muerte, a San Miguel Arcángel, a Nuestra Señora del Carmen, a San Jorge abogado contra los animales ponzoñosos, a San Pascual Bailón que anuncia a sus devotos la hora de la muerte, a San Isidro labrador, a San Jerónimo y al Ángel de la Guarda. Fueron unos aullidos temerosos, exactamente iguales a los que prorrumpe Orión, el viejo perro, cuando va a acontecer o está aconteciendo alguna desgracia. Doctos eclesiásticos le han dicho que se trata de una superstición que debe rechazar si no quiere transgredir el Primer Mandamiento de la Ley de Dios. Alucinaciones o coincidencias,

no más. Pero la carne es flaca y el corazón miedoso; en el fondo del corazón y en la flor de la carne despierta el terror, por más que la inteligencia ceñida a los mandamientos, y la voz, y la risa, traten de disimularlo. Ahora mismo, ¿no fue por terror como, sin quererlo, se le olvidaron las oraciones a San Judas Tadeo, a Santa Rita de Casia y a la Sombra del Señor San Pedro? Ni recuerda si rezó antes de la letanía la oración *Por Estos Misterios Santos de Que hace el Alma recuerdo*, en la que quedan encomendados los gentiles y herejes, «ellos y los pecadores», los caminantes, los náufragos, los moribundos... Pero en cambio recuerda que mientras rezaba fueron apareciendo quién sabe cómo, quién sabe dónde (pues no cree haberse distraído), fueron apareciendo imaginaciones de cosas pasadas y de cosas no sucedidas: allí, entre palabras devotas, anduvo el rostro del difunto Anacleto, el penoso rostro que hace veinticinco años apenas lo deja en paz algunos breves minutos de algunos días, y hasta en sueños lo persigue; no, nunca se le ha aparecido el difunto, pero el rostro no se le ha podido borrar; creyó al principio que se le borraría y para eso voluntariamente se entregó a las autoridades; lo absolvieron, juzgando legítima la defensa; desde entonces, a trasmano, favorece a los dolientes del difunto; no hay año que no le mande decir su misa; pero el rostro contraído, lleno de sangre, la boca espumosa, los dientes terrosos, las manos agarrotadas, los mechones revueltos, los ojos fijos, pelados, no lo dejan en paz, ni nunca el arrepentimiento queda satisfecho. El Orión padre, que lo acompañaba esa fatídica noche del siete de agosto de mil ochocientos ochenta y cuatro, le anunció la desgracia con fatídicos aullidos... como cuando se murió a los catorce años (hace ya quince) su hija Rosalía... Será mejor no ir a la feria de Aguascalientes, como estaba decidido, no sea que... Ya el trato de los animales con don Cesáreo Islas está cerrado; quién sabe si por este lado amenaza alguna epizootia; pero no es tal clase de desgracias las que anuncian los gemidos del Orión. Acaso le habrá pasado algo a Damián; ya va para tres meses que no se tiene ninguna razón de él; cierto que las cartas se entretienen y más viniendo de tan lejos; ¡algo le habrá sucedido!...

Le asaltó el pensamiento de Damián precisamente cuando debía rezar *Por Estos Misterios Santos*; para olvidársele la oración, cuál no sería su

instintivo terror.

Ahora que ya estaba acostado y apagada la luz, los peligros de Damián eran el motivo agudo de la preocupación. Damián, el primogénito, a quien nada faltaba en casa, cuyos brazos fornidos eran la esperanza de mayor acrecentamiento de la hacienda y el sueño de vejez venturosa, muchacho hermoso, maduro, emprendedor, sin vicios, entero en trabajos y fatigas, había caído en la tentación de conocer el Norte y allá se fue con otros paisanos ilusionados en tentar fortuna, fortuna que a Damián no le hacía falta, porque aunque no es cierto, como chismean las gentes, que su padre es el hombre más rico de la comarca, bendito sea Dios que frijoles, tortilla y hasta lechita diaria no faltan en casa, bendito sea Dios; pero las loqueras de los muchachos, que les gusta probar trabajos lejos de sus padres; y allá anda el pobre, ya va para cinco años, entre peligros y malpasadas, de una parte a otra, de uno en otro trabajo; sabrá Dios entre qué gentes, con qué amigos, con qué peligros de alma y cuerpo; a Dios está encomendado, que sobre todas las cosas no pierda la fe y lo cubra la Sombra del Señor San Pedro, el Manto de la Virgen lo saque con bien de malas compañías, de mujeres malasentrañas; y no le caiga un alambre de la luz, no lo machuque una máquina o un tren, algún gringo no lo provoque a pleito, no tenga que ver con las autoridades de allá que dicen que son terribles, por cualquier cosa. Dios lo libre de tantos peligros en una tierra extraña. No, ni lo quiera Dios que pase hambres, o esté malo, y le haya sucedido algo. Aunque para una desgracia nada se necesita. ¡Cuántos no han vuelto del maldito Norte! ¡Cuántos han vuelto enfermos y sin un centavo partido por la mitad! El hijo de doña Eufrosia quedó en la silla eléctrica porque no quiso dejarse de un gringo abusivo; Román López tiene quince años en la cárcel y está sentenciado a noventa años. ¡Noventa años, gringos chistosos! ¡Y los que han muerto machucados a tiros, los que han envenenado en los hospitales, los que han caído de obras altas y tantos de quienes no ha vuelto ha saberse nada! Y este Damián que no quiere volver hasta venir millonario. Algo le habrá sucedido. Algo le habrá sucedido a estas meritas horas, cuando aulló el Orión. ¡Qué penitencia tan dura por la muerte del difunto Anacleto! Primero la pérdida de las cosechas en cuatro años seguidos, luego la muerte de Rosalía, la

parálisis de la cónyuge que lleva diez años tullida, el viaje de Damián que ha sido agonía diaria... y todo lo que Dios tenga dispuesto. ¡Castigo de la Providencia! Ya Damián se hubiera casado y tendría familia, estaría establecido, no le faltaría quehacer; la que dicen que era su novia se casó y no es mala mujer; habría estado bien para nuera: limpiecita, temerosa de Dios, trabajadora, callada, amante de su casa; con lo trabajoso que va siendo hallar buenas mujeres que sepan cuidar lo que uno tiene y no anden con cuentos...

Con que no le haya pasado nada. Muchas veces son preocupaciones. Aúlla el Orión y nada sucede. Hay que dormir. Mañana es día de trabajar fuerte. Después de la primera misa, Dios mediante, hay que ir al rancho y pasarse a la Estancia de San Tobías por ver si Lorenzo sale de su deuda; no es que quiera extorsionarlo; pero conquie el mes que viene o luego que venda el maicito, la droga se va haciendo vieja y hay necesidad de esos centavos para mover las siembras o ir comprando maíz al tiempo; no habrá más remedio que hacer efectiva la hipoteca de su casa; la espera ha sido muy razonable y hasta perjudicial para él mismo, por los intereses, tan moderados como lo permite la Santa Madre Iglesia; pero ya muy crecidos precisamente por la morosidad en el pago, que se le van acumulando. Me quedaré con la casa y hasta le saldrá bien, pues se quitará de fatigas con otros acreedores y con el empleado en rentas; quién sabe si yo salga perdiendo; pero más vale algo que nada, y al mal paso darle prisa. Es hombre bueno y no creo que quiera meterme en enredos. Todo es posible con ese leguleyo, plaga inmunda, que nos ha caído de por el lado de los Cañones y tiene cambiadas a tantas gentes. ¡Cómo están los tiempos! Hace unos cuantos años los muchachos del juzgado nada tenían que hacer en este pueblo; todo se arreglaba por la buena y a la conciencia; ¡benditos tiempos!, había palabra y temor de Dios: Jesús me ampare desde que cayeron los leguleyos y sembraron discordias; ya va siendo tiempo de hacer que el director político ponga remedio contra tanta injusticia y meta en cintura a este alborotador, más perjudicioso que los otros; hay que desterrarlo, como hemos desterrado a los anteriores. Mañana también le hablaré al director político. Y ahora es tiempo de dormir. ¡Ah! mañana mismo tengo que ir a la Barranca, por buscar medieros que

quieran sembrarme los cuamiles de los Gavilanes, no se nos vayan a venir encima las aguas y nos encuentren desprevenidos.

Este año no podré entrar a los Ejercicios de encierro. No es que los negocios de la tierra me importan más que los del alma. Pero no tengo de quién valerme y ha sido tarde la cuaresma, este año. Ya estamos a mediados de marzo y apenas la semana que viene será de Lázaro. Hasta el once de abril cae ahora la Pascua Florida. Claro que voy a confesarme para entonces; pero los Ejercicios... habrá que explicarle al señor cura y que no lo tome a mal. ¡Cómo voy a dejar a la pobre tullida, con lo que se le recrudecieron sus dolencias en el tiempo de fríos! Creí que se me moría. ¿No serán por este lado los augurios de Orión? La pobre ha quedado muy delicada. El médico que pasó en los días de la Candelaria—qué bárbaro para cobrar—, me dijo que fallaba el corazón y estuviéramos prevenidos. La pobre sólo le pide a Dios que le conceda ver a Damián por última vez. De nada ha servido el platal que he gastado en médicos y medicinas. En los diez años que lleva de tullida hemos ido tres veces a la capital. Puras esperanzas. De mal en peor. ¡Qué martirio!

Don Timoteo se revolvió en la cama. Una, muchas veces, con creciente desesperación. Se tapó la cara con la sábana. Se santiguó siete veces. De nuevo el Enemigo allí estaba hincando banderillas de lumbre, toreando con capas de colores. Horrible. ¿Delicioso? ¡Aborrecible! Quería que don Timoteo deseara la muerte de la esposa tullida; eran muchos diez años de martirio; entonces podría casarse con muchacha lozana todavía; el diablo... ¡el pensamiento uxoricida!... no, era el diablo, traía las figuras de cien mujeres apetitosas: María, Úrsula, Teresa, Paula, Domitila, Rosa, Epifanía, Trinidad, Ventura, Felicitas, Águeda, Cecilia, Cecilia jovencita y chapeteada, Martina de ojos capulíeros y trenzas brillantes como seda, Remigia, Victoria, Eusebia, Marta, Marta llena de vida, Marta por la que se mataron dos peones de la Estancia, y Lucía, Lucía primorosa, de piel blanca, de ojos azules, y Consolación, y Marina, y Rosario, y Gertrudis, y Margarita... Centelleo de ojos, danza de caderas, río de brazos, cosecha de mejillas. Brama la sangre y crujen las arterias esclerosas. ¡Ave María Purísima! Cuando pasaran seis meses de sepultada sería tiempo... ¿no don Eustacio contrajo nupcias por cuarta vez a los dos meses de que

murió doña Engracita?... ¡después de diez años es justo!... ¿y si se disgustara Damián y hubiera pleitos en familia? Damián puede haberse muerto también...

Don Timoteo saltó de la cama y buscó la botella del Agua Bendita; roció el colchón, el cuarto, las sábanas, la almohada, volvió a santiguarse tres veces; puso el rostro en el suelo. ¿Hasta dónde, Señor, era pecado que se le ocurrieran estos pensamientos? ¡Querer la muerte de la vieja y del muchacho? Mañana se confesaría. Si fuera posible se levantara a estas horas y buscara al señor cura o alguno de los ministros. Labios y dientes del difunto Anacleto volvían con la eterna sonrisa, con la mueca burlesca. ¡Llamaran ya a la primera misa! Se levantaría. Se levantara cuan presto escuche las campanadas. Una vez, al pasar el arroyo de las Trancas, estaban bañándose Gertrudis y Margarita: ¡qué gloria de cuerpos contemplados sin que nadie lo estorbara, sin ser visto por nadie! *Miserere mei*... En castigo no iré a la feria de San Marcos, que ahora cae por Pascua Florida. Dicen que los toreros van a ser de lo mejor y es una de las pocas diversiones que me cuadran y hay tan pocas corridas por estos rumbos, allá cada uno o dos años, que puedo ir a Nochistlán, a Teocaltiche, a Aguascalientes; creo que es justo; yo, no baraja, no vino, ni mujeres; y éstas no porque no me gusten: buenas tentaciones tengo con ellas en las ferias, y que no se hacen mucho del rogar las cantadoras, las fonderas, las cantineras, las... Comenzó a rebramar la sangre otra vez y volvió el diablo con imágenes impuras.

No, don Timoteo no iría a la feria de San Marcos. Entraría a los Ejercicios de encierro. Apenas hoy tocaran a misa primera se levantaría para confesarse. Su pobre alma estaba en pecado, con el más feo de los pecados ¡y a su edad! El infierno...

El infierno, la muerte, el juicio, la gloria, su mujer, Damián, el difunto Anacleto, las formas de garridas muchachas, el huizachero de Juchipila, sus deudores. Las siembras, las lluvias, la sequía, los ladridos de Orión le daban vueltas en remolino; la cabeza le daba vueltas, que era una desesperación, toda la santa noche, la eterna noche, y su cuerpo nomás daba vueltas de un lado a otro de la cama, sin conciliar el sueño, sin oír las esperanzas de los gallos, sin sentir señales de vida, ladridos

presagiosos, relinchos, mugidos, pasos, campanadas. Dijéramos que hubiera tomado cajeo fumado más de cuatro cigarritos; pero ni eso. Ido el sueño, se le iba la cabeza vaciá, no, Vena de jaqueca y de malos pensamientos molientes que le hacían daño físico, y el esfuerzo por desecharlos y conseguir dormirse lo extenuaba más que una fiebre, durante las horas interminables, el pecado de superstición era el culpable: si no hubiera consentido las abusiones por el aullar del Orión, el Enemigo no viniera con tantos embelecos. Parecía quedarse quieto, en sueños, y un sobresalto pasaba otra vez todos los filos de la rueda sobre la cabeza: se habrá muerto Damián, si yo enviudara, me robarán lo que tengo, sufriremos larga sequía, las cantadoras de la feria, me voy a morir...: picudos filos de la rueda implacable, cada vez más grotescos, más audaces y pecaminosos; más débil cada vez la resistencia, en la noche sin fin.

2

ESE día Leonardo Tovar había tenido que ir a conseguir unos bueyes hasta el Río Verde y había vuelto de noche, muy cansado; apenas cenó, se acostó; apenas acostado, se quedó dormido; apenas se durmió, lo despertaron los gemidos de su mujer. Leonardo tenía el sueño pesado, y más aquella noche, después de andar nueve leguas casi sin respiro; pero los lamentos de su mujer eran más poderosos y le derrumbaron el sueño, aunque no, de pronto, la modorra y el mal humor. Pedrito había despertado con los quejidos y chillaba. Otra noche mala en que como tantas, desde Nochebuena, Leonardo no probaría el sueño. Más o menos para la Candelaria esperaban un niño; la mujer había tenido muchos trastornos y, para Nochebuena, ¡lástima de dolores!, arrojó unos desechos como racimos de uvas, que diz que eran tumores y otros decían que un fenómeno; pero ni modo de decir que hubiera habido eclipse o que tuviera malquerientes que la hubieran embrujado. Desde entonces no contaba día bueno: que jaquecas, que vómitos, que hemorragias, que falta de apetito y debilidad; luego ese dolor en el vientre, como de lumbre, cada vez más fuerte y seguido, que no la

dejaba hacer quehacer, ni los había dejado dormir en muchas noches. Leonardo la llevó con todos los curanderos del pueblo y de los alrededores; hasta con los hechiceros. Medicinas, remedios y abusiones en balde. Últimamente, la otra semana, se echó más drogas para ir a Teocaltiche, que la viera el doctor y fue para que los descorazonara; diz que necesitaba operación y luego luego, antes de que no tuviera remedio; pero quería trescientos pesos adelantados, ¡ni de dónde! Más valía volver a las yerbitas y lo que Dios quisiera. Ni vendiendo al tiempo el maíz de tres años ajustaría trescientos pesos, ni había quien se los prestara sobre las derritas, que ya están empeñadas a don Timoteo Limón, en ochenta pesos. ¡Ha sido un trastorno esta enfermedad!

Los clamores de la mujer traspasaban la noche y el alma. Vinieron algunas buenas vecinas para hacerle luchas: que unos sinapismos, que unas ventosas, que unciones de manteca, que la Oración del Justo Juez, que humazos con pelos de coyote. La mujer se retorció con los ojos arrasados, las manos crispadas. Los aspavientos de unas vecinas, el hieratismo de otras, los cuchicheos, los rezos en alta voz, el entrar y salir de las gentes aumentaban el llanto de Pedrito, espantado sobre la cama, los ojos desmesuradamente abiertos. Leonardo iba de un lado a otro sin saber qué hacer; salía al patio; le tronaban en los oídos los pronósticos del médico de Teocaltiche; sentía que una ola de insumisión, amarga, le golpeaba sienes y garganta; le tronaba el cerebro. Vino don Jesusito Gómez y le ofreció un trago de aguardiente:

—«Compadre, será bueno traer al señor cura; que Concha se lleve al niño a la casa para ver si lo duerme.»

Allí llevan a Pedrito desmorecido. Allí la madre aúlla como leona que le arrancaran la cría:

— «¡No sean malos, no sean crueles; al cabo me voy a morir; déjenme siquiera ese consuelo!»

A Leonardo se le salen las lágrimas, y a las mujeres ni se diga.

—«¡Vayan por el Padre!

¡Vayan por don Refugio el remediero: a mi tía la volvió de las últimas boqueadas!

¡Vayan por doña Remigia que tan bien sabe rezar a los moribundos!»

—«¡Qué va a querer venir don Refugio a estas horas!

» Y sobre todos los rumores, sobre todos los cuchicheos, los rezos, los ladridos de perros, los cantos de los gallos, el interminable grito:

—«¡Me muero! ¡me muero!»

—Cómo se ha entretenido Leonardo; a poco ni la alcanza.

—Mientras se vista el Padre y vaya por los óleos a la parroquia.

—Otro debía haber ido por el Padre.

Está llena la calle de sombras, de pasos. Los vecinos esperan la llegada de la muerte.

—Allí viene ya el Padre.

Los ojos de Leonardo adelantan una pregunta no formulada por los labios.

—¡Está viva! ¡ Sigue muy mala!

Hombres y mujeres se salen al patio, a la calle, mientras la enferma se confiesa. Cesan los gritos. Comienza otra vez el sordo, maquinal relato de Leonardo:

—«Me acosté muy cansado de vuelta del Río Verde a donde había ido a conseguir unos bueyes, cuando de pronto le empezó el dolor, más fuerte que otros días... que siente como lumbre... quería trescientos pesos por operarla... le tuvo mucho miedo... y yo de dónde iba a sacar tanto dinero en donde nadie me conoce, y ni aquí mismo.»

Las tremendas ceremonias del Viático y de los Santos Oleos. Cuando el Padre se va, ladran los perros por todo el camino. Algunas gentes también se marchan; otras comienzan a quedarse dormidas; parece que Martinita se ha quedado más tranquila con los Sacramentos; no será la primera moribunda que vuelva a la vida con los Santos Oleos.

Leonardo vuelve a salir al patio y escruta el cielo, desesperado. ¿A qué horas amaneceré? ¡Qué larga noche! Y piensa en aquélla, cuando nació Pedrito. ¡Cuán distinta! Entonces también lo despertaron los quejidos de su mujer, también vinieron los vecinos y doña Genoveva, que estaba prevenida. ¡Cuán distintos los gemidos! Casi lo llenaban de alegría. Eran tan fuertes como ahora, pero tenían una esperanza; no lo preocupaban muy mucho; al contrario, le hacían sentir un gozo secreto; no durarían

mucho; cuando acabaran, la felicidad sería completa, como en verdad lo fue al oír el llanto de niño; nunca Leonardo se sintió más dichoso y encontró nuevo cariño a la vida, a la tierra, a los trabajos del campo. Pero ahora, eran gemidos sin esperanza ni fin; gemidos estériles; nada esperaba. Sí, esperaban lo siniestro, lo peor. ¡Un milagro! Se le caían los párpados de cansancio y no tenía fuerzas ni para esperar un milagro, ni para decir un Padre Nuestro. Le ahogaban las sombras funestas, el vago misterio tormentoso. ¡A qué horas amanecerá! Y de pronto, con toda fuerza, otra vez el plañido desgarrador:

—«¡Me muero! ¡Me muero, Leonardo, Pedrito, me muero!...»

Ya cantan los gallos. Ya suena la campana de la parroquia. Ya comienza a esclarecer.

—El Ángel del Señor anunció a María...

3

MERCEDITAS TOLEDO, celadora de la Doctrina e Hija de María recién recibida, no supo cómo llegó a sus manos la carta. Cuando se dio cuenta de lo que se trataba, hizo intento de romperla; con los dedos temblorosos la estrujó, y como sonaran pasos en la recámara inmediata, como el llamado a cenar fuera perentorio, apenas tuvo tiempo de meterla en el seno, con la intención de que, acabada la cena, iría al excusado, la rasgaría en muchos pedacitos y se conjuraría todo peligro de que alguien diese con algún rastro del maldito papel, o de que pudiera conservarlo y leerlo ¡¡Ave María!! Si como ella lo encontró junto a su cama, discretamente caído, al volver del rosario, hubiera sido su mamá, sus hermanas ¡horror! su papá o sus hermanos, ¿qué hubiera sucedido? ¡Ni pensarlo! Que la encontrara Chema su hermano, tan celoso e iracundo, ¡ave María! ¿Quién la puso allí? Una de las criadas — ¿cuál?— andaría en el enredo, porque no era posible que si la hubieran aventado de la calle quedara tan bien colocada, ni era de pensar que de modo tan imprudente la comprometiera Julián... El nombre le quemó la cabeza y todo el cuerpo. La carta, en el seno, era como una brasa. Lo

echarían de ver. Un sudor se le iba y otro se le venía, y la cena no terminaba nunca. Quiso disimular, contando las ideas que las muchachas tenían para adornar el Monumento del Jueves Santo; la voz le temblaba; toda ella temblaba, como si la estuviera viendo Julián con esas miradas de lumbre, tan extrañas, que no la dejan salir a ninguna parte sin que se le claven como alfileres ardiendo, esas miradas que la persiguen desde hace algunas semanas y que, sin haber dado motivo, cada día son más terribles, como carbones encendidos; la primera vez que se dio cuenta de ellas le corrió un escalofrío tan raro, que por poco se desmaya; era como si la hubieran sorprendido desnuda, como si la desvistieran a fuerza; qué asco, qué indignación contra el impertinente, qué deseo de acusarlo con el señor cura, con todo el pueblo, para ver si dejaba de mirarla; pero también qué horror al escándalo y cuánta fortaleza para salir lo menos posible y sólo para lo indispensable; qué tormento, no hallar con quién quejarse, ni a quién pedir auxilio, sino a la propia virtud y al enojo contra el atrevido. ¡Haber llegado hasta a escribirle y conseguir que la carta estuviera en sus manos, en su seno! Ahora sí se quejaría de tamaño cinismo, para el que no dio ningún lugar...

—Estás muy irritada de la cara; parece que tienes calentura...

Estaba descubierta y era tiempo de desahogarse. Ignorado impulso desvió rápidamente las palabras:

—Quién sabe, mamá, si haya sido una corriente de aire, que al salir del rosario sentí muy frío.

—Cuántas veces tengo que decirte que te enfríes antes de salir de la iglesia. Vete a acostar y allá te llevo dentro de un rato una buena canela, bien caliente, para que sudes, a ver cómo amaneces.

Antes iría al excusado y rompería la carta, en añicos; la maldita carta como lumbre, algunas de cuyas palabras tenía pegadas en el cerebro, punzadoras: «amor» —«tristeza» —«deseo» —«poder hablar» —«comprendernos» —«toda la vida». Era, sin duda, lenguaje del demonio. Ella estaba consagrada a Dios y a su Santísima Madre. ¡Tentaciones! pero cuán risibles; ojalá fueran así todas las tentaciones. Ahorita mismo vería el demonio con cuánta rabia y decisión aniquilaría el inmundo papel; desde mañana, Julián vería la indiferencia más

absoluta y sería víctima de los mayores desprecios, para que desistiera de su locura. Si las miradas la habían trastornado y si el nombre del impertinente le sacaba los colores de la cara, fue por coraje al sentir semejante audacia; pero ya era tiempo de demostrar cuán por encima de las tentaciones quería ser fiel a la Virgen Inmaculada...

¿Por qué, para muestra de su desprecio, para conocer hasta dónde llegaba la osadía y miseria de los hombres, y como ejercicio de voluntad, por qué no había de leer el papel antes de romperlo? Con esa prueba resistiría nuevos embates. Verse asaltada por tentaciones y luchar con ellas no era pecado. Leería, leyó la carta. Estremeciose. De indignación —pensaba. ¡Qué cinismo! La rasgó. Titubeó antes de arrojarla en la suciedad: allí estaba su sitio; pero ¿no era un deber entregársela al Padre director para que se diera cuenta de las asechanzas del demonio contra las pobrecitas Hijas de María Inmaculada? Mejor se grabaría algunas palabras y las diría en confesión. Leyó los pedazos, hizo luego una bola con ellos y los arrojó a la inmundicia de donde procedían.

Fue a recogerse. Con unas capsulitas, le llevó su mamá una taza de canela muy caliente. Ya se sentía mejor. Pero mientras platicaban, comenzó a sentirse muy desgraciada. ¿Por qué un hombre se atrevía a mirarla y a escribirle? Ella no había dado lugar. Quiso echarse al cuello de su madre, llorando. Hubiera querido que no se le separara en toda la noche. Como si fuese chiquita sentía miedo. Pidió la bendición, como si fuera a morir. Rezaron juntas.

—Estás muy nerviosa.

—Será el efecto de la medicina.

Cuando se fue su madre, Merceditas roció el cuarto con Agua Bendita, se persignó tres veces, metiose a la cama y no se animó a apagar la lámpara.

Transcurrió una hora de angustia y, desde la pieza inmediata, resonó la voz materna:

—¿Por qué no has apagado la luz? ¿Te sigues sintiendo mala?

—Estoy rezando.

—Apaga la luz. Procura dormirle bien abrigada, porque si sudando le da el aire, corres riesgo de una pulmonía.

Sí, apagó a luz. Sí, sudaba. No, no pudo conciliar el sueño. Le parecía oír pasos persistentes y sigilosos, en la banqueta; una respiración jadeante, cerca de su ventana; chiflidos en la calle, chiflidos de imploración desesperada.

—¡Han de ser los nervios! — pensaba.

Y la memoria le respondía con unas palabras de la carta:

—«Yo he sufrido mucho con ese orgullo, y tanto no resistir el sufrimiento, que es injusto, porque mis intenciones han sido buenas, y no merezco ese desprecio.»

—¡Mentiras: ni sufre!

—¿Y acaso, de veras, la desesperación lo obliga a hacer algo desastroso?

—¡Yo no seré responsable! ¿Por qué?

—Tú serás responsable, tú, porque a fin de cuentas es natural cuanto te propone...

— ¡Natural no! Yo soy Hija de María Inmaculada.

— ¿Y te has fijado en qué quiera decir cuando dice que no resistirá el sufrimiento?

—¿Qué me importa?

—Puede querer decir que se enfermará, que se expondrá a muchos peligros, que tal vez morirá por tu culpa... —¡Por culpa de su locura y de su audacia!

—... Pero puede también querer decir que no responde de sus acciones, movidas por el despecho y la desesperación, como las crecientes de los ríos que nada respetan, y tumban casas, árboles y cerros, arrastran huertas y ganados, ahogan cristianos, dejan por todas partes la desolación.

—No entiendo.

—Como los caballos desbocados que arrastran al jinete, lo matan, y van atropellando cuanto encuentran.

—¿Qué quieres decir?

—A buen entendedor...

—Sí, que se desborde la rabia, y le sucederá lo que a los perros del mal.

— Pueden matarlo, eso quieres decir y estás deseando la muerte del prójimo, lo que no es muy cristiano; si así fuera, piensa que antes pudo morderte ¿y entonces?

—¡No me dejaré!

—En tu resolución hay un cierto temblor como de gozo por el peligro.

—Tal vez.

—Sí, es un placer luchar con el demonio y tú quieres convertir en demonio a un hombre.

—Ya ese hombre para mí es el demonio.

—Pues yo soy ese hombre y ya estoy dentro de ti, lucho dentro de ti, gano terreno en ti, desde que tú piensas en mí.

—No eres más que un pensamiento transitorio excitado por la contrariedad de su audacia y por la medicina que me provoca el insomnio.

— Yo soy el insomnio. Mi carta, mi silbido, mi respiración entre las hendeduras de tu ventana. ¡Cuán frágil valladar me separa de tu lecho y de tu inquietud: unas maderas apolilladas y una fingida resistencia de tu cabeza frente a los impulsos de tu sangre, que al fin vencerán, por ser más poderosos! ¿No he de llegar a ti, si he podido hacer que mi carta se abrigue junto a tu corazón? ¡He de llegar a ti, hoy o mañana, tarde o temprano, y tú misma desearás —¿deseas ya?— mi llegada! ¡Desearás que nunca nos apartemos! ¡Mi separación y mi ausencia serán tu mayor tormento! Ya lo pide la sangre, brincándote a lo largo del cuerpo, y es inútil toda resistencia de las pobres, las temerosas, las débiles ideas que quieren defenderte. ¿Oyes mis pasos? Van acercándose a tu lecho como ladrones a quienes el gozo espera y cuentan en su favor la insurrección de prisioneros inocentes: tus deseos de mujer...

El sigiloso crujir de una puerta, los pasos cautelosos, aquí, dentro, cerca y a tientas. La doncella se incorporó violentamente y prorrumpió en un aullido inarticulado.

—Yo soy, hijita, cálmate. Toda la noche te he oído dar vueltas en la cama. ¿Sigues mala? ¡Tienes mucha calentura! Voy a la cocina a prepararte otra toma de canela, mientras amanece a ver qué remedio te mandan de la botica.

Tiembla la doncella con extraños, indomeñables, recios estremecimientos. Ahora sí estará enferma, con semejante derrame de bilis. Un calosfrío maligno. Y quién sabe si allá en el fondo, muy al fondo, monstruoso, inconfesable, bulla un sentimiento de desilusión, disfrazado de vergüenza por haberse adelantado a asustarse con el pensamiento de un peligro imposible, que confundió los amorosos pasos maternos y en unos segundos la hizo vivir años de sensaciones tremendas, donde horror y delicia chocaban, cayendo a plomo la existencia, muriendo, resucitando, agotando en un minuto los anhelos, placeres, dolores de una y muchas vidas. Fue primero como aquella vez, en las fiestas de Teocaltiche, cuando se dio unos toques eléctricos que eran la mayor curiosidad y sorpresa de la feria; como cosquillas internas y hormigueo de los nervios; luego un súbito desvanecimiento, como cuando se sueña caer en abismos sin fondo; luego una fatiga como debilidad, un reposo de aniquilamiento; y otra vez el temblor: ahora de la conciencia víctima de pecado, mancillada, dispuesta —en un minuto— a las penas del infierno.

(—Si en estos momentos la muerte me sorprendiera...)

—¡¡Confesión, madre, por caridad!!

—¡Deliras, hija, cálmate!

—¡¡Por amor de Dios, mamacita, un Padre!!

—Voy a hablarles a los muchachos, que se levanten. ¿Qué sientes? ¿qué te duele? Que vayan por el señor cura y por don Refugio.

—No, no les hable a los muchachos. Deje que amanezca. Voy a tratar de dormir. Quédese aquí, conmigo. ¡No, no les hable! Vamos rezando el rosario, a ver si me viene el sueño.

Ya estuvo más tranquila el resto de la noche, junto a su madre, aunque no logró dormir, ni disipar la tristeza de saberse acreedora a la condenación eterna, y débil para nuevas acometidas del demonio.

(—Si nos fuéramos lejos de aquí —pensaba.)

Y como eco de truenos remotos, la voz impertinente reponía:

—¿Lejos? ¿A dónde que no me lleves, puesto que yo soy tú? Yo soy tu naturaleza de mujer.

(—No volveré a leer un libro profano; estos pensamientos allí se me han ocurrido, quizás —continuaba pensando. Mañana, cuando saliera a la iglesia, los ojos de Julián querrán devorarla y no podrá evitar el encuentro, el pavoroso encuentro.)

¿No podrá siquiera conciliar el sueño un breve rato, el escaso que falte para el alba? Considerase la única desgraciada, desconsolada, náufrega en el océano de la noche. ¡Dichosos quienes duermen! ¿Y quiénes pueden dejar de dormir en el pueblo, tranquilas las conciencias?

(—Julián...)

Otra vez el odioso recuerdo, Señor.

(—Y si padeciere insomnio...)

Señor, aparta de mí, ya, este cáliz.

(—Menos amargo, ya...)

Este cáliz más amargo, insoportablemente amargo.

(—¿Ni una noche puedes acompañarme en el insomnio?...)

Nunca podré acompañarlo.

(—Hoy me has acompañado y bien sabes que no será la última vez...)

—Hija, ¿no te has podido dormir?

Cuando sintió que su madre despertaba, la insomne fingió que dormía. Y otra vez vino a envidiar a cada uno de sus coterráneos, juzgando que todos, libres de preocupaciones, dormirían en paz.

La obsesión de dormir ahuyentaba las esperanzas del sueño. Ella sola, por su pecado, era la única que sufría el martirio de no pegar los ojos en toda la noche. ¡Horrible pecado de pensamiento, de sentimiento, de consentimiento! ¡Haber vivido en un minuto, en el orgasmo de un instante, toda una existencia pecaminosa! ¿Cómo salir ya nunca a la calle, participar en los actos piadosos y asambleas de la Asociación, enseñar la Doctrina a inocentes? El pueblo, a una, leería en los ojos, en la frente de la desdichada; lo leerían, con tristeza, los viejos y los niños;

con burla, los muchachos; con lástima, las almas devotas; con acritud, sus consocias; ¿y él?

Él nunca la vería más. Costare lo que costare. La conciencia encandeciose al recuerdo de tantos heroicos ejemplos de santas que vencieron al demonio; las imitaría, ora vistiéndose de mendiga, ora cortándose los cabellos y desfigurándose el rostro; si era preciso, cegaría, tomando al pie de la letra el consejo de San Pablo. Una vida de rigurosísima penitencia borraría de sus ojos y frente los estigmas de la carta leída y del criminal minuto en que la estremeció el sentimiento de ser abrazada por un intruso aborrecible. ¡Qué vergüenza, Dios mío! Pero desde mañana, o mejor dicho desde hoy mismo —cuán poco faltará para que amanezca—, renunciaré al mundo y pronto, en un claustro, sí, cómo no lo había pensado, en el claustro, mi alma se verá libre de miserias, gozosa, fuerte contra el mundo, el demonio y la carne.

Vencida por el cansancio, la cuitada no escuchó el toque del alba. El sueño, al fin, daba reposo a la carne.

La carne se rindió al sueño en el filo del alba.

4

Pasos de caballos y voces sordas quebrantaron la paz de la noche, desde la entrada, por la cuesta de las tenerías, en el barrio de Abajo, tomando la calle del Fresno, hasta San Antonio, y estrujaron el sueño y la curiosidad de algunos vecinos, tentados a abrir el postigo para ver qué tropel era ése.

Los Rodríguez volvían de México y de Guadalajara. Se les había hecho tarde y no quisieron pasar otra noche fuera de su casa, por más que llegaron a deshoras.

Ya ni los esperaban. Tuvieron que tocar mucho a fin de que les abrieran el zaguán, pues Juanita y los criados ya se habían acostado.

—Los estuvimos esperando hasta las once y pensamos que se habrían quedado a dormir en la Jarrilla o en la Labor de San Ignacio.

—Caray, va a dar la una —dijo don Inocencio a vistas del reloj que sacó del bolsillo, mientras el mozo le quitaba las esquelas.

A la altura de la cabeza, las criadas alzaban los faroles encendidos, y el patio era un mar de sombras que iban y venían.

—Traigan unos equípales al corredor; no conviene que entremos agitados a las piezas —ordenó el amo.

—Estoy cayéndome de cansancio y de sueño, papá; me sigue atroz la jaqueca y voy a acostarme luego, luego.

—Ah, muchacha ésta; si hubiera sabido, no te habría llevado.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? —preguntó la tía Juanita, y sin esperar contestación añadió—: ¿Acostarte sin cenar? En un momento estará el chocolate y les tenemos preparado un pollo sabrosísimo y unas enchiladas como seguro no probarían en México.

Micaela comenzó a llorar.

—Ah, qué muchachita, qué muchachita.

—Siquiera un vaso de leche, empinado.

—Yo no sé en qué iremos a parar —decía doña Lola.

—Ya estás grande y sabes a lo que te expones. ¡Una pulmonía, un hervor de sangre! Anda pues, acuéstate, porfiada. Si hubiera sabido, no te habría llevado —repetía don Inocencio.

Tía Juanita fue a destender la cama de Micaela y quiso ayudar a la llorosa para que se desvistiera.

—Voy a dormir vestida —dijo con aspereza. —Pero ¿qué es lo que tienes?

—Se te hace poco volver a este pueblo rascuache.

— ¡Jesús, María y José!

—Volver a vivir en este camposanto.

— ¡Ave María Purísima!

—Haber nomás ido a saber lo que es de veras vivir. —Pero criatura...

—Y ahora, que se pudran los vestidos, que se apolillen las sombrillas, porque no será bien visto que ande como la gente, ni que me polvee, ni que use corsé, vestidos claros, medias caladas, ni que me ponga unas gotitas de perfume, porque me criticarán hombres y mujeres. ¡Vivir de

hipocresías! No, no es posible, yo no podré, no podrán obligarme, ayúdame, tía Juanita, para que me manden de interna a un colegio, siquiera en Guadalajara —y rompió a llorar con fuerza.

Juanita estaba aterrada; con el menor pretexto salió de la recámara y fue a reunirse con su hermano y cuñada, que habían pasado al comedor.

—Pero qué ¿se ha vuelto loca Micaela?

—Imagínate.

—Desde que salimos de Guadalajara ha sido un continuo llorar.

—No sabemos qué hacer.

—Hemos querido hasta pegarle.

Hemos llorado.

Le hemos ofrecido volver pronto.

Ha sido todo inútil.

—Hasta la vimos con impulsos de volverse sola.

—Al entrar al pueblo casi se nos desmayó y si yo no me hubiera puesto enérgico...

Los mozos paseaban las cabalgaduras por el patio, antes de desensillar; iban y venían con ritmo seco, monótono.

Doña Lola vino a ver si su hija se había calmado, si algo se le ofrecía, si quería esta taza de manzanilla. El cuarto se hallaba a oscuras. Apenas la señora puso el pie en el quicio de la puerta, sollozó Micaela:

— Déjenme sola. Quiero dormir.

—Tómame siquiera esta manzanilla para tu jaqueca.

—Déjenme sola, por favor. No quiero nada.

—¿Ya te persignaste siquiera?

—Mamá, por Dios, qué fastidio.

—Parece que has perdido el juicio. Parece que no tienes temor de Dios. Reflexiona, Micaela.

Tosió don Inocencio y fue a reunírsele doña Lola.

—Déjala mejor; el capricho tiene que pasársele y no hay que darle contra; solo le pasará. Tiró de la leontina.

—Caray, son las dos y media de la mañana. Vámonos a acostar.

—¿Con esta mortificación?

—Ni me han dicho si cumplieron mi encargo para la Virgen y si me trajeron agua del Pocito.

—Ni cabeza hemos tenido para decírtelo. ¡Cómo se nos iba a olvidar! Mañana verás lo que trajimos. Es una sorpresa.

—¿Y los rosarios?

—Vienen también y están tocados al Ayate. Mañana verás todo, Juanita. Yo también tengo mucho que preguntarte. Pero con esta mortificación.

—Acuéstense pues. Las camas están listas. Que pasen buenas noches.

—Nomás dime si Crescencio trajo el dinero y cuánto les diste a los medieros de Pastores.

—Por más recados que le mandé, no vino Crescencio; puras dilaciones y pretextos. Mañana te enseño los apuntes del dinero.

Don Inocencio se chupó los dientes como signo de contrariedad.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Qué iban a dormir. Juanita, pensando en el mal ejemplo y aun en el escándalo que las ideas de Micaela producirían en el pueblo, principalmente entre las muchachas, y más, si se encaprichaba en ponerse las modas que traía; pero lo que quitó por completo el sueño a la buena mujer fue la sospecha de que por pensamiento, palabra u obra —esos teatros y cines, esos bailes, esos trenes y coches, esas tantas ocasiones y peligros de las capitales, que se le representaban confusa, diabólicamente—, su sobrina pudiese haber manchado la gracia del alma. (No sé dónde tuvo mi hermano la cabeza para exponer a su hija en tantos riesgos; esas costumbres de las ciudades, esos modos de tratarse las gentes, sin temor de Dios; esas modas...) Doña Lola estaba sorprendida del genio de su hija y no podía salir del aturdimiento; imaginaba lo que dirían las gentes y lo que se imaginarían por ese viaje de un mes, cuyos recuerdos comenzaron a desfilar en la oscurecida recámara; de pronto venía la memoria de los ojos desmesuradamente abiertos y del salvaje alboroto con que Micaela gozó las novedades de aquel mundo: la primera vez que anduvieron por el centro viendo

aparadores; cuando entraron a «Las Fábricas de Francia»; el «Salón Rojo», de México; aquel joven tan educado que les anduvo enseñando el Museo y luego se les ofreció para llevarlos a Chapultepec, a Xochimilco, al Desierto de los Leones, y el día que se vinieron trajo a la estación unos ramos de violetas y una caja de chocolates finos; Micaela le daba miedo con esos ojos, como de loca; Micaela era desgraciada desde que vio lo irremediable de volver al pueblo; y no había modo de conformarla; orita mismo lloraría, sin poder dormir.(Doña Lola se levantó con intenciones de ir al cuarto de su hija. —Será peor, será peor. —Y se contuvo.) A Inocencio no le cayeron bien las finezas del joven Estrada; sobre todo el día del Desierto; la cara se caía de vergüenza viendo tanto desaire; pero David, o no lo notó, o tuvo la fineza de disimular; cuán distinto de los muchachos de por acá, sin trato, sin porvenir, sin sentimientos delicados; por esa parte, a doña Lola le gustaría vivir en México, aunque a nadie pueda decirlo, porque se la comerían viva: Micaela, es evidente, no tiene vocación para religiosa y sus arrebatos le harían peligrosa soltera; debe casarse (Doña Lola se atrevió a formular el pensamiento, por primera vez, aquella noche), debe casarse; pero en el pueblo ¿con quién? Es un problema. Es un problema. Lo mismo que pensaba don Inocencio a esas mismas horas, revolviéndose en la cama. Es un problema, ¡y con la madre tan consentidora! Resultan de balde las energías, los corajes, los consejos; mandase una cosa y es para que no la obedezcan, y para que a espaldas de uno se haga otra cosa, se permita lo prohibido, se relaje la autoridad paterna; habrá que fajarse bien los pantalones y tomar medidas radicales; caray, la educación de los hijos, y más, como es el caso, la de una hija única, criada sin que nada le falte, a la que no se le puede regañar sin que arme un alboroto en la familia, dejemos todos de comer y nos dure varios días el mal sabor de boca; el viajecito ha sido contraproducente, ¡lástima de dinero gastado! Bien me lo anunció el señor cura y no le hice caso; creía que eran sus escrúpulos de siempre; yo no sé en qué vaya a parar; pero cuéstemelo lo que me cueste, hasta encerrarla en un convento, la he de meter en cintura, y aquí se acabaron los chiqueos, y los cuentos, y los lloridos; al entrar al pueblo, por poco le pego de cuartazos; me dolió el alma, me duele, pero no me arrepiento, y si no hay otro remedio que la dureza, me acordaré de mis

buenos tiempos, cuando tenía fama de buen amansador; se acabaron las contemplaciones... La furia de don Inocencio iba creciendo en fuerza del desvelo; ¿le pasaría pronto, como siempre que se propuso irle a la mano a Micaela? Micaela estaba como si la hubieran enterrado en vida; ¡qué iba a acordarse de ella David Estrada, si había tantas muchachas bonitas, elegantes e inteligentes a su alrededor! Y a Micaela le daría pena que cumplierse su promesa de venir a este pueblo tan arrumbado, tan triste, tan falto de comodidades y diversiones; peor que convento, como camposanto. ¡Qué esperanzas de volver, ni en sueños; ni de gozar su conversación, paseando en Chapultepec, en la Alameda, en la calle de San Francisco! Cuando Ruperto Ledesma sepa que ha vuelto, no la dejará a sol ni a sombra: ¿cómo le había dado esperanzas de corresponderle? Tan grosero, tan petulante. ¡Muchacho infeliz, qué chasco va a pegarse! ¿Y las Hijas de María? Juana, desde hace tiempo, anda con que Micaela tome la cinta. ¡Viejas quedadas! Cómo se pondrán cuando la vean a la moda, polveada, pintadas las ojeras, los trajes bien ceñidos, y la oigan contar lo que vio y oyó, lo que paseó y sintió, lo que inventará para escandalizarlas y despertarles envidia. Le harán el vacío, la pondrán en cuarentena para que nadie, absolutamente nadie se le acerque. ¡Mejor! así para ella y para sus padres resultará imposible la vida y más pronto saldrán del pueblo. ¿Y si diera en volar a todos los mejores muchachos y les quitara los pretendientes a las pudibundas? Bonita travesura, pero ¡qué flojera, con lo pelmazos que son estos tipos! Desgraciadamente no le quedará otra diversión y, por otra parte, será el medio de hacerse más odiosa, más criticada, para que su padre se resuelva a sacarla de esta cárcel. En agudos momentos del insomnio quisiera levantarse y huir, o que no amanezca nunca, para no verles las caras a las gentes, para no cerciorarse de que su vuelta no es una pesadilla. Pero ¿es verdad que fue a México y conoció a David Estrada, o sólo es un sueño dentro del presidio? ¡Cómo se burlará el empleado de correos cuando en el poste restante busque inútilmente las cartas que Micaela espera! No, David no la defraudará. Es infame querer tenerla encerrada en esta tumba y que se marchite su juventud, sin libertad para soñar, ya no digamos para ver, hablar y salir. ¡Qué chasco van a pegarse, si creen que es la misma muchacha ingenua, temerosa del «qué dirán», sumisa a las mezquindades que rigen el vivir pueblerino! Han

de verlo desde mañana. Pero mejor fuera que no amaneciese nunca, nunca, por terribles que sean la oscuridad y el sufrimiento de no alcanzar descanso entre las sábanas.

Inexorable tañe la campana del alba. Inexorables despiertan las voces de los vecinos. Inexorable vuelve la rutina del día, sobre el pueblo.

EJERCICIOS DE ENCIERRO

1

Los caídos, ahogados en las arenas del insomnio, cuyos ojos —a estas horas— parecerán — padecerán— llenos de ahuates, y los que viviendo en pecado duermen la muerte del remordimiento, como vírgenes necias; los que sueñan concupiscencias; los que al despertar volverán a manos de angustias, tentaciones y trabajos; el que algún riesgo tenga sobre la cabeza, encima del alma; los enfermos crónicos y los repentinos, los desahuciados, los recién muertos, las ánimas olvidadas de sufragios, que hace años esperan el cabo de su purificación; los hombres que llevan pistola y malas entrañas, los que guardan agravios y no quieren perdonar; los casados mal avenidos, las viudas, las solteras, las doncellas, los niños; éste, aquél, aquellos adolescentes ansiosos de burlar las miradas que guardan la cuesta del río; y los viejos, enfermos de satiriasis, los pecadores empecinados, los que resisten las asechanzas del demonio y los que hoy habrán de sucumbir; los que hoy se levantarán sin el pan de cada día, el rico que hoy cometerá injusticia, los pobres que serán maltratados, el deudor vencido y perseguido, los que darán y los que recibirán malos ejemplos; quien se lance hoy a largos caminos o a trabajos peligrosos; el sentenciado a sufrir males, los fieles tibios, los trabajosos e indóciles... temprano asaltan la vigilia del señor cura don Dionisio María Martínez.

Temprano. Antes de las cuatro de la mañana. Muchas veces a las tres. Aun a las dos.

La turba reclama los primeros pensamientos, la zozobra primera, las primeras, prolijas oraciones. *Ave María Purísima del Refugio, sin pecado original concebida. En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Largos los brazos y largo el ademán con que se santigua. Echase

al suelo, y, arrodillado, lo besa. *Peccavi, Domine, miserere mei; peccavi, Domine, miserere mei; peccavi, Domine, miserere mei; poenitet me peccasse: cupio emendare quod feci.* Descarga la disciplina sobre las espaldas, reo él mismo y reo por su pueblo; en el piso la frente, al himno *Veni Creator* suceden el *Actiones nostras quaesumus, Domine* y los Salmos penitenciales, reanudando la flagelación, mientras los termina. Fulano, zutano, mengano... cada uno de sus fieles, con cada una de sus necesidades van pasando por la memoria, luego ensanchada con los límites del mundo: los periodistas impíos, los gobernantes anticatólicos, los maestros ateos, los infieles... los pecadores de Mesina cuyo tremendo castigo tiene azorada a la humanidad, los blasfemos que, injuriando a la Santísima Virgen, han llenado de indignación a Guadalajara y a la Arquidiócesis... el desenfreno de las costumbres, la descristianización del universo, la total amenaza cernida sobre este pobre, inerme rebaño, que se le ha encomendado.

Llega la hora de vestirse cuando comienza el rosario de quince misterios. En la carne, al cinto, queda ceñida la disciplina. El buen varón enciende la luz, pónese la ropa, finalmente la sotana, y se encamina a la sacristía, donde, arrodillado, termina el rosario, hace la meditación y reza maitines.

Él celebra siempre la primera misa. Es a las cinco, tanto en tiempo de fríos como de calores. Entre la primera y la segunda llamada, se sienta en el confesonario. A la última, se levanta.

Escrupulosamente lenta es la celebración. Lento el revestirse. Mucho más lento el consagrar y el consumir. Prolongada, la acción de gracias, cubierta con las manos la cara, sobre el reclinatorio. A seguida reza laudes y vuelve al confesonario, durante una, dos, tres horas. En tanto, desde que amanece hasta la hora del desayuno, con nadie habla, nadie se atreve a turbar su recogimiento. Algunas ocasiones, antes del desayuno, lleva la comunión o el viático a los enfermos; pero es reacio a visitar las casas ni con este motivo; cuando lo hace, llevado por urgencias del ministerio, principalmente si ha de tratar con ricos o mujeres, acentúa el aire adusto. Jamás ha aceptado convites ni regalos. Veinte años de vivir en el pueblo no han sido suficientes para que tenga familiaridad en alguna casa, con algún vecino, por afable que sea para

todos. Gusta despachar sus asuntos en el curato, precisamente, abierto a la feligresía con austera llaneza, sin limitación de horas ni condiciones. Nunca recibe a solas a las mujeres. Hombre de conciencia estricta, humilde, retraído, enérgico, celosísimo de su responsabilidad y autoridad, no lo arredran obstáculos ni trabajos; come muy escasamente, ayuna dos veces a la semana, la cuaresma entera y los días de precepto; viste con modestia y limpieza; es amigo de pocas y buenas palabras, enemigo de tertulias y chismes, indiferente a cuanto no sea cumplir sus deberes apostólicos. Enjuto, alto, grandes las manos, pobladas las cejas, ralo y encanecido el cabello, el gesto severo, sin llegar a la acritud más que en casos extremos, la fisonomía denuncia lo recio del carácter y el temple de las virtudes, mayor entre las cuales emerge la caridad, hecha compasión, bien que no siendo de genio expansivo, las ejerce ocultándose, y asuman formas de rudeza cuando hay riesgo de ostentación.

En Arandas nació, el año de 1850. Hizo sus estudios en el Seminario de Guadalajara y recibió las órdenes de presbítero en 1876, el día de San Lorenzo. Su primera ampolleta fue para San Cristóbal de la Barranca, como ministro, y a los tres años destinósele vicario de Apozol, para luego recibir la parroquia de Moyahua, que sirvió durante nueve años. Los climas cálidos lo envejecieron; pero conserva la viveza de los ojos azules y el color encendido de las mejillas, típicos del alteño; todavía monta con garbo a caballo y resiste jomadas de nueve y diez horas, para hacer confesiones en lugares apartados de la parroquia.

El confesonario es el centro de sus actividades, el punto desde donde dirige la vida —las vidas— de la comarca. Penitentes primerizos o empedernidos, fieles de comunión diaria o reacios, todo caso le merece atención especial y a ninguno despacha con ligereza; veinte años de tratar cuestiones semejantes, treinta y dos años de ministerio, no han mecanizado el oficio de oír confesiones; ni en días de aglomeración —ocho y más horas de no levantarse del Tribunal, jornadas de veinte horas con ligero intervalo— siente prisa o cansancio; no es confesor de fórmulas hechas para casos idénticos, y en esto radica su fuerza de compunción. Habitualmente humilde, allí se transfigura, severo y solemne, aunque sepa descender —y de ordinario desciende— a

compartir las miserias de los confesandos, a llorar y a excitar la confianza en la Infinita Misericordia.

Severo y solemne también cuando predica sus sencillos discursos. Severo y solemne, sin énfasis alguno. Con la majestad del que se sabe instrumento del Verbo Eterno. Severo y solemne, inflamado, airado algunas veces; otras, lloroso, tierno; siempre conmovedor. Tampoco en sus sermones hay rutina, sino la vena de renovado sentimiento y la certera elocuencia del que vive lo que dice, aun lo menos importante.

Severo y solemne cuando dirige una tanda de ejercicios. Implacable cuando predica las meditaciones del pecado, la muerte, el juicio y el infierno: entonces ruge su voz, críspensele las manos, los ojos van a salirse por el espanto, y todo el cuerpo vibra, comunicando terror, y nunca repite circunstancias, ejemplos, consideraciones que puedan menguar la impresión de año en año.

Desde que llegó al pueblo dióse a la tarea de construir un gran edificio que al mismo tiempo fuera hospital y casa de ejercicios espirituales. En Moyahua intentó empresa semejante. Con ambiente más propicio, acá, tres meses después de hacerse cargo de la parroquia, colocaba la primera piedra y, mediante faenas populares a las que concurrían cientos de personas, hombres y mujeres, ancianos, adultos y niños, poseídos de fervor cuidadosamente fomentado, al finar la cuaresma de 1890 estaba hecha la obra de cimentación; al año siguiente, todavía sin acabar la fábrica, se dieron allí los primeros ejercicios y el Domingo del Buen Pastor fue recibido el primer enfermo.

La Casa quedó totalmente acabada en escasos tres años. Los planos y la dirección fueron obra personal del cura. El edificio es recio, amplio e imponente; resume, a la vez, el carácter del pueblo y del párroco; está emplazado sobre la colina que limita el caserío hacia el sur, frontera a la colina norte donde se halla el Camposanto; por cada uno de sus cuatro lados los muros miden trescientas varas de largo, ocho de altura y una de espesor; no tienen ventanas a la calle; la comisa corrida, las esquinas, los contrafuertes y las puertas son de cantera; lo es también la Capilla del Santo Cristo, en forma de cruz griega, que ocupa la mitad de la fachada y el centro del edificio; a la izquierda está la puerta del Hospital y a la derecha la de la Casa de Ejercicios: ambas son anchas y

rematadas con cruces de grandes proporciones; dos patios corresponden al Hospital y otros tantos a la Casa, con sendos pozos en el centro, de cantera los brocales; al fondo del ala izquierda está el departamento de las religiosas, un pequeño oratorio y la cocina; tienen buena luz las estancias del Hospital, pero las de la Casa son sombrías y se comunican por ambulatorios estrechos, resonantes, llenos éstos y aquéllas con leyendas que a cada paso recuerdan las postrimerías del hombre; al fondo del ala derecha está el refectorio para los ejercitantes, muy espacioso, presidido por un gran crucifijo y un púlpito, al centro del techo un tragaluz; los pisos de ladrillo de barro y, en las piezas destinadas a dormitorios, el suelo ha sido mareado con cruces del tamaño de los cristianos que allí han de reposar, como si fuera la parcelación de un cementerio.

La puerta de la Casa de Ejercicios sólo se abre la tarde que éstos comienzan y la mañana en que acaban; a la entrada, los ejercitantes hallan en el zaguán un túmulo con cuatro cirios y, en lo alto, una cruz negra y una amarillenta calavera, que, a la salida, deja el sitio al altar del Buen Pastor, cubierto de flores, la imagen con los brazos abiertos.

Los Ejercicios duran siete días, de domingo a sábado, excepto los de adolescentes varones, que comienzan el Miércoles de Ceniza y terminan el domingo inmediato, primero de Cuaresma. Esta tarde comienzan los de las Hijas de María; la semana siguiente son los de las señoras, luego los de varones mayores de dieciséis años que no han contraído matrimonio, finalmente los de hombres casados, cuya tanda concluye la víspera del Domingo de Pasión.

Los ejercitantes pueden llevar de su casa, petate, sábana, cobija y almohada; sólo en casos muy restringidos, y nunca por distinción, menos aún atendiendo a categoría de personas, se les admite que lleven colchón, que les introduzcan alimentos especiales o que tengan comunicación entre sí, ni con el exterior. El silencio más riguroso es la primera exigencia dentro de la Casa, silencio que se rompe a la hora del desayuno, la mañana en que los Ejercicios acaban y son admitidas las viandas con que sus familiares agasajan a los ejercitantes. Muchos, ricos y pobres, prefieren dormir las seis noches a raíz del suelo, sobre las

cruces negras. Muchos, contritos, rehúsan charlar en el desayuno final y ofrecen a otros los manjares que de su casa les han mandado.

Fuera de la Cuaresma, se dan tres o cuatro tandas de Ejercicios para distintas cofradías o grupos piadosos que las solicitan. De pueblos a la redonda vienen cientos de ejercitantes; algunos años es la afluencia tal, que siendo imposible alojar a cuantos lo piden, hay que hacer nuevas tandas en las semanas siguientes.

El acto postrero de los Ejercicios para hombres adultos es el juramento de temperancia, mediante el cual se comprometen los asistentes —la diestra sobre los Evangelios— a no tomar una sola copa de vino, por lo menos en un año.

2

Este mediodía del veintiuno de marzo, el señor cura Martínez anda lleno de regocijo. Toda la semana trabajó en convencer a varios remisos que alegaban pretextos para no entrar a los ejercicios que hoy comienzan. Don Ambrosio Pérez no tenía con quién dejar la tienda, don Inocencio Rodríguez acababa de llegar y sus negocios requerían un empujoncito macizo, Pancho López andaba con el celo de sus hijas, muy asediadas por unos fulanos a los que no podía ver ni en pintura, cuanto más perderlos de vista y que se aprovecharan de algún descuido para engatusar a las inocentes... et sic de coeteris. Pero estas victorias no son la causa mayor del gozo: tibios, apegados a los menesteres de la tierra, estos hombres, al fin y al cabo, son ovejas del redil y no tienen malas ideas; lo bueno es haber conseguido que vengan a los Ejercicios... parece increíble... Don Román Capistrán, el director político; don Refugio Díaz, el práctico en medicina y farmacia; don Pascual de Pérez y León, el práctico en Litis: todos tres con fama de liberales; herejes para algunos; anatematizados por otros como masones; el primero, sanguinario; el segundo, brujo; el tercero ladrón, según el decir público.

—¡Bendito sea Dios! —el cura no siente otras palabras.

—Yo no tengo esas dudas de usted, Padre, y mire si estoy desconfiado —dice el párroco a su ministro, el presbítero Abundio Reyes.

—Pues yo peco de confianzudo; pero en esto, como Santo Tomás: ver para creer.

—Se olvida usted de la Misericordia Divina y de los caminos de la Gracia.

—Eso está bien; pero desconfío, por la marrullería de estos señores a los que conozco más que a mis manos. ¿Cuánto tiempo llevo de buscarles el modo por todos lados? ¿Cuántas acusaciones a la Sagrada Mitra me ha valido andar con ellos? No hay día que los timoratos no anden con chismes: que si me han oído celebrar sus cuentos y chistes, que fomento su liviandad, que no les voy a la mano en sus abusos.

—Esos trabajos han alcanzado fruto.

— Así lo quiera Dios; pero son gallos duros de pelar. Don Pascual sobre todo. ¿Y los respetos humanos de don Román?

—Ya lo verá. Desde luego hemos convenido en que entrarán hasta en la noche, a la hora de la primera distribución. Claro que no me gusta mucho esto, ni el haber aceptado, en principio, que pudieran salir si había necesidad; pero hay que allanar el camino a las ovejas descarriadas. Le toca a usted vencer las dificultades que puedan presentarse a última hora. Dese mañana para resolverlas.

—No me les separaré desde este momento. Y como la condición de los otros ha sido que don Román se decida, iré a comer en casa de don Román; éste los mandará llamar; los tres marrulleros inventarán nuevas disculpas. Doña Cenobia me ayudará en la tarea.

—Ande con Dios, padre, y no se olvide: la Fe transporta las montañas.

—Espero transportárselas hoy a la Casa de Ejercicios.

3

CON dedicatoria especial para este pueblo de espectros y para este rígido cura, vino hace ocho años el Padre Reyes, mandado por la

Sagrada Mitra. En el Seminario, Abundio gozó fama de terrible; no se le podía sustituir en torneos de agudeza y travesuras, menos aún en la organización de festividades, «gaudeamus», excursiones, conciertos; improvisaba discursos para cualquier circunstancia, recitaba, cantaba, enderezaba toda conversación; sin él, sus compañeros eran incapaces de intentar algo: felicitar al rector el día de su onomástico, solicitar de los superiores tal cual granjería, consumir bromas de índole varia, proveerse de cigarros y golosinas, ingeniar disculpas en casos apurados, componer coplas humorísticas, preparar exámenes de seguro éxito, allanar las voluntades austeras y poner buen humor en la rutina de la vida claustral. Asunto en que se advirtiera la mano de Reyes, asunto que los superiores trataban con cautela, por temor a chascos o a exageradas benevolencias. Rigurosas fueron las pruebas a que se le sujetó antes de conferírsele órdenes; las de presbítero fueron diferidas un año; se le temía propenso a la infición liberal y a disipaciones profanas; por otra parte, se abrigaban halagüeñas esperanzas en su don de gentes y en sus aptitudes de organizador. Hubiérasele querido más piadoso, más reconcentrado, menos inquieto y bromista.

Zapotlán el Grande fue su primer destino, una vez recibido el presbiterado. En la pequeña ciudad — bien poblada, de intensa vida social, de costumbres abiertas, industriosa, rica, con fáciles comunicaciones a Guadalajara y con hegemonía sobre vasta comarca—, el flamante sacerdote vio propicio campo para realizar sus sueños de grandes organizaciones y empresas apostólicas: catecismos para niños y adultos con sentido dinámico en los que rutina y enfado quedarán proscritos; escuelas inspiradas en los métodos más modernos; difusión de la buena prensa; sociedades de jóvenes de uno y otro sexo, de damas, de obreros y patronos, encaminadas a la acción, como las que florecían en algunos países de Europa. Rápidamente se relacionó con las familias más distinguidas e inspiró confianza a los hombres tachados de liberales, despertando suspicacias, la del párroco en primer término, a quien parecieron «modernistas» y peligrosos los planes de trabajo propuestos por su nuevo ministro; no había que hacer novación en la vida de la feligresía, ni hacerse ilusiones con procedimientos extraños al ritmo religioso tradicional en la

Arquidiócesis; tampoco este muchacho inexperto, efusivo, debía exponerse a los riesgos de la vida social, en una población de preferencias profanas. El párroco fue apartándolo del trato civil, encomendábale actividades rurales y le quitó la ocasión de llevar a la práctica el más pequeño de sus proyectos, la idea de renovar los métodos catequísticos. Al cabo, el Padre Reyes tuvo sobre sí la predisposición franca del párroco, y el resultado fue que antes del año, en pésima situación económica, recibiera oficio de trasladarse a un pueblo des-conocido, en rumbo diametralmente opuesto de la Arquidiócesis, con difícil acceso por caminos de herradura, punto menos que intransitables en ese tiempo de lluvias en que se le comunicó el cambio. Al paso por Guadalajara, con un abatimiento que infundió temores a quienes conocían su inalterable humor, acabaron de deprimirlo las noticias relativas al cura bajo cuyas órdenes trabajaría: exigente, violento, escrupuloso, maníaco, quizá ya puesto en prevención contra el carácter del ministro que le mandaban e iba en cierto modo castigado a ese pueblo sin categoría, de extraño nombre y sin referencia en los mapas de la República.

Cliente de arrieros humildes que a lomo de burro lo llevaron por tierras fragosas, bajo toda inclemencia, en días lluviosos, parando en hospedajes míseros, atravesando regiones y villorrios desolados, el viaje halló término a la cuarta jornada, en anocheciendo. ¡Qué oscuro pueblo de sombras escabullidas, de puertas cerradas, de olor y aire misteriosos! ¡Pueblo de oscuridad y silencio, que aplastaba el ánimo del recién llegado! Campanadas de monotonía le golpearon las sienes. Jaqueca cruel. Ganas de llorar. Un arriero le ofrece su casa para guardar los avíos mientras el señor cura ordene otra cosa. Miserable casa oscurecida, tirada. Mujer, niños harapientos que lloriquean. Gruñen por allí los cerdos. Cacarean somnolientas gallinas. El aire irrespirable. Amenaza tormenta. Quién sabe si ni lleguen al curato antes de que comience a llover. Relámpagos ininterrumpidos. Viento desatado. Será una «culebra». Goterones. Carreras. El oscurecido curato... En presencia del señor cura Martínez reaccionó el abatimiento del Padre Reyes, que hizo propósito de sobreponerse a todo para ganar la prueba y el ánimo del envejecido jerarca, en cuyas pupilas azules adivinó la luz de secreta

cordialidad. El recibimiento fue inesperado: el cura no le ocultó los informes desfavorables con que lo habían prevenido; pero con seca elocuencia paternal consiguió infundirle calma, confianza y bríos; le suplicó aceptar hospedaje mientras llegaba a instalarse completamente «a gusto»; precipitó la hora de la cena y en ella extremó actitudes de obsequio; mandó recoger el equipaje; acortó la charla y dispuso pequeños menesteres para que el joven descansara lo antes posible. Un tanto brusco, el comportamiento del cura no daba lugar a sospechas de doblez; resplandecía la lealtad comprensiva del que ha sufrido iguales amarguras y los años le han enseñado a restarles importancia.

Nunca —en los días, en los meses, en los años siguientes— el cura manifestó desconfianza al ministro, cualesquiera hayan sido las cautelas con que lo observara, y debieron ser muchas, principalmente durante los primeros tiempos de su convivencia. Franqueza y tacto, con un cierto dejo de camaradería que guarda límites y se recata, normaron el estilo de sus relaciones. El Padre Abundio, por su parte, se mantuvo fiel al propósito de no tomar iniciativa alguna y estudiar el carácter de don Dionisio, con la minucia del que revisa un mecanismo que lo ha hecho fracasar; pronto aprendió los gustos del buen hombre, lo aparential de su rudeza, los resortes de sus pasiones, la energía de sus virtudes, el esquema de su temperamento recio y blando a la vez. El clima de la derrota le fue propicio para entender con claridad el complejo de los párrocos y el *modus vivendi* relativo a quienes han de sometérsele y sobrellevarlo.

El estado de pasividad tan contra su naturaleza, lo mecánico de sus ocupaciones, alguna insuperable resequedad espiritual, pero sobre todo el ambiente del pueblo y el carácter arisco del vecindario, ponían al Padre Reyes en trance de desesperación durante los primeros meses de haber venido a radicarse. Hubo momentos en que temió volverse loco; por lo menos misántropo sin remedio, ante la dificultad de concertar el cauteloso abstencionismo y los impulsos de su no domeñada inquietud, que hallaban riesgo no sólo en la experiencia reciente, sino más aún en lo enigmático de las costumbres, y obstáculo en lo hermético de las casas, los ojos, los corazones. No quería, pero también juzgaba no poder llegar a relacionarse con aquellas familias

cuyos miembros entre sí, fuera de su casa, disimulan afectos y parentesco. Era un mundo extraño a su optimismo y preferencias, en que nadie lo entendería; ni sintió la más remota curiosidad por explorarlo.

El transcurso del tiempo, las necesidades del ministerio y sobre todo su temperamento extravertido fueron minando la voluntad aislacionista del Padre. A ello lo indujo el propio párroco; atento al carácter y conducta de su ministro, en cuyo don de gentes —que en vano trataba de ocultarse— aquél descubrió fuerzas que le faltaban; primero le dio amplias facultades para que reorganizara el catecismo de infantes, luego lo asoció a la obra de los Ejercicios; y como los resultados fueron sorprendentes en una y otra labor, la confianza del Cura y el campo de acción para el entusiasmo renaciente del ministro se ampliaron. Fue la voz persuasiva que con timbres de simpatía tocó el ánimo de los remisos. Gustaban los jóvenes la campechana franqueza del Padre Abundio, cada vez más popular, dentro de lo posible, en la vida del pueblo. Con sus sermones despertaba nuevos sentimientos devotos: eran sermones de circunstancia, llenos de fuego, que contrastaban con el vigor trágico, inflexible, de los predicados por el cura. La influencia del joven abarcó puntos a donde no llegaba la del anciano. El carácter del pueblo, a su vez, impuso nuevos cauces a las facultades y preferencias del sacerdote: no le pasó por la cabeza organizar veladas literarias musicales, representaciones dramáticas, quermeses, paseos, a que tan aficionado era en el Seminario y que le acarrearón en Zapotlán el disgusto del párroco y las críticas de muchos fieles graves.

Se ha concretado a formar un coro de hombres y muchachos para servicios estrictos de la iglesia; trata lo menos posible a las mujeres; cuando entra a las casas y a los comercios, va siempre con misión estricta, de acuerdo con el cura, y si parece distraerse charlando sabrosamente —lo que no deja de serle criticado, en especial cuando habla con personas como el director político, el boticario, el huizachero y otros sospechosos a la ortodoxia y pureza moral comunes—, es que algunos asuntos requieren rodeos y hay remedios que necesitan jarabe.

Así el Padre Abundio lleva ya ocho años en el pueblo; sólo dos veces fue a la capital de Estado y sede archiepiscopal, en viaje de negocios; inútilmente sus amistados de Zapotlán le invitan a que vaya en vacaciones, que tampoco ha querido disfrutar. Hace tres años recibió cambio a Lagos; con su anuencia, el señor cura Martínez y otros vecinos trasladáronse a Guadalajara y lograron la anulación de las órdenes. —«No sabemos qué bebedizo te hayan dado en esos andurriales» — dícenle amigos interesados por sacarlo de aquí mejorándolo. Últimamente supo que se trataba de conseguirle una capellanía dentro de la capital y escribió para que cesasen las gestiones.

De cuando en cuando, a solas, recuerda poemas aprendidos en otras épocas.

*Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
que halagar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.*

4

AL advertir que tenía cerca de sí —no supo desde cuándo—, casi hombro con hombro, al rey del enredo, al más sinvergüenza y aborrecido de los hombres, al perturbador de su calma y negocios —era él, sí, no lo engañó el rabillo del ojo en su primer testimonio—, al sentirse junto del miserable huizachero, don Timoteo Limón tembló. Pero fue nada su temblor comparado al de Porfirio Llamas, cuando el ruido de unos pasos lo hizo voltear y se topó de manos a boca con don Román Capistrán, que vino a pararse detrasito; como de adrede, don Refugio Díaz, el curandero, se puso junto a Melesio Islas, quien le achaca la muerte de su hijo. Porfirio estuvo sintiendo toda la hora del sermón que don Román le ponía la pistola en la espalda.

(—¿Qué espera que no lo hace?... Ánimas, que no me conozca...)

Don Timoteo y Melesio, primero sintieron, como Porfirio, que la sangre se les iba a los talones; hasta el resuello se les cortó; pero luego la sangre comenzó a hervirles en la cabeza y en las manos, con ganas de echarse sobre sus desprevenidos enemigos, ahora que los tenían de modo. El estertor de la muerte, los ojos en blanco, la convulsión desesperada, los gritos de «¡¡mamá!! ¡¡papá!!» implorando alivio vanamente, los detalles completos de la agonía para la que fueron inútiles los remedios del curandero, asaltaron la memoria del comerciante Melesio, que hubiera dado a don Refugio la vida si salvara la de su hijo, de su hijo que se abrazaba ora a la madre, ora al padre, queriendo escapar de la muerte, cuando había perdido el habla y el terror le desmesuraba los ojos, horriblemente, inolvidablemente... ¡y ese don Refugio, éste, éste de aquí junto, con su criminal calma de siempre! ¡¡Asesino!! ¡Bandido! ¡Bandido que le ha robado para siempre la felicidad!

A pesar del sermón y del exigido silencio, fue un reguero de pólvora la noticia, y en todos cundió el malestar, dejándolos sin cabeza para seguir las consideraciones acerca del principio y fin del hombre. Terminado el ejercicio de la noche, vecina la hora del refectorio, la ansiedad, el aire de conspiración, la rebeldía común eran evidentes. ¿Cómo iban a sentarse junto a «esos» en una misma mesa? ¿Cómo un mismo techo iba a cobijarlos? Fue una sublevación de recuerdos, un relampagueo fulminante de «agravios»: las multas injustificadas, los amagos de fuerza, la cárcel oprobiosa, el remedio estéril, el engaño judicial. Casi no había alguno que no tuviera qué sentir de aquellos individuos.

—Las reses que me quitaron.

—La tierrita que me remataron.

—La libranza que me hizo perdediza.

—Los veinte pesos que me sacó sin curarme.

—Aquel día que me mandó llamar para regañarme y amenazarme con ponerme preso y mandarme en cuerda.

—El rato amargo que me tuvo con la pistola en el pecho.

—La cara de palo con que acabó por decirme que el crup no tiene remedio y veía que la niña se me ahogaba, sin hacerle ninguna lucha...

—Quien sabe si nomás hayan venido al sermón...

—Dios quiera que se hayan ido...

—Ánimas, que no sea cierto que se van a quedar...

—Dios nos favorezca...

En el refectorio ya no les cupo duda. Era visible la resistencia de muchos para quedar cerca del director, del curandero y del leguleyo; mas la política insinuante del Padre Reyes compuso las cosas: don Román Capistrán quedó entre amigos: don Timoteo Limón a la izquierda, don Ceferino Toledo a la derecha, don Rómulo Varela enfrente; don Refugio Díaz fue acomodado entre hombres rebosantes de salud y don Pascual de Pérez y León entre vecinos cuya pobreza ni los ha expuesto ni los expone a líos de juzgado.

Son ciento veinticuatro ejercitantes que cenan en silencio. Sus corazones —alterados todavía—, en silencio irán serenándose. Sus miradas, en silencio, hallarán mutua confianza, fundidas en el común afán de salvación. En silencio, en extraño silencio, fantasmagóricos, acabada la cena, vuelven a la capilla por ambulatorios tenebrosos y, media hora más tarde, buscan el sitio que para dormir se les ha destinado. ¡Cuántos, al pasar por el patio, alzan los ojos al cielo, miran las estrellas y piensan en la familia, en los negocios, en los pendientes que dejaron!

—Que la mujer, que los hijos, que los animales, que las siembras, que las deudas... en fin, al demonio no le faltarán mañas para quitaros la atención del principal asunto a que os ha traído la Misericordia Divina; principalmente las primeras horas, la primera noche, no se dará punto de reposo para turbar el recogimiento de esta santa Casa con imágenes torpes, con rencillas, con cuidados mundanos. Pensad que habéis muerto y que de nada sirve preocuparse por lo que se deja. Si no es ahora, será mañana. La embestida del demonio será terrible, lo es ya en estos momentos. Acostaos como en una tumba. Esta primera noche... — las palabras del señor cura en la última distribución eran cortantes; parecían leer los pensamientos conturbados, en el silencio y tinieblas de aquella casa llena de ecos, donde se tiene la impresión de haber sido transportado a otro mundo remotísimo del que nunca se saldrá y en el que no hay tiempo ni espacio.

ABAJO, a unos cuantos metros de la Casa sorda —tan sorda que no pueden oírse siquiera los ladridos de los perros, acaso ni el tañer de las campanas, menos el confuso rumor de la villa—, en las cocinas, en los corredores y patios mal alumbrados, en salas y recámaras, la tristeza o el miedo, el miedo y la tristeza llenan el alma de las mujeres.

—«¿Por qué te afliges si sabes que está con Dios Nuestro Señor, entregado al negocio que más nos importa?» —dicen la suegra a la nuera joven, las cuñadas a la esposa, las hermanas, las amigas de la recién casada, por primera vez sola en la noche. Pero las viejas de bodas de oro y bodas de plata, las mujeres con descendencia numerosa, también hoy sienten la casa vacía. El gusto de saber que marido e hijos, padre y hermanos... pretendiente, están con Dios, no quita la tristeza de las mujeres, no alivia el vago anhelo que experimentan y ha de ser tentación del demonio, tan opresiva, en muchas tan desesperada, que quisieran salir a la calle, gritar, o sumirse —llorando— en la oscuridad. Esta noche, estas noches y días, revélaseles la fuerza y el misterio de la compañía de los hombres, que durante todo el año pretenden y aparentan olvidar, que disimulan en público, siempre vergonzosas de confesarlo.

En privado y en público, ahora, no tienen otro tema de conversación que Pedro, Juan o Francisco; lo que han sufrido y gozado juntos; lo que juntos esperan.

Y en privado, pero sin límites, ahora que fulano, zutano y mengano, abortos en las meditaciones no han de pensar en empresas mundanas, las doncellas que han cruzado miradas, cartas o palabras vivas con aquéllos, pueden abandonarse a recuerdos y esperanzas, lícitos, puesto que se refieren a varones entregados a ejercicios de santificación. (El demonio suele ciertamente desmandarse; por ejemplo, a Merceditas Toledo inspira el pensamiento de que Julián ocupe en el dormitorio el mismo sitio que a ella le tocó hace quince días.) Si al salir de Ejercicios persisten en su inclinación, señal es que Dios lo tiene determinado y podrán corresponderles, aunque antes harán los Siete Domingos al Castísimo Patriarca Señor San José, como última instancia de lo que

más convenga. (Muy en secreto temen algunas, durante la semana, que al cabo de los Ejercicios, fulano salga con ánimo distinto, tras las rigurosas cuentas a solas en cuestión de tomar estado.)

Las doncellas envidian la familiaridad con que las casadas pueden hablar del ausente y lo hacen ahora en la calle, a la salida de la iglesia, en el comercio; mañana, tarde y noche; para darse mutua compañía y ver qué se les ofrece, ahora —como en trances de duelo y necesidad— se visitan; el tema de las pláticas no es otro: Pedro y Pablo, Andrés, Jaime, Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo; Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián. (El nombre de la inquietud sólo puede ser pensado en lo profundo del alma célibe; nombre con enigma, sin sonido, sin esperanza de confiarse a los labios, a las orejas, al viento y a la calle; nombre guardado en lo más hondo de la vergüenza, mientras las casadas proclaman el suyo en charla interminable.)

—Jesús es tan bueno, que no se resolvía a entrar a los Ejercicios en vista de que mi comadre Martinita, la mujer de mi compadre Leonardo, sigue tan grave, que diario se nos figura que no amanece. ¡Un tumor maligno en el vientre! ¡Cáncer! figúrese, Paulita. Unos dolores atroces que no la dejan. Como cera sin asolear se ha puesto la pobre...

—¿Y Pancho? ¡Tan cuidadoso de nosotras! Por nada del mundo quería dejarnos solas. Ni ha de tener calma, encerrado, pensando qué nos pueda suceder...

—Si hubiera sabido que ese individuo entraba en los Ejercicios —¿a quién se le iba a ocurrir? —, yo no habría puesto tanto empeño por que Porfirio se apuntara. Con el pendiente anoche no pude ni dormir. Usted sabe cómo lo trae de ojeriza, con recriminaciones y llamadas al juzgado; no hace un año lo quiso matar en el camino a Teocaltiche, que por rebelde, y ahora anda con que es reyista: Porfirio, que con nadie se mete y es más pacífico y bueno que un San Francisco...

— Bueno, doña Nicolasita, ¿y cómo le hizo para que don Refugio se decidiera a entrar? —El pobre no quería, por el pendiente de tantos enfermos. Ya ve cómo le tienen fe y lo buscan, hasta gentes de Juchipila, por más que no falten malagradecidos que hablen de él, como si un hombre pudiera curar como Dios. El caso es que el Padre Reyes lo fue

convenciendo, y yo por mi parte; cuando el señor don Román y el licenciado Pérez consintieron, Refugio se decidió. ¡Bendito sea Dios! No es malo como dicen los envidiosos; al contrario; le gusta hacer caridades, pero que nadie lo sepa; y es más el trabajo que regala. Como confesarse, lo hace cada año. El que dicen que nunca se ha confesado es don Pascual.

—Ave María. Y a don Román ¿cómo lo convencerían?

—Pues mire, yo creo, yo creo... Pero es mejor no meterse en vidas ajenas...

—Ya se habrán ido esas mujeres. ¿Te acuerdas del año que las echamos a fuerzas?

—Diz que anoche salió la última. Lo supe por una conversación de los peones que trajeron rastrojo. Dios quiera que nunca volvieran. El mejor día nos atraen con su mal vivir un castigo del cielo y por sus pecados no quede piedra sobre piedra.

—Cuando uno menos las espera va sabiéndose que andan por allí de vuelta. Yo creo que ahora don Román, que las ha consentido, ya no las dejará volver, como otros años, después de la Cuaresma...

—Timoteo tan bueno, tan prudente, que ha sido un padre conmigo, vieja e inútil, más desde que estoy tullida. Es casi un santo mi viejo. Y tan buena gente para todos; no puede ver una necesidad que no remedie: dinero, consejos, maíz. Dicen que de cuando en cuando va a ese barrio; falsos testimonios: es muy temeroso de Dios; pero ya ves que no faltan malas lenguas...

— ¡Qué falta me ha hecho Melesio! Parece como si ya nunca lo volviera a ver. ¡Es tan cumplido! Yo creo que no hay uno como él de apegado a sus obligaciones...

Las recién casadas son las que hablan menos; pero cómo quisieran que volaran los días en un suspiro, en uno de los suspiros que dicen su cuita tímida, más fuerte cuanto represada.

El lunes, todo el día, meditaron en el pecado; el martes, en la muerte; el miércoles, en el juicio; el jueves, en el infierno; el viernes, en la pasión de Nuestro Señor y en la parábola del hijo pródigo, que fue objeto — ésta— de la última distribución de la noche.

Se levantaban a las cinco y media de la mañana; entraban a capilla, para la meditación, a los tres cuartos para las seis, y seguía la misa, entre la cual y el toque de refectorio, a las siete, mediaban escasos quince minutos libres, pero en silencio, que después del desayuno se prolongaban hasta las ocho y media, hora de la primera parte del rosario y primer sermón del día, a cargo del señor cura; luego, tiempo libre, hasta las diez: Vía-Crucis, plática del Padre Reyes y examen de conciencia; toque para comer, a las doce; tiempo libre hasta las dos: rosario (misterios dolorosos) y puntos de meditación; tiempo libre; a las cuatro, lectura espiritual y sermón; a las seis, última parte del rosario, plática moral, sermón y tiempo de disciplina; todavía después de cenar, hacia las ocho y media, congregábanse a hacer examen de conciencia relativamente a ese día, que terminaba con el *Miserere*; a las nueve todos deberían estar ya recogidos.

Los espacios libres entre capilla y capilla son para repasar a solas los temas de sermones, pláticas y lecturas; para suscitar ideas propias en orden al arrepentimiento y enmienda de la vida pasada, a la consecución de la Gracia y perseverancia. Se puede transitar por los patios y ambulatorios, permanecer en la capilla o en los dormitorios, pero en silencio rigurosísimo, apartados los unos de los otros, bajo pena de expulsión, que muy pocas veces ha habido necesidad de aplicar.

A dondequiera volteasen los ojos —en la capilla, en los corredores, en los ambulatorios, en el refectorio, en los dormitorios—, las paredes háyanse cubiertas de imágenes e inscripciones, que fuerzan la vista y el entendimiento a prolongar la meditación. Textos clásicos y versos populares de metro y rima pegajosos; cuadros de tremendo realismo: el Viacrucis trágico, de dimensiones enormes, cubre los muros de la capilla, sobre cuyo altar se levantan las esculturas de la crucifixión, intensamente dramáticas, y al fondo un paisaje de terror: nubes cárdenas y negras, rayos, campos desolados, un caserío de tono rojizo, que representa a la malaventurada Jerusalén; alegorías de los

novísimos distribuidas en los ambulatorios, entre las leyendas persistentes, casi sin dejar espacios vacíos, con tétrico abigarramiento; aquí la muerte del pecador, allí el infierno de los lujuriosos, de los avarientos, de los soberbios, de los asesinos, de los ladrones; más allá un cuerpo putrefacto donde se complació el pintor con la presencia de gusanos que parecen vivos, adheridos a la tela, entregados a su fúnebre tarea; en el repartidor central, frente a la puerta de la capilla, un Día del Juicio, pavoroso aun para quienes lo hayan contemplado muchas veces; el tormento del rico Epulón y las miserias del Pródigo que toma envidia de lo que comen los puercos a su cuidado, son los temas de dos grandes lienzos puestos en el refectorio... Los ojos, el alma sobrecogida, pasan de las terribles inscripciones hechas con grandes caracteres, a los terribles cuadros, viniendo de las terribles palabras que resonaron en la capilla: muerte, juicio, infierno y gloria, sin hallar punto de reposo en la batida contra la concupiscencia y el pecado, ni en sueños, porque aun allí las impresiones de la vigilia bullen dislocadas.

La fórmula del ayuno es obligatoria y general durante la semana. Los enfermos, imposibilitados o dispensados tendrán Ejercicios especiales en otro tiempo para no hacer excepciones de régimen durante las comidas.

Antes de oírlos en confesión, el señor cura y los ministros se reparten a los ejercitantes, como aconseja San Ignacio: «no queriendo pedir ni saber los propios pensamientos ni pecados», mas para informarse fielmente «de las varias agitaciones y pensamientos... porque según el mayor o menor provecho le pueden dar algunos espirituales Ejercicios convenientes y conformes a la necesidad de la tal ánima así agitada». En los tiempos libres, en voz baja y apartados, traban conversaciones, que individualmente afianzan la obra común, realizada en clímax ascendente.

La primera noche no hay lugar para la *disciplina*; pero desde la segunda —los ejercitantes han recibido recordatorio en la distribución de la tarde para que a la siguiente traigan el instrumento que su piedad les haya hecho prevenir—, tras el anatema contra el pecado, vibrantes todavía las exclamaciones de horror, excitados los presentes a la flagelación contra el cuerpo, contra la carne que nos ha hecho caer, se

apagan las luces, comienza el canto de *Perdón ¡oh Dios mío! Perdón e indulgencia...* y suena un ruido seco, espeso, rítmico, escalofriante; algunos, en las tinieblas, quítanse hasta la camisa para azotarse con rigor. Un cuarto de hora, un eterno cuarto de hora, para muchos brevísimo. Suspendida la flagelación por la enérgica voz del párroco, todavía las luces tardan en prenderse para dar tiempo, entre silencio y sollozos ahogados, a la compostura de los semblantes.

Esa misma noche, antes de acostarse, los ejercitantes reciben los puntos principales de la meditación sobre la muerte, y, cuando ya están dormidos, a las doce, a la una de la mañana, la sorpresa impresionante... Ha sido este año el tránsito, por los dormitorios, de un ataúd, seguido de plañidos y el coro que cantaba *Réquiem aeternam*. Otros años fue un desfile de fantasmas que simulaban esqueletos portando lívidas lámparas de alcohol, titiriteo de calaveras pendidas del techo, gemidos lúgubres en tomo a las ventanas.

Pasada la reacción de pavor, don Román Capistrán, ya bien despierto, se sintió colmado. Una mano enérgica, oportuna: la del Padre Reyes, lo contuvo y dio tiempo a la reflexión. Debe decirse que don Román había venido a los Ejercicios por congraciarse con el pueblo; llevaba seis años de residir en él e inútilmente había esperado que su amigo, el gobernador Ahumada, lo cambiase a otro sitio, ascendiéndole la categoría. No siempre con limpieza fue adquiriendo tierras, ganados, casas; fue acostumbrándose al vivir de la comarca: la gente sufrida, buena, trabajadora, económica; el campo noble, responde al esfuerzo humano; las costumbres, sin exigencias; por otra parte, presentábasele cada vez más incierto el porvenir político; era tiempo de sacudirse la burocracia y pensar en establecerse por acá definitivamente, dando mayor atención a sus negocios, incrementándolos con un comercio, tal vez con alguna industria bien planeada. No se le escapaba el poco afecto y los muchos agravios que le volvían el rostro de los vecinos; cuando dejara de ser autoridad, el fingido comedimiento que se le dispensaba y era producto del temor se trocaría en absoluto vacío, quién sabe si en represalias. El trato del Padre Reyes fue un áncla, y la invitación a los Ejercicios —resistida mitad sincera, mitad calculadamente— un camino para ganar la confianza pública. Estuvo a punto de desistir,

aplazando el propósito. Ya dentro de la Casa, varias veces intentó desertar: la primera, cuando en el refectorio se le hizo blanco de la extrañeza general, cuando descubrió entre los ejercitantes a los hermanos Maclas, prófugos desde hace dos años, por unas muertes que hicieron en La Cañada, y a Porfirio, y a tantos sospechosos de abigeato, a tantos contraventores de la ley, a tantos responsables de faltas a la autoridad; era evidente que le rehuían, que los molestaba su presencia y desconfiaban. El régimen y ambiente de la Casa lo exasperaba. Nunca fue incrédulo; pero el deseo de lograr buenos puestos en el gobierno fomentó su indiferencia; cuando vino de director se permitía chanzas irreverentes que le granjearon desafecto; al darse cuenta de que no le aprovechaban los «méritos» de jacobino, antes le creaban problemas, declinó su actitud; comenzó a ir a misa los domingos; el Jueves de Corpus pasado aceptó llevar el varipalio en la procesión y se hizo de la vista gorda para que se practicasen actos de culto externo; dejó quitar al Padre Reyes el retrato de Juárez que había en la Presidencia. En los Ejercicios, finalmente, soportó las acometidas del respeto humano, las repugnancias de las primeras horas, la estridencia compulsiva que fue mellando el ánimo, lo forzó a meditar en los temas eternos y acabó rindiéndolo, de veras, no más allá del tercer día.

En cambio, no hubo fuerza que contuviera a don Pascual tras la sorpresa del macabro desfile. Temprano, al día siguiente, salió no sólo de la Casa, sino del pueblo, sigilosamente.

Y don Refugio...

—«Don Refugio —comentaban después los lenguaraces— abrió un ojo, miró el cajón de muerto y siguió durmiendo más a gusto, arrullado por los gemidos y los cantos de réquiem.»

—«Quién sabe —decían otros—, si entre sueños pensara que llevaban a enterrar a alguno que él hubiera despachado y por eso pudo dormir más a sus anchas.»

—«¿Qué tal don Inocencio, que del susto hasta se le soltaron las deposiciones?» —«No nomás a él.»

«Muerte, cuán amarga es tu memoria.» Cuán aflictivo ese día martes, principalmente a los que cargan en su conciencia el recuerdo de vidas que troncharon: los dientes terrosos, las manos agarrotadas del difunto

Anacleto; las convulsiones de los maritateros muertos en la fiesta de la Cañada, va para dos años; los ojos abiertos, que ninguna lucha bastó a cerrar, y los puños en vano amenazantes de Pedro Ibarra.

El quinto mandamiento fue la materia de la plática moral y del examen de conciencia, ese día. («Quién, qué, en dónde, a quién, cuántas veces, por qué, de qué manera, cuándo.») —«Era un día domingo —piensa, examinándose, Francisco Legaspi—; serían como las tres de la tarde, hora de volver al rancho, cuando Pedrito Ruiz, el arriero, nos encontró, que venía de como por San Antonio y nos dijo que mejor diéramos un rodeo por la calle de arriba, porque acá, en la esquina del Pabellón Nacional estaba Gumersindo borracho, muy impertinente, moneando con una pistola, que nadie había de pasar por allí; más que por todo, por la curiosidad, no le hice caso a Pedrito y seguí mis pasos, calles arriba; no tardé en oír los cantos y los gritos desentonados del borracho; en la esquina y en algunas puertas y ventanas estaban algunos hombres y mujeres, a la curiosidad, con el Jesús en la boca; pero quién se los mandaba estar allí. Seguí caminando, porque por qué me había de volver frente a un borracho que nuda tenía que ver conmigo y al que yo nunca le había hecho nada; si me volviera, sería peor; más se envalentonaría el escandaloso, luego se burlarían todos de mí, sin que nada pudiera quitarme la fama de miedoso, teniéndome por dejado me cargarían la mano, ya nunca me dejarían en paz y tantearían abusar de mi paciencia. Gumersindo estaba sentado en el batiente de la banqueta, con una botella al lado, que se caía de borracho, canta y canta, entre malas razones; cuando me vio me habló, invitándome a echarme un trago; no le hice caso y seguí mi camino.

—¿No me oyes, jijo de tal, que por aquí no me pasa nadie, porque no se me antoja y a ley de mis calzones, jijo de la ésta y la otra? —me grita.

Ni quien le contestara nada; nomás pelo el cuete, y sigo caminando, sin perderlo de vista; en esto apunta para donde yo voy, y suelta un plomazo, que por mérito que me pega, nomás retachó a la altura de mi cabeza; me hago fuerte junto a la puerta de los Loera, que estaba cerrada, viendo a ver si se le pasaba la demencia; pero que se me viene encima furioso, echando maldiciones y provocando; era muy buen tirador, hasta cuando estaba bien borracho; le grité que no se me

acercara, pero él seguía caminando en dirección a donde yo estaba. Nadie se atrevía a arrimársele para detenerlo.

—Si das un paso más acá de la sombra, te disparo —le grito; por toda contestación me soltó otro plomazo, y entonces...»

—También se peca contra este mandamiento por riñas, por injurias al prójimo, por rencillas, por malas voluntades, por cualquier especie de agravio, en pensamiento, palabra u obra... Qué, contra quién, cuántas veces, por qué, de qué manera, cuándo.

Y a las palabras del ministro salían mil recuerdos con paisaje y toda clase de detalles, muchos ocultos, que la conciencia registraba escrupulosamente:

—Había una luna preciosa esa noche...

— Era el tiempo en que todavía no se desterraba el vicio de la borrachera, y esa tarde yo traía mis copas; no estaba en mis cinco sentidos...

—Siempre que lo veo, dos o tres veces al día, hace tres años, siento impulsos de golpearlo, de que se lo llevara el diablo...

—Han de haber sido cuatro puñaladas, o cinco; de lo que me acuerdo es de cómo gritaba, parecían los gruñidos de un puerco, en el rastro...

—El día que acabé golpeándola, cerca del río, traía un vestido azul marino, con adornos negros, y los cachetes pintados, que me daban asco ¡pobre mujer!

Los rastros de sangre fueron más abundantes que la otra noche, cuando al terminar la disciplina se prendieron las luces de la capilla; el ambiente, irrespirable por la criolina y el formol que regaron para que los sentidos con más fuerza vinieran a la meditación de la muerte.

Los terrores del juicio universal pintados con lúgubres palabras por el señor cura, los gritos estentóreos de «¡Apartaos, malditos de mi Padre: id al fuego eterno!», prorrumpidos al fin del sermón, la noche del miércoles, y repetidos a la hora de la disciplina por una voz que no parecía de este mundo, entre batir de hojas de lata, el estridente toque de una trompeta, y otros ruidos terroríficos, derrumbaron las resistencias de Don Román Capistrán, saltó la vena del llanto y esta noche fue uno de los que se quitaron la camisa para la flagelación.

Coincidieron la plática y el examen sobre materias del sexto mandamiento, con la meditación del Infierno. Allá un pueblo subterráneo de pensamientos consentidos, deseo, actos ocultos, vergüenzas solitarias, conversaciones y palabras, fue tendiendo sus redes invisibles; sin los colores del deleite, porque luego debíase «ver con la vista de la imaginación los grandes fuegos, y las ánimas como en cuerpos ígneos; oír con las orejas llantos, alaridos, voces, blasfemias contra Cristo Nuestro Señor y contra todos sus santos; oler con el olfato humo, piedra azufre, sentina y cosas pútridas; gustar con el gusto cosas amargas, así como lágrimas, tristeza y el verme de la conciencia; tocar con el tacto, es a saber, como los fuegos tocan y abrasan las ánimas». Ya desde la víspera se había dado como primer preámbulo de la composición de lugar, «ver con la vista de la imaginación la longura, anchura y profundidad del infierno». La especialidad del señor cura es la execración del vicio lujurioso, para que cada uno de los ejercitantes mire su retrato y miseria; irresistible también es la manera con que predica sobre las penas del infierno, ayudándose con azufre y brea, cuyo hedor llena la capilla esa noche; a la hora de la disciplina —que suele ser la más rigurosa, la más sangrienta—, los monacillos arrastran en el coro cadenas y los cantores prorrumpen alaridos espantosos. (Ahora fue don Refugio el tocado por la Gracia: se quitó la camisa para flagelarse, hizo propósito de no volver más al barrio maldito.)

En punto de la media noche la campana convocó a la capilla para hacer la meditación de las Dos Banderas y luego el principio de los ejercicios de la Pasión, a los que fueron consagradas las distribuciones del viernes, día en que no hubo desayuno sino para el que lo pidiese (y nadie lo hizo); las ventanas quedaron cubiertas con velos negros: el Viacrucis y la procesión de las Tres Caídas fueron de rodillas; muchos, rehusándose a probar alimentos a medio día, prefirieron permanecer hincados, en memoria de las tres horas que Nuestro Señor estuvo en la santa cruz. Cuán oportuno, al final de los pasos dolorosos, el sermón del hijo pródigo, calculadamente predicado por el Padre Reyes, con la dramática escena de todos los años: al oír las palabras: «Me levantaré e iré a mi Padre», uno de los ejercitantes, el de peor fama (este año fue Donato, reincidente en el vicio de la borrachera), se levanta de la puerta

de la capilla, donde todos lo han visto al entrar, bajo unas ramas de encino, entre bellotas, vestido con harapos y un sombrero desgarrado; avanza lentamente, sube al presbiterio, y cuando el orador, conmovido, llega al pasaje: «Todavía lejos avistole su Padre, y entemeciéronse las entrañas, y corriendo a su encuentro le echó los brazos al cuello», el sacristán mueve los goznes de los brazos de Jesús Nazareno, que revestido con capa pluvial está junto al altar, y los deja caer sobre los hombros del pecador, mientras la orquesta, en el coro, rompe a tocar, desatando el llanto de los presentes. Apáganse las luces, comienza la disciplina, y la música continúa, y continúan los lloros.

El señor cura Martínez, el Padre Reyes y los otros cinco sacerdotes de la jurisdicción pasaron la noche confesando; casi todos los ejercitantes fueron movidos a hacer confesión general. (—«Qué, por qué, de qué manera, cuándo, cuántas veces.») Allí estaba el pueblo subterráneo, que podría estallar si los Ejercicios no lo refrenaran.

Los pecados en desfile se parecían unos a otros y la experiencia de los confesores no se sorprendía. Pero esta noche las orejas eclesiásticas escucharon cosas extrañas, alarmantes:

— «Acúsome de recibir y propagar periódicos que hablan mal de Dios Nuestro Señor, de la Virgen, del Santo Padre y del clero; también novelas que hablan de amores, que se las he prestado a una prima...»

El padre que oyó esto remitió el caso al señor cura. Otro se acusó de haber traído al pueblo una colección de fotografías inmorales, que había enseñado a algunos amigos. Otro dijo que cuando la última vez fue a Guadalajara estuvo en una reunión de masones, que trajo unos libros de masonería y que aquí, en el pueblo, había platicado algunas dudas que tiene sobre religión, dejando pensativos a muchos. Casi todos los padres supieron, por distintos penitentes, que la otra semana hubo una reunión de espiritistas, que hizo en el pueblo un agente viajero y los había dejado sorprendidos. También era evidente la infición liberal y socialista; uno, en el Norte, había estado en una huelga; dos o tres confesaron rencores contra los ricos; aquél manifestó su connivencia con gentes de Teocaltiche para venir a fundar un club juarista, y el otro declaró estar comprometido en una conjura para

levantarse en armas, «caso que don Porfirio se reeligiera», y que acabarían con los ricos.

El sesgo de tamaños peligros que se agitaban subterráneamente dejó preocupadísimo al señor cura, en grado de enfermarlo semanas después. Una sombra cubrió su frente y sus ojos en el júbilo de la mañana siguiente; con algún pretexto dejó de asistir al desayuno, cuando se rompió la consigna del silencio y el refectorio se llenó de voces; con un dejo de amargura despidió a los ejercitantes y puso en el fervorín de la Gloria, de la indulgencia plenaria y del juramento de Temperancia, un tono agrio, no habitual en semejante momento.

—«El pueblo está rodeado de peligros, en estado de sitio, y dentro hay gentes del Enemigo. ¡Ay de aquél por quien nos venga la desgracia! Más le valiera atarse al cuello una piedra de molino y echarse a las profundidades del océano...»

Extrañamente parecía predicar los sermones de la muerte, el juicio y el infierno. Ni quiso que la música de aliento, como todos los años, tocara a la puerta de la Casa cuando salieran los ejercitantes, ni que hubiera cohetes.

—«Nos esperan días tristes, días de calamidad, y nada puede regocijarnos» —explicaba.

7

Las puertas de las casas están abiertas y adornadas para recibir al ejercitante, con altares en los zaguanes, en los corredores o en las salas. Hay dispuesta comida para la parentela. Se habla con alta voz en calles y umbrales. Novedades del pueblo en los días pasados. ¡Con qué vergüenza, con qué recóndito placer vuelven a encontrarse los recién casados! Es un profundo día de fiesta, capaz de abrir las puertas y los corazones. Atisbos de pupilas mozas, que se aprovechan del barullo, penetran en las casas, pueden sin peligro fijarse dentro de las pupilas perseguidas, largo rato, largo rato feliz. Y aún hay tiempo para deslizar, mano sobre mano, el plieguecillo de las confidencias. ¿Quién podrá

reparar en el rubor de los rostros, en la conturbación de los semblantes, cuando hay espectáculos tan extraordinarios como el abrazo de vecinos que guardaban agravios entre sí, y otros ejemplos conmovedores? Aquél pide perdón público a su familia, el otro restituye un dinero y ninguno quiere ser menos en dar pruebas de su reforma espiritual. Regresan de un país lejano, que linda con la muerte, y no quieren perder sus experiencias. El calor de las cosas amadas y la dulce oscilación de la vida recobrada los estremece. Algunos escrupulosos tienen miedo con el ruido del mundo, de su mundo; los deslumbra la luz y quisieran resistirse a las palabras de sus mujeres. («¿Hubo algún rapto estos días?» «¿Quién se murió?» «¿No hubo alguna novedad en la casa?») Vuelven las viejas preocupaciones y los cuentos viejos. Pero de nuevo hay que don Román Capistrán invitó a comer en su casa a Porfirio Llamas y no dio trazas de aprehender a los Macías.

Con las puertas vueltas a cerrar, poco después de medio día, se restaura el silencio. Es la tarde que ocupan los sacristanes para ir cubriendo altares e imágenes con velos morados, acontecimiento grave de todos los años en el vivir del pueblo. Comienzan los grandes días, los crepúsculos nemorosos, entre dulces y tristes, con zumbidos de fiesta y de congojas. Han vuelto los varones a sus casas. Han vuelto.

Esta noche ¿quién será concebido? Abel o Caín, un sacerdote o un forajido, el salvador del pueblo, su escandalizador y verdugo, la gloria o el oprobio, quién sabe si sólo vidas inútiles. (Veintisiete de marzo.) Esta noche que, como todas, no rinde con su cansancio al señor cura, quien después de cenar vuelve al confesonario, termina con los demandantes, reza la última parte del oficio y del rosario, viene a su cuarto, se postra, se disciplina (hoy, con inmediatos agobios, que el éxito de los Ejercicios no es parte a mitigar), y hace oración por las necesidades remotas y próximas, por todos los hombres del mundo y por sus feligreses, de modo especial por fulano, zutano, mengano y perengano, por los que estén en peligro de tentación y los que hayan de pecar en pensamientos, palabras y obras; por las mujeres, los adolescentes y los niños; por sus ministros, para que se conserven puros y celosos: el Padre Reyes (con los peligros de su juventud y carácter), el Padre Islas (con sus escrúpulos), el Padre Vidriales (con sus arrebatos), el Padre

Meza (con sus rutinas), el Padre Rosas (con su poca diligencia), el Padre Ortega (con su timidez). La propia flaqueza e ineptitud es el motivo final de la meditación y ruegos del párroco.

Esta noche no ha juzgado necesario dar una vuelta por el pueblo, a la hora en que se halle recogido, como casi todas las noches. Ya son las once cuando apaga la luz y trata de conciliar el sueño, que tarda en venir, ocupado por los peligros inminentes de la grey: liberalismo, libertinaje de costumbres, masonería, espiritismo, socialismo, lecturas impías, ¡revolución!

—«Es necesario hacer esto, lo otro, lo de más allá... La hija de don Inocencio tuvo la osadía de venir al rosario escotada, distraída y siendo causa de distracción... ¿Dónde, Dios mío, sería la junta de los espiritistas?... Hoy he comenzado a trabajar en el descubrimiento de esas novelas; pero mañana mismo hay que hacer esto y lo otro... Ese muchacho de don Alfredo no anda bien, no anda bien... El correo, al Padre Reyes... Las novelas, al Padre Islas... ¿Podré vencer las asechanzas del mal?... Me da mala espina la fuga del tinterillo... Esas maquinaciones de los de Teocaltiche, ese odio creciente y en parte justo contra los ricos... La viuda de Lucas González no anda bien... Es alarmante la desenvoltura de algunas muchachas; pero sobre todo las ideas que se infiltran, las ideas, las ideas... Más prensa buena, más suscripciones a La Chispa... El sermón de mañana... *Tristis est anima mea usque ad mortem*... Que el Padre Reyes organice una liga especial con los nortños, mañana mismo... Mañana... Pero ya debe ser hoy, Domingo de Pasión...»

¿Quién ha sido concebido esta noche? ¿Quién será concebido esta madrugada? Ya es hoy Domingo de Pasión. Comienzan días memorables.

MARTA Y MARÍA

1

HUÉRFANAS, desde muy chicas las recogió su tío don Dionisio, cuando estaba destinado en Moyahua. La madre de las niñas era hermana del eclesiástico; el quebranto de la viudez y el clima del cañón la mataron en breve, y aquéllas quedaron al amparo de la abuela, que tampoco les duró mucho, pues al venir al pueblo el asma de la anciana se recrudeció y la condujo al sepulcro. Fue grave crisis para don Dionisio el de su personal orfandad —siempre se sintió niño junto a su madre—, agravada con el problema de aquellas muchachitas, no sólo incapaces para hacerle casa, sino urgidas de cuidados especiales, de educación y de ternura. Sólo Dios sabe cómo ha ido saliendo de tal apuro, los esfuerzos de delicadeza y rigor, el equilibrio de circunspección y asistencia en todos los órdenes.

Marta tiene ahora veintisiete años y María veintiuno. El alma de Marta está tocada de penumbra; la de María es radiante, sin que la común inhibición la haya opacado en modo alguno. Marta es pálida, esbelta, la cara ovalada, las cejas nutridas, grandes las pestañas, los ojos hondos, la boca exangüe, la nariz afilada, sin relieve los pechos, el andar silencioso y lenta la voz; María es morena, la cara redonda y sanguínea, la boca carnosa y coronada de ligerísimo bozo, los ojos grandes y glaucos, de rápidos movimientos, el timbre de la voz grave y juguetón. Enérgicas una y otra, serena es la mayor, impaciente la pequeña. Nunca han salido del pueblo; pero la secreta, cada vez más íntima e imposible ambición de María es conocer siquiera Teocaltiche; antes gozaba —todavía, sí, recónditamente, muy a solas, todavía, sin que nadie lo sepa ni lo imagine—, goza figurándose cómo será una ciudad: León, Aguascalientes, Guadalajara, Los Ángeles (donde vivió su padre), San

Francisco (donde murió), Madrid, Barcelona, París, Nápoles, Roma, Constantinopla; le gusta leer: casi sabe de memoria el Itinerario a Tierra Santa y la novela Staurófila; como no acierta a conocer lo que disguste a su tío, y han sido frecuentes, duras, las reprimendas por ese vicio, lee a hurtadillas; tenía pasión por los libros de geografía, pero tanto la exaltaban y con tantas preguntas colmaba la paciencia de don Dionisio, a quien importunaba para que la llevara a alguna de las peregrinaciones, que éste acabó por quitárselos y prohibírselos; cuando llegan cartas, anuncios y periódicos destinados a su tío, se le van los ojos tras de los sellos postales que dicen claramente: Guadalajara, México, Barcelona, París; en los calendarios que anuncian vinos de consagrar, velas, artículos religiosos, etc., no se cansa de leer las direcciones: Madrid, calle fulana, número tantos; y los periódicos; quién sabe si por ella su tío no reciba más que revistas religiosas y La Chispa; dejó la suscripción de El País, que traía bonitos figurines y noticias interesantes; el Padre Reyes todavía la recibe y le presta algunos números al señor cura, que María lee a la descuidada; últimamente estaba leyendo Los tres mosqueteros; pero ya no ha podido ir a casa de Micaela Rodríguez, que trajo el libro, de México. Micaela era su íntima amiga; desde chicas congeniaron; ahora que volvió de México no hallaba dónde ponerla para que le platicara todo, todo lo que había visto; ¡qué admiración y hasta envidia! ¡qué vestidos! Volvió medio cambiada, medio chocante, orgullosa y media; todo se le podía pasar por haber estado donde estuvo y haber conocido tantísimas cosas de milagro: el cine, los teatros, los restaurantes, el tren, los tranvías; pero sucedió que a don Dionisio no le parecieron bien ciertas pláticas de Micaela y menos sus modas diz que indecentes, prohibió a María que siquiera la saludara y amenazó con despedir a la amiga si volvía a poner el pie en el curato. En general no le gusta a su tío que tengan amistad con nadie; cada día es más retraído con ellas, apenas les habla lo indispensable, se da a entender con los ojos, con la actitud; cualquiera diría que no les tiene ningún afecto, a no ser por algunos detalles elocuentes: el año pasado, por ejemplo, María estuvo gravemente postrada con una fiebre intestinal y don Dionisio anduvo como loco, más que si fuera su padre.

María y Marta son, en efecto, las cuerdas sensibles del viejo cura: la violencia con que trata de disimular el cariño que les profesa es el mejor testimonio de la profundidad con que las quiere. En lo íntimo, la predilecta es María, que vino a su amparo pequeña, de unos cuantos meses, a quien enseñó a hablar, a rezar, a leer (qué íntima ternura cuando lo recuerda); quizá también por su genio difícil que tan frecuentes dolores de cabeza le proporciona. Marta es la sobrina de las confianzas: lleva las cuentas de la casa y de la parroquia, guarda y distribuye el dinero, es el ama del hogar. ¿Qué haría humanamente si le faltaran aquellos retoños de su sangre, casi criaturas suyas, qué haría sin ellas el anciano?

2

AHORA sí parece que no saldrá el día la pobre mujer de Leonardo Tovar. Dicen que el cáncer le comió el vientre y los senos; que ya le estaba apareciendo en el rostro. En caridad de Dios es mejor que se muera y deje de sufrir como pocas mujeres han sufrido en el pueblo esa cruel agonía, sin remedio que valga. Dos meses de estar en vivo grito, ni se le mitigaba el dolor, ni le llegaba la hora. Desde ayer perdió el habla y el conocimiento. Vinieron a hablarle al señor cura, con urgencia, porque estaba la moribunda en las últimas boqueadas. El señor cura se ha ido, de prisa, y ha olvidado en el comedor unos ejemplares de El País que le trajo el Padre Reyes. En un escondite, María se apresura a leerlos. El primer número que despliega es del 27 de marzo, que trae con letras grandes la noticia siguiente:

«OTRO MATADOR DE MUJERES SENTENCIADO A MUERTE.

—Eran dos niños: ella tenía quince años; él no llegaba a los veinte.

—Se vieron y quedaron interesados sus corazones, sintiendo esa pasajera y falsa felicidad, que tantas desgracias produce en este mundo.

—Faltaba la experiencia de la vida; no habían sido educados en la escuela moral religiosa, que enseña a dominar las pasiones humanas... y dominados por las engañosas ideas modernas, se entregaron por

completo a un ensueño, cuyo despertar costó la existencia de uno y la perdición de otro.

—*Efímeros y trágicos.*

—Así fueron los amores de Antonio López y de María Luisa Boyer. Esta, muy joven y bastante hermosa, se cansó pronto del cariño que inspirara a López, en cuyo corazón el amor, convertido en capricho y en deseo, enraizó demasiado profundamente para conformarse con un abandono, al que se hubiera sometido haciendo el esfuerzo supremo e indispensable en casos semejantes, si hubiere existido en su pecho algún sentimiento religioso.

—Desgraciadamente no fue así y Antonio López, que había sentido los halagos del cariño de la Boyer, no se conformó al verse desairado en semejantes circunstancias.

—Las relaciones entre la Boyer y López fueron muy efímeras, y si rápidamente llegaron a entenderse, hasta el hecho de vivir juntos, con igual rapidez acabaron por separarse.

—*En pos de la orgía.*

—En efecto, María Luisa Boyer huyó de la casa de Antonio López y fue en busca de aventuras y de orgías, que no nos ocuparemos en relatar.

—Para tomar tal determinación la Boyer daba por disculpa una, que no es aceptable, porque la carrera por ella emprendida, demostraba una perversión innata.

—*Loco empeño del enamorado.*

—Como sucede casi siempre en estos casos, Antonio López no tuvo la energía suficiente para olvidar a la Boyer, y al abandonarlo no se imaginó tampoco las fatales consecuencias a que se exponía en un plazo cercano.

—Buscola López con necio afán, y cuando supo en dónde se hallaba la Boyer, fue allá y trató de sacarla de aquella casa nada decente.

—Le tenía miedo.

—Logró Antonio López acercarse a la Boyer, no obstante que ésta procuró evitar la entrevista, porque le tenía miedo y sospechaba que procuraría ejercer alguna terrible venganza.

—En la plática que tuvieron en la misma casa, López propuso a la Boyer que volviera a su lado y ella accedió en aquel momento, pero al parecer, lo hizo impulsada por el miedo de ser maltratada.

—Quedaron que saldrían al día siguiente para la ciudad de Toluca, pero la Boyer no concurrió a la cita y esto puso furioso a López, que desde aquel momento juró tomar sangrienta venganza. .. Se presentó en la casa en que se hallaba la Boyer, que corrió a esconderse al notar su presencia, pero López volvió a repetirle su proposición de que lo siguiera, a lo que ella se negó terminantemente, y entonces él, decepcionado, salió en busca de una pistola, con la que regresó al poco tiempo.

—En la sala encontró Antonio López a María Luisa Boyer, y ya sin más explicaciones, le disparó dos tiros, dejándola moribunda, y a continuación volvió el arma en su contra, y se dio un balazo en la boca, pero el proyectil se desvió porque uno de los testigos trató de arrebatarse el revólver homicida... La Boyer murió a los pocos días de la tragedia, y López ingresó a la cárcel de Belén, acusado de homicidio y robo...»

Hasta el escondite fueron cayendo toques de agonía; pero enfrascada en la lectura, la sobrina de don Dionisio no prestó atención; más bien pensó en las múltiples hipótesis que se hicieron hace algunos meses, muy en secreto, cuando el cuerpo de una mujer fue hallado con diecisiete puñaladas en el arroyo del Cahuixtle; oyó decir que un hombre la había matado, pero nunca dieron con quién.

Otro periódico, el del 30 de marzo, trae un letrero más llamativo:

EL PRIMER GENERAL ACUSADO DE HOMICIDIO ANTE EL JURADO POPULAR, y en el curso de la información despiertan el interés de la joven estos detalles:

«El señor Maass se aprovechó de la ausencia de los señores Olivares para enamorar a su hermana, pero éstos, al saber lo que pasaba en su casa, procedieron con energía y honradez...

—El general Maass, no obstante que había dado su palabra de honor de que no seguiría molestando a Felisa, se entendía con ésta por medio de cartas y hablando por la ventana, sin que lo supiera la familia.»

Con avidez, María busca el número siguiente. Aquí está:

EL GENERAL BRIGADIER GUSTAVO A. MAASS ES SENTENCIADO A MUERTE.

— La señora Virginia de la Piedra viuda de Olivares asiste a la Audiencia.

—Es el segundo general sentenciado a muerte por homicidio.

—El veredicto fue condenatorio y unánime en todas sus partes.

—El general Maass fue sentenciado a pagar una pensión a los hijos de la víctima y a cubrir los gastos de los funerales.

—Ingresa a Belén el reo.

Los toques de agonía se han convertido en dobles de muerto. Instintivamente reza la muchacha. Su escondite ha ido poco a más oscureciéndose. La sobrecoge un aburrimiento, una tristeza, una zozobra en ella frecuentes. El recuerdo de que su tío haya vuelto y procure los periódicos apenas la mueve. Todavía, ojeando otros números, halla encabezados que la obligan a detenerse:

UN DIVORCIO SENSACIONAL EN ALEMANIA—TERMINÓ LAS BODAS EN BELÉN.

—EL MARIDO LA SOMETE A HORRIBLES TORTURAS, y abajo, en la misma página, con el rubro de ¿NO ES ESTO EL COLMO DE LA INMORALIDAD?, una noticia procedente de Tonayón, Ver., que si es leída por su tío, determinará la recomendación al Padre Reyes para que se abstenga de recibir El País, pues aquél no concibe cómo un periódico católico pueda ofrecer informaciones tan escandalosas, ni a título de promover el remedio; ya se imagina lo que le dirá:

—¿Leyó usted esto? («...en dicho pueblo han sentado plaza unas mujerzuelas de mala vida... ya tienen una casa con cantina y no lejos del centro del pequeño pueblo... en una de las casas que tienen más crédito... varios jóvenes... comenzaron a tomar hasta el exceso y así pasaron la mayor parte de la noche... se les ocurrió salir a la calle en traje paradisíaco, tanto los hombres como las mujeres... y salieron del brazo y así anduvieron por la calle...») ¿Si cayera esto en manos de algún muchacho, de alguna muchacha que aquí ni se imagina tales

indecencias? No sólo deje usted la suscripción, sino escriba a Sánchez Santos una carta muy enérgica.

María se arrepiente de haber leído. Toma prisa por dejar los periódicos en donde los cogió; pero allí le sorprende el anuncio de la peregrinación de la Arquidiócesis a la Villa; el periódico transcribe una circular del señor arzobispo «a los señores párrocos y demás sacerdotes», que los exhorta para que con el mayor número de fieles vayan a México: «los boletos se comenzarán a vender desde el lunes de Pascua... teniendo los peregrinos un privilegio de *veinte días* para hacer el viaje con toda comodidad... recomendando esta comisión a los señores sacerdotes el Hotel Colón, calle de San José del Real, y el de Londres, situado en la 3a Orden de San Agustín... todos los sacerdotes que encabezan un grupo de peregrinos tienen concedido un pase libre de ida y vuelta...»

¡Ay, éste, como otros años, el tío se guardará la circular! Una vez el Padre Reyes quiso que se organizara la peregrinación y estuvieron a punto de disgustarse.

—«Aquí haremos la fiesta a Nuestra Santísima Madre, como lo recomienda la circular para los que no puedan ir» —dice invariablemente don Dionisio a los que se interesan por ir.

—«El viajecito tiene muchos peligros para el alma y el cuerpo; muchas incomodidades» —añade; y al comodino, le pinta las malas comidas y las camas usadas de los hoteles; al tacaño, le hace una cuenta de gastos; al timorato, le execra las costumbres y malos ejemplos de la capital; a María le corta el alboroto con un «ya veremos» que no tiene resolución y con la visible molestia que recibe cuando le ha pedido salir del pueblo.

—Al fin se murió Martinita; la pobre descansó al fin. —Se sorprende María con las voces de Marta que la vuelven a la oscuridad de la noche, dentro del pueblo.

EN la hora de la cena, Marta externa su lástima —tres, cuatro veces— por el pequeño niño de Martina.

—«¿Qué irá a ser de él, tan chiquito?»

En breve:

—«Dicen que fue la pena mayor de la pobre, no saber qué sería de su hijo.»

A la tercera:

—«¿Quién lo recogerá? Ni Martina, ni Lorenzo tienen parientes cercanos: una mujer que se haga cargo del muchachito».

Cuando nuevamente prorrumpe sus conmisericordias, el señor cura levanta los ojos y se la queda viendo entre curioso, extrañado y severo, mientras María, salida de su ensimismamiento, estalla en tono vecino al sarcasmo:

—«Parece que tienes ganas de que te lo dieran.»

El tío vuelve los ojos con rapidez para clavarlos con severidad en la impertinente, que no resiste la mirada. Repuesta en un momento, dice Marta:

—«Yo no; pero me gustaría hacer obra de caridad buscando quien lo cuidara; ya está en edad de ir aprendiendo el temor de Dios. Y me da lástima: huérfano tan chiquito, cuando más falta le hará su madre».

Enrostrándose al tío, añade:

—«¿No sería posible que lo recogieran las Madres del Hospital?».

Don Dionisio guarda silencio; al cabo responde:

—«No es fácil. Ya veremos qué hacer. A ver lo que piensa Leonardo.»

«¿Por qué no había de ser posible que yo lo recogiera?» —piensa Marta para sí, aflorándole los instintos maternos, crónicos y fallidos. Marta guarda todavía sus muñecas, todavía les hace vestidos, todavía —muy a lo secreto, con vaga inquietud— goza contemplándolas. Cuando María la sorprende, le hace burla:

—«Mejor tuvieras niños. Tú tienes vocación de mamá.»

Otras veces le dice:

—«Si no llegas a casarte, debes hacerte monja de esas que cuidan los orfanatorios.»

Marta se ruboriza. Es cierto que los niños le atraen. Son su ilusión. ¿Qué otra cosa sino madre ha sido para María? Le tocó abrazarla, cuidarla, mimarla, desde muy chica. Tampoco puede negar que ha pensado en un hijo propio. Su inocencia no alcanza a comprender el misterio de la maternidad; pero sospecha que hay algo vedado aún a la indagación.

—«Los casados pueden tener y tienen hijos; he oído decir que algunas mujeres también los tienen sin casarse, pero luego las ven como si fueran lazarinas. Será que... mejor es que no ande metiéndome en honduras que no me interesan.»

Y sin embargo, el ansia confusa late dentro del corazón.

¿Qué cosa más dulce para Marta como acariciar el rostro de los niños? ¿Qué tarea más placentera que la del catecismo? Marta es la encargada de los párvulos que vienen a la Doctrina; nunca ha querido cambiarlos, y habrá de verse cómo los contempla, la ternura con que les habla, la melancolía con que los despide.

A pesar de ser Hija de María, las imágenes de la Virgen con el Niño le inspiran más tierna devoción, como en la letanía las invocaciones a Nuestra Señora, Madre de la Divina Gracia, Madre Purísima, Madre Admirable...

Con un precioso Niño de agraciado rostro, María Auxiliadora está en la cabecera de la cama. Dos cuadros, también a colores, uno del Nacimiento, donde la Virgen abraza al Recién Nacido (la gran alegría de Marta, todos los años, para Nochebuena, es componer el Nacimiento de la parroquia y el suyo propio, diminuto, con que llena la sala del curato); el otro, un Ángel de la Guarda que vigila los pasos del rubio infante, completan la decoración del cuarto en que duerme la doncella: Marta veneranda, Marta fiel, Marta laudable, Marta espiritual, Marta de verdadera devoción, Marta mística, Marta de marfil, Marta de la alianza, Marta del cielo, Marta de los enfermos, Marta de los afligidos, Marta del buen consejo, Marta entristecida por confusa inquietud.

LOS DÍAS SANTOS

1

LAS fiestas —fiestas en el sentido del pueblo: se aflojan el aislacionismo y otras costumbres, deja de trabajarse, cocínanse viandas especiales, transcurren los días dentro de la iglesia o en las procesiones, llegan forasteros, hay puestos frente al atrio y en las esquinas— , las fiestas de la Semana Santa propiamente comienzan el Viernes de Dolores. En algunas casas, más bien de los barrios, hay *incendios*: motivo para que los familiares, vecinos inmediatos y amigos íntimos hagan visita, como si se tratara de velorio: sillas en el zaguán, en los corredores, en los patios, en la sala; pero en vez de café se reparte agua fresca y en lugar de lloros se escuchan cantos de palomas puestas en el altar de la Dolorosa. Las casas del centro que ponen incendios no abren sus ventanas ni sus puertas; las de barrio sí, ocasión para que las gentes —una vez al año— salgan de romería nocturna para visitar o sólo para ver los altares: ascuas de cirios y velas, de donde les viene el nombre de *incendios*.

¡Lástima que no abran la ventana ni franqueen a todos la puerta en la casa de los Toledo, que tienen un Calvario de bulto, tamaño natural, muy perfecto, y para ese día levantan un monte —árboles traídos de la sierra, macetas con palmas, flores finas, jardineras con cebada tierna, naranjas y banderillas de oro, esferas enormes de distintos colores, palomas, clarines, canarios, tzentzontles que parecen amaestrados, grandes candeleros de bronce bruñido que sostienen docenas de cirios —, un *incendio* que todos los años repercute mucho tiempo después en las lenguas de quienes lo vieron y de quienes a los que se los ponderaron: un orgullo legítimo del pueblo! Rivalizan con el de los Toledo, los *incendios* de las Delgadillo y de Luis Gonzaga Pérez. Aquéllas

tienen Oratorio en forma, con privilegio de público, en el que la Patrona es la Virgen de la Soledad, una imagen hermosa, traída de Guatemala por el abuelo de las Delgadillo actuales, dicen que hace más de setenta años; para el Viernes de Dolores la visten con manto y miriñaque de finísimo terciopelo con bordados de oro, en las manos le colocan un paño de batista con filigranas, donde residen corona y clavos.

—«¿Puede haber en el mundo una Nuestra Señora de la Soledad tan bonita, con una cara tan perfecta, que sólo le falta hacer oír sus gemidos?»

—preguntan orgullosamente las Delgadillo y, a coro, todo el pueblo responde:

—«No, no hay en el mundo una Virgen de la Soledad como ésta.»

(En 1879 el bachiller Crescenciano Gálvez, Capellán fijo que fue del Oratorio, publicó en volumen nutrido la Historia y milagros de la V. imagen de Nuestra Señora de la Soledad, que se venera en el Oratorio de la familia Delgadillo en esta población; valga lo que valiere la autenticidad de los hechos relatados en el libro, ya muy raro, el sentido popular de lo maravilloso los ha ido reelaborando en versiones extremadas que corren de boca en boca: un Viernes Santo la imagen sudó sangre; para un quince de septiembre se la vio llorar y se la oyó gemir; cuando fusilaron a Maximiliano empapó con lágrimas el pañuelo que tenía en las manos. Los ex-votos cubren las paredes del Oratorio: corazones, brazos, piernas, efigies de oro y plata; retablos, mármoles con leyendas. Aquí uno, dos, tres muertos que dicen haber resucitado; aquí, allá, representaciones de accidentes, de lechos, de riñas; un fusilamiento cuya víctima escapó con vida; diez, doce láminas de diligencias asaltadas, de ladrones embozados a la mitad de un monte, de chusmas que traen fusiles en la mano y rodean un caserío.) El pueblo tiene acceso al incendio del Oratorio: es imponente y sencillo: al fondo, cubriendo el altar, una cortina de terciopelo negro, con franjas de oro, sobre la cual resalta la blancura del rostro y de las manos, los bordados del vestido y la profusión de azucenas; de la peaña —dicen que es plata maciza— bajan siete hileras de lamparillas color de sangre, hasta el suelo; seis blandones —también dicen que de pura plata— sostienen gruesos cirios.

(—«Bonito antes, cuando vivía don Fortunato, hace como veinte años, que traía orquesta y voces de Guadalajara para el *Stabat Mater*, los Viernes de Dolores, y repartía dinero a los pobres, esa noche.»)

Luis Gonzaga Pérez fue seminarista y ahora con sus extravagancias da mucho que hablar y reír. Es el hijo único, mimado, de don Alfredo Pérez y de doña Carmen Esparza Garagarza. Lo alegórico subyuga a Luis Gonzaga; su *incendio* es de fantasía; el Padre Reyes tiene que intervenir todos los años para que la imaginación del muchacho no se desmande; un mundo de figuras, desde Adán hasta don Porfirio Díaz, pasando por Maximiliano y Juárez, componen el *incendio*; Luis mismo las ha pintado, en tamaño natural, sobre cartones que recorta y arma en madera. El otro año, bajo el plano del Calvario, simuló el Seno de Abraham y el Infierno: acá estaban Juárez, Lutero, Enrique VIII, Nerón, Pilatos, etc... Don Porfirio, Maximiliano, Hidalgo, Hernán Cortés, Carlos V, Godofredo, a uno y otro lado del Gólgota, peleaban contra judíos y legionarios romanos. Cada Viernes de Dolores hay expectación por las ocurrencias de Pérez.

De cuenta del señor cura no habría *incendios*, que «son motivo de profanidad»; los tolera, pero ha conseguido desterrar los mayores elementos de disipación. Claro que nadie lo ha hecho visitar este día los altares domésticos y a duras penas permite que Marta y María vayan a la casa de los Toledo, un rato pequeño. Marta es amiga íntima de Merceditas: no guardan secreto entre sí; es a los ruegos de ésta como don Dionisio accede a que salgan Marta y María.

(—«¿Qué forasteros vendrán este año a sembrar inquietudes durante los días santos?» —el señor cura se derrumba en esta preocupación, sobre la que desfila el recuerdo de otros años y de los trabajos que le cuesta —en meses— podar la cizaña de unos días.)

Con cualquier pretexto, Mercedes y Marta se retiran a una pieza sola:

¿No has sabido las loqueras de Micaela? Dicen que ahora la trae con Julián. ¿Tú sabes?

Deben ser cuentos —responde Marta, la dulce—. Julián es muchacho serio. ¿No ha seguido procurándote?

—¡Ay! No te lo puedo ocultar, necesitaba verte para platicarte: desde que supe lo que hace Micaela, y su falta de delicadeza, mis propósitos de no pensar siquiera en Julián se han debilitado. Ha sido una lucha terrible. He llegado hasta arrepentirme de tantos desaires que le he hecho. Ya no siento la repugnancia de antes cuando me viene a la imaginación la impertinencia con que me persigue, ni me parece ya tan malo detenerme en pensar en él. La mera verdad, Marta, nunca me ha disgustado seriamente que se fijara en mí. Tú eres la única a la que puedo hablar de esto. Ahora lo noto resfriado y siento lo que nunca creí poder sentir. ¿Qué crees que deba hacer? Si antes no podía dormir pensando cómo dejar de verlo, ahora lo contrario. Y lo peor, lo peor es que ya ni siento remordimientos. ¡Una Hija de María! Te aseguro que ahorita ha de andar tras él o él tras ella; deben estar en casa de los Pérez, o en el Oratorio, y quién sabe si anden visitando los incendios de las orillas: ¡Dichosa tú que no sabes de estas cosas: es un sufrimiento atroz! Y por más que quisiera, no puedo dejar de sentir esto como envidia, ganas de llorar, de pelear, de morirme, casi como odio, y hasta ganas de ser igual que Micaela. ¡No!, eso no, ¡Dios no lo permita! Marta, ¿por qué habrá mujeres así?

Los ojos negros, hondos, de Marta, con-padecen. (Hace dos años Luis Pérez tuvo la ocurrencia de hacer su incendio con figuras vivas, inspirado por la cara y los ojos de Marta: —«Una Dolorosa ideal»— prorrumpía en todas partes el extravagante. Rara vez ha hecho un enojo semejante don Dionisio, como el día que Pérez le solicitó permiso para llevar a cabo el proyecto.)

Marta la piadosa, la prudente, acaricia las manos de su amiga:

—Debes tener calma y esperar. Yo creo que es muy humano lo que sientes; pero que nadie vislumbre tus sentimientos, y menos Julián. Ahora sí te aconsejo que te muestres hasta orgullosa.

—Mi papá, mis hermanos están propuestos a hacerme sufrir, contando, como sin intención de que los oiga, cuanto hacen Micaela y Julián; lo que los critican. Con eso creen hacérmelo aborrecible y ha sido todo lo contrario.

Marta escucha —benigna, compadecida— las cuitas de Mercedes; a veces la interrumpe: — «Debes ser muy prudente... Que nadie conozca

tu pena, tus deseos... Yo creo que no es malo desear lo que no es contrario a la Ley de Dios...»

(Marta del buen consejo, ¿dónde has aprendido la sabiduría de la vida? ¿cuál fue la escuela de tu prudencia, Marta sagaz, doncella zahorí?)

Luego hablan del niño en desamparo.

—«De buena gana yo lo recogería» —dice Marta.

Con ser de su agrado este motivo de conversación, la doncella prudente lo interrumpe y propone que vuelvan a la sala, no sea que ya las busquen.

—«A poner buena cara y esperar en Dios. No te dejes dominar por la tristeza, que es cosa del diablo» —finalmente fortalece a su amiga.

(Y tú, Marta ¿por qué tienes los ojos tristes, la cara en penumbra, madre inviolada?)

La casa huele a sierra, huele a pinos, traídos de cuajo.

—«Los cortaron hoy en la madrugada y para traerlos fue menester diez muías macizas, que tuvieron que andar toda la mañana, cosa de siete leguas, desde Balcones.»

—«¡Qué bien se le dio a Sarita la cebada, este año!»

—«Nomás trébol no fue posible conseguir. Juan Díaz tiene allá en su rancho; pero es para el Jueves Santo, lo tiene comprometido para la parroquia y el santuario.»

—«Y esas esferas que encantan ¿cuántos años tendrán?»

María no ha podido reprimirse. Cuando llega el Padre Reyes, fingiendo ignorancia y pasado el rigor de los saludos y las alabanzas al incendio, pregunta:

—¿Qué van a hacer este año los que vayan a la peregrinación de la Colegiata si el doce casi se junta con la Semana Santa?

—La peregrinación ha sido transferida para el 21 de abril.

Entonces ¿por qué no convence a mi tío para que vayan de aquí peregrinos? Usted es el único capaz de entusiasmarlo.

María, no se te quita lo novelera. Otra vez quieres sacar la castaña con la mano del gato.

—A poco a usted también ya le parecen malos los viajes.

—Mira, antes de acostarte, lee estos pensamientos que aquí tengo escritos; creo que el primero es de un francés que sabía mucho mundo. No dejes de leerlos.

Viene acá Sarita con unos vasos de cebada y de Jamaica.

—Padre ¿ya estuvo en el *incendio* de los Pérez? ¿Con qué salió ahora Luisito?

—Ahora puso la Cena. San Pedro tiene cara de Maximiliano. Estuvo dudando si ponerle a Judas la cara de don Porfirio; su papá, don Román y yo lo disuadimos. Ya recordarán que el otro año quiso ponerlo en el infierno.

—Yo creo que va a acabar en anarquista.

—Judas es la cara de Juárez.

¿Y hay mucha gente? —pregunta Mercedes, con disimulada inquietud.

—Ya saben que a doña Carmen no le gusta la mucha gente.

—¿A quiénes vio, Padre?

—Allí estaban don Refugio el boticario...

—Muy cambiado desde los Ejercicios ¿no? —dice Sarita.

—¡Bendito sea Dios! También estaba don Timoteo; por cierto que su viaje a la feria de Aguascalientes se frustró, porque ha recibido carta de Damián, que viene en camino.

—¡Dolores de cabeza los que le esperan! ¡Y al pueblo! —dice don Anselmo—. De los nortños ¡líbranos, Señor!

—Al Oratorio ni se podrá entrar.

—Como todos los años.

—¿Y usted cree en todos los milagros que le cuelgan a esa imagen?

—Habría que estudiar cada caso.

(Don Anselmo quisiera insistir, pero el Padre cambia rápidamente la conversación, dirigiéndose a Mercedes y a Marta:)

—Espero que se luzcan este año en el Monumento.

—Ruéguele a Dios.

—Y en los *incendios* de las orillas ¿no hay escándalo? ¿Anda mucha gente? —pregunta Sarita.

(En la esquina de «El Pabellón», más acá de la luna, en la sombra, junto a la casa de los Loera, recatados de los transeúntes que van a ver los *incendios* del Barrio Alto, unos adolescentes platican con voces sordas, secas:

—...la vi cuando iba entrando al Oratorio.

—También yo: como de adrede me empujaba en la apretura. —¿Y qué?

—Primero sin querer, después, uno es hombre.

—¿Te gustó?

—Uno es hombre.

—A mí se me quedó viendo, al pasar.

—Después yo, de intento, seguí reempujándola.

—¿Te le rejuntabas?

—Uno es hombre.

—¿Y no se mosqueó?

—No dijo nada. Como que se reía.

—Diz que así es en los bailes.

—¿La seguiste?

—Se metió con don Alfredo.

—Allí le estaba dando carita a Julián.

—Yo que tú le entraba.

—Parece de las otras.

—Mejor.

—Los vestidos untados.

—Cualquiera no se alebresta.

—También a Luis le da cara.

—¿No te digo que hasta a mí?

—Va con su madre, con su tía, y como si nada.

—¡Ay! Micaela Rodríguez...

El diálogo camina entrecortado, con subterráneas violencias, a rastras de sordos, contenidos impulsos. La luna es fúlgida.)

María no ha podido encontrar a Micaela. María, de regreso, más por vicio que por interés, lee los pensamientos que le dio el Padre Reyes:

«Algunos acaban de corromperse mediante largos viajes y pierden la poca religión que les quedaba; ven de un día a otro nuevo culto, diversas costumbres, diversas ceremonias. —La Bruyere.»

No quiere seguir leyendo y Marta recoge el manuscrito:

«Permanecer; evitar todo cambio, que amenazaría destruir un equilibrio milagroso: éste es el deseo de la edad clásica. Son peligrosas las curiosidades que solicitan a un alma inquieta.»

(Marta lee en voz alta. María la interrumpe:

—«A ti no te cansan los sermones.»

Marta continúa, sin inmutarse):

«peligrosas y locas, puesto que el viajero que corre hasta el fin del mundo no encuentra nunca más de lo que lleva: su condición humana. Y aun cuando encontrara otra cosa, no por eso habría desmenuzado menos su alma. Que la concentre, al contrario, para aplicarla a los problemas eternos, que no se resuelven disipándose. Séneca lo ha dicho: el primer indicio de un espíritu ordenado es poder detenerse y permanecer consigo mismo; y Pascal ha descubierto que toda la infelicidad de los hombres viene de una sola cosa, que es no saber permanecer quietos en una habitación. —*También es de autor profano.*»

—¿Quién será ese autor?

—No dice.

—Parece cosa de mi tío o de tu santo director espiritual. —Sin dar lugar a la réplica de Marta, María continúa:

—Y pasando a otra cosa, seguramente que el recién viudo, padre de tu huerfanito, no andaría en los *incendios*.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada.

¡María! Cada vez me das más miedo. A veces pareces malvada.

—¡Marta!

—Vamos rezando nuestras devociones. Perdóname.

(María, esa noche, vuelve a tener pesadillas, que revuelven las impresiones de lo leído en el periódico y los incidentes locales: Micaela y ella salen riéndose por las calles, las persiguen unos muchachos, les ofrecen el brazo, les quieren quitar los vestidos, llevar al río, pero unos gendarmes llevan a Marta y a Leonardo, el general Maass dispara contra el tío Dionisio, la cárcel de Belén es horrible, allí está el que se casó esta misma mañana y le presta Los tres mosqueteros, a Micaela le dieron un balazo, ¿quién se lo dio? el señor cura...)/

—¡María! ¡María! despierta, no te persignarías con devoción.

2

ANOCHÉ más de alguno me soñaría —piensa Micaela, cuando despierta en la mañana del sábado—. ¡Lástima que Ruperto Ledesma no quiera venir de su rancho! Es mejor, ahora que aprovechando los días santos vendrá David, como me tiene ofrecido en sus dos últimas. Pero Ruperto tampoco dejará de venir para esos días y es tan carrascaloso, ¡Jesús me ampare! Cómo se ponen estos pollos de pueblo cuando ven a una mujer. Anoche querían comerme. ¿Y las mujeres? Echaban chispas. Los muchachos por poco me faltan al respeto. ¡Es divertido! ¡Inocentes! ¡Lo que van a sufrir cuando venga David! Para que aprendan lo que debe ser un muchacho elegante. ¿Y el buenazo de Julián que picó ya mi anzuelo? ¿No estaba tan enamorado de santa Merceditas? Me lo hacía sufrir mucho la altiva...

— Micaela, qué, ¿no te vas a levantar para irte a confesar? Ya dieron la primera llamada de misa de ocho. No vayas a dejar la confesión para última hora en que hay tanta gente, que martes o miércoles será imposible. Nomás estás allí despierta, sin levantarte, que ésa es la mejor hora del diablo para infundir malos pensamientos.

—¡Ay! tía, por favor, déjame en paz. Yo sé cuáles son mis deberes. Mi mamá ni tú se cansan de sermonearme.

3

DESDE que vino del Colegio, Luis Gonzaga se propuso ceñir a un horario sus ocupaciones, para que rindiera más el tiempo y alcanzaran a cuajar tantos proyectos como traía. Levantarse a las seis y media. Lavarse la cara y los brazos. Ir a la iglesia sin distraer la mirada en cosa alguna. Meditar en un sitio apartado. A las siete, oír misa. Volver a casa con sumo recogimiento. Desayuno a las ocho. Tiempo libre hasta las nueve. De nueve a diez, estudio de filosofía. De diez a once, lenguas latina y castellana, lectura de clásicos y ejercitaciones literarias: *Pensum* de poetas selectos. Descanso. A las once y cuarto, un día dibujo, y otro, estudio de música. A las doce, estudio alternado de geografía e historia. A la una, comida y tiempo libre, que aprovecharé en cambiar ideas con algún sacerdote sabio y virtuoso, respecto a mis estudios, vida interior y demás actividades; a las tres, breve siesta; a las cuatro, estudio de matemáticas, alternando con el de física, cosmología y astronomía; a las cinco, realización de proyectos académicos y artísticos; a las seis y media, merienda y tiempo libre; a las siete y media, lectura del Año cristiano y otros libros piadosos; a las ocho, rezo del santo rosario; a las ocho y media, cena y tiempo libre; a las nueve y cuarto, oración mental, devociones acostumbradas, examen de conciencia, escribir el Diario y recogerse inmediatamente. Hasta donde sea posible haré las comidas en silencio y viviré apartado de mi familia. No visitaré sino a algunos de los mejores sacerdotes. Elegiré director espiritual. (Dudaba entre el Padre Reyes y el Padre Islas. Finalmente se decidió por este último.) Desviare con energía la vista de toda mujer. Haré un recuento de pecados y defectos particulares, para ir batiéndolos uno a uno, por semanas y meses. Ojo: ¡robustecer la voluntad! Jueves y domingos haré paseos al campo, solo absolutamente...

¡Ay! cada hora, cada día, cada semana, el edificante plan resultaba desajustado, incumplido. En diciembre, el diciembre siguiente a su

salida del Seminario, debería saber de memoria El criterio y las dos Filosofías de Balmes. Han transcurrido cuatro años y no pasa del primer libro. Lo absorbió la literatura (leyó todas las novelas de Fernán Caballero, del Padre Coloma y de Pereda), después el dibujo y la pintura (su afición dominante); luego, la música; más tarde, la arquitectura: proyectos de iglesias y altares; comenzó a escribir un Tratado contra las Leyes de Reforma y una comedia contra la escuela laica y la prensa impía; últimamente, cada semana, envía colaboraciones de crítica contra el liberalismo, de apologética y algunos versos místicos a La Chispa y a El Regional de Guadalajara, que hasta ahora no le han hecho el honor de la publicación. Compuso unos misterios, que fueron cantados por las Hijas de María el Ocho de Diciembre pasado, y está componiendo una Misa Solemne. Quiere fundar la Congregación Mariana en la Parroquia. Nadie podrá quitarle de la cabeza que los mejores hombres han sido autodidactas; por eso dejó los estudios en el Colegio y cada día formula propósitos —hace cuatro años— de apegarse con rigor a su plan de trabajo. ¿Quién sabe mejor que él tanto de historia universal y patria, y con un criterio tan original? Pasada esta Semana Santa piensa ponerse a escribir una nueva teoría cosmológica que ha venido madurando meses atrás; cuando en junio vaya a Guadalajara será para publicar un tomo con sus poesías, y para que don Amando de Alba le corrija la Oda al Centenario, que piensa mandar a El País el año que entra, después de una minuciosa labor de pulimento, con que logrará perenne renombre. Luego pondrá mano en su proyecto cumbre: Mi juicio de la Historia Patria y remedios para la salvación y prosperidad del país.

Ayer, Domingo de Ramos compuso una poesía inspirada en la procesión de las palmas; quedó muy satisfecho; tanto, que hoy se ha levantado con gran agilidad espiritual, dispuesto a sujetarse en todo a su horario. La mañana es clara; el placer del agua en el rostro y los brazos ha sido extremo, casi desconocido: siete veces ha puesto la cabeza dentro del aguamanil rebosante. Ya en la iglesia, le fue fácil entregarse a la meditación del Evangelio propuesto para este día: Jesús en Betania, en la casa de Lázaro; la composición de lugar fue tan perfecta, que ha pensado hacer hoy mismo un cuadro con ella.

Ciertamente durante la meditación y la misa lo asaltaron perturbaciones: esa desenvuelta Micaela, que viene tratando de disiparlo, y el viernes pasado, en su casa, estuvo de veras inconveniente; ¿así sería la Magdalena cuando pecadora? También el Evangelio habla de Marta... Marta, la sobrina del señor cura...; pero enérgicamente ha rechazado tales pensamientos y su alma se levanta con ligereza, con el júbilo de esta seguridad: «Hoy es Lunes Santo y la mañana debe ser igual a aquella en que Jesús visitó la casa de Lázaro, en Betania.» Desde los años de Seminario, quizá desde antes, la llegada de la Semana Santa le produce un regocijo interior difícil de describir: quisiera componer armonías, pintar grandes cuadros murales, realizar un poema de proporciones o brevísimos versos que fueran joyas de la literatura universal. Es otro muchacho leve, alegre, sin los escrúpulos, temores, decaimientos, orgullos, insatisfacciones de todos los días. —«Ya es hoy Lunes Santo. Martes y Miércoles de la profunda espera. Luego, el Jueves inefable, con su mañana llena de repiques, y su tarde solemne, y su noche, misterios: Jueves que no debería transcurrir, sino fijarse como el Sol de Josué.»

Luis Gonzaga, dichoso, regresa a casa y —rarezas de loco— va saludando a los transeúntes con afabilidad. —«Mañana de Lunes Santo es hoy»— les dice.

—Y mañana es martes —le contesta el zumbón don Refugio.

—Y luego el Miércoles y el Jueves ¡el Jueves Santo! —exclama Pérez, remontado a la estratosfera de su alegría.

4

MARTA de la mañana, madrugadora. El señor cura, con tanto confesonario, a las cuatro vino a recostarse un momento. Marta ya estaba en pie, solícita para el arreglo de los últimos menesteres en el gran día (en que, como dice todos los años el Calendario de Rodríguez, «la Inmaculada Esposa del Cordero nos hace oír esta tiernísima narración del Discípulo amado: "Sabido Jesús que había llegado su

hora de pasar de este mundo al de su Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin"»); Marta se acostó anoche a las doce, cuando acabaron de componer el Monumento (va a ser una sorpresa: —«Se lucieron» —les dirán hoy cuantos lo vean); afanó toda la semana en el arreglo de la compostura, desvelándose: algunas noches tuvo que quedarse a dormir aquí, con ella, Merceditas Toledo (cabeceando, muriéndose de sueño, platicaban su diario).

Pero ¿qué gente no trabaja en el pueblo, intensamente, Lunes, Martes y Miércoles Santos? Trabajan con tesón para no dejar pendientes, porque nadie, nadie trabajará sino hasta el Lunes de Pascua: si a las doce de la noche del miércoles al sastre no le ajustó el tiempo, las mujeres no acabaron, el zapatero quedó mal, no hay más remedio que renunciar al estreno, aplazarlo. Hasta los pobres, los peones, los enfermos del hospital estrenan el Jueves: una camisa, unos calzones, huaraches, y, en escala social, zapatos, vestidos, chales, corbatas, gorras, bombines. Cuando la luz del día se va y tocan lentas campanas, todo trabajo se suspende —Lunes, Martes y Miércoles— para ir al Ejercicio: rosario, triduo del Señor del Aposentillo, disciplina pública y procesión del Viacrucis: la imagen de Jesús Nazareno con la Cruz a cuestas; a la salida, cerca de las nueve, se hace la colación de la noche y continúa el trabajo: los confesores no se dan abasto, los penitentes exprimen el cacumen; los dos sastres, los cuatro zapateros de número y residencia fija, más otros aleatorios que vienen de Cuquío, de Mexticacán, de Yahualica, de Nochistlán, y las costureras de cada casa, se dan prisa por acabar; se dan prisa las amas en sus cocinas, adelantando el quehacer (— «Bonito antes —dicen éstas, ésas, aquellas mujeres—, bonito antes cuando de veras había costumbres cristianas y temor de Dios: desde el Miércoles hasta el Sábado no se prendía lumbre en las casas y todo era dedicarse a la iglesia»); en algunas familias subsiste la costumbre estos días ni siquiera comida para no disipar el espíritu: se consume lo que haya, listo el Miércoles: fruta, pan, leche hervida; pero ya es poco el extremado celo: ha cundido la moda de los bocaditos, de las buenas comidas de vigilia, el Jueves Santo, que llega como claro paréntesis. Hoy. Sin quien haya dejado de esperarlo: enlutadas y niños, enfermos, tristes, pobres, viejos y muchachos ricos de sangre, rancheros garridos

y hombres que usarán bombín (tal en otras partes — aquí no—, la espera, por los niños, de los Reyes Magos).

Nada concreto espera Marta —ni muchos—; pero el júbilo común y la perspectiva de trajinar en grande la pusieron en pie antes de las cuatro. ¡Siente unas ansias! mas nadie se las notaría. Expectación de formas vagas y júbilo. Tristeza y júbilo. ¿Será un afecto sagrado? ¿un afecto profano? Incontenible, sube a la torre, para ver el nacimiento de la luz, de las luces, del día sacrosanto. A las cinco cuarenta y dos sale el sol hoy, según el Calendario de Rodríguez. Todavía es plena noche por los cuatro rumbos del pueblo; noche plena de luna; mas la estrella de la mañana fija el indicio del orto. Hay un silencio de muerte. Ni ladridos. Y quien está por nacer es día de gran luz y músicas. Conviene la oscuridad y el cerrado silencio —misteriosos— de su advenimiento. ¿Es luz de luna o claridad de alborada ésa del oriente? Claridad en lenta lucha, claridad en dulce confusión. Sobre la plata oxidada que las iguala, un vigor creciente, azul, amarillo, verde, luego ligeramente rosado hace languidecer los campos de la luna; van inflamándose las nubes, y la lentitud del misterio estalla en colores, violeta rápidamente rojo escarlata, solemnes pabellones de Monumento colosal, para el sol cuya procesión avanza con vanguardia de oros y fuegos. Éxtasis de la liturgia sidérea, Marta quiere agotar los milésimos de segundo, los cambios infinitesimales de sombras y luces, que se le van de los ojos como un torrente más rápido mientras más maravilloso. Ya salió el sol del Jueves Santo. Ya es la plena mañana de los misterios. El cielo, palio recamado. Marta escucha músicas invisibles, huele aromas no de este mundo. Éxtasis que acendra el silencio de la mañana en el pueblo, extraordinario silencio en pueblo tan mañanero, silencio de un día, de dos días al año, silencio de expectación en las orejas madrugadoras, porque hoy parecen sonar a nuevo, sí, suenan a nuevo —de tan viejo («memorial perpetuo de los tormentos de su Pasión y prenda segura de la eterna gloria» —dice el Calendario de Rodríguez)—, a nuevo, viejísimo, desconocidamente suenan las campanas en el sagrado silencio, prendidos los repiques en el esplendor de la mañana, como gritos, como cantos, como pregones, ningún día como hoy, sin timbre lúgubre, sin ritmos de rutina, desconocidamente, como en ninguna otra

fiesta, ni Corpus —a la procesión—, Quince de Agosto ni Navidad. A las siete y media rompe la mañana el primer repique de los Oficios (qué palabra ésta —oficios—, llena de misterio, desusada si no es en los días santos, grave y solemne, compendio de liturgia mayor, para ser dicha —como los vecinos la repiten hoy— gravemente, solemnemente, con arcaica reverencia).

Salen los estrenos y llenan las calles, los ojos, la parroquia; y salen también las viejas prendas que sólo se usan éste y algún otro contadísimos días. Hoy no está mal visto que las mujeres se vistan de color, ni causa risa que vayan de levita, bombín y guantes los que carguen el palio y las arandelas de plata, ni que saquen gorras y corbata los muchachos, ni que traigan modas estrambóticas los que vienen de fuera.

Todo parece nuevo, por ser contra la costumbre; nuevo y de una clara solemnidad, en contraste con las solemnidades lúgubres: el altar, abajo del presbiterio; la Cruz —las cruces— cubiertas con velos blancos; el cierre de la gloria —qué alegres, cuán melancólicos alegres repiques (para ya no más tocar las campanas), como cantos de cisnes, en la calma clara del pueblo desierto, de los campos desiertos, del día poblado de nubes incandescentes, de la primavera en paisaje sin árboles—, el cierre de la voz de las campanas, de la voz tan pocas veces alegre, que se calla cuando rompe a cantar en esta mañana de los misterios: ya no será igual el Sábado de Gloria, ni el Domingo de Resurrección; la misa prosigue con canto llano; al Sanctus, la matraca, y a la Elevación: prestigioso ruido de maderas en que la liturgia y el pueblo hallan otra voz, amable por extraordinaria: sorda voz de consejas, que mueve a nueva devoción: católica voz, ecuménica voz de la liturgia rota, y del pasado: un pretérito perfecto de tradiciones y fervor; magnífica voz, inconfundible, de los mayores días del año: Jueves y Viernes de la Semana Santa. (¡Nunca sonaran ya las campanas, voz de rutina, y así nos conserváramos en el hechizo del pasado y en el presente de los solemnes días!)

La congregación —pueblo y ranchos, vecinos y forasteros— comienza a agitarse gradualmente cuando va llegándose la hora de la gran procesión. Estandartes en vaivén, sin gobierno, múltiples, ricos y finos,

rústicos y pintorescos, bordados y pintados, primorosos y toscos: de cofradías desconocidas, extinguidas; de rancherías despobladas, remotas. Escapularios, cordones y cintas, distintivos de toda clase, sobre todos los pechos: la que no es Hija de María, es Madre Cristiana; el que no es del Apostolado, es de la Conferencia de San Vicente, y — chicos, grandes, mujeres, hombres— de la Buena Muerte. Cuellos y pechos de cuatro, siete, más insignias. Van haciendo grupos, filas, de mano en mano candelas. El sacristán y sus ayudantes encienden el Monumento, tras la cortina que lo cubre —nebulosa constelación parpadeante—, y los conspicuos —pecheras, corbatas, levitas, guantes, botines, adusto continente— quedan a mano del varipalio, solemnes más que príncipes del pueblo; entre ellos, Luis Gonzaga Pérez. A él llega un enviado del señor cura:

—Que ni se acomida a cargar el palio porque no lo dejará y que no quiere avergonzarlo en público...

—¿Qué? ¿Por qué?

—Vaya pregúnteselo si quiere. Yo nomás cumplo trayéndole el recado.

Rabioso, con la cara de pan de cera, Luis Gonzaga se arrima al Padre Reyes.

—¿No asististe a la junta de los espiritistas? Entonces qué preguntas. Y no te le pongas remolón porque ya lo conoces.

Le rechinaban los ojos a Luis Gonzaga. Hubiera querido que la tierra se lo tragara, o mejor, que tragara al cura, a los ministros, a los fieles, a las beatas, a los chismosos:

—«Pueblo imbécil. Avergonzarme a mí, hacerme menos a mí, a mí. Cura ignorante, fanático, intolerante. Ponerse contra mí, que puedo acusarlo a la Sagrada Mitra. Ofenderme así, a mí, a mí, que soy la única gente de razón, la única gente de letras. A un artista como yo, y un cura como ése. No, no es posible. Me la pagará. Sí, para su rudeza todo es posible. No tiene brizna de educación. Me la pagará. Es el colmo...»

Cien, mil ideas agolpábanse sobre la furia del arbitrista:

—«Lo acusaré. Publicaré un panfleto, varios panfletos terribles que lo ridiculizarán, lo pondrán al desnudo, con todas sus manías, con su criterio estrecho, con su fanatismo cerril, con su ojeriza por todo lo que

significa progreso. Podría vengarme también... sí, con alguna de sus sobrinas ¡esto lo haré! ¡vaya si lo haré! Y agitaré al pueblo en su contra. ¡Basta de tiranía clerical! ¡Basta de oscurantismo! Me convertiré en apóstol de las Luces; fomentaré la lectura; organizaré un club de libre discusión; se acabará el aislamiento de las familias por medio de fiestecitas, días de campos, representaciones dramáticas. Ya me lo ha propuesto Micaela y nada nos detendrá. Un escándalo. Diariamente un escándalo, hasta que el pueblo se acostumbre y rompa sus prejuicios... Es verdad que fui a la junta de los espiritistas, ¿tiene algo que ver mi afán por cerciorarme de cuanto interesa a la humanidad? Si se trata de errores o engaños, para combatirlos. De cuenta del señor cura nadie leería nada, nadie se preocuparía por aprender, por cultivarse. ¡Lo que me ha molestado! Se acabó la prudencia y vas a saber quién soy como enemigo.»

Echando chispas, Luis Gonzaga salió de la parroquia y se fue al campo. Calles y campo vacíos, abandonados a la severa soledad, radiante silencio de la mañana eucarística, sin transeúntes ni campanas, en el solo blando rumor del viento en primavera y el discurrir de las nubes forjadas en plata, ligerísimas. Frescura. Intensa, excitante frescura de la mañana.

La devoción sigue su ritmo fiel. Cuando el Santísimo vuelve procesionalmente del atrio al compás de la matraca, de los suspiros hondos, de los rezos como colmenares y del *Pange lingua*, que canta con gravedad catedralicia el coro del Padre Reyes, el velo del altar mayor se descorre y aparece — cuán general admiración— la maravilla del Monumento, que alegoriza la Fiesta de los Tabernáculos, éstos distribuidos como chozas de ramajes en flor, y al centro, el gran Tabernáculo del Nuevo y Eterno Testamento. —«Qué aplicación tan fina del tema bíblico, qué buen gusto, qué alegoría tan bien lograda» —el dictamen de alguno, de algunos de los vecinos conocedores iba pasando de boca en boca, con inflexiones de asombro, y lo repetían aun los que nunca supieron o habían olvidado la profética festividad israelita.

—Qué hubiera dado Luis Pérez, tan aficionado a las alegorías, porque se le ocurriera esta idea... ¿se dice genial?

—¿Luis? Iba bien prevenidito para cargar el palio, cuán presto salió como energúmeno, hablando solo. Le falta un Jueves.

—Yo creo que esta vez le faltó la semana entera y no por su culpa. ¿Qué quieres apostar que en su salida violenta intervino el señor cura?

—No es difícil.

—Lo bueno es saber la causa y pronto la sabré, así como supe lo que les mandó decir a los Rodríguez.

—Ni me has contado.

—Que si la famosa Micaela iba a la iglesia con sus vestidos a la moda, la correría públicamente.

—Pues no la vi.

—No debe haber ido. Veremos si sale a la visita de los Monumentos, al Lavatorio, al Prendimiento.

Tras la pausa del desayuno, la devoción sigue fiel a su ritmo. Ya van, ya vienen —como hilo de hormiguitas negras—, de iglesia en iglesia, los más devotos: mujeres enlutadas irremisiblemente, viejos adustos, muchachos campesinos, párvulos de ojos asombrados; mientras manos diligentes mueven las cocinas por mares de sabores y olores, hasta tocar el gusto, un día del año, éste, que permite placer en la satisfacción de la necesidad, más el doble placer —también sólo este día— de quebrantar la clausura, mandando bocaditos, de casa en casa, roto el austero programa del comer cotidiano y aceptado —no más hoy— el gozo de surtidas golosinas: empanaditas y otras clases de pasteles, capirozada y turco, chongos, ensaladas, frutas, conservas: placer de chicos y grandes, chicos y grandes que suelen suspirar por la vigilia del Jueves Santo, excepcional convivialidad interdoméstica, de familia en familia, de cocina en cocina.

(¿Dónde está la sala en que he de celebrar la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un cenáculo grande, alfombrado, y allí preparad la cena... Con gran deseo he querido comer esta Pascua con vosotros antes de mi Pasión, pues os aseguro que no he de volver a comerla... Amaos los unos a los otros... En esto conocerán que sois mis discípulos.)

En aquel tiempo, al principio de la clara tarde silenciosa, continúa su ritmo la devoción, cayendo sobre patios y aceras, quizá en los postres, rodando por el pueblo las señales de la matraca, como rumor de carros que se despeñan y —quién sabe—, dicen que como tumbos de olas, los que conocen el mar.

—Ya están llamando al Lavatorio.

—Ya están llamando al Lavatorio.

—Ya están llamando al Lavatorio. Date prisa.

—Date prisa, para alcanzar lugar.

—Va a haber mucha apretura.

—Ya estarán saliendo los Apóstoles.

Ya están saliendo los Apóstoles, entre curiosos apiñados a la puerta — hoy franca—, de con los Tiscareños, donde fue la comida para los Doce. (Doce pobres, convalecientes del Hospital.) Mortificados por las miradas, van con la frente baja, revestidos con túnicas blancas y ceñidores morados. (Marta quería que hubiesen sido muchachitos de la Doctrina, como algunos años; muchachitos taciturnos, de buen aprovechamiento, pobres de las más pobres familias.) Los golpes de la matraca dan la segunda. (Marta les hubiera hecho los vestidos, la comida, el previo aseo de los pies.) Ya no cabe la gente dentro de la parroquia, cuando los golpes de maderas dan la última. Los devotos se apeñuscan alrededor de las bancas de los Apóstoles. El señor cura (*como hubiese amado a los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin*), después de lavar los pies y besarlos, todavía la toalla ceñida sobre el alba, sube al púlpito y predica el texto: *Et vos mundi estis, sed non omnes. Sciebat enim quisnam esset qui traderet eum: propterea dixit: Non estis mundi omnes.*

A la gente ya le iba calando que desde el Domingo de Pasión el señor cura no más predicara sobre la traición de Judas pero este sermón del lavatorio no les dejó ya duda sobre la intención local del tema; fue un sermón violento, como los de los Novísimos, y tan claro en alusiones, que la gente comenzó a pensar los nombres del judas, de los judas parroquiales.

—¿Será Luis Gonzaga Pérez?»

—«Parece referirse a alguna mujer: ha de ser Micaela Rodríguez.»

—«Yo creo que se refiere al huizachero.»

—«¿No será más bien al director político?»

—«Apuesto a que se trata de los espiritistas.»

—¿Pero será cierto que hay aquí espiritistas? No lo puedo creer.

—¡Y tan cierto! Como que también hay liberales y hasta masones. Por allí se dice que alguien comió ahora carne de res y que han matado un puerco para comer mañana chicharrones.

—¡Jesús mil veces!

—¿Quiénes? Allí anda el run-run. Yo no me atrevería a nombrarlos.

—Va a llover fuego sobre este pueblo.

—Y todas las plagas, como en Egipto.

—¡Hasta masones! Los nombres quisiera yo tener, para cortarles aunque sea una oreja.

(¿No hay, entre los que se escandalizan, quien se muerda la lengua y no pueda tirar la primera piedra?) Esplendor de la tarde (los campos vacíos). Las calles pobladas, como hilerillas de asquiles (María piensa en las visitas a los Monumentos, en las calles de Guadalajara, de México, de Puebla, de Madrid y París, a estas horas). El sereno esplendor de la tarde, la novedad de caras y trajes nuevos, el poder conversar entre estación y estación, disipan las sombras de los espíritus. Ritmo de pasos y luz de rostros distintos al ritmo y la luz habituales: pasos y rostros rejuvenecidos, llenos de animación. Grupos que van rezando por la calle; pero entre quienes algunas miradas brincan como chisperos, como braseros al viento.

Estas son algunas caras —nuevas al pueblo—: la más sensacional —pasto mayor de la curiosidad— ,la de una dama...

—«¡Qué peinado tan extravagante!»

«¡Qué cara tan extraña!»

—«Pero ¡qué bonita!»

—«¿Y los ojos?»

—«Yo creo que se los pinta »

—«Bonitos zapatos, relucientes, como pintados.»

—«Así han de ser las artistas de teatro.»

—«Tienes razón, ha de ser artista, y de ópera, que son las más elegantes.»

—«Pero las artistas de ópera dicen que no hablan como nosotros.»

—«También tienes razón; creo que son italianas o francesas, no estoy seguro.»

—«Profesora no ha de ser, con esos lujos.»

—«No, claro. ¿Y te ha tocado pasar junto de ella? Me tocó tenerla muy cerca en la visita del Oratorio: ¡cómo huele! más bonito que las flores más raras.»

—«¿Como los perfumes de Micaela Rodríguez?»

—«Qué va: ni comparación.»

—«Y hasta en los vestidos, qué diferencia con los de Micaela.»

—«Como de lo vivo a lo pintado.»

—«Y anda como deben andar las reinas.»

—«Ha de ser de la alta sociedad, como dicen los de Guadalajara.»

—«Pero también dicen que las mujeres malas de por allá se visten como ricas.»

— «¿Tú crees que si fuera de ésas la hubieran convidado los Pérez?»

—«No, claro; es nomás un decir.»

—«Yo creo que nunca habíamos visto en el pueblo una mujer así, de veras elegante.»

— «Pues a mí esos modos no me caen bien; esas mujeres que se llaman elegantes parecen payasas, con razón cuando vienen gentes de Guadalajara los muchachos se burlan de ellas.»

— «Independientemente de los vestidos, no me negarás que la cara, los ojos, todo el tipo, el modo de ver, el modo de mover las manos, de andar, es cosa fina, muy fina, de gente de pomada, como dicen los tapatíos» ...una dama que se hospeda en la casa de los Pérez y a quien doña Carmen colma de atenciones...

—«Dicen que llegó anoche, cuando ya ni la esperaban.»

—«Que se llama Victoria... no me acuerdo del apellido, muy raro.»

—«A la hora de los Oficios, con la apretura, casi nadie se fijó en ella, como iba tapada con el chal y con un vestido sencillito; pero ahora en el Lavatorio y en la visita de las Siete Casas, parece que se la quieren comer con los ojos, hombres y mujeres, hasta los chiquillos.»

—También vinieron unas primas de las Rubalcava. Son de Ixtlahuacán. La más grande diz que es casada y vive en Guadalajara.

—La más chica, que anda con Mercedes Toledo, es muy sangre liviana.

—¿La picadita de viruelas? —Esa mero. ¿No te parece?

En casa de los Loera se hospeda una familia de Aguascalientes. Los Cornejo, de Mexxicacán, que vienen todos los años, llegaron a la casa de don Cornelio Ruiz. Hay gentes de Cuquío, de Juchipila, de Moyahua, de Yahualica, de Nochistlán, de Teocaltiche. Las casas están llenas de huéspedes. Y los mesones. Como todos los años, las «insignias» atraen forasteros. Todavía hoy en la noche y mañana temprano llegarán caras desconocidas. Entre las nuevas muchachas de los ranchos hay caras agraciadas: jóvenes de doce, de catorce años, casi unas muchachitas; pero ya con el rubor en las mejillas y la inquietud en los ojos temerosos.

Han venido estudiantes y otros conterráneos establecidos en diversos lugares:

—Esteban ha crecido mucho y se ha puesto buen mozo, ¡tan encanijado que era!

—Eulalio Rubio tiene ya hijos formales.

—Las dos hijas de Matilde Gómez son mujeres hechas y derechas.

—Pedrito Robles vino con toda la familia. Cómo será, que ya no conocía a mi ahijado.

—Por Luis Cordero no pasan los años; está como el día que se fue a radicar a Guadalajara.

—En cambio, Ponciano Plasencia está inconocible de tan avejentado. No son para menos las penas que ha tenido. Supe que a uno de sus hijos, que era masón, los mismos masones lo mandaron matar, porque quería salirse de la logia.

—Es cierto. Y murió sin confesión.

—Lo envenenaron.

—A mí me habían contado que a puñaladas. —Es un misterio.

Aquella cara es la misma cara de Florentina, la de don Macario, como que es la cara de una hija de Luisita, la menor de las Ruesga:

—«Esta sobrina no conocía el pueblo; su mamá me hizo el favor de mandármela con los Aguirre, para que pasara con nosotros los días santos; creo que el mismo lunes se la quieren llevar, aunque yo quiero que se quede siquiera un mes, para que le costee el viaje; a no ser que se aburra.»

Este, ése, aquél, son unos estudiantes de Guadalajara —¡pretenciosos! — que vinieron con Darío, el de don Pánfilo. Miradas desdeñosas, léxico pedante, vestidos ajustados.

Caras transeúntes de curiosos a quienes nadie conoce, viven en el mesón y andan como perros en barrio ajeno.

Quien todavía espera, ya un poco desesperada, es Micaela Rodríguez. Las horas pasan y David no llega. El domingo le escribió desde Guadalajara, diciéndole que venía en camino. ¡Qué le habrá pasado! ¿No conseguiría quién lo trajera? ¡Con esto de vivir hasta el fin del mundo, en un pueblo sin comunicaciones!

Micaela visita los Monumentos, en compañía de sus papás, casi sin llamar la atención, indiferente al interés que despierta el garbo de la dama hospedada por los Pérez, indiferente a los desplantes de los jovencuelos venidos de Guadalajara, indiferente al asedio de Julián y a la presencia de Ruperto Ledesma, que casi llora cuando la mira.

Los pasos, las voces, las miradas —como aves en libertad reciente, como escolares cuando el maestro se ausenta, como internos en asueto —, tejen redes, taladran muros, persiguen sombras en campo de oro, en paños de oro: el gran campo, los grandes paños de la tarde brocada de sol: un sol —corazón de la historia—; sol, como fragua del mundo; este sol misericordioso, Padre de familias, buen pastor que conduce la fiesta por vericuetos de misterio. Y hace brillar las caras, los estrenos, la insinuación de los deseos.

—¿No han ido al santuario? Está precioso.

—Venimos de San Antonio. El Padre Vidríales se ha lucido con el adorno del Monumento.

—Allá vamos. No dejen de ir a San Miguel.

(—«Paganismo de la sensualidad que busca el adorno de los altares»
—reprocha el señor cura.)

Muchos, más por placer que por devoción, repiten las visitas. De la parroquia al Calvario, del Calvario a San Antonio, de San Antonio al Sagrado Corazón, del Sagrado Corazón al Oratorio, luego a la capillita de la Magdalena y —casi a extramuros— al santuario del Señor San Miguel.

Primero como una broma, después como una puñalada, va corriendo el rumor de que vienen tropas del gobierno a vigilar el cumplimiento de las Leyes de Reforma e impedir las procesiones. El pueblo se excita, quisiera oponerse a mano armada.

— Desgraciadamente parece que es cierto. Acabo de recibir noticias de que el pelotón sesteó en el Potrerillo, a cuatro leguas de aquí. Los liberales de Teocaltiche movieron el asunto, instigados por don Pascual Pérez; que Dios lo perdone. ¿Y cuántos de aquí estarán de acuerdo? (Protestas unánimes en contra.) Desde la otra semana tuve noticias de esto; pero no quise darles crédito, ni propalarlas. Esperaba en Dios que cambiara los designios impíos. Ahora, no hay más que ponemos en Sus Manos y resignarnos con Su Santísima Voluntad... Envainen sus espadas y no expongan al pueblo... No, no, yo les aseguro que don Román es ajeno por completo y tiene más pena que yo; no vayan a molestarlo, porque sobre ser injusto, complicaría la situación; déjenlo en paz... El Padre Reyes, valerosamente, va a salir al encuentro de las fuerzas y pueden acompañarlo quienes gusten; pero que sean pocos y serenos... Los otros de ustedes tranquilicen al pueblo; como si nada temiéramos, continuemos en orden el programa estrictamente religioso; ¿los actos públicos? ya veremos, conforme a las circunstancias. Por un servicio personal a su párroco, que se lo pide, absténganse de molestar a nadie... Confío en ustedes. El castigo de los malvados dejémoslo a Dios.

El pueblo se sobrecoge por la certidumbre. Algunos vecinos —de los que menos se esperaba— pusieron pretextos para no ir con el Padre Reyes; pero hubo suficientes ofrecidos entre quienes elegir una comisión de cuatro.

Las sombras de la angustia pública coinciden con las de la noche. Vanamente don Dionisio se echa a la calle y fuerza su reserva por alentar y serenar a las familias. Han disminuido los transeúntes. Han comenzado a cerrarse puertas y ventanas, como los otros días que no son Jueves de la Institución. Van quedándose solas iglesias y capillas. Torvos, algunos hombres conspiran en los atrios. Ya no hay miradas para el dulce crepúsculo, si no es la dulce mirada de Marta. Crepúsculo color de nomeolvides, con estrías de fuego.

Mermada la parroquia en el ejercicio y sermón de la Institución (don Dionisio insiste en predicar los textos que se refieren al traidor, y son ahora las palabras: *En verdad el Hijo del hombre se va, como está escrito; mas ay del hombre por quien será entregado: mejor le fuera no haber nacido*), el pueblo reacciona y, cuando sale la luna, cuando resuena la matraca y tocan por las calles tristísimas chirimías, las gentes, en tropel, resueltas, como si se hubieran puesto de acuerdo, sin temor los padres, las madres por sus hijos, los maridos por sus mujeres, vienen a la ceremonia, procesión y sermones del Prendimiento, patéticos como nunca, esta noche de vigilia en que cada uno se siente presunta víctima de los enemigos de Cristo.

—Dicen que se van a llevar preso a todo el pueblo, sin respetar mujeres ni niños; que no va a quedar piedra sobre piedra, como en Jerusalén.

—Que hagan lo que quieran, al cabo es por Nuestro Señor y por Nuestra Santa Religión. —

Sufriremos con gusto, como los mártires.

—Nada nos arredrará en la confesión de la Fe.

Sube la temperatura del fervor y alcanza la cima de las alucinaciones. Luego, sin saber cómo, noche y silencio se rasgan con el unánime clamor del *Miserere*, por las calles en el atrio, en la parroquia.

Por el camino de Nochistlán sube la luna teñida de sangre, luna llena de sangre y con lento fulgor, que hace más tétrica la noche, más temeroso el canto y los hondos sentimientos, más apretado el nudo en algunas gargantas. Quién ha estado oyendo y oye a cada momento el tropel de soldados, quién escucha los alaridos de la soldadesca sedienta

de saqueo y depredaciones, quién advierte sombras de caballerías que bajan al pueblo por todas las entradas. No más falta que tañan las campanas trágicamente.

— Del Padre Reyes ni sus luces. Quién sabe qué les pueda haber pasado. Nada bueno a la segura.

—Cómo estará su hermana, y las mujeres de los que fueron con él.

—Esa luna es de mal agüero. A mí nadie me lo quita de la cabeza. No fallan mis corazonadas.

—Luna de Juicio Final. Yo creo que ya llega el fin del mundo.

Ya llegan la cohorte y los ministros de los pontífices y fariseos, que vienen a prender a Jesús Nazareno; traen linternas, hachas y armas; hombres de la Hermandad del Huerto, según es tradición, tienen a su cargo esta «insignia», vestidos de soldados romanos y de judíos; como lo rehúyen por feo en sí y por la mala suerte que trae, rifan el papel de Judas; este año, quieras que no, le ha tocado a un mediero de don Inocencio Rodríguez, que se llama Emilio Iñiguez y tiembla como si lo fueran a matar.

Mientras termina el sermón de la Agonía en el huerto (al fondo del atrio están el púlpito y el altar del Señor, éste postrado frente a un ángel que le ofrece un cáliz, a la luz de la luna y de ocho cirios gruesos, entre once de los Apóstoles que fingen dormir al pie del altar), la chusma espera en la esquina de la plaza.

El pueblo, altas, plañideras las voces, reza los Desagravios. Comienza el sermón del Prendimiento. Avanza la chusma, con Judas por capitán. Los goznes de Jesús Nazareno funcionan.

El señor cura:

—«Dormid ya, y descansad. Basta: llegó la hora: he aquí que el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores. Levantaos, marchemos; he aquí que el que ha de entregarme, cerca está.

—¿A quién buscáis? A Jesús Nazareno.

—Yo soy.

Retrocede la chusma y caen por tierra. La voz del señor cura:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús Nazareno.

—Ya os he dicho que Yo soy; ahora bien, si me buscáis a Mí, dejad a éstos.

Judas se adelanta y con voz temblorosa, que apenas oyen los que se hallan cerca, dice:

—*Salve, Maestro*, y besa la mejilla de la escultura.

—¡Oh, amigo! ¿a qué has venido? Judas, ¿con un beso vendes al Hijo del hombre?

Los judíos bajan la imagen del altar, le atan las manos, llora la gente, vuelven a tocar las chirimías, la procesión del Divino Preso se organiza...

—Sí, sí, por las calles, como siempre —clama el pueblo. Y entre rezos y lloros tuerce la plaza, toma la calle Derecha, pasa frente al Oratorio, vuelve a la parroquia, y el Divino Preso queda depositado en el aposentillo del bautisterio.

Pero la gente no quiere irse a sus casas, inquieta por la llegada de los verdaderos enemigos de la Religión y más aún por la tardanza del Padre Reyes y los que con él fueron.

Con sordas voces acuden recuerdos, leyendas, terrores, abusiones:

—Quién sabe cuántos años hace de lo de Riestra, un visitador de rentas que exigió carne de res y de puerco a la dueña de la fonda el Jueves y Viernes Santos; todo hubiera sucedido, menos que para cumplirle el capricho mataran esos días; entonces obligó a la fondera que le preparara una cecina y chorizo; se lo exigió pistola en mano; el pueblo se alebrestó, y si no haya sido por el señor cura, el mentado Riestra no hubiera contado el cuento; los vecinos tuvieron que contentarse con quemar un judas en figura del visitador; encorajinado, mandó decir que el pueblo se iba a pronunciar, mandaron tropas, pusieron presos a muchos vecinos y se los llevaron a Guadalajara unos y otros hasta México, donde tuvieron que pagarles relevos en el ejército a fin de que los dejaran salir. Por poco los mandan a San Juan de Ulúa. El difunto Gregorio Yépez a resultas de esto se volvió loco...

—El año del cólera hubo una luna como ésta de ahora...

— Les dicen que se vayan y cuando creen que los van a dejar ir, pum, pum, los dejan secos a tiros. Esto es la *Ley fuga*.

—Allí está el caso de García de la Cadena, que lo agarraron a traición... Y el de Ramón Corona, que lo mandó matar don Porfirio para quitárselo de delante... Y a los que fusilaron en Veracruz con la orden famosa de «mátalos en caliente». No, si les digo que es terrible...

—Yo creo que los agarraron de leva. Ni a los padres perdonan estos liberales. ¡A cuántos han fusilado con sotana y todo!

— Como en tiempos de Rojas y los chinacos; me contaba mi padre que cuando pasaban por un pueblo, su diversión era aventar niños al aire y apararlos con la punta de las lanzas.

En este clima de angustia, María, la del curato, quizá no sea la única que, sin decirlo a nadie, acepte la novelería de una irrupción violenta de hombres desconocidos y tenga placer en imaginarla.

Pero el sueño va rindiendo a los hombres. No más los tumos del Apostolado que deben velar al Santísimo toda la noche, don Dionisio, la hermana del Padre Reyes y las mujeres de quienes lo acompañaron, resisten al cansancio e impetran con tenacidad un milagro.

5

VIERNES SANTO. Al levantarse, Luis Gonzaga se arrodilla cinco veces, en memoria de las Cinco Llagas. En eso está, cuando por boca de su madre le llega la versión del «milagro» que trae conmovido al pueblo:

—Dale gracias a Dios, mi hijito. ¿Lo ignoras aún? Como es natural. El Padre Abundio y los que lo acompañaron han vuelto sanos y salvos. El gobierno se ha retirado. Fue un milagro patente, figúrate: sin saber cómo, de pronto el arroyo de los Ocotillos crece como en tiempos de agua y detiene a los soldados; unos que a fuerzas, por mandado del que hacía cabeza, y el desdichado huizachero que los cusileaba, pretendieron cruzar la creciente, fueron arrastrados y se ahogaron. A los otros les entró tal miedo, que se volvieron a Teocaltiche. Los vecinos que fueron y el mismo Padre Reyes vieron el arroyo todavía muy

crecido y no se explican cómo fue; también se informaron con los de por allí de las intenciones que traía la gente y la prisa que se dieron por tomar el camino de vuelta. ¿Tú crees que ante un milagro tan patente quieran otra vez tentar a Dios?

—Puede que sí.

—Ay, hijito. Yo nomás le pido a Nuestro Señor que pasen las fiestas.

—Para podernos divertir a gusto.

—Cómo eres, Luis. No, para que no nos interrumpan nuestras devociones.

—Las mojigangas de los indios. Yo no sé cómo este cura tan celoso no ha acabado con ellas.

—Y dale. De veras la traes casada con el señor Martínez. Yo no te diré...

—No me digas nada, mamacita. Ni me lo mientes.

—Pero si eres tú el que lo has metido en la plática. Mira cómo eres. No, si cuando te digo que a nada bueno conduce que leas a tus anchas la Sagrada Biblia, como protestante.

—¿Ya vas a comenzar?

—No, no, vamos cambiando de conversación. ¿Qué se te hace el «milagro»?

—Ps... Llovería en la sierra, sería un «borrego» que venían federales.

—Tienes manía de criticar todo. Pareces hereje. Si los vieron que venían y las gentes de los Ocotillos les oyeron decir que iban a llevarse preso al señor cura.

— ¡Hombre! No habría estado malo.

—Cállate, por Dios, que puede oírte Victoria. ¿Qué diría? Ya anda levantada. Y a propósito, no has estado atento con ella, que digamos. Ayer no quisiste acompañarla a los Monumentos. Por lo menos irás con ella a ver las procesiones, que es lo que la ha hecho decidirse a venir. Los Rubalcava nos han ofrecido que vayamos a su azotea, desde donde se oye tan bien el sermón del Encuentro y, en la noche, el del Santo Entierro.

—Es por demás que me lo digas. Ya dije que nada me hará presenciar esas mojigangas de las «insignias», que es cosa de indios. ¡Claro! nos

vienen a ver como si fuéramos títeres. Vergüenza había de tener el pueblo en admitir esas costumbres primitivas.

—Pero si me decía Victoria que en Alemania...

—Qué Alemania ni qué Alemania. No voy y no voy. Me marchó al campo, como todos los Viernes Santos. Ahora no iré ni a los Oficios.

—Dios no te vaya a castigar.

El grueso de la tormenta desatada por el desaire de ayer iba pasando en el alma veraniega — veleidosa— de Luis. No será siempre apóstata; pero no hablará ya nunca más con el señor cura y tratará de que lo quiten del pueblo. Todavía retumban los truenos del genio caprichoso, como de hijo único, mimado y admirado, al que nada, nadie, ni sus padres, pueden contradecirle, y cuando éstos quieren hacerlo, parece que lo hacen de inferiores a superior.

Le gustaría ir a los Oficios; pero no dará su brazo a torcer. Y se contenta con leer e imaginar la Misa de Presantificados. *Flectamus genua*. Que sobre todas las otras ambicionaba celebrar —quizá por su rito extraordinario—, cuando pretendió el sacerdocio. *Levate*. Y aún lo hace pensar en pretenderlo. Las velas amarillas, apagadas; el altar, desnudo. *Flectamus genua*. El sacerdote con los ministros, profundamente postrados. *Levate*. En el silencio fúnebre, un canto sordo, sin título, sin respuesta. *Flectamus genua*. *Levate*. Y el diálogo de ministros y coro: *Passio Domini Nostri Iesu Christi secundum Ioannem*. Imitando las voces, Luis canta: —*Quem quaeritis?* —*Responderunt ei. — Iesum Nazarenum...*

—*Ecce Rex vester. —lili autem clamabant: Tolle, tolle, crucifige eum...*

—*Erat autem scriptum: le sus Nazarenus, Rex Iudaeorum...*

—*Quodscripsi, scripsi...*

—*Et inclinato capite tradidit spiritum*. (El pueblo, el mundo, las generaciones caen de rodillas, en honda pausa.)

Cuando en tono ritual —*Flectamus genua*— leía Luis —*Levate*— las oraciones *pro Ecclesia, pro beatissimo Papa nostro, pro ómnibus Episcopis, Presbyteris, Diaconibus, Subdiaconibus, Acolytis, Exorcistis, Lectoribus, Ostiariis, Confessoribus, Virginibus, Viduis...* oyó la risa levemente irónica de Victoria, la huésped:

—Luisito, al fin ¿me acompañarás?

Cruzó la rabia por los ojos del muchacho. Se contuvo. Ni volteó.

—Pareces un Padre, en toda forma.

Siguió cantando las preces. *Flectamus genua. Levate.*

—Cuando te ordenes, me gustará confesarme contigo, tan serio. Saltó sobre la dama intrusa, impertinente, una mirada colérica.

—Tienes el genio de tu cura, muchacho.

Entonces, inmutado, cerró el misal. Quiso desahogarse con palabras violentas. La dama no estaba ya frente a él. Se sintió ridículo y orgulloso, grosero y tímido, ineducado y cobarde. Buscó *Los Nombres de Cristo* y, por calles apartadas, entró al campo.

Flectamus genua. Vacíos los caminos, las veredas, los horizontes, el alma de Luis fue llenándose otra vez con las esencias del día, y a la vista de la gigantesca Cruz de la Misión que señorea al pueblo, compensó la nostalgia de los Oficios en uno de los momentos culminantes, el de la adoración del Santo Ligno, rompiendo a cantar:

—*Exce lignum Crucis, in quo salus mundi pependit, y arrodillándose:*

—*Venite, adoremus.*

A medida que ascendía por el monte iba repitiendo:

—*Ecce lignum Crucis...* y postrándose con la cara en el suelo:

—*Venite, adoremus.*

Resonaban en la memoria los versículos de los *improperios*:

—«Pueblo mío, ¿qué te hice o en qué te contristé? Respóndeme.

—Porque te saqué de la tierra de Egipto preparaste la Cruz a tu Salvador.

—*Agios o Theos. Sanctus Deus. Agios ischyros. Sanctus fortis. Agios athanatos, eleison imas. Sanctus immortalis, miserere nobis.*

—¿Qué más debí hacer que no haya hecho? Te planté, viña mía hermosísima, y tú te has hecho para mí sobrado amarga: apagaste con vinagre mi sed y abriste con una lanza el costado a tu Salvador...»

El paisaje —terroso, calcinado, sin árboles— halla en éste su día de días.

—«Yo, por ti, azoté a Egipto con sus primogénitos: y tú me entregaste para ser azotado. *Popule meus...*»

Paisaje de Viernes Santo. Sin refugio de sombra, de fuente, de verdes.

—«Yo, delante de ti, abrí el mar: y tú abriste con la lanza mi costado: *Popule meus...*»

Tierras ocres, pardas. Océano reseco. El sol fulgente, como sobre bronce.

—«Yo te precedí en columna de nube: y tú me llevaste al pretorio de Pilatos. *Popule meus...*»

Paisaje acotado por líneas —finísimas a distancia— de cercas y surcos, en ritmo asimétrico. Tanto reverbera el sol, que lo pardo se hace translúcido y el ocre profundo cobra tonos de sangre.

—«Yo te sustenté con maná por el desierto: y tú me heriste con bofetadas y azotes. *Popule meus...*»

El pueblo, de piedra. Sus campanas en silencio como de muerte.

—«Yo te di a beber agua saludable de la peña: y tú me diste hiel y vinagre. *Popule meus...*»

Pueblo ufano de la semejanza con Jerusalén, que le asignó un misionero venido de Tierra Santa. Por el paisaje desolado. Por el aire de lamentación. Pueblo de Cruces.

—Yo, por ti, herí a los reyes de los cananeos: y tú heriste con la caña mi cabeza... Yo te di real cetro: y tú diste a mi cabeza corona de espinas... Yo te levanté a gran poderío: y tú me levantaste en el patíbulo de la Cruz... *Popule meus, quid feci tibi? aut in quo contristavi te? responde mihi.*»

Aquí, la Cruz.

—*Venite, adoremus.*

Desde la Cruz, el pueblo panorámico, hacia la Cruz abierto: calles, patios, corrales, azoteas: botón que revienta hacia la Cruz del monte. Por las calles, una, otras, más mujeres enlutadas rigurosamente, camino de la iglesia. *Flectamus genua.*

El atrio, compacto, a manchas blancas de camisas jornaleras que se ahogan en el universal negro de las mujeres, en el luto de los catrines. ¿Qué mujer puede atreverse hoy a salir sin la cabeza cubierta? Ni quien

lo piense. Y el varón que tiene traje negro ¿para cuándo lo quiere? Luto riguroso desde la madrugada hasta la noche honda. *Levate*.

En la Cruz, Luis Gonzaga. *Flectamus genua*. Desde la Cruz, el caserío. *Levate*. Las arcadas de los portales vacíos, linderos de la plaza desierta, con sus pilones de piedra exhaustos, brillantes al sol. Rótulos de las tiendas, herméticamente cerradas, como las puertas, como las ventanas. Vacíos los patios. *Flectamus genua*. Está en la iglesia toda la gente, si no son las fonderas que han venido de otras partes al negocio de los forasteros, a quienes aguardan en las inmediaciones del mercado, inmóviles junto a las ollas, limpios platos, vasos, tazas y manteles en el puesto transeúnte. *Levate*. Allí en los corrales, echados, corderos y vacas, venados y cerdos; allí, los gallos mudos, las lentas gallinas y sus polluelos. Única nota de movimiento y gracia, los palomos que revolotean en este y aquel tejado, mas la rúbrica negra, tupida, de las golondrinas, tacha los giros blancos, en juego pueril, extraño a la gravedad del día. *Flectamus genua*. El panorama distrae a Luis miradas y recuerdos: aquéllas clavan signos en distintos lugares, y la memoria emprende vuelos blancos y negros, como de palomas y golondrinas, como de mariposas y murciélagos. *Levate*.

—Pueblo mío, amargo y sordo. Ingrato. Incomprensivo. Te quiero y me desprecias. Quiero tu gloria y me humillas. Lucho por tu esplendor y me combates. Mi esfuerzo es por tu renombre y te burlas de mí. Me desvela tu prosperidad y haces ludibrio de mis aspiraciones. Mi sacrificio te sirve de mofa. Mis disciplinas te hacen reír. Conviertes en escarnio mis obras y no hay empresa mía que no hagas pasto de ridículo. En verdad te compararon con Jerusalén. Día llegará en que tu dureza se convierta en asombro, tu desamor en blandura. Cuando escuches llegar mi nombre por trompetas de fama. Entonces te arrepentirás de las vergüenzas que me diste y querrás atraerme a tu regazo, ahora hosco, pueblo mío hermético.

En el cielo, ni una nube. Ni la frescura del más ligero viento. Ardiente mañana de la Parasceve.

—Tratarás de reconstruir mis imágenes y será tu gozo recordar mis gestos, pasos y aficiones. Todos en ti, disputarán haberme visto nacer, mecido en sus brazos, enseñado las primeras palabras, descubierto

señales de ingenio. Perseguirás tus rincones que me fueron amables. Fijarás lugares de mi leyenda e historia. Preguntarás a las gentes que me conocieron y te sorprenderás de no haber sentido mi presencia, leído mi futuro, entendido mi voz.

El sol con su lumbré auestas. Ni el velo de un celaje. Las horas, impasibles.

—Desde aquí leo tu historia y secretos; me conmueven tu pequeñez y miserias. En lo alto, libre de ti, me pareces teatrillo de jugarrera, donde a mi antojo mueva los títeres: primero los de aquella caja en que reposan tipos de conseja: cómo estarán revueltos justos con pecadores, en el olvido de los años, en el azar de las sepulturas; ¿qué se ha hecho la tumba de Benito Zamora, terror de la región allá por el sesenta, héroe liberal, aprehendido e infraganti fusilado a espaldas de la parroquia, una mañana en que audazmente quiso recuperar la plaza? Lo enterraron junto a muchas de sus víctimas, quizá junto a mi abuelo, a quien mató y cuyo cadáver hizo arrastrar con música y cohetes por no haberle juntado en dos horas más que cuatro mil pesos, de los cinco mil exigidos en préstamo forzoso: ¿a mi abuelo le gustaba la música y había fundado la banda del pueblo? pues allí le daba gusto, hasta el camposanto, donde lo sepultaron sin cajón. Ahora quiero que resuciten todos y bajen con la traza que les plazca. ¿Volverían a separarse los hombres de las mujeres, unidos entre los muros del cementerio? Allí viene mi tatarabuelo conquistador, el donjuán de la comarca, montado en uno de sus famosos caballos, que tantas fechorías con mujeres le atestiguaron, y se dirige a la casa en busca de Victoria; es inútil que lo siga mi tío el presbítero, inútil que le grite mi celosa tatarabuela, inútil que lo estorbe su progenie legítima. Pero el pueblo es otro. Es el pueblo sin pianos en donde llora mi madre su luna de miel, pierde la maravilla de su voz que conmoviera a Guadalajara y cruza las calles desiertas como extraña; la veo atravesar la plaza en dirección a la iglesia; es una guapa moza de dieciocho años; ¡ay! cómo me la cambiaron las mujeres enlutadas y el aire confinado. En ese portal, allí bajo el primer arco, frente a la tienda de don Refugio, cayó muerto don Cipriano Valdés, a manos del Padre Soto, ¡qué drama imborrable! un sábado de gloria, ¿quién pudo atreverse a detener al matador, si llevaba puesta la sotana

y en la mano la pistola? ¿ni quién pudo nunca dar con su paradero? Pueblo mío, lleno de crímenes y tristezas. Bajo ese techo nací; bajo aquel otro, mi padre; allí murió mi abuela y por esta calle arriba la llevamos a enterrar: es mi primer recuerdo. Llorando, junto a esa cerca, me despidió mi madre la mañana que salí al Seminario. Hoy, todo está desierto. No hay muchachos que jueguen, hombres que miren hacia el río. Allá, cerrada la Casa de Ejercicios, tétrica, en competencia con la soledad del cementerio, frente a frente. Pueblo mío, hecho de piedra y de resacas maderas. Victoria... ¿por qué me persigue? ¿por qué me interrumpió cuando rezaba por las vírgenes, por las viudas, precisamente por las viudas? Pueblo mío, yo venceré tu obstinación, yo venceré la obstinación de tu cura y tu ceguera. He nacido para salvarte y tus escarnios me exaltarán. Victoria, tienes ojos de tentación y eres viuda; pero estoy muy alto, desde donde ni siquiera podría distinguir tu garbo; acá vendré la mañana que te marches, ojalá pronto, ojalá llevaras contigo a Micaela, a María, a Mercedes, a Marta, a Gertrudis, a Isabel. ¿Por qué pienso en ustedes hoy?

Abajo, las manchas negras y blancas agitan el atrio. Será la procesión de los Oficios. Luego suben, distintas, las voces del coro, que canta:

*Vexilla Regis prodeunt: Fulget Crucis
mysterium... Arbor decora etfulgida, Ornata
Regis purpura...*

Como histérico, en arranque dramático de los que son habituales en él, conmovido por el solemne himno, Luis Gonzaga sube los peldaños de la Cruz y, de rodillas, abrazase al Madero, gritando:

— Líbrame de mis pensamientos.

El coro:

*Oua vita mortem pertulit,
Et morte vitam protulit...*

Luis: —Líbrame de mis asechanzas.

El coro:

*Beata, cujus brachiis
Pretiumpendit saeculi...*

Luis: —Líbrame de todo mal presente, pasado y venidero.

El coro:

*Ut nos lavar et sor dibus,
Manavit et sanguine unda*

Luis: —Líbrame de pecado este día.

El coro y Luis:

*O Crux, ave, spes única,
Hoc Passionis tempore
Piis adauge gratiam,
Reisque dele crimina...*

En el hervor de su exaltación, Luis resuelve bajar al pueblo y hacer público acto de penitencia, retractarse ante su párroco y besarle los pies, yéndose luego a un convento, en el que pedirá lo admitan de simple lego. Con el vivo deseo de la vida claustral, acude a su memoria otro himno que aprendiera en el Seminario y lo canta en alta voz:

*Crux fidelis, Ínter omnes
Arbor una nobilis:
Nulla silva talem profert,
Fronde, flore, germine.
Dulce lignum, dulces clavos,
Dulce pondus sustinet.*

De pronto pensó:

—Si alguien, desde abajo, ve mis transportes, puede juzgar que son alardes y presunciones.

Dio un salto y corrió por el campo, en dirección opuesta al pueblo. De cuando en cuando —*Flectamus genua*—, se volvía hacia la Cruz y echado al suelo prorrumpía: —«Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste: que por vuestra Santa Cruz redimiste al mundo y a mí, pecador; amén.» *Levate.*

Las palabras en la boca, los pensamientos sublimados en el alma, corría por el campo. *Flectamus genua*. Cerca de unas peñas, al rayo vivo del sol, abrió *Los Nombres de Cristo* y procedió a leer donde dice Monte.

Levate. Comenzó a embriagarlo la prosa y recordó la opinión del Padre Reyes:

—«Luis, tú eres un católico a lo Chateaubriand; de la religión te gusta lo externo, que halague los sentidos. Apuesto que aspirabas al sacerdocio por lucir los ornamentos, porque te besaran la mano, etc. Hiciste bien destripando.»

No, no, Abundio no tiene razón. Si en sus lecturas espirituales busca también calidad literaria, de una piedra se matan dos pájaros. Hoy, esta expresión resulta irreverente. Cierto que algunas veces los sentidos se van tras el encanto literario.

—Pero que no me gusta lo aparatoso del culto es evidente con haber venido a esta soledad no más por no estar en el mitote de las «insignias», que atrae a tantos curiosos de fuera y al que nadie del pueblo falta. Me choca esa costumbre de indios paganos. Lo que yo le decía al cura Martínez:

— «Cómo es que permite esas costumbres» —y le contaba esto que oí el Viernes Santo pasado, en la procesión de los Cristos, que hacen las mayordomías de los ranchos antes del Ejercicio de las Siete Palabras: los del Zapotillo, que tienen y llevan un Crucifijo pequeño, estorbaban el paso a los de la Jarrilla, que siempre van a la cabeza del desfile con su Cristo gigantesco; el mayordomo de éstos les dice a aquéllos:

—«Sáquense con su mirruña» —y les responden:

—«Ya lo ven, pero es más milagriento que su lagartón» —y en poco estuvo que llegaran a las manos. La chusma de rancheros, a esta hora, andará dragoneando a caballo y a pie, vestidos de sayones, fariseos y soldados romanos; por allí andará Pilatos; cualquier pelado de Manalisco, de Huentitán o de Las Huertas, como Simón Cirineo, como el Centurión, como Barrabás, Gestas, Dimas, los Santos Varones... ¡uf! Y el pueblo embobado. Menos mal, o peor, por la profanación y revoltura, que Nuestro Señor y la Virgen son imágenes. Y aquellas peloterías de gente, que ni se oyen los sermones a media plaza. Y esa Pasión representada en todos sus pasos por gente grosera. Y Victoria, que presume de exquisita, divirtiéndose... ¡No! ni un pensamiento más por este lado. Que se diviertan en tan sagrado día. Por desagravio — *flectamus genua*—, mi pecadora penitencia.

Y anduvo de rodillas, entre las piedras, besando el suelo a trechos.

—Considera, alma, cómo es el lugar donde a Nuestro Amado Jesús le pusieron en sus lastimados hombros el peso de la Cruz...

Cerca del penitente, veloz, pasó una víbora y Luis tuvo impulsos de matarla: todo un mundo de supersticiones agolpase a la memoria: supersticiones de Semana Santa, en particular de este luctuoso Viernes: lo que le sucede al que mata hoy una serpiente, al que se baña hoy en un río, al que coma la yerba llamada del Iscariote; allí está el cerrito de la Mina, donde han sacado ídolos y cuentan que la mañana del Jueves y la noche del Viernes Santo se oye tocar una campana de veras argentina; consejas de los hogares oídas desde los dos años, impresionantes, milagrosas; los del Vía- Crucis, que se quedaron convertidos en peñascos por distraerse viendo unas golondrinas; el Judío Errante, que llegó al pueblo hace muchos años y hubo eclipse de sol; niños que salen fenómenos cuando les toca nacer en este día.

—Ahora mismo estarán platicándose tales y otras mil simplezas en el pueblo. ¡Da vergüenza que se crean estas cosas! Pero... ¿por qué no maté a la víbora? Se me fue, por andar pensando tonterías.

Quiso volver a *Los Nombres de Cristo*; mas el temor de caer en vanidad, le hizo preferir la meditación —*flectamus genua*— del camino al Calvario, hecho bajo este mismo sol, a esta misma hora candente, hoy hace mil ochocientos setenta y seis años.

Ante su exactitud cronológica, el demonio de la ironía se le acercó, extendiendo sus canillas de crítica y duda, peludas.

—¡Credo! ¡Credo! ¡Credo! — gritaba el ex seminarista, sintiéndose débil y propenso a caer en tentación.

—*Et ne nos inducas in tentationem*— imploraba.

—*Dignare die isto sine peccato nos custodire* —añadía extenuado, volviendo los ojos a la ya lejana Cruz de la Misión.

—Hoy no quiero meterme en honduras críticas. Credo. Credo. «Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado.»

El sol iba llegando al cénit. Los horizontes bailaban como flamas de hoguera. El cielo y la tierra, sin amparo de sombras, implacables.

Lumbre caía de lo alto, lumbre salía de las entrañas del mundo, lumbre acumulaban todos los rumbos, en solemne silencio.

—A esta hora, sí, debieron llegar al Calvario, sí, a esta hora, sí, debieron despojarlo de sus vestiduras, sí, a esta hora, con este sol, sí, le dieron a beber vino con hiel, sí, a esta hora, debió sonar, retumbar en el tétrico silencio, desde el monte por todos los rumbos, el primer martillazo, sí, sobre la mano, sí, de Dios. *Flectamus genua*. «Bendito sea para siempre tan gran Señor y su Santísima Madre, que padeció tan gran dolor.» *Levate*.

Flectamus genua. A esta hora debieron izar la Cruz. Deben ser las doce del día. *Flectamus genua*. Desde aquí hasta las tres, la hora terrible en que debió acabarse el mundo con el deicidio, voy a permanecer en cruz, de rodillas y sin moverme. *Flectamus genua*. Esto debía hacer el señor cura en lugar de andar con mojigangas irreverentes. ¡Ay! no, pensar esto es gravísimo pecado de soberbia...

Y se golpeaba el pecho, recordando una y mil oraciones en latín y en castellano.

—«Señor, pequé... pecamos y nos pesa... habed misericordia...»

El rapto místico iba en aumento. Un impulso mágico lo hacía contraer la cara en gesticulaciones grotescas para ahuyentar los malos pensamientos; con igual propósito retorcía los brazos y los dedos en cruces y muecas de conjuro; sentía que el triste cuerpo era morada sucesiva de Dios y del demonio; a lo primero, volvía los ojos en blanco y quedaba en espera de levitación; luego lo poseía la más horrible desesperanza, dándose por condenado en vida. Fuera del torbellino espiritual, fuera, en la boca, ya las palabras sólo eran mecanismos incongruentes, a los que fueron mezclándose resonancias profanas: *De parentis protoplasti*. Ea, pues, Señora. Se engaña en Ti la vista, el tacto, el gusto. *Ars ut artem falleret*. Considera, alma. Por tu limpia Concepción. *Terra, pontus, astra, mundus*. En este valle de lágrimas. *Quo lavantur flumine*. Nuestros deudores. Cuando contemplo el cielo. Estos, Fabio. *Flecte ramos arbor alta*. Honrarás. *Flecte ramos arbor alta, tensa laxa viscera*. Hombres necios. Canta, oh musa. *Pange lingua*. De pies veloces. *Cum subit illius tristissima noctis imago*. Defiéndenos en la lucha. *Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis*. Por ser vos quien sois.

Cuando mi muerte llegare. *Venit post multos una serena dies*. La enmienda de nunca más pecar. Pero en fin, Diótima, dime qué es. Los medianos y más chicos, por iguales. Debemos un gallo a Asclepio...

Mediaba largo tiempo y angustias entre frases y palabras, o fluían vertiginosamente unas sobre otras. El sol martilleaba sobre las sienes y el pensamiento ni la devoción podían concentrarse en las Siete Palabras. La débil carne temblaba, se flexionaban las rodillas queriendo derrumbar al cuerpo y los brazos no podían sostenerse más. Un resto de conciencia, guiado por la sombra del penitente, testimoniaba que no eran a lo sumo sino las doce y media: todavía —¡y cuánto!— faltaba para las tres.

—Resistiremos la flaqueza y podremos velar dos horas la Agonía del Señor.

Cada vez el zumbido en las orejas era más terrible.

Mucho antes de la una, el cuerpo, sin sentido, se derrumbó.

Abajo, por las veredas, por los caminos, habían dejado de pasar los rancheros que iban al pueblo con retraso. Los que volvieran, lo harían cuando hubiesen oído las carreras contritas del Centurión; pero el mayor número, volvería con la luna, después del Santo Entierro y del sermón del Pésame.

Riguroso el ayuno general —hoy las cocinas quedan sin lumbre—, las gentes muestran blancos los labios, resecos, y el negro de los vestidos extrema el calor. Casi no hay tiempo para estar bajo la sombra. Y es justo este sacrificio en comparación de los que sufrió el Salvador en parejas horas de sol. Las casas, los corredores, los patios vacíos. Las procesiones y Ejercicios se suceden ininterrumpidamente. Gentes extenuadas y sudorosas resisten con placer el día tremendo. Las Siete Palabras acaban a las tres y cuarto. A las cuatro es el sermón de la Lanzada. A las seis, el Ejercicio del Descendimiento; actos continuos, la procesión del Santo Entierro, el sermón del Pésame — dentro del recinto de la plaza—, el depósito de la urna con la imagen del Señor muerto en la ermita extra-muros y la procesión —entre gemidos— de la Soledad, cuya imagen vuelve a la parroquia en compañía de las imágenes de San Juan, la Magdalena y los Santos Varones. A las nueve, a

las diez, las gentes comen un pedazo de pan frío, una tortilla con sal, beben un poco de agua y rinden la jornada.

EL VIEJO LUCAS MACÍAS

1

No es el más viejo —abundan longevos en el pueblo—; pero entre los viejos es el de mejor memoria y más vivo ingenio. Registro civil y público de personas, familias, cosas y contratos. Algo zahorí, «no por diablo —como él dice—, sino por viejo». Un poco leguleyo y —por igual— médico: desinteresadamente. No sabe leer; se perece, sin embargo, porque alguien le lea cuantos libros, revistas y periódicos caen en sus manos y se ingenia en conseguir, empeñoso. Si tuviera recursos, lo primero, tomaría un lector a su servicio, que fuera incansable. Ha ido acuñando así su filosofía o, más bien, destilándola en experiencia y lecturas, para que luego no falte al recordar una fecha, un antecedente, al aconsejar un remedio, un recurso legal o cuando pronostica. «Filósofo de velorio» suelen llamarlo burlándosele, pues que no falta a ninguno y allí rompe la vena de sus consideraciones y máximas. Cronista fiel, carece de historia personal: en la vida sólo ha sido espectador y notario de acaecimientos ajenos; de sí no sabe ni la edad, más que por aproximación: seguramente pasa de los ochenta, porque ya se acuerda bien de cuando su padre, que era soldado, fue a la guerra de Tejas y también a la de los Pasteles, donde le cortaron la pata a don Antonio, tan familiar en boca de Lucas Macías, como los otros nombres de contemporáneos destacados: Bravo, Pachito García, don Valentín Álvarez, Comonfort, Zuloaga, don Benito, don Miguel, don Tomás, Osollo, Maximiliano, Carlota, González Ortega, Rojas, Lozada, Escobedo, Vallarín, don Porfirio; a ninguno conoció, porque Lucas no ha salido nunca del pueblo; pero de todos da santo y seña, como si los hubiera tratado íntimamente: sabe sus manías, sus modos de vestir, sus expansiones domésticas, que le han contado gentes allegadas a tales personajes. Con igual profusión describe sitios en los que nunca estuvo;

calles, plazas, pueblos y ciudades que nunca visitó: «la pieza donde murió don Benito, que da a la calle de la Moneda, a la otra cuadra de Catedral, como quien va a la Santísima...»

—«Pero si nunca has ido a México, Lucas.»

—«Y eso ¿qué le hace? Con la imaginación basta y sobra; para mí que es mejor imaginar que ver; así las cosas dan todo su ancho y no tiene uno por qué achicarlas, ni curiosidad de verlas.» El olfato y la vista son los resortes de la memoria en el viejo Lucas: su gusto es apostar con los muchachos quién distingue las cosas desde más lejos, quién identifica más pronto a los que bajan de la Cruz o vienen por los caminos de las lomas fronterizas, quién —desde el camposanto— conoce a los que andan en el Calvario; y el viejo resulta casi siempre ganancioso. El presente y lo inmediato no hallan eco, sino por semejanza con el pasado y por indicio de futuro; Lucas parece insensible a lo actual; pero cuando lo actual fragua lo histórico, las imágenes volverán con fuerza viva en el fluir de la conversación.

Lo actual en el pueblo es hoy la enigmática Victoria, de cuya permanencia Lucas no da muestra de haberse enterado. Son otros los temas de actualidad: la llegada de Damián Limón —tanto, que la impresión recibida causó la muerte súbita de doña Anastasia, su madre, y esto congrega nutridísimo velorio—; la enfermedad del señor cura y el accidente de Luis Gonzaga Pérez. En pretérito, como suele hacerlo, el viejo Maclas comenta y vaticina:

—Yo era muchacho cuando una vez vino un circo muy famoso por todos estos rumbos; pero dónde que aquí les fue mal y tuvieron que salir de estampida, pues no sacaban ni para comer y por nada del mundo les querían fiar en las tiendas; para colmo de la mala suerte, le pega pulmonía doble a una de las cirqueras y entre que la dejan y entre que se la llevan, un domingo hacen la última lucha y sacan convite para llevar gente a la función de despedida; pero dónde se le ocurre al payaso echar pullas (que si tacaños, que si agrios, que qué esperanzas los nochiestecos que saben apreciar lo bueno), y el pueblo que se prende, y algunos vecinos que andan como lumbre, y que acaban con el convite a pedradas, y que van en bola como fieras al mesón y quieren sacar a todos los de la compañía, unos dicen que para trasquilarlos,

otros que para bañarlos en el río; era un día del juicio y cada vez menos entendían de razones los alborotados; ya echaban abajo las puertas del mesón, que a tiempo había cerrado el huésped; llega en eso don Ladislao Antón, que en paz descansa, y ese año era la autoridad, se abre paso entre la pelotera arremolinada, que muchos ni habían oído al payaso y eran los más enojados, y dónde le jincan un jitomatazo en las narices a don Ladislao, se pone furioso, arremete a golpes sin ton ni son, grita que vengan los gendarmes, y si a esa hora no haya venido el señor cura, que con otros vecinos compadecidos andaba brincando a los cirqueros a las casas de al lado, quién sabe dónde hubiera parado el cuento; total, que les dieron tres horas para salir de la población; eso era como a las tres de la tarde, y ya para las cinco allí van que no les cabía el alma en el cuerpo, escoltados por el mismo señor cura y dos de los ministros, más don Pablo Casillas, don Aniceto Flores y don Crescencio Robles, que en paz descansa, y eran comerciantes de mucha consideración; acompañaron a los cirqueros por el camino de Teocaltiche hasta pasarlos de Mascua; pero lo principal que yo quería contarles era que la cirquera, casi en las últimas por la pulmonía y por el susto, fue recogida en casa de una familia (y aquí vale aquello de que se dice el pecado, menos el pecador, no porque haya sido falta, sino caridad muy grande la que hicieron con aquella pobre; pero por lo que sucedió, y todavía quedan sujetos y deudos a quienes toca la historia); para no alargar el asunto, la enferma se alivió, y cuando ya estaba completamente buena, dijo que no quería irse del pueblo, que tenía ganas de tranquilidad y de pagar el beneficio que le habían hecho, aunque fuera sirviendo de criada con aquella familia, y si esto no era posible, que le hicieran la caridad de buscarle algún trabajo, que sabía coser, bordar y pintar sobre lienzo; hubo sus dudas y contrariedades, por aquello de la desconfianza en admitir como de la familia a una mujer como ésta, que por otra parte se mostraba humildosa y muy servicial, era bien agraciada y sangre liviana, le nació una devoción que ni quien la sacara de la iglesia; en fin: se dio tanta maña, que se quedó a vivir aquí, a pesar del feo que le hacían muchas gentes; pero con que a fulanita le bordó unos paños y no le cobró, a menganita le pintó unos cojines en las mismas condiciones y el estandarte de la Vela Perpetua con ese borreguito que ustedes conocen y al que no le hace falta más

que hablar, y a todos los vecinos saludaba con mucho comedimiento, fue granjeándose al pueblo y hasta comenzó a tener fama de virtuosa, y a correr la idea de una conversión milagrosa; diario andaba de negro y bien tapada, que ninguno podía creer que fuera la misma bailarina medio encuerada que a tantos escandalizó cuando la vieron hacer piruetas en el trapecio, bailar y retorcerse como víbora, cosa que a muchos hombres no se les quitaba de la cabeza y andaban espiándola, por si hallaban coyuntura para requerirla en tratos chuecos; pero ella se daba su lugar, pareciendo más arisca que cualquiera otra mujer del pueblo; nadie ha llegado a saber (y yo creo que sólo el día del Juicio se podrá decir lo que hubo de cierto), si fue una redomada hipócrita o si a pesar suyo cayó en tentación, el caso es que un buen día se desayunó la gente con el escándalo de que la cirquera se había huido con el hijo mayor de la familia que la recogió, muchacho que siendo ya minorista había venido a vacaciones y que seguro desde antes tuvo sus dares y tomares con aquélla; total, colgó los hábitos, luego se supo que andaban de cómicos en medio de mucha miseria, que al fin ella lo abandonó, borracho perdido y jugador, medio loco (también llegaron a decir que le había dado bebedizo y que en el pueblo disimuladamente trabajó hechicerías todo el tiempo que acá estuvo) y total, que acabó en el manicomio aquel pobre al que todos ponían por las espumas, del que todos decían que no había talento como el de él, que asombraba en las discusiones y actos públicos, que no bajaba de las tres eses en todas sus calificaciones. Murió loco de remate. ¿Sus buenas mercedes saben que casi todos los que cuelgan los hábitos acaban locos y más si ha sido por culpa de alguna mujer? Yo no he visto uno que haya levantado cabeza.

—Pero Luis Gonzaga no había recibido ningunas órdenes —objeta uno del corro.

Lucas no hace caso del presente a donde quiere traerlo la interrupción; sino continúa computando las malas fortunas no sólo de tonsurados, también de simples destripados, que dejaron el Seminario por alguna pasión.

—YA no fui a la feria de San Marcos. Ya se me cebó la ida —por milésima vez la obsesión asalta el pensamiento de don Timoteo, que apenas habla, inmóvil, sentado al fondo del corredor.

— ¿No se irá a poner trabajoso mi padre para entregarme lo que me toca de la herencia de mi madre? —cavila Damián, en tanto sus palabras ora dicen extremo dolor, ora cuentan orgullosamente las maravillas del Norte, que le son familiares y que compara con las cosas de este país «tan atrasado».

—¿Qué intenciones traerá Damián? —zozobra Juan Robles, marido de la que fue novia del recién llegado.

—¿No se le ablandará el ánimo con esto a don Timoteo para perdonarme la deudita? —piensa aquel y aquellos acreedores.

—Toda la vida escogería yo mejor al padre, ahora que queda viudo, que al hijo —muy en lo íntimo de la zona en donde todavía no hay deseos, afirma el alma anónima de una mujer.

— ¿Qué irá a pasar con don Timoteo? ¿Se casará de vuelta? —interrogan mujeres y hombres; entre aquéllas no faltan quienes, sin decirlo, convienen en que «todavía está fuerte».

—Será capaz de enterrar todavía otra mujer y ¡vaya que la difunta se le aferró, se le aferró! — imagina doña Dolores, la planchadora de ajeno.

— ¡Qué fea se ha puesto mi tía! Por nada del mundo me le arrimaría —piensa una de las muchachitas, parientes pobres, lejanas, recogidas y en realidad sirvientes de aquella casa; y otra de ellas: —Dicen que está dormida, pero ni resuella, ni la dejan sola; pero tampoco se le arriman, como si hasta tío Timoteo y tío Damián le tuvieran miedo, y su comadre Gabriela que dice que tanto la quería, y doña Pepa que la granjeaba como granjean los perros.

— ¿Qué le haría tío Damián, que al llegar se murió? —piensa la primera muchachita.

—Ahora sí yo creo que ya no nos regañará por todo a Justina y a mí, ni nos jalará los cabellos; era muy corajuda —piensa la muchachita segunda.

— Era miserable. Ni para la iglesia le gustaba dar —memora doña Rita, la costurera.

—Ni tiempo tuvo el Padre Reyes para haberle podido sacar qué le dejara a la iglesia. Dicen que cuando vino ya estaba muerta y nomás la absolvió condicionalmente y la santolió fría —reflexiona para sí don Ponciano Retes. (El rumor es general, tremendo: «dicen que no alcanzó confesión; mayor culpa de Damián.»)

—Yo creo que por ella se hizo más agarrado Timoteo —conjetura Petra, la viuda de Julio Trujillo.

—A sus años, la pobre, quién sabe si por tullida, era un martirio de celosa; no consentía que a don Timoteo le hablara ninguna mujer..

Estos y cuántos más ocultos, variadísimos pensamientos, recuerdos, intenciones, vejámenes, malevolencias, ocurrían al velorio de doña Anastasia, revoloteando invisibles, huyendo de las palabras, disfrazados en conversaciones de inversa dirección: así el que piensa que la muerta pudo condenarse por falta de auxilios, dice a grandes voces que había de envidiársela porque siempre estuvo lista para el supremo trance; quien recuerda en su interior los defectos de la difunta, se desata en elogios de las virtudes que la distinguieron: «tan piadosa, tan caritativa, tan mujer de su casa, tan paciente, tan conforme con las penalidades que le mandó Nuestro Señor...»

Ha venido casi todo el pueblo.

Son las once de la noche. Comienzan a retirarse los dolientes. La sala donde han tendido a la señora está ya casi vacía: sólo quedan allí un grupo de mujeres a quienes da conversación doña Remigia, la encomendadora de moribundos:

—«Ya cuando me hablaron estaba bien muerta; pero por si acaso, le grité al oído las oraciones; una vez, cuando también la muerte repentina del difunto Práxedis, recuerdo que al oírme se movió, como aceptando repetir con la intención las palabras que le iba diciendo...»

Luego platica otros chismes: no ha venido ni seguro vendrá la forastera; entraban con el desmayado Luis Gonzaga por una calle y por otra iba entrando el señor Damián; por atención a los deudos de doña Tacha, no hubo judas; luego se reanuda el plañido:

—«Ya cuando me hablaron estaba bien muerta...»

Todavía están llenos el corredor y el patio: aquí se habla de los toros en Aguascalientes, allá de cómo fue hallado exánime Luis Gonzaga Pérez; alguien está a punto de reír; muchos parecen olvidar el motivo que los congrega; pero no faltan oportunos que enderecen la reunión por senderos fúnebres o inviten a rezar otro rosario de Ánimas.

A las once y media llegan de Jalpa Clementina —la hija mayor de don Timoteo— y su marido, esperados desde al anochecer, pues muy temprano les habían mandado avisar con un propio. Escena de llantos y desesperación, que termina con el monótono relato, en labios de Prudencia, la única soltera de la familia (a quien desde hace veinticuatro horas un solo pensamiento martillea: *Damián la mató, Damián la mató, Damián la mató...*).

—«Ya estábamos acostados cuando tocaron la puerta y mi padre se levantó a ver quién era, tan a deshoras de la noche; como no se oyeron más ruidos y yo estaba cansada, pues fui a todos los ejercicios y anduve en todas las procesiones, comencé a dormirme de vuelta, creyendo que mi madre no se había despertado; pero oigo que me habla:

— «¿No sales a ver quién fue? se me hace que llegó Damián.»

—«Pero si no se oye ningún ruido —le dije—, ya mi padre se volvió a acostar.»

—«Sal a ver quién es, por amor de Dios» —me dijo.

— «Pero madre, si no se oye ningún ruido.»

—«Entonces —me contestó medio violenta—, yo me voy a levantar, aunque sea con trabajos: claramente oí la voz de Damián.»

Por no contrariarla y que se enojara (estaba muy irritable), comencé a vestirme.

—«Andale pronto» —me decía; salgo y hallo en la cocina que no se había engañado: allí estaban mi padre y Damián.

—«¿Qué andas haciendo?» — me dijo mi padre; les conté lo inquieta que estaba mi madre, y se pusieron más preocupados de lo que estaban.

—«Hay que evitarle una sorpresa» —dijo mi padre.

—«Si yo voy a convencerla —les dije—, no servirá de nada; es mejor que usted vaya.»

Entramos mi padre y yo:

—«Qué ocurrencias tienes —le dijo—, acuéstate y no estés pensando cosas que te hacen daño.»

Se puso colérica:

— «Ustedes tratan de engañarme; claramente oí la voz de Damián y quiero verlo; el corazón me avisa que aquí está mi hijo. »

Media hora estuvimos tratando de convencerla de que se durmiera; mi padre estaba seguro de que no habían hablado al entrar y de que no pudo oírse desde la calle la voz de Damián, a quien luego que vio le mandó callar, y había hecho que no entrara el caballo, sino que se lo llevaran muy despacito al mesón, para que mi madre no se diera cuenta; ella me mandó que le arrimara sus trapos para vestirse; la energía de mi padre sólo sirvió para disgustarla más; entonces él dijo:

—«Por darte gusto voy a ver si alguno que haya llegado de Guadalajara me da razón de cuándo venga Damián.»

— «Si fue que no quisiste admitirlo en tu casa, tráetelo ahorita mismo, si no quieres que vaya yo.» Me quedé preparándola, para que la sorpresa no fuera tanta; le hice agüita de azahar, le di a oler alcohol; pero cuando llegaron —hacía rato que habían dado las doce—, llorando trató de levantarse de la cama, le vinieron las convulsiones al abrazarlo y por fin el ataque (renovado llanto de los interlocutores); ya estaban levantadas las muchachas, y mientras salían los hombres a buscar al Padre y a don Refugio, seguimos haciéndole mil luchas: friegas de alcohol, paños con éter; por nada del mundo hicimos que volviera; yo sentía que se le acababa el aliento, y nada que parecían mi padre ni Damián; nos pusimos a rezar, sin dejarle de hacer la lucha; mandé a Justina que buscara a mi padre en el curato y que le hablara a doña Remigia; pero apenas acababa de salir, mi madre dio dos boqueadas y no más.»

(El llanto a gritos se reanuda por parte de Clementina.)

El resto de la narración queda a cuenta de doña Remigia:

—«Los Padres y don Refugio no estaban en sus casas; se habían ido a la de los Pérez porque a Luis Gonzaga lo habían traído como muerto unos hombres que lo hallaron tirado en el campo; luego luego que los

encontró don Timoteo vinieron el Padre Reyes y don Refugio; pero ya no era tiempo.»

Se alza de nuevo el llanto en alaridos de Clementina:

—¿Luego no alcanzó confesión mi madre de mi alma?

—Sí, le dio la absolución el Padre Reyes y la santolió todavía calientita; y ella estaba siempre preparada: nada menos el Jueves Santo le trajo el señor cura a Nuestro Amo, por comunión, que también había pedido para mañana domingo; así nos cogiera a todos la muerte («¡No, no — dice la íntima conciencia empavorecida de los que oyen y aun de la que habla—, que no nos coja sin confesar!»), ni por el purgatorio ha de haber pasado, porque antes se lo mandó Nuestro Señor con veinte años de sufrimientos, y a todos edificaba su resignación con tantas otras penas que quiso darle Dios, desde la muerte de Rosalía.

—¿Le avisaron también a Pancho mi hermano?

— Desde temprano salió un propio y esperamos que Pancho llegue antes del entierro, que por eso va a ser hasta las diez...

A las doce de la noche llegan con el ataúd. (En el pueblo no hay tiendas funerarias; cuando a uno se le llega la hora, don Manuel o don Gregorio se ponen a hacer la caja el mismo día y a la medida del finado. Muchos tienen la devoción de estar tan prevenidos para la muerte, que en vida se mandan hacer el féretro y labrar los cirios con que han de ser velados, y esto les sirve de tema para sus meditaciones y espiritual aprovechamiento; hay quienes guardan su cajón, ceras y mortajas desde quince o veinte años, y algunos en lugar ostensible de sus casas, aun en sus recámaras. Don Timoteo siempre se opuso a esta piadosa prevención de su paralítica cónyuge y por ello no faltaron desavenencias. Los ataúdes —por lo común— son bien humildes, teñidos de humo de ocote o barnizados, valen de dos a cinco pesos, según la madera y el acabado, y en dos o tres horas están listos; por excepción, la vanidad de algunos requiere lujos hasta en esto: madera fina, tapizada de paño, de seda, o bien maqueada, con buenas bisagras, abullonada por dentro, con un costo de sesenta u ochenta pesos, que «mejor estuviera gastarlos en misas», dice la gente. Damián se empeñó en que hicieran una caja estilo americano y hubo necesidad de encargar a Teocaltiche un cristal, unas aplicaciones y un Crucifijo niquelados;

tanta exigencia, que ya don Gregorio, el mejor de los carpinteros, no quería hacer el trabajo, porque también pensaba —muy para sí— que de un momento a otro le encargarían la caja de Luis Gonzaga Pérez y no se daría abasto. Como es costumbre, la calle donde tiene su taller don Gregorio se vio todo el día muy asistida de curiosos, que iban viendo cómo adelantaba el macabro quehacer, y hasta el maestro tuvo que amenazar a los muchachos que invadían la carpintería: —«Váyanse con don Manuel, que también está haciendo un cajón para Manalisco.»

Don Manuel tenía sus curiosos, que iban y venían de un taller al otro; pero el mayor público lo retuvo don Gregorio, por la novedad del cajón «estilo gringo».

—«¿A qué horas vendrán con lo de Teocaltiche?», «¿a qué horas irá a acabar, don Goyo?», «¿cuánto le van a sonar por trabajo tan fino?». Lo hartaron a preguntas; a unos, a los vecinos considerables, a los amigos, les contestaba; pero a los arrapiezos, amenazándolos con el serrucho, la garlopa o el martillo, los mandaba a jondear gatos de la cola, sin conseguir quitárselos de encima. (Tuvo que velar hasta las doce, siempre asistido de curiosos.) Revuelo en la casa, con la llegada del féretro. (—«Quedó muy bonito»... —«Lástima de lujos para la tierra»... — eran los comentarios, por la calle.)

Se desatan los clamores del llanto. Prudencia y Clementina están a punto de desmayarse. Don Timoteo se pone de pie y tomadas las contradictorias opiniones (en el pueblo se prefiere poner a los muertos en el cajón hasta que se llega la hora de llevarlos a la iglesia y sólo antes cuando comienzan a descomponerse), resuelve proceder a la penosa tarea.

Clementina suplica que la dejen rezar siquiera un rosario a su madre mientras todavía esté tendida en el catre. Así se hace. Cuando el sufragio termina, las mujeres rodean a la muerta.

—«Qué bien se le cerraron los ojos.»

—«Es que luego, luego, cuando pensamos que había ya pasado el Juicio, antes de comenzar a vestirla, les puse sal y mucho rato le detuve los párpados con los dedos.»

(—«Hasta los tiene hundidos, como una calavera; la voy a soñar» — piensa, sin decirlo, doña Dolores la planchadora.)

—«¿Le desamarraremos el paño de las quijadas?»

—«No sea que se vaya a desencajar; mejor no.»

(Tiene la boca enjuta, los pómulos casi pelones, como una calavera; las manos huesudas, amarradas; el vestido negro, almidonado, bien planchado; la cabeza tocada con un chal; el cuerpo cubierto de imágenes y escapularios.) Prudencia (*Damián la mató*) y Clementina no quieren dejar de verla, para que por siempre se les queden bien grabados los rasgos de la que les dio la vida; otra vez el pensamiento de que al fin va a descansar de las violencias y molestias que durante años le ocasionaron la enfermedad y el genio irritable de su madre, hiere a Prudencia, que se revuelve como si cometiera pecado y fuera cómplice gustoso de la muerte, y grita entonces:

— «¡Pobrecita, tanto que sufrió!»; pero Prudencia misma, y las dos muchachas recogidas, y don Timoteo, abrigan el mal pensamiento: «¡tanto que nos hizo sufrir; al fin descansaremos de ella!», y cuanto esta idea es más fuerte, más estruendosos resuenan los llantos. Aquí los varones apartan a las mujeres y ponen el cuerpo en el ataúd.

—«Hay que resignarse con la voluntad de Dios», «nomás es ventaja que nos lleva, porque a todos ha de sucedernos lo mismo», «hay que ofrecerle a Dios este trago tan gordo» —van diciendo los extraños, entre quienes el más elocuente y locuaz es el viejo Macías, que narra muchos ejemplos de admirable resignación:

—«Allí para no ir tan lejos acuérdense de Cayetano Castañeda, cuando le mataron a los dos hijos, y qué me dicen de la misma doña Tacha, cuando se le murió Rosalía: ejemplo nos puso de conformidad con lo que Dios dispone...»

Quieren convencer a don Timoteo para que se acueste a reposar un rato. No les hace caso; ya ni siquiera se sienta; pasea, paseará toda la noche, inquieto, por el corredor. Al verlo todavía tan fuerte, se le viene a Prudencia (*Damián la mató*) un pensamiento más venenoso que el otro —como si le hubiera picado una víbora—:

«Si mi padre se casara de vuelta», y horrorizada se tapa la cara y reanuda el llanto.

—¿Por qué le habrán echado tanto formol y cal antes de cerrar la caja? Todavía nos lloran a todos los ojos, con lo fuerte del formol.

Ya sólo se han quedado los parientes, los medieros, los deudores y los pobres que de algún modo se hallan ligados por obligaciones con don Timoteo. Velarán toda la noche, aunque no les han ofrecido de cenar y las tazas de café negro y de canela han sido avaramente distribuidas. (Esto acrecentará la fama de tacaño que tiene don Timoteo; recordarán las gentes para siempre: «cuando se murió su mujer ni siquiera dieron café».) La conversación languidece; pero se hace más familiar y expansiva. Los pensamientos avivan su doble fondo:

—«La finada tenía buena ropita, ¡que me tocara algo! ¡quién sabe!» —discurre doña Dolores.

—«Si viendo lo que me ha podido la muerte de doña Tacha, y que no me he separado en todo el día, ni me iré hasta que la entierren, el amo quisiera darme a partido unas tierritas mejores, por ejemplo el plano del Agua Colorada» —sueña Ponciano Romo.

—«¿No me habilitará una yunta nueva de bueyes? Pero Dios sabe las ideas que traiga el señor Damián, para más amolamos» —reflexiona Pablo Peña.

—Siquiera está bonita la caja y muy a su medida —dice Clementina.

— ¡Ya para qué, si al cabo no siente! —responde Prudencia. (*Damián la mató— si quisiera casarse de vuelta.*)

— Pero siempre es un consuelo.

(*Por qué le habrán echado tanta cal y formol.*)

—Todo el santo día estuve oyendo el serrucho y los martillazos de don Gregorio —con lo cerca que lo tengo—, y era como si me cortaran las sienes y me diera cada golpe en el corazón, pensando no más en la pobrecita de su mamá, tan buena que fue siempre conmigo, y tanto que me socorría — dice la costurera, mientras piensa:

—«¿Ustedes no me irán a dar algo que sirva, y no nomás desperdicios y gamitas, como los que de cuando en cuando me regalaba la difunta?»

— Oye —pregunta Clementina—, qué ¿no vinieron los Rodríguez?

—Mejor ni hubieran venido, con esa loca de Micaela, que está como mujer de la calle. ¿Lo crees que todo el rato nomás estuvo coqueteando con Julián, ni quien les parara la plática y hasta se reían? Me dieron ganas de comerla, con esa falta de respeto al, cuerpo tendido de mi madre; se veía que todas las gentes estaban contrariadas; pero ella como si nada, la muy sinvergüenza —dice Prudencia con tono airadísimo. (*Si quisiera casarse de vuelta —la mató Damián.*)

— De veras, qué barbaridad, apenas puede creerse —clama doña Rita.

—Es una cosa increíble —añade la planchadora, con enojo de competencia.

—Ya verán, si vuelve mañana o a los rosarios —amenaza Clementina, contagiada de furor—, yo no ando con contemplaciones.

—Si hasta dicen que la loca ésa —figúrense— anda provocando un pleito entre Julián y Ruperto —anuncia la costurera.

—Se están viendo unas cosas en el pueblo...

— Esa señora Victoria...

Don Timoteo pasea sin descansar, sin atender los amagos de conversación que le dirigen sus deudores y medieros. Más presente que nunca siente la cara de Anacleto, cuya mueca inerte parece burlarse, vengarse; cuando quiere rehuirle, se topa con el pesar —pecaminoso— de la feria frustrada, de lo bueno que irán a estar los toros en Aguascalientes, de lo insufrible que doña Tacha era: ¡no logra escapar de tan abominables pensamientos! Y sobre todos sus pesares, la contrariedad que ha tenido en la iglesia y por lo que no halla qué hacer.

— ¿Y Orión? —pregunta Clementina.

—Se lo llevaron al rancho en la mañana, porque no se aguantaban sus aullidos. No quería quitarse de debajo del catre donde tendieron a mi madre. Tuvieron que lazarlo, para vida de llevárselo. ¡Daba una compasión!

Damián está ya tan bebido (ya corre por el pueblo el escándalo de su intemperancia), que no hay quien le aguante sus necesidades; y no es lo más, sino que quiere que todos tomen. Inútil ha sido el gesto de su padre. Lo único que hizo fue salirse a la puerta de la calle.

Son las dos de la mañana.

—Todo el día estuve oyendo el serrucho y los martillazos de don Gregorio, como si fueran sobre mi cabeza...

Ni el señor cura, ni ninguno de los padres han querido ceder a las razones de don Timoteo, que tampoco quiere que se sepa el asunto. La dificultad le golpea el ánimo más que ninguna otra de las malas ideas que lo asedian. ¡Es terrible!

— ¿Por qué le habrán echado tanta cal y formol? (Por eso, por la enérgica decisión del señor cura y de los ministros.)

Don Timoteo estalla por fin con el escándalo de Damián, y de las palabras («no tuvo más remedio») pasó a los golpes para quitarle la botella, estrellarla en el suelo y encerrar al borracho.

(— «Hacía mucho tiempo que no se bebía tan sin recato en el pueblo.»)

—Ha sido terrible. (—«Tenía que ser un norteco, sin temor de Dios.»)

El velorio se ha quedado en consternación. Hasta Lucas Macías guarda silencio. Las mujeres lloran quedito.

(—*Damián la mató.*)

Don Timoteo pasea sin descanso por el corredor y su trágico silencio infunde miedo a los concurrentes.

(—*¿Qué haré si se casa de vuelta?*)

Don Timoteo se dirige a la sala y corta violentamente las pavesas de los cirios.

—Todo el día estuvo resonando el serrucho de don Gregorio...

—Siquiera no clavarón la tapa. Es un consuelo que no más la cerraron suavcito y con llave, como una petaquilla. Me hubiera muerto con los martillazos —dice Clementina entre sollozos; con ligera transición añade—:

—¡Lo que ha sucedido es horrible!

—Sin mi madre todo será cada día más horrible. Siquiera tú estás lejos, con tu mundo aparte — gime Prudencia. (*Si se casa de vuelta — Damián la mató.*)

— ¿Pero qué tiene mi padre?

— No sé. Mira... —Prudencia y Clementina se levantan de las sillitas bajas en que permanecían, y retrayéndose de que las escuchen, aquélla continúa—: dos veces ha hablado con el Padre Reyes en el día; la segunda vez también vino el Padre Islas y estuvieron una hora encerrados; mi padre salió con una cara de contrariedad que no le conocía y es mucho decir, con el carácter que tiene; luego fue a la calle, yo creo que al curato —dicen que el señor cura tiene una calentura de cuarenta grados y no lo dejan ver —; cuando volvió mi padre, venía con él el Padre Vidríales y no sé cuánto alegaban en la esquina del corral, sin dejar que nadie se les arrimara. Yo ya ni quiero ni pensar lo que sea. No pudieron dar los dobles, porque la gloria estaba cerrada; pero bien que repicaron al abrirla, quién sabe si sea pecado: pero me dolieron en el alma los repiques, y lo mismo eché de ver en mi padre.

— Eso será.

—No, yo creo que es algo más tremendo, que ni quiero pensar.

—¡Cómo vino a morir en Sábado de Gloria!

Vuelven las dos mujeres a sus sillitas, con el corazón apachurrado. (*Damián la mató.*) Sólo se oye —infatigable, monótono— el murmullo de Lucas Maclas. Don Timoteo no descansa, de un lado a otro. (*Para qué tanta cal y formol.*) Van en aumento, con la madrugada, las toses. (*El serrucho todo el día.*) Inesperadamente, como balde de agua helada, cae sobre el velorio el inexorable primer repique para la Misa de Resurrección. Un rictus de sorpresa dolorosa y contrariedad se dibuja en los rostros. («Qué crueles son para el dolor ajeno» —piensan sin querer, don Timoteo, Clementina, Prudencia, el tío Cesáreo, hermano de doña Tacha; luego abominan del pensamiento, que juzgan pecaminoso.) El féretro impasible. Impasible la mortecina luz de los cirios y de los aparatos de petróleo. Vuelven a llorar las mujeres.

— ¡Nuestro Señor ha resucitado! —exclama Lucas Maclas.

Don Timoteo sigue paseando sin descanso, en lucha con sus pensamientos. Justina despierta: estaba soñando que su tía Tacha le daba coscorriones y le jalaba los cabellos; dirige los ojos al cajón. Es la media para las cuatro. Se preparan los oídos dolientes para la tortura del segundo y último repiques de la Misa pascual.

—Todo el santo día retumbaron los golpes en el taller de don Gregorio. Nuestro Señor ha resucitado.

3

¿CÓMO adivina las cosas Lucas Macías? Es el único que malicia el tremendo problema que aflige a don Timoteo; éste y los padres, para evitar chismes anticipados, habían logrado que no trascendiera la dificultad; pero Lucas Macías, parabólicamente, demuestra conocer el asunto.

—...no valieron ruegos ni amenazas; ¿cómo podían valer contra lo que tiene mandado Nuestra Santa Madre Iglesia?; le ofrecían al señor cura lo que quisiera, porque como ellos decían, ¿cómo iban a enterrar como perro a don Celestino, sin llevarlo a la iglesia, sin que le dijeran su buena misa y sus responsos? ¡ni que hubiera sido hereje! don Celestino, que había sido tan piadoso y de veras tan caritativo. Sería una mancha para la familia, que pasaría de generación en generación, y por nada del mundo ultrajarían la memoria de un hombre tan cristiano, que no había tenido más culpa sino que Dios quiso llamarlo a su reino el día de Noche Buena. Inútilmente les explicaba el señor cura que no era vergüenza ni mucho menos aplazar las honras fúnebres un día, porque no puede haber misa de cuerpo presente, ni se pueden llevar los muertos a las iglesias, ni rezar responsos, en días como Navidad; que eso estaba mandado hacía muchísimo tiempo y en todas partes; que no era mala querencia, ni mucho menos, al contrario; pero los Cornejo — que siempre han sido muy trabajosos— no querían entender: que sí, que sí, que fuera el día que fuera —porque ellos ni nadie habían tenido la culpa de que don Celestino se muriera en tal fecha—, lo llevarían a la parroquia y harían que les dijeran una misa como las mejores de difuntos que hubiera, que por eso tenían tanto dinero y eran tan católicos...

(Don Timoteo está, contra su gusto, haciendo las cuentas de los gastos que la muerte de su mujer le ocasionará.)

—... la cosa comenzó a ponerse fea, donde se le subieron las copas y el orgullo a Pascual Cornejo, hijo del difunto don Celestino; este Pascual era muy abusivo; había andado con las tropas del general Márquez y se gloriaba de haber fusilado a unos chinacos, diz que médicos, en la población de Tacubaya; cuando ganó Juárez, vino a esconderse en el rancho y nadie lo vio hasta cuando comenzó el gobierno de don Sebastián; pues este Pascual, con las copas y el orgullo, perdió la paciencia y fue al curato pistola en mano, tratando de asustar al señor cura, que entonces era un viejito muy bueno, el señor cura Robles, José Asunción Robles, que luego lo hicieron canónigo y allá murió en Guadalajara; este señor fue el que me dio la primera comunión, porque aquí duró muchísimo tiempo, y yo me acuerdo de lo platicador que era, visitaba a las familias y estando aquí le tocó ir a Tierra Santa, de donde trajo muchas reliquias, que repartió a los vecinos; yo tenía un rosario tocado en los Lugares Santos, que no sé ni cuándo se me perdió; con sus resabios de militar, fue pistola en mano; pero se estrelló en la firmeza del señor cura Robles; y además luego se juntaron muchos vecinos que trataron de desarmar al abusivo y por poco hay una mortandad, si no haya sido por la prudencia del párroco. Eso sí, no pudo haber misa, y los Cornejo tuvieron que velar al muerto una noche más, y como no habían tenido precauciones, el cuerpo se descompuso y era una pestilencia que nadie soportaba; por cierto que la segunda noche de velorio —yo estuve allí— se vio muy desairada, porque hasta los parientes estaban desvelados; el cajón lo cargaron unos peones, que se pusieron en la boca unos paños con alcohol, y la iglesia quedó apestando hasta que la tuvieron que desinfectar; si le hubieran echado cal y formol antes de clavar la caja...

(Don Timoteo siente vergüenza, y para siempre la sentirá, por habérsele ocurrido las imágenes de su mujer en la noche de bodas y en el nacimiento de Damián, ahora que vestían el cadáver y después, al verla tendida y cuando la agarró por los muslos para echarla al cajón.)

—...el señor cura Robles era de los que no creen que los muertos se aparezcan, ni cuando dejan mandas sin pagar o dinero enterrado, menos todavía cuando dejan de llevarlos a la iglesia; pero yo he conocido a tantísima gente que no podía echar mentiras cuando decían

que les hablaban los difuntos; niñitos que no los conocieron y daban sus señas completas, hombres que con el susto se ponían malos de fríos, mujeres que se desmayaban; la verdad yo nunca he visto ningún espanto y he vivido en casas donde decían que asustaban; una noche, me acuerdo, viviendo en la casa que fue del difunto Margarito Pérez, ora abuelo de Luis Gonzaga, tuve que ir al corral y vi una sombra blanca que me hacía señas para que fuera; de pronto me temblaron las corvas, no sabía si correr o hablarle:

«En nombre de Dios te pido si eres de este mundo o del otro»; ¡qué caray! —dije—, yo no voy a correr, yo voy a salir de dudas, y haciendo de tripas corazón le hablaré, quién quite se trate de un tesoro; que me arrimo, y vuela una gallina que sobre una ropa tendida se picaba debajo de las alas y parecía la cabeza de la sombra, llamándome...

(Don Timoteo, paseando, mueve la boca como si estuviera rezando pedazos, no más pedazos de oraciones, mientras parece pensar cosas muy distintas y distantes de lo que masculla, de lo que masca.)

—...volviendo a lo que querían los Cornejo, cómo iban a quebrantarse las leyes de Nuestra Santa Madre la Iglesia no más por sus exigencias; tuvieron que esperarse un día con su muerto...

Don Timoteo, con visibles muestras de irritación viene hacia Lucas Macías:

— Es bueno que te vayas a misa —le dice.

Humilladamente se incorpora el viejo; humilladamente pregunta:

—¿Y a qué horas es el entierro, para volver?

La mirada de don Timoteo relampaguea; frunce la boca y gruñe:

—No sé... depende de la hora que venga Francisco.

Pero bien que ha oído el relato indirecto de Lucas, a quien quisiera desbaratar, porque ya de lengua en lengua se publicará el chisme: «Como es día de Resurrección, a doña Tacha no la llevarán a la iglesia, sólo que se esperen hasta pasado mañana; ¿qué hará Damián cuando se lo digan, con las pulgas que tiene? Ahí sigue y da vuelta, tendrán que esperarse o llevarla al camposanto como si no fuera cristiana, sin que siquiera puedan doblar las campanas en este día...»

PASCUA

1

QUÉ consuelo la claridad, los ruidos de la mañana, qué alegría de los rayos del sol y las campanas, tras el quebranto de la desvelada.

—Le bajó la calentura y está más tranquilo —dice Marta. Dice doña Carmen Esparza Garagarza de Pérez.

—Trabajo nos costó conseguir que no se levantara a celebrar —dice la una.

—Todavía parece que delira —dice la otra.

2

—*AL amanecer me hubiera muerto.* Hace que le acerquen el misal con que jugaba a decir misa.

— «Te hace daño fijar la vista» —dice doña Carmen.

*Porfía el delirante. Lo complacen, como siempre. Al amanecer, cuando prenden el fuego nuevo. Recuerda las mañanas de Sábado Santo. Siendo acólito ayudaba, en las puertas de la parroquia, todavía a oscuras —a oscuras, con especial encanto de misterio antiguo—, ayudaba a encender con pedernal y yesca, no más con pedernal y yesca, el fuego nuevo, y se sentía trasladado a épocas remotas, al principio del mundo y del tiempo, al limbo de los años proféticos. Hubiera nacido, como la luz. Me hubieran encendido el alma, como a las brasas del incensario, como a las velas, con luz bendita, con lumbre, nueva, como a las tres — misteriosas— velas de la caña, una a una encendidas, en procesión por la iglesia, mientras la voz canta *Lumen Christi*, resonante a voz nueva, en una iglesia, en un mundo*

nuevos, y el alma se arrodillaría al entrar, en medio, al llegar, encendiéndose, nueva.

«Antes de encenderse, el cirio pascual es la imagen de Cristo en el sepulcro; encendido, figura al Salvador iluminando al mundo con los resplandores de su resurrección, como la columna de fuego que iluminó la marcha...»

—«No leas, te hace daño.»

—«Déjenme solo, sálganse.»

No han querido contrariarlo nunca. Incrustada el alma con cinco estrellas como el cirio... tuba insonet salutaris... como el cirio con los cinco granos de incienso... totius orbis se sentiat amisisse caliginem... en cruz griega, sobre mi pecho... sancti luminis claritatem... las estrellas... haec nox est... como las llagas de San Francisco... columnae illuminatione purgavit... y las de Nuestro Señor... o vere beata nox... bienaventurada noche en que debí morir para resplandecer como un meteoro, con sangre de mártir, cuando el cirio se enciende con las luces de la caña bendita, y me hallara luminoso el lucero de la mañana, que no tiene ocaso, y volviendo de los senos inferiores amanece sereno sobre los hombres. Moisés... flectamus genua... Isaías, Baruc, Ezequiel, Jonás, Daniel, todos los Santos Patriarcas y Profetas... levate... profetizad. Mi amado se ha hecho una viña en una loma muy fértil... y construyó en ella un lagar. Hubiera entrado a la muerte con capa morada, y cruz, y ciriales, y cirio, y caña e incensario... como ciervo sediento... como entran a la pila bautismal y bendicen las aguas, dividiéndolas... como ciervo sediento... como dicen que huya lejos de aquí todo espíritu inmundo y esta criatura, el agua, quede libre y bendita por el Dios vivo, por el Dios verdadero, por el Dios santo, que en el principio, con una sola palabra, te separó de la tierra y cuyo Espíritu sobre ti flotaba... como cuando el sacerdote remueve las aguas en la pila hacia los cuatro vientos, acordándose de que Dios las dividió en cuatro ríos para regar el mundo, y les quitó amargura, y les dio suavidad, y las hizo brotar de una peña, con una vara, y las convirtió en vino, y anduvo sobre ellas; como cuando sopla tres veces en el agua y le imbuye el cirio encendido, también tres veces, luego rocía al pueblo y le reparte agua bendita, para la hora de la muerte, y echa crisma y óleo a la pila de bautizar, donde me bautizaron... Haber muerto para luego nacer chispa,

luz trina, cirio, agua, el Sábado solemne, al compás de una liturgia eterna, por los mundos de los mundos. Jehovah saldría revestido con capa pluvial y barbas de Pontífice antiguo. *Omnes Sancti et Sanctae Dei*. No hubieran doblado las campanas: repicaran, con júbilo, al rasgarse los velos de la carne morada y el coro de los ángeles cantase, ¡aleluya! Cuando volvieron a entrar doña Carmen y Victoria, lo encontraron en el suelo, bocabajo, cantando la Letanía de los Santos, desfallecidamente, con esfuerzo que a veces explotaba en gritos desentonados: «Santa María Magdalena, Santa Inés, Santa Cecilia, Santa Águeda, Santa Anastasia, todas las santas Vírgenes y Viudas»... Cuando sintió que había penetrado Victoria en la pieza, estalló la voz, complicada con gruñidos, como si las palabras se arrastraran imposibilitadas:

—«... Vírgenes y Viudas... ¡me voy a condenar por su causa, por usted, lo veo claro, puesto que Dios no quiso concederme morir como mártir, como monje, como eremita, y subir al cielo como fuego nuevo la madrugada del Sábado, a la hora en que, como lucero, se enciende el cirio incrustado de incienso, y brillan en las tinieblas —*lumen Christi*— las tres velas misteriosas de la caña misteriosa, y bendicen el agua de bautizar! ¡váyanse! ¡retírense de un condenado! ¡siento que comienzo a quemarme por dentro y suya es la culpa, suya y del señor cura, Victoria, que se vaya! libera nos, Domine, te rogamus, audi nos, ab omni malo, ab omni peccato, a morte perpetua, in die iudicii, ut nobis parcas, ut nos exaudiré digneris... Y volvía a empezar: «San Miguel, San Gabriel, San Rafael... San Silvestre (Jehovah como San Silvestre... ¡perdido estoy! ¡no me lo concedió!)... vere beata nox... ¡Condenado en vida! ¡váyanse!» Infundía horror el paroxismo. Doña Carmen se desvaneció. El pobre de don Alfredo —que siempre fue un pobre pusilámne— daba lástima con su cara de cera, transparente. Por la impresión o por contagio, Victoria se había puesto lívida y temblaba; sin embargo se le ocurrió proponer que trajeran a alguno de los padres que lo sosegara.

—«Sí, sí —decía como en sueños don Alfredo, pero el Padre Islas no, porque con sus escrúpulos es el responsable de esto; al Padre Reyes, menos, con verlo se pondría peor; al Padre Vidríales tampoco...» y, en fin, don Alfredo no acertaba a moverse, pálido como la cera, mientras los gritos destemplados continuaban: «Estoy condenado, por culpa de

la forastera, por culpa del cura, de nada me valió querer huir, querer morir el Sábado en la madrugada, para resucitar en la pila bendita, en el cirio consagrado, en las tres luces de la caña, no quiso concedérmelo y estoy condenado, se me queman las entrañas, y las manos, y la cabeza, ni se me arrimen...»

3

EL martes, alarma. Llegó un piquete de gendarmería. Las calles, tétricas, como nunca. Los comercios cerrados. Comenzó a saberse poco a poco que la tropa venía con el nuevo director político. Don Román Capistrán había recibido su destitución. ¡Volver a empezar con otra gente, de quién sabe qué ideas, mandado, recomendado seguramente por los liberales de Teocaltiche!

4

EL jueves —día de correo—, a pesar del nuevo director, el Padre Reyes fue a cumplir el encargo parroquial de verificar el movimiento en la Agencia, principalmente de periódicos que llegaran a manos de vecinos. Venía un paquete dirigido a la flamante autoridad y esto hizo al Padre Reyes tomar precauciones para vigilar la posible distribución de aquellos papeles. Aparte los que de algún modo comen del gobierno, sólo Damián Limón se ha juntado con el nuevo director. Parece que le gusta el trago. El control postal no arroja luces acerca del funcionamiento secreto de centros liberales y espiritistas; pero hay que ver que los arrieros mueven mucha correspondencia privada y con lo zonzos que se hacen resulta difícil saber lo que llevan y traen; el pretexto de sus viajes, por otra parte, les sirve para escabullirse; ni frecuentan los sacramentos, ni hay modo de llevarlos a los Ejercicios, ni es llano exigirles colaboración en beneficio espiritual del pueblo; ellos introducen licores, ellos transportan mujeres indeseables (diz que por

lo menos dos de ellas han vuelto al barrio maldito, y apenas es jueves de Pascua), ellos portan recados ocultos y cumplen oficios vergonzantes, mantienen relaciones peligrosas e inquietantes que amenazan la tranquilidad lugareña; son los vehículos de infección comunicados con otros pueblos, con la capital, con el Mundo, enemigo del alma.

Hubo carta para Micaela, en poste restante. («Unas personas influyentes de México con quienes no podía negarme, hicieron que las acompañara a Chapala y como por lo demás tuve dificultades para encontrar medios de transporte, con pena he tenido que prescindir de la ilusión de alcanzar el fin de mi viaje... ¡Cómo me hubiera gustado estar con usted en Chapala, maravilloso paraíso, sin comparación con otros sitios de la República que conozco; me tocaron unas noches de luna espléndidas y crepúsculos de ensueño!... Forzosamente debo regresar hoy, contra todo mi gusto, a la capital...»)

5

UNO a uno, los recientes huérfanos han ido pensando, principalmente a la hora de los rosarios por la difunta, sin atreverse a la mutua comunicación de su ocurrencia con efectos distintos, aunque similares, han ido pensando si se le ocurriera casarse de vuelta y ha sido como si otra vez, de pronto, a su edad, perdieran la inocencia.

El lunes despertó el pueblo y vivió toda la mañana con los dobles transferidos, multiplicados por todos los campanarios, como si el Papa o el Arzobispo fueran los muertos. Y habiéndose algunos olvidado ya de la finada tres días antes, preguntaban ¿quién? ¿quién? ¿a quién le tocó? No faltarían los que pensarán si al señor cura le había llegado la hora. No fueron pocos los que se rieron, con cierta discreción de tantos dobles a plazo vencido.

Con la llegada de los gendarmes y el nuevo director daban ganas de repetir los dobles de ayer; pero hasta los campaneros parecían haberse muerto.

EL sábado hubo asamblea reglamentaria de las Hijas de María. Y catecismo. Lo primero llamó la atención porque en toda la semana no hubo conferencias; el martes no llamaron a la de las refugianas, ni el miércoles a la de San Vicente de Paúl, ni el jueves a la del Apostolado, ni el viernes a la de la Buena Muerte. No hubo ensayos del coro. Días más aburridos que todos los días, por el cansancio, por el contraste, quizá por la nostalgia del movimiento que acaba de pasar. Pascua gris. El ruido del trabajo, lento, con flojera. Aun el cantar de los gallos, el mugir de las reses, los ladridos de los perros, parecen lentos, aflojerados, amodorrados. Y las campanas.

No habían ido a los rosarios de doña Tacha, los Rodríguez. Fueron el sábado y los desairaron. Micaela se prendió y descubrió en Damián el instrumento de su venganza; fue raro que antes no se hubiera fijado en él; buena firma.

El nuevo director político dicen que se llama Heliodoro Fernández, dicen qué le gusta el trago, dicen que ha echado bravatas.

LOS NORTEÑOS

1

VIENTOS que traen cizaña, cizaña ellos mismos, más perniciosa que la de los arrieros. (Ya no digamos la sangría en las familias, en los campos. No se sabe qué sea peor; la ausencia o el regreso.)

—«Peor es que vuelvan» —dice la mayoría de las gentes. —«Ni les luce lo que ganaron.»

—«Y aunque les luzca, ya no se hallan a gusto en su tierra » —«Muchos ya no quieren trabajar, todo se les va en presumir, en alegar, en criticar.»

—«En dar mal ejemplo, burlándose de la religión, de la patria, de las costumbres.»

—«En sembrar la duda, en hacer que se pierda el amor a la tierra, en alborotar a otros para que dejen la patria miserable y cochina.»

—«Estos son los que han traído las ideas de masonería, de socialismo, de espiritismo.»

—«Y la falta de respeto a la mujer »

—«Son desobligados.»

—«Viciosos.»

—«Pendencieros »

—«Eso, eso principalmente, pendencieros.»

—«Faltos de temor de Dios ¿para qué decir más?»

—«Y mientras más son, más se crecen, a nadie ya dejan vivir en paz: a los ricos por ricos, a los pobres por pobres; no quieren que nadie se les ponga por delante.»

—«Pobre pueblo, pobre país.»

—«Los más sabios son ellos, los más valientes, por unas palabras raras que revuelven con lengua de cristianos, aunque no sepan leer, como cuando se fueron.»

—«Y porque traen dientes de oro, que andan pelando a toda hora».

—«Porque vienen de zapatos trompudos, con sombreros de fieltro, con pantalones de globito y camisas de puño, con mancuernillas relumbrantes.»

—«Se hacen el pelo, como catrines, rasurados de atrás, melenudos.»

—«Ni el bigote les gusta.»

—«Son unos facetos.»

—«Sí, facetos ¡con que al entenado de don Pedro Rubio, el pobre, se le había olvidado el nombre del atole!»

—«Pero no el meneadito »

—«¡Facetos!»

—«A mí lo que más me repatea es el modito con que se ríen y escupen por el colmillo »

—«¿Y dónde dejas el modo de hablar, que parece que se les olvidó el idioma que sus padres les enseñaron?»

—«Para que acabemos pronto, son unos traidores, que yo no sé si de adrede o por tarugos, el caso es que les sirven a los gringos como avanzadas para robarse lo que nos queda de tierra, lo que no se pudieron robar la otra vez.»

—«Lo que no me explico es cómo las mujeres se vuelan con ellos »

2

—No, padrecito, dispénsame mucho: lo que sucede es que al volver nos damos cuenta de las injusticias y mala vida que acá sufre la gente. ¿Por qué un cristiano ha de sudar todo el día para que le den unos cuantos cobres?, y ni eso, que los ricos se la barajan bien y bonito, le hacen las cuentas alegres, lo contentan con maíz y frijol para que no se muera de hambre, y «allí veremos, allí veremos, para las cosechas, para

el otro año»; después de mucho batallar le van saliendo con unos metros de manta y otros de percal, y las deudas nunca se acaban, y pasan de padres a hijos, y nunca se llega a tener una casa, unas tierritas propias, o si las tenían las malbaratan, las pierden con réditos, crecen los hijos, vive la familia en chiqueros, no tienen qué vestirse, y al cabo ni en qué caerse muertos. Yo le digo a usted, padrecito, que esto no puede seguir así; tarde o temprano los pobres se han de aburrir y a bien o a fuerzas las cosas tienen que cambiar. Hablando con franqueza, sí, sí es preferible que los gringos vengan y nos hagan vivir otra vida como la suya y no ésta, que no es vida; ¿quién la goza? dígame usted; los pobres no, los ricos tampoco, que ni saben para lo que sirve el dinero; las mujeres, todo el tiempo trabajando, como esclavas, teniendo familia, siempre vestidas de negro, siempre aterrorizadas. ¿Qué plan peleamos? ¿La otra vida? Está bien; pero yo creo que también ésta podíamos pasarla mejor, siquiera como gentes. ¿Por qué no hemos de comer hasta llenarnos y a gusto, beber uno que otro trago, divertir las penas de la vida, cantar, visitarse las familias, ser francos, hablar por derecho a las mujeres, vestir buenos trapos, que nos cuadren, obrar con libertad, como los gringos, que no andan con hipocresías? No que aquí toda la vida tristeando, suspirando sin saber siquiera por qué, privándonos hasta de respirar a nuestras anchas y gustándonos hacernos sufrir a nosotros mismos. No es vida, padrecito, usted me perdona mucho; los que hemos visto lo que es gozar la vida, ya no podemos avenirnos con estos modos. No, padrecito, yo creo que el mal está en el abuso y hay más peligro cuando todo se hace a escondidas, con hipocresía; porque no me vaya a decir que los hombres dejan de ser hombres y de sentir que les corre la sangre, no más porque de fuera se hacen los moscas muertas; ni menos todavía las hembras; el que de santo resbala hasta demonio no para, como dice el dicho, con perdón de usted; todo puede hacerse en su punto; pero es peor el disimulo y obrar a fuerzas; cuando se rompe la reata, todos son traspiés; aquí tiene tantas mujeres huidas, infelices, que otra suerte les hubiera cantado si hubieran podido obrar conforme a sus sentimientos, sin andarse escondiendo. No más porque nosotros vemos claro, es por lo que nos critican; y porque somos francos. Esta situación, se lo repito, no puede durar. Convengo que aquí nadie se muere de hambre; pero no me negará que apenas viven y

usted bien sabe con cuántas angustias, no más alcanzando para medio pasarla; pero vaya usted por Cuernavaca, por Puebla, por Chihuahua, donde yo trabajé; y verá un infierno, en las haciendas azucareras, en los latifundios interminables; peor que esclavos viven las gentes; al que habla, se lo escabechan y cuando bien le va lo dejan medio muerto a cintarazos; yo vi tormentos, que ni los de los mártires del Año cristiano. Acá no se dan cuenta de lo que sucede en otras partes de la República; cuando estalle la bola nos agarrará desprevenidos. México no es nomás nuestro pueblo, y ustedes los padres, con perdón sea dicho, no debían taparles los ojos a las gentes. Yo no voy a negarle que se pasan muchos trabajos en los Estados Unidos; pero también se vive con comodidades y con libertad. No, tampoco voy a negarle que a los mexicanos, en algunas partes, peor en Tejas y en California, nos ven como animales; pero es que allí hay mucha cuña del mismo palo y tienen los mismos defectos que nosotros; pero vaya más al norte y verá qué distinto; además, que en Tejas y en California depende del lugar que uno se dé; yo allí pude vivir a mis anchas. Dicen que ganamos dinero salado; lo que pasa es que llevamos en la sangre la costumbre de tirarlo todo y no sabemos hacer que nos luzca nada; el que menos, gana por allá cuatro veces más que lo que pudiera ganar aquí, no en cuentas alegres, sino en dólares efectivos. Y cuando uno se vuelve, no más llega a la frontera, ve lo distinto que lo tratan los mismos paisanos, y se desilusiona. Esta es la causa de que muchos ya no quieran hacer nada y estén soñando en irse otra vez. Será lo que usted quiera: socialismo, liberalismo; pero es la verdad; yo creo que la religión no está peleada con lo que el hombre tiene de humano y ha de haber tiempo no nomás para una cosa. Usted me da la razón. Tampoco me negará que de tanto estirar la soga, se rompe. ¿Luego?

(—Nuestro buen inquisidor postal —comenta el Padre Vidríales con el Padre Meza, refiriéndose al Padre Reyes—, nuestro buen inquisidor está fracasando en su empresa de fundar una liga piadosa y social con los norteros; por allí anda consecuentándolos, como es su costumbre; se dejan ellos querer; pero al dar el tirón, se le sacan; lo mismo fuera querer acarrear agua en canastas; ¿no le parece a usted?

— Tiempo perdido —contesta el Padre Meza.

—Sin embargo, yo creo que es urgente hacer algo, aunque no por ese camino. Es urgente; los que no vienen hechos al protestantismo, arma de la penetración gringa, por lo menos vienen con indiferencia religiosa. ¿Usted qué haría?

— Con lo cansado y enfermo que estoy, no me he puesto a pensar en esas cosas, que no son ya de mi tiempo. Déjenme con mi misita y mi confesionario. Yo ya soy de la pelea pasada; en mi época...

— Yo de plano les negaría la entrada a la iglesia, como a pecadores públicos; no les administraría ningún sacramento, ni a ellos ni a sus familias, a no ser en artículo de muerte.

— Cuando el párroco, que con todo y todo es más violento que usted, no lo ha hecho, sus bemoles tendrá la idea. Por lo visto a usted le gustaría que Reyitos fracase.

—A mí como a usted me molesta ese aire de suficiencia que los muchachos toman en sus empresas, como diciéndonos a los más viejos: «vean lo que ustedes deberían hacer».

—Pues a mí, la verdad, no me molestan ya esas cosas; que me dejen en paz y que cada quien obre de acuerdo con sus fuerzas y con su conciencia. Le doy gracias a Dios que nunca me mandó mayores responsabilidades; yo nunca le suspiré a ningún curato, a ninguna capellanía independiente, ni me dieron celos los progresos de mis compañeros. Aquí, don Dionisio al principio quiso exigirme más de lo que yo podía; luego me ha ido dejando en paz; yo no entiendo tantas obras que ahora se emprenden y que en mi tiempo...

—¡Ay, qué Padre Meza!, de cuando en cuando envidio su cachaza.

—Los años, Vidrialitos, los años. Y no ande haciendo corajes por esos norteños, por ese joven inquisidor, por ese buen Dionisio tan exigente, por ese Padre Islas y su ronda de neurasténicas y neurasténicos; no le vaya a pasar lo que al angelical Gonzaga del pueblo.

— ¡Con qué ganas pediría mi cambio! Y si fuera cura, ¡qué cosas vería el mundo! Lo primero, reexpediría a los norteños; lo segundo, ¿qué haría con el Padre Reyes?

—Todavía le quedan fuerzas para bromearse, Padre Meza.

—No, hombre, no. Haya paz y concordia entre los príncipes cristianos. Y si Reyitos fracasa en lo de los norteños ¿piensa usted entrar de tercero en el asunto?

—No. Yo no soy más que ministro de confesiones a los ranchos y de rutinitas locales. Pero el fracaso de nuestro inquisidor, delo usted por seguro; he sabido que le han dicho unas frescas esos sombrero-rudos...)

—No, padrecito, yo no sé qué pensará usted; pero a mí no se me ocurre otro modo para lo que usted quiere, que organizar uno como esos clubs de carácter mutualista, que he visto por allá, con sus reuniones, sus fiestecitas y hasta... con perdón de usted sea dicho... sus bailecitos. ¿Qué tiene de particular, si allá en el Norte, en iglesias católicas, después del servicio, los mismos locales se convierten en cines, hay jamaicas y funciones de teatro? Porque si de primas a primeras usted quiere poner a rezar a todos los compañeros, y menos si les propone la confesada o si dispone hacer juntas como las de las Hijas de María, o paseos de hombres solos, desde luego le digo que nadie va a hacerle caso. Dele por el lado del interés, de socorros en caso de enfermedad, de habilitaciones para el trabajo, de seguro de vida, y con su poco de holgorio, una orquestita, un orfeón para cantar bonitas canciones, un cuadro dramático, así, así, por ese lado verá cómo cuaja el negocio; de otro modo —¿para qué andar con vueltas?— ni yo mismo le entraría al asunto.

3

AUNQUE no había visto nada, Bartolo Jiménez, el marido de Bruna, la que fue novia de Damián, sospechaba que éste andaba tratando de inquietarla. Y eran sus temores como una rueda de zopilotes en su cabeza, que no lo dejaban a sol ni a sombra, despierto ni dormido.

Se le ponía que todos le hablaban con reticencia y lo miraban con lástima o con burla. Si nunca se atrevió a fijar los ojos en los de su mujer —por una especie de timidez o más bien de pudor: le parecería sorprenderla desnuda—, menos era capaz ahora de sostener la mirada

que le descubriera señales para pasto de su infelicidad; no habían hablado y parecía que rehuían el darse por enterados del temido regreso; desviando la vista y con voz hueca, una noche, la del Sábado de Gloria, Bartolo dijo que venía del velorio de doña Tacha; pero no añadió más, y Bruna se contentó con decir en tono despreocupado, «en paz descanse»; uno y otro parecieron sortear los comentarios de la muerte repentina, sin confesión, y tantos otros que ocupaban el interés público, la inquietud vigilante de Bartolo y, sin duda, el ánimo de la mujer. Cuando se supieron en el pueblo las impertinencias de Damián porque no podían llevar el cadáver a la iglesia el Domingo de Pascua; y el incidente violento entre don Timoteo y su hijo; y la escandalosa borrachera de cuatro días en que tantas imprudencias dijo el desbozalado norteño; y la vergonzosa pugna por la herencia; cuando comenzó a decirse que doña Tacha se aparecía y ni por éstas don Timoteo ni sus hijos daban traza de cumplir las mandas de la difunta, no se cruzó tampoco palabra relativa entre Bartolo y su cónyuge.

Era cierto. El mismo día en que doña Tacha estaba tendida, Bruna se dio cuenta de que Damián la buscaba; la misma noche del Sábado Santo escuchó, tamañita, las voces borrachas del norteño, que anduvo frente a la casa y tuvo en agonía a la pobre mujer, con el azoro de que llegara Bartolo y se hicieran de palabras; después, a la salida de la iglesia, en la plaza, en el camino de los diarios menesteres, la persecución se hizo manifiesta; pero siempre había tenido modo de que las miradas de Damián, por ella rehuidas, no pasaran a más, y se ingenió para no salir, buscó que no le faltara compañía y que Bartolo asistiera en casa el mayor tiempo.

Los desmanes de los norteños agolpaban historias y rumores en la cabeza de Bartolo. ¿Quién pudo ser, sino un repatriado, el que mató de diecisiete puñaladas a la infeliz que hallaron hecha picadillo en el arroyo del Cahuixtle? Tenía metida en la boca una mascada de las que traen aquéllos y también la daga era gringa. ¿Y quiénes habían sido más que norteños los que habían robado muchachas a últimas fechas? (Bartolo temblaba con la ocurrencia de poder ser el primero a quien le quitaran la mujer.) No por santo el hijo de doña Eufrosina fue quemado en la silla eléctrica y a Román López le echaron noventa años de cárcel.

Ni quien quiera fiarles. Allí está Baudelio Bravo, que sólo en la peluquería debe más de cincuenta pesos; y Florentino Barrios, cuando los de «La Paz» le cobran los trescientos pesos que les debe desde el año de la hebra, saca la pistola y les dice malas razones. A poco y dejan el comercio por puertas. Don Juventino el sastre no halla la salida con tamaños drogueros; y embusteros, que no parece que hayan ido a los Estados Unidos más que a aprender a ser labiosos para engañar a medio mundo; ¿no al mismo don Juventino, ahora en los días santos, el Barrenado le pidió un vestido que estaba terminando para Julián Soto, diz que no más por un ratito, que lo quería ver su tío don Arcadio, que estaba resolviéndose a mandarle hacer otro igual o mejor, y es fecha que el pobre sastre no halla cómo responderle a Julián? El diablo ha de ser el que los pone al comente de negocios ajenos, para aprovecharse; va para dos meses que una mañana se le presenta Juan Méndez a don Zacarías Tovar y le dice que mandaba decir don Inocencio Rodríguez, que en prenda de esto y lo otro que anoche habían hablado, y de que aquí le mandaba el pagaré, le entregara los quinientos pesos, que él no podía venir por ellos porque habían salido al rancho de toda prisa, ¿y quién ha vuelto a ver a Juan? ¿quién ha vuelto a ver a Tereso Vallejo después que le birló bonitamente a don Cayetano García el mejor de sus caballos? Unas veces con engaños, otras con amenazas o llorándose muertos de hambre, a éste le sacan mercancía, al otro préstamo en efectivo, al de más allá frijol y maíz; matan o roban ganado, son peores que coyotes al sacarse de las casas las gallinas; no hay huerta que no pelen, ni títere que dejen con cabeza. Y para todo, la pistola bien amartillada...

De naturaleza pacífica, Bartolo decidió comprar un revólver, y aunque nunca en su vida manejó armas, hoy se aleja del pueblo todos los días para tirar al blanco.

—Yo te veo muy preocupado desde hace días, Bartolo —le dice una noche Salomé Torres. Aquél titubea y encuentra un pretexto cualquiera:

—Las deudas... y que uno no sabe cómo venga el año, si habrá sequía como dice el calendario...

— Hombre, ¿y cómo no consultas la guija que Néstor Plasencia trajo del Norte? ¿no sabes? Todos los que hemos ido nos hemos quedado

asombrados. Adivinó la muerte de doña Tacha, reveló dónde estaba enterrado el dinero de Saturnina Rueda, con el que se hizo rico Margarito Lizarde, ¡y fíjate cuánto tiempo tiene de muerta la usurera, y ni quien supiera lo del entierro! Pronostica el tiempo y la suerte de cada cristiano; a Néstor Plasencia le dijo que se cuidara de montar en caballos alazanes, a mí que no saliera cuando hubiera truenos, a Damián Limón que por una hembra lo pondrían preso, a Lucas Ruano que no se casara con la pretensa que tenía; también avisó lo del hijo de don Alfredo. Parecen mentiras; pero no hay nada oculto, ni las intenciones, ni el porvenir, que no adivine la guija. ¿De dónde crees tú que Néstor ha sacado sus buenos pesos? Bien sabes que volvió sin un centavo y ahora tiene casa y rancho. Pero una cosa: tienes que jurarme el secreto; ahora mismo; porque si los padres llegan a saber esto, que no más unos cuantos de confianza conocen, ya te imaginas el mitote que se arma. De otro modo, si no juras y das tu palabra de hombre, ni el mismo Néstor te dará razón de nada.

Vaciló Bartolo, temiendo ser engaratusado; mas veía el cielo abierto para explicarse las argucias y fortuna de los norteros.

—«Tú puedes hablar con el muerto que quieras y te responderá su espíritu; ya te convencerás de que no hay ni puede haber en eso ninguna trampa» —le había repetido Salomé.

—«Esos, pues, son los espiritistas» —reflexionaba el marido de Bruna. Lo asaltaron escrúpulos de fiel cristiano; como si los adivinara, le dijo Salomé:

—Tú has oído hablar de muertes que nadie se explica. Si no quieres que te suceda, pico de cera, ya te resuelvas a consultar la guija o no; ni a tu sombra debes decirle lo que te confié con ánimo de sacarte de apuros. Pico de cera.

Bartolo se vio forzado a exclamar:

— ¿No me crees hombre?

—Por eso te hice confianza; pero no está de más que sepas lo que te pudiera suceder si la lengua se te soltara.

¿Podría comunicarse con su tío bisabuelo, el difunto don Baltasar, que nadie supo dónde guardó tanto dinero como tenía y dejó en la miseria a

la familia?

— Fíjate, la otra noche, una señora... (me callo su nombre) muy aficionada a leer el libro de los Doce Pares de Francia, pudo platicar con el espíritu de Carlomagno, que le contó más cosas de las que el libro trae, y ni modo de decir que Néstor supiera nada, pues ni sabe leer.

Pero lo primero era lo primero: saber las intenciones de Damián y aun, aun las de su propia mujer, ¿le guardaría recuerdos al hijo de don Timoteo? ¿le gustaría volver a hablarle? Como clavos ardientes recordaba las palabras de Salomé, que por una hembra pondrían preso a Damián, ¡por una hembra!

—Después del juramento y la palabra de honor, iremos a ver a Néstor (cobra cinco pesos de ingreso al club), para que fije sitio y hora; yo le hablaré antes, con reserva; si quieres que nadie vaya ese día, tienes que pagar otros diez pesos, por la exclusiva.

Entre que sí, que no, Bartolo se resuelve, buscan a Néstor, da los primeros cinco pesos y con grandes misterios, más otros juramentos y amenazas, fijan la noche próxima, en la esquina del Camposanto, a las diez, para llevarlo a la casa en que será la sesión; tendrá que admitir andar vendado hasta la pieza de la guija; no llevar pistola y aflojar por anticipo los diez pesos de la exclusiva. (—«Con razón —piensa— nadie ha podido dar con el club. ») Esto es bastante a explicarle tantos misterios. Pagará los diez pesos por estar seguro de no hallarse allí con Damián. Damián, Damián, siempre Damián.

En el día de la junta escabulle más que de costumbre la presencia y palabras con su mujer. ¿Y si todo fuera una tanteada de los norteños? ¡ Si será una treta para tenerlo seguro a determinada hora y que Damián asalte su casa! —«Sí, sí, qué tarugo soy; no había pensado; y ¿los cinco pesos que ya les di? Te lo tienes merecido por tarugo; pero si una me llevó el coyote, dos no; ¡ah! qué atarantado; por poco y caigo redondito, peor que Juventino, peor que Cayetano García, peor que don Zacarías Tovar. Norteños jijos de la guayaba, ¿cómo me la pagarán? Pero si todas fueran figuraciones mías... no, lo que es ahora nadie me saca de mi casa...»

Y el buen Bartolo se pone a aceitar su pistola y a esperar la noche.

«Que a Damián Limón, por una hembra, lo pondrían preso...»

CANICAS

1

Lo mandaron a que fundara un club reeleccionista y corralista. El nuevo director político no quería publicar su encargo y propósitos hasta que hablara por derecho con el cura, y a éste le intrigaba la insistencia con que aquél solicitaba venir a saludarlo.

La santa cólera, las preocupaciones y la fatiga cuaresmal habían tumbado en cama el celo del párroco. Estaba desesperado; reñía con quienes afectuosa, pero enérgicamente, le impedían reanudar sus tareas. —«No van a ser ustedes los que respondan por mí en el terrible día de las cuentas» —les decía, pero más que la oposición de los allegados, la del cuerpo era la que le impedía obrar conforme a sus ansias: dos, tres veces alcanzó a vestirse con esfuerzo, decidido a celebrar misa y a confesar; mas no pudo tenerse en pie; tampoco soportaba conversaciones: luego lo mareaban, y le habían sido prohibidas por el médico de Teocaltiche, que don Alfredo Pérez trajo para su hijo. — «Reposo absoluto; evitar cualquier impresión; es un caso de agotamiento, complicado con una afección hepática, que puede tener consecuencias muy serias. »

Y sin embargo, don Dionisio no hace sino preguntar qué pasa en el pueblo, quiénes llegan, quiénes salen, quiénes están enfermos, quiénes alborotan, quiénes dejan de comulgar. Procura ocultársele todo aquello que agudice cuidados, los que no necesitan materia, pues a toda hora el anciano va y viene con el recuerdo de cada feligrés. ¿En qué irán a parar los devaneos de la hija de don Inocencio? ¿y las inquietudes de la viuda de Lucas González? ¿y las rarezas del pobre Luis Pérez? ¿qué harán don Timoteo Limón y su hijo? ¿se habrán marchado todos los forasteros y en primer lugar esa señora hospedada en casa de don Alfredo, cuya

presencia debió alterar las imaginaciones de tantos hombres? ¡sabría su daño si pudiera confesarlos! ¿qué les tendrá Dios reservado a Marta y a María? ¡María, tan bulliciosa! ¿qué fin tendrán los esfuerzos de los enemigos confabulados contra este pueblo que puso el Señor en mis manos? ¿qué fin tendrá la rencilla de fulano contra zutano, la inclinación de mengano hacia perengana, las deudas de Pedro, los trabajos de Juan, las vacilaciones de Francisco?

El destino —en marcha— de sus feligreses le parecía el rodar de canicas en aquellos juegos de feria donde un impulso imperceptible modifica las derivaciones por caminos diferentes, embargando la expectación de jugadores y curiosos. La parroquia es un gran plano inclinado en el que van rodando cientos de vidas, con la intervención del albedrío; pero sobre del cual, circunstancias providenciales reparten el acabamiento de la existencia, cuando menos es esperado. Algunas veces quisiera don Dionisio saber el fin de éste y el otro, quisiera conocer por anticipado el desenlace de conflictos que lo preocupan, la resolución de pasiones, la fortuna de virtudes: precipitar el rodado de las canicas. Instantáneamente abjura de esta temeridad, contra la Providencia; le toca sólo a él influir en el ejercicio del albedrío. ¡Canicas! Doliente pensamiento en estas horas de postración.

El domingo del Buen Pastor —veinticinco de abril, fiesta de San Marcos, «ahora es la mera fiesta en la feria (*pecados*) de Aguascalientes»—, nada valieron las resistencias de Marta, de María, del Padre Reyes, del Padre Islas. Don Dionisio se levantó, dijo misa; pero no pudo cumplir el deseo de llevar la comunión, por el pueblo, a todos los enfermos; casi se había desvanecido al fin del Sacrificio, tuvieron que ayudarlo a despojarse los paramentos y llevarlo en peso a su alcoba, lo que no fue obstáculo a su empeño de hablar ese mismo día con el director político, entrevista que dio pábulo a comentarios.

—No, es que quiso hablar claro y poner las peras a veinticinco, deseando que luego no fueran a venir las dificultades. Trae órdenes terminantes y pretenderá cumplirlas por la buena.

— ¡Cómo! ¿desde un principio viene rendido? ¿y los que decían que era un jacobino tragacuras?

Hubo quien llegara a suponer que se había enamorado de Marta y quería congraciarse con el tío; otros aseguraban que fue a pedir dinero; aquéllos, que a intimarle salir del pueblo, a tomarle declaraciones por la constante violación de las Leyes de Reforma o a reclamarle que no pusiera en movimiento al pueblo ahora que don Román Capistrán y el Padre Reyes iban a ser presos.

2

MIENTRAS ruedan lentamente las oscuras canicas de la parroquia, se precipita la vida del país. Ya pasaron dos años y no se apagan los ecos de fusilerías contra los obreros de Cananea y de Río Blanco; es público que gentes movidas por los Flores Magón atacaron varias poblaciones fronterizas; el día dos de este mes fueron proclamados el general Díaz y don Ramón Corral, candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la República. —«¿No diz que don Porfirio le dijo a un periodiquero gringo, no hace mucho, que quisieran o no quisieran sus amigos dejaría de ser Presidente? ¡Ah, qué la política, bendito sea Dios! ¡Una bola de gusto!» —¡Bolas! ¡Bolas!

3

Aquí esta caniquita va a chocar con esta otra; y aquélla se aleja definitivamente para esperar a la de allá, que no acaba de caer. Luego una más viene a desprenderse con fuerza por alcanzar el ágata detenida en un cruce de alambres, el ágata que todos quisieran perseguir.

Coge Damián el anzuelo que le ha tirado Micaela. Julián se aparta por completo al servicio de Mercedes, quien al fin señala plazo para corresponderle. Ruperto queda entre Micaela y Damián. (—«Ya estoy hasta el copete con sus desprecios. Me la robaré a fuerzas. Ya me cansé

de hacer papeles tristes. Me la robaré, tope en lo que topare.») Damián ha cogido con fuerza el anzuelo de la coqueta.

— ¿Quién es el ágata?

— ¡Victoria!

El pensamiento en Victoria, la sombra de Victoria invade las conciencias de viejos, hombres maduros y mancebos, pegajosamente, que ni el confesonario, donde se revela, logra desarraigarla siquiera en los casados. Es una epidemia con manifestaciones múltiples, comúnmente secretas, que aun al Padre Rosas, tan despreocupado, lo tiene lleno de alarma; en las mujeres asume formas de tristeza, recelo, desamor, envidia, cólera; no hay ánimo de varón que no haya sucumbido por lo menos en especie levísima; pero hay casos graves de viejos, casados y adolescentes, cuyos pensamientos, imaginaciones y deseos no sólo consienten, sino se recrean placenteramente con la sombra maligna. —«Nunca fue más efímero el esfuerzo cuaresmal, nunca más pasajeras las conquistas del Santo Tiempo» —a una reflexionan los eclesiásticos —: «de poderse asomar al fondo de las conciencias, trastornadas en tan pocos días, el señor cura recaería tal vez para no levantarse; quizá sea mejor, quizá sea peor que se haya enfermado.»

Al general agobio en que zozobra la tranquilidad lugareña no escapa doña Carmen Esparza y Garagarza de Pérez, principalmente porque tiene a Victoria por culpable de la perturbación de Luis Gonzaga:

—«No hallo qué hacer. La tengo invitada por un mes. Pero resulta intolerable. No hallo cómo despedirla. Le propuse que fuera a la feria de Aguascalientes. Le propongo que pase unos días en el rancho. Le pondero las incomodidades de la casa y del pueblo: extrañará la luz eléctrica, los tranvías, los espectáculos. Retardo la comida, la ropa limpia, el arreglo de su recámara. Inútilmente. Más no puedo hacer, ni mi educación me lo permite, sobre que me tiene obligada con las atenciones que me dispensa cuando llego a su casa, en Guadalajara. Ya es mucho lo que le ha dicho Luis; pero a ella le inspira lástima y no molestia. Las gentes que no me despegan la vista. Los padres me dicen indirectas. No hallo qué hacer, ni a quién platicarle lo que siento; menos a mi marido. Es insoportable. Tengo que aguantarme yo misma.

Callarme. Y esperar. Y esperar en la Divina Providencia. Es intolerable. ¿Dónde tuve la cabeza cuando la invité tanto? ¿Quién iba a pensar lo que sucedería? No hallo qué hacer.»

¡Si don Alfredo mismo ha sido víctima de malos pensamientos!

— «Las coqueterías de Micaela —dice consigo el Padre Vidriales—, las coqueterías de Micaela son tortas y pan pintado, en comparación del maleficio que ha desatado esta mujer. Y de seguro sin proponérselo.»

—¿Quién es la nueva canica que se arroja contra el ágata?

— Una canica oscura: Gabriel, campanero de la parroquia y familiar del párroco.

Las gentes vuelven de la feria de Aguascalientes:

—«Hubo, imagínense, unas carreras de automóviles a San Luis Potosí; también iba a haber un encuentro de box, como en Estados Unidos, pero a última hora lo suspendieron.» Los feriantes acarrean leña sobre la hoguera de la curiosidad pueblerina.

Sensacional noticia: se quemó el Teatro Degollado, de Guadalajara.

4

—PUES mire, señor, en primer lugar le quedo muy reconocido por su atención de venir a saludarme, y yo, del mismo modo, quedo a las órdenes de usted; si no fuera por mis males, habría sido yo quien como más antiguo residente en el pueblo me adelantara a darle la bienvenida; los dos tenemos una misión que se complementa, lejos de interferirse como piensan los modernistas, y en esto fundo las razones que voy a decirle relativamente al tema que ha venido a tratarme: la política militante queda fuera de mi ministerio y nada me autorizaría para convertirme en propagandista, y menos en coorganizador de un partido electoral, cosa que por el contrario menoscabaría mi autoridad en asuntos que me competen y de cuyos límites la Iglesia es tan celosa; tan inaceptable resulta que el gobierno civil quisiera legislar, por ejemplo, la administración de sacramentos, como que un cura de almas lo hiciera en cuestiones temporales que no se relacionen con la fe o las

costumbres; piense usted cuál sería su opinión si apareciera otro partido y yo tomara parte en sus trabajos; o al contrario, piense cuál será la actitud de mis feligreses que no estén de acuerdo con las ideas que se propone difundir, si me vieran inmiscuido en estas filas. Los católicos quedan en libertad, siempre que el programa político que apoyen ofrezca el respeto a los derechos de la Iglesia. Me gusta producirme con franqueza desde el principio. Ha de saber, por otra parte, que la lejanía del pueblo, su difícil comunicación y otras circunstancias que usted irá conociendo y que han formado en los vecinos una segunda naturaleza, los han hecho apáticos y por completo despreocupados en esta clase de asuntos, lo que le anticipo para evitar malas inteligencias, principalmente la muy socorrida de atribuir a nuestros consejos el ningún entusiasmo del pueblo, cuando se le habla de elecciones o cosa semejante. Por otra parte, yo nunca he entendido ni me gustan estos negocios; tenga la certeza de que yo, ni los ministros de la parroquia, estaremos de un lado ni de otro; el que se trate de un partido de orden, de progreso nacional, de tolerancia religiosa, etc., son razonamientos que debían hacerse valer ante los superiores de quienes recibimos las normas de nuestras actividades...

El club reeleccionista corralista fue fundado con manifiesta frialdad por parte del vecindario.

5

CUANDO sucedió la desgracia de Damián, cambió la vida de Bartolo Jiménez.

Antes, cuando éste supo que aquél era de los hechizados por la forastera Victoria y en andarla siguiendo no hacía caso ni del pleito con su padre por la herencia materna; pero sobre todo cuando se dio cuenta —porque fue descarada— de la pesca micaluna sobre su rival, cuando se convenció de que no era pasatiempo a fácil costo, sino que Limón andaba en efecto de cabeza por las zalamerías de la coqueta, Bartolo sintió que se le abría el cielo. Tampoco entonces cruzaron palabras él y

su mujer, ni se animó a semblantearla, ni dejó de ejercitar el tiro al blanco.

Pero el día de la desgracia, y antes de que se supiera la prisión del monstruoso criminal, llegó temblando Bartolo a presencia de su mujer, temblando de cólera y de pánico por lo inaudito de los hechos, mas alborozado en el fondo al sentirse libre de cuidados, egoístamente, ufanándose por mostrar qué clase de bestia era ese hombre. Al narrar, con detalles prolijos, lo acaecido, no reprimió el impulso de medir la impresión que reflejara el rostro de la cónyuge. Ni cuando casados, ni cuando novios habíase atrevido a verla fijamente. Lo que descubrió —ese día veinticuatro de agosto de mil novecientos nueve—, fue peor que si Damián le hubiera pegado siete tiros en el corazón.

6

MARÍA está terminando de leer *Los tres mosqueteros*, tan escondidas, que ni Marta se ha dado cuenta. («Por qué ya no serán aquellos tiempos que pinta la novela. O quién sabe si lejos, en algún sitio de la tierra, todavía sea igual.») Le han dicho de otro libro: *Los misterios de París*, que es precioso; ¡cómo no va a serlo si ya sólo el título saca de quicio a María! («¿Quién podrá tenerlo en el pueblo, que quiera prestarlo, ahora que el Padre Islas anda registrando los libros de todas las casas? El otro día quemó un montón, en el que estaban *Los miserables*, *El judío errante*, *Resurrección*, *El conde de Montecristo*. Dicen que este Conde es también muy bonito.»)

7

— USTEDES saben —dice Lucas Maclas— que las piedras del antiguo templo y convento de Santo Domingo (estaba donde ahora San José; pero abarcaba muchas manzanas más) fueron las que sirvieron para edificar el Teatro Degollado (también se llamó un tiempo Teatro

Alarcón; pero le cambiaron el nombre para honrar a don Santos, el general que se remendaba su ropa y tantas veces lo derrotaban, tantas eran las que formaba un ejército de la noche a la mañana: ¡buena gente! ¡muy buena gente don Santos! nada malaentraña; por el contrario, caritativo; murió más pobre que lo que yo pueda quedar: figúrense; todo su dinero lo repartía); pues como iba diciéndoles, las piedras de Santo Domingo sirvieron para el mentado Teatro, y desde tal punto y ahora estaba pronosticado que había de tener mal fin; aunque yo no creo que sea esta vez cuando se cumpla la profecía o más bien revelación que tuvo una monjita del Carmen, porque dicen que ha de derrumbarse cuando esté más lleno de gente, y ahora no ha sucedido así; por cierto que si yo algún día fuera a Guadalajara, ni que me pagaran entraría a ese teatro; de ir a alguno, escogería el Apolo, donde se hacen las pastorelas; aunque como mejor, como mejor, el Degollado; ni en México hay uno que se le ponga enfrente; tiene pintadas en la cúpula unas figuras como de iglesia; en el foro pueden caber hasta cuatro altares como el de la parroquia; todo lleno de cortinas de terciopelo y espejos... Bueno, si esta vez no se cumplió la profecía, o como digo, la revelación de la carmelita, es un anuncio de Dios.

— Quién sabe —sigue diciendo Lucas— qué clase de trastornos están sucediendo en el mundo: se quemó el Degollado, se quemó el teatro Flores de Acapulco, el Juárez (tenía que ser) de Monterrey, la Cámara de Diputados; temblores cada rato en distintas partes; inundaciones; revoluciones como esa de España, con quema de iglesias y conventos en Barcelona; y aquí yo no sé qué cosa extraña noto, como si el mundo se fuera ya a acabar; en las noches, cuando estoy pensando lo que sucede y se me olvida lo que sucedió, que antes me gustaba más, le pido a Dios que se acuerde de mí; siento miedo de seguir viviendo y alcanzar el fin del mundo. Quién sabe si ustedes vayan a reírse; pero se me figura que ya nació el Anticristo, sí, no puede ser otra cosa. En Oaxaca hubo un robo sacrílego. Y el reyismo, el reyismo, ¿saben ustedes lo que es el reyismo? Pues como las huelgas. En fin, le pido a Dios que pronto se acuerde de mí, en buena hora.

— Oye, Lucas, ¿y tú crees que se muera don Porfirio?

EL artículo de fondo que publica El País en su edición del jueves 10 de julio se intitula «*Polvos y lodos*». «Ya lo hemos dicho —dice el articulista—: lo que impropriadamente se está llamando "despertar político" del país, no es más que un arranque de exasperación.

—Una de las llagas a la par que más pestilentes, más profundas de nuestra situación actual encuéntrase en la falta de justicia, de la justicia que es una de las bases primitivas sobre que, como sobre la autoridad, como sobre las leyes, descansan las sociedades humanas. No es posible la verdadera vida social sin la justicia; no es posible. La justicia es para el organismo social como la salud para el organismo humano; y la sociedad a quien aquélla falta es una sociedad enferma, amagada de disolución. —Así se encuentra la sociedad mexicana desde el uno hasta el otro confín de la República. La justicia no existe; desde el centro hasta la periferia se echa de menos el brillo consolador de esa Hija del Cielo. Oíd ese clamor que por todas partes se levanta...»

Y en el número correspondiente al sábado 24 del mismo mes, bajo el rubro «*Reyismo y corralismo*»: «El reyismo, como hecho popular, no es un fenómeno político, sino social. — Mil veces en las páginas de este periódico hemos exhibido el caciquismo servil que casi desde iniciada la paz reina en toda la República... Mil veces hemos exclamado: ¡la nación sufre! Las espaldas del pueblo están desgarradas por el látigo de caciques brutales que se llaman Jefes Políticos. Los pueblos están exasperados bajo el imperio de estos tres caciquismos: el del monopolio, el judicial y el administrativo... Si como se gritó: "¡General Reyes!" se hubiera gritado cualquier otro nombre capaz de ser fuerte, capaz de ser una bandera del dolor exasperado contra el verdugo ensoberbecido, ese nombre sería el aclamado. En el fondo, el reyismo es impersonal porque es una reacción, un ansia, un espasmo social...»

(Un día después, el 25 de julio, se registraron en Guadalajara los gravísimos escándalos a que dio lugar la visita de los propagandistas del reeleccionismo, entre quienes figuraban los licenciados José María Lozano, Nemesio García Naranjo e Hipólito Olea, escándalos cuya noticia llegó al pueblo con alarmantes adulteraciones: combates en las

calles, muertos, heridos: una revolución en forma, ¡la bola que se venía! De propia iniciativa o por instrucciones recibidas, el director político hizo nueva representación ante el cura para que interviniera en favor del encenque club corralista; el eclesiástico mantuvo su actitud primitiva. Comenzó entonces una era de coacciones y amagos contra los remisos, extremadamente contra los sospechosos de animadversión al corralismo y de simpatía para el reyismo: multas infundadas, arrestos incommutables, trabajos municipales forzosos, arreglo administrativo de asuntos judiciales, facilidades injustas para acreedores que se adhirieran a la causa, atracos a derechos de rebeldes, maniobras ominosas en el catastro y en el registro público de la propiedad. Los pobres llevaban la peor parte.)

Aquellos editoriales y estos hechos, más el hallarse convicto de fracaso en la pretendida organización de los repatriados (a cada uno de los cuales marcará de infamia el crimen de Damián), despertaron en el Padre Reyes la idea de un ministerio ajustado a la vida contemporánea. Y sin recordar experiencias ni propósitos, fue con don Dionisio y le planteó la urgencia de una organización sobre bases económicas, por ejemplo, una caja refaccionaria para agricultores y aun para artesanos, una cooperativa de producción y consumo, un seguro de vida. Tendrían éxito porque atacarían a la usura, el mayor mal social de la comarca.

—«¡Cómo ha crecido el número de los que pierden sus tierras, de los que no pueden trabajarlas por falta de elementos, de los medieros que no reciben un centavo en efectivo porque se hallan endrogados con el propietario que les ministra comestibles, haciéndoles cuentas enredadas e interminables; la diferencia del precio en que se ha vendido el maíz con lo que pagaron al comprarlo al tiempo es un abuso irritante. La gente es sufrida; pero la paciencia se está acabando!»

9

—No es la miseria económica, ni siquiera el peligro de las ideas irreligiosas lo que amenaza de muerte a la vida espiritual del pueblo. Es

la sensualidad creciente —y cínica ya en algunos casos— lo que debemos combatir sin cuartel...

Alarmado por la proyección de Victoria en la conciencia de varones y hembras, el Padre Islas no había podido resistir al escrúpulo de dar cuenta al señor cura, pese que le hiciera daño conocer las proporciones del mal.

—Ponga usted que personalmente esta mujer no tenga la culpa de haber despertado tantos apetitos; de todas maneras es un síntoma de la corrupción moral que invade al pueblo, y esto precisamente cuando acaba de pasar el tiempo de penitencia y por de fuera todos parecían contritos: pura hipocresía, como las enfermedades disimuladas, que son las peores. ¿Cuándo habíamos visto lo que está sucediendo? Allí tiene usted el caso de Mercedes Toledo, una de las Hijas de María que se podía poner por ejemplo a las demás, y cuyo noviazgo con Julián es público y ostentoso: ya sólo les falta que anden juntos en la calle, como dicen que se acostumbra en las ciudades. ¿Para qué mancharnos con el recuerdo de las locuras de la hija de don Inocencio, de las indecencias de los nortños, del aumento de libros y estampas crapulosos que corren de mano en mano? Sensualidad enmascarada de amoríos: allí está el flanco por donde hace su entrada la impiedad, no le demos vuelta; usted sabe cómo se apartan de los sacramentos aquellos que pecan contra el sexto y noveno mandamientos. El caso de la forastera es gravísimo y debo en conciencia manifestarlo a usted.

Por primera vez el párroco no pudo ver con claridad y rápidamente las medidas que debía tomar. Más que debilitamiento físico sintió la derrota de sus esfuerzos: ejercicios, confesonario, sermones, dejaban de obrar con eficacia en el dañado espíritu. ¿Por ventura Dios no quería ya servirse del ministro pecador y envejecido?

A la mañana siguiente —martes veintisiete de abril— no hubo poder humano que lo contuviera para madrugar y sentarse en el confesonario.

Los planes de Micaela («el hombre propone y Dios dispone») se dirigían a humillar las fachas de Damián para vengarse del desaire que Prudencia y Clementina le habían inferido; pero también se vengaría de las murmuraciones y desdenes colectivos; principalmente todos verían quién podía más: ella, o esa mujer aventurera, que pretendía conquistar, entre otros, a Damián. El menosprecio de David Estrada y más todavía el de Julián Ledesma —que había logrado ser correspondido por Mercedes Toledo cuando Micaela creía tenerlo seguro—, traían a ésta «como enyerbada», según el decir común. Haría que Damián la pidiera y entonces, o en vísperas del matrimonio, arregladas todas las cosas, hechos todos los gastos, lo dejaría plantado. Sus agravios la llevaban a peores proyectos: insinuarse a don Timoteo, despertarle con fuerza una pasión senil, favorecerlo con esperanzas, provocar un choque entre padre e hijo: era rumor general que don Timoteo no le guardaría respeto a su mujer difunta más de seis meses y que se casaría tal vez antes.

Los planes de Micaela, infaustamente, horriblemente, habían de acabar como los de la lechera que llevaba el cántaro al mercado.

Nefasto día ese dos de mayo en cuya noche Micaela Rodríguez inició relaciones formales con Damián Limón. ¡Desgraciada noche!

11

SE comentaba la entrevista de don Porfirio Díaz y del presidente norteamericano. Lucas Maclas, como era su costumbre, pareció desviar la conversación, haciéndola recaer en los fusilamientos de Veracruz, el año de 1879.

—«Ese famoso general Mier y Terán del *mátalos en caliente* era de las gentes que dondequiera ven moros con trinchete y todos le echaban en cara ser exagerativo; yo creo que tenía herencia de loco, porque ustedes saben que era hijo de aquel otro general que se mató sobre la tumba del emperador Iturbide en un arranque meramente de loco. Pues volviendo al que fue gobernador de Veracruz, era un criollo bien dado, que no se

le caían de la boca las palabras cristiano, cristianito. para llamar a las gentes; don Porfirio era el cristiano grande: creo que su compadre, no estoy seguro, pero sí muy amigos, amigos de muchos años; tanto, que cuando se le vino el mundo encima a Mier por aquello de los fusilamientos (la verdad era que todos acusaban a don Porfirio, pero nadie se animaba a ponérsele enfrente), cuando se le vino el mundo encima, como iba diciendo, don Porfirio lo convidó a unas fiestas, creo que en Tehuacán, y lo colmó de atenciones, como para decirle a todo el mundo: "ándenle, éntrenle": pero como arriba está El que reparte, Mier se volvió loco al cabo de los años y de nada le valieron sus amigos para curarlo. La Divina Providencia es muy justa y nadie se le escapa.»

El director político fue un día con el señor cura, llevándole la edición de El País, cuyo artículo de fondo comenzaba diciendo: «Es ya una cosa evidente y fuera de toda duda, que el reyismo ha sido en México el paso del jacobinismo al anarquismo.»

—Esto lo dice nada menos que un periódico católico. ¿Y todavía usted no se decide a ayudar resueltamente al partido del orden y salvar al país y, lo que es lo mismo: a la Religión, del peligro más espantoso, que es el anarquismo? Allí tiene usted los hechos de Barcelona y la revolución que trata de levantarse por el fusilamiento del anarquista Ferrer. ¡El anarquismo!

12

LAS canicas van rodando a su final destino, lentas o rápidas, contenidas en algún cruce de caminos, indecisas, luego violentamente precipitadas. Como en los juegos de feria, en tablas policromas, con rutas acotadas por clavos. Va rodando la bola.

VICTORIA Y GABRIEL

1

TEMPRANO, al filo de las cuatro, y poco antes en los meses de abril a septiembre, Gabriel madruga todos los días. En los meses de abril a septiembre ha de dar el toque de alba en punto de las cuatro. Y a las cuatro y media —todo el año— comienza a llamar para la primera misa. Providencia de aquellos a los que se les ha ido el sueño y esfuerzan —esperando, desesperando— el llegar al amanecer. Pesadilla de los que han de levantarse y quisieran seguir durmiendo, de los que apenas lograron conciliar el sueño, de los que sufren tijeretazo en el mejor trance de sus fantasmagorías. Anhelos y temores concitados en la mano madrugadora del campanero, protagonista del vivir lugareño, principalmente a ese tiempo —grave— del nacimiento cotidiano. La imagen, el nombre de Gabriel, presidiendo el día de muchos hombres y de muchas mujeres, encabezando angustias y ambiciones, echando a caminar los molinos de la rutina, tocando dianas a obligaciones, cansancio y aburrimiento. Gabriel, cuya mano hace funcionar, al alba, los goznes de la convivencia sin esperanza de sorpresas, vueltos a clausurar oficialmente por los toques de queda, en invierno a las nueve de la noche y en verano a las diez. Gabriel, rector de gozos, agonías y duelos; lengua común, que ha sabido arrancar a los timbres de las campanas el acento, los acentos con que habla el pueblo de mujeres enlutadas, el pueblo seco. Gabriel, nuncio y péndulo.

Nadie sabe —no lo sabe ni Lucas Macías— cómo y en qué fecha Gabriel apareció en el curato, muchachito de cinco años, muy moreno, de cutis delicado, de ojos y continente tristes, ajeno a juegos y amigos, vergonzoso, huraño, arisco. Para encontrarlo se le había de buscar en la torre. Cuando tuvo nueve años quiso el señor cura que sirviera de

acólito. No sólo el primer día y la primera semana, sino los dos largos meses de la prueba no supo qué hacer apenas revestido: se meneaba en la hopa y caía, se quemaba con el incensario, no mantenía erguido el cirial, tiraba el agua bendita; y estas torpezas llegaban al extremo cuando, como si se tratara de un patíbulo, subía al presbiterio: le parecía que todos los ojos estaban clavados en él, trataba de esconderse, de no dar la cara a los fieles y no acertaba nunca los movimientos justos, el sitio exacto que debía ocupar en misas y rosarios, los oficios que le correspondían y el tiempo de cumplirlos; así cambiar el misal, servir las vinajeras, recoger el paño del cáliz, acercar la tercerilla, cargar los ciriales, poner incienso en el turíbulo, ayudar al revestimiento de los sacerdotes; una noche rompió una lámpara con el cirial, otro día resbaló y quebró un tibor, en una misa de madrugada faltó poco para que al acercar la tercerilla prendiera fuego al altar; el atolondramiento se hizo más agudo con las sistemáticas reprimendas del cura, los ministros y el sacristán, con las burlas y desmanes de los otros acólitos, de los muchachos del coro y de la turba de pilletes que se les juntaban; víctima suya, mansa, fue Gabriel, a quien denostaban y pegaban impunemente: nadie le oyó una queja, nadie lo vio llorar, porque lo hacía consigo mismo; ni a Marta le fió su desventura; pero Marta, comprendiéndola, compadeciéndola, logró que don Dionisio dejara en paz al muchacho, por otra parte cumplidísimo en las humildes tareas de barrer, acarrear agua, cortar leña y hacer mandados.

El origen de Gabriel es un misterio. A Lucas Macías le han fallado argucias para investigarlo. El señor cura lo alude llamándolo sobrino, pero con vaguedad y en contadas ocasiones. Poco afecto a charlar sobre cosas personales, don Dionisio desvía el tema que pueda dirigirse a esclarecer quiénes fueron los padres del niño, cuya reserva tampoco excita mayores curiosidades. Marta y María, cuando pequeñas, inquirieron su parentesco hacia Gabriel; no recuerdan lo que su tío les contestó; pero debió responderles tan inteligentemente que las dejó satisfechas, cuidando de inculcarles un cariño respetuoso y distante para el recién llegado; a medida que pasan los años, es más vivo y secreto el cuidado del señor cura por mantener y acrecentar aquella distancia, sin que despierten las malicias de sus sobrinas y de Gabriel.

El pueblo da como cosa hecha, que a nadie llama la atención, el matrimonio entre Gabriel y María. Ni siquiera se habla de esto. Negocio convenido, lógico. Al grado de que los aludidos ignoran la especie, tanto más que Gabriel vive en las nubes, naturalizado en las campanas, él mismo sintiéndose alma sonora de bronce; y María reside lejos, en el tiempo de las novelas, en el espacio de las ciudades remotas: París, Viena, Constantinopla. Quienes —menos con el pensamiento que con el sentimiento sin palabras— los han desposado, tienen la convicción de que un día se hallarán y se sorprenderán de haber vivido juntos, tan alejados. Marta participa de esta inconsciente opinión. Inconsciente, pues ni siquiera se apoya en el conocimiento de las afinidades que ligan a María y a Gabriel; afinidades que de ser conocidas por los oficiosos, propalarían la inminencia del connubio: Gabriel es imaginativo y caprichoso como María, sólo que sus ficciones, por vagas, por sutiles, no parecen estar en el mundo, ni hallarse al fin de un camino; le gustaría viajar, aunque de antemano comprende que nada busca ni encontrará en la tierra; sus anhelos, no por informes y subconscientes menos profundos, menos angustiosos, desconocen los puertos a la realidad; quizá los vislumbra en el rumbo del sonido, primeramente junto a las campanas, luego en el armonium, en los cantos, en los ruidos, en el silencio; en el silencio, a cuyo través oye Gabriel una como melodía de campanas eternas, fundidas no para las orejas del barro, en el homo de la noche, con liga de astros, por ministerio de Tronos y Dominaciones, para los oídos del cristal; melodía cuyos registros quisiera reproducir en la conjugación de tañidos —despertadores de las almas— a sus manos confiados: tañidos de campanas temporales; y este anhelo esperanza lo hace sentirse arcángel, patrono de los aires: arcángel patrono, cautivo en la torre, sin alas para seguir el rumbo de la melodía y aprehenderla; burlado por la resistencia, por la obstinada rebeldía del bronce, de los bronces, del sordo son que no *traspasa el aire todo hasta llegar a la más alta esfera, y oye allí otro modo de no perecedera música, que es de todas la primera. (¿Cuándo será que pueda, libre de esta prisión volar al cielo?)*. Pero su cárcel de la torre parécele deliciosa; y deliciosa la paciencia diaria de buscar —en variados impulsos de su mano sobre las campanas— el acento de aquella lengua que le habla desde la hondura del infinito... quién sabe si desde más acá, desde las raíces del

Camposanto, desde los cimientos de la Casa de Ejercicios, desde la fuerza con que cierra el pueblo sus ventanas y puertas, desde las junturas de las cruces, desde bajo las piedras del río enjuto, desde las calles nocturnas privadas de toda luz, desde los nervios que paralizan el rostro de los vecinos, desde los vestidos y chales negros de las mujeres, desde la veta que surte —subterráneamente— la angustia del vivir, aquí y ahora.

—¿No te gustaría ser campanero de Roma o de Sevilla? —le preguntó una vez María.

—¡Para qué! No es lo mismo. No podría.

Quiso decir: yo soy ajeno a esos pueblos y no podría hacer hablar sus campanas; las campanas de cada lugar han de ser como la lengua de cada individuo: éste habla ronco y aquél atiplado; uno tartamudea y otro es taravilla, sin que lo quieran, sin que lo hayan aprendido: por naturaleza y respondiendo a los más pequeños modos de su ser, a sus virtudes y a sus debilidades. Gabriel tiene la experiencia de esto que siente: hace dos años don Dionisio, queriendo explorarle la vocación, inducirlo al estudio y, si era posible, al estado eclesiástico, lo mandó al Seminario de San Juan de los Lagos; las inclinaciones del muchacho lo llevaron a las torres del santuario, donde pasaba la mayor parte del día; un sábado, la primera vez que le permitieron tocar las campanas para llamar a la Salve, sembró consternación en el Cabildo y el vecindario («¿por qué llamaban a muerto?») porque no supo hacerlas tañer de otro modo que a las de su pueblo y respondía su mano a un secreto impulso que no estaba en su voluntad modificar: era como si él hablase, como si en él su pueblo hablase: su pueblo, que él mismo era. cuyo carácter traía infundido: médula intransferible. Nunca, más tarde, logró que las campanas de San Juan tocaran en sus manos como tocaban en las manos del campanero titular, y es que nunca consiguió transferir el carácter — nostalgia y quebrantamiento— del pueblo, que le hablaba en cada golpe de sangre, que lo reclamaba en cada recuerdo, que se hacía presente a toda hora. Nunca pudo imitar el estilo ajeno; cuando lo intentaba, le producía vergüenza, como si fuese a prorrumpir en mentiras. Nunca sintió el ritmo de la villa extraña, ni ésta le infundió amor; tarde se le hacía para volver a su campanario, vigilado por el

Cementerio, hacia un rumbo, y por la Casa de Ejercicios, al opuesto. Tampoco las campanas de San Juan le fueron sumisas; rebelábanse sus timbres contra el sentimiento del forastero, que nunca supo hallarles voz propicia al desahogo: si no contentó a los oyentes, menos a sí mismo pudo satisfacerse.

Cuando la contemplación del cielo cambiante, del paisaje inmutable y de sus campanas le dejan tiempo —escaso—, Gabriel gusta leer; no es esto voraz, como María, sino concentrado y moroso; más que las novelas, plácenle los versos: le sugieren acordes de campanas; retiene muchos en la memoria y aun sin comprenderlos cabalmente los recita frente al cielo, frente a la noche, frente al pueblo y junto a las campanas. Afición que nadie conoce; una vez recitaba —sin ademanes, como siempre—, al tiempo que Marta irrumpía en la torre: Gabriel, temeroso de haber sido escuchado, hubiera querido que la tierra lo tragase; quizá no experimentó antes, ni ha vuelto a experimentar una vergüenza igual; ciertamente Marta no pudo descubrir la inclinación poética de su allegado, quien desde entonces exagera precauciones para entregarse al dulce placer. La lectura de novelas le cuesta mayor trabajo y éste más lento; ha leído algunas: *El final de Norma* le quitó el sueño varias noches y aún piensa con fruición en la Hija del Cielo, como en cosa irreal; el desenlace naturalista le disgustó; hubiera preferido que Serafín quedara con la imagen fugitiva, sin transmutarla en mujer de carne y sangre, con el prosaico fin matrimonial; aquellos días pretendió Gabriel que la esquila menor tuviese sonidos de violín. Ahora lee *Los miserables*. Y es un misterio cómo ha conseguido estos libros.

Una y otro, la bulliciosa María, el silencioso Gabriel, desconocen sus afinidades y aun se sienten habitantes de opuestos polos.

2

DESDE la mañana del Jueves Santo, la mañana del Lunes de Pascua culminó en Victoria la sorpresa por el tañido prodigioso de las campanas. Emoción inédita. Revolución profunda del ánimo. Como si en

el mismo concierto —triunfal y macabro— la elevasen al cielo y la sepultasen bajo tierra, en el purgatorio, en el infierno, en la eternidad. Eternidad celeste y trágica. ¿Quién lograba sacar de pobres bronce aquellas voces inauditas? Cada toque, por insignificante o rutinario que fuese, poseía vibraciones punzantes, que conturbaban, cada vez más hondamente, las entrañas de la dama. ¿No era éste el secreto de su afición al pueblo? Gozo y tortura. Nuevos. Profundísimos. Con signo contrario, placenteros: gozo de la tortura, tortura del gozo, inextricables.

Fue la mañana —aquella mañana— del Lunes de Pascua. Toda la historia de la dama se derrumbó. Vino a dar en tierra su gentil arrogancia. Fue aquella mañana cuando se le quebrantó el alma. Se le desataron las fuentes de la ternura. Era como si le renacieran los dolores vividos en ésta y en muchas anteriores existencias; o más exactamente, como si en su temblor vibraran los dolores de sus ancestros, hasta el más remoto. Sarmientos infinitos, desconocidos, temblando sus revividas angustias, bajo capas de siglos; reviviendo angustiosamente sus alegrías; viviendo en un corazón — este corazón exquisito— miles de mujeres, miles de hombres, cuyas arterias volvían a estremecerse, comunicadas a través de los siglos, a través de la muerte. Y tan terriblemente, que la carga de sangre renacida era un terrible gozo. Profundísimo. A través de la muerte. Inefable placer no imaginado. A través de la muerte. No imaginado siquiera en sueños o en los muchos placeres del espíritu y de la carne: viajes, fiestas, relaciones, intimidades; no, nunca imaginado deleite. Y dolor. Dolor capaz de matar en un instante, de hacer venir por tierra la fortaleza insigne. Dolor de vacío. A través de la muerte. Como si al golpe de las campanas fúnebres, musicales, hubiérase comenzado a caer, a caer, a caer sin término, en el doloroso vacío. A través de la muerte. Solemnes campanas. Como un órgano —a través de la muerte— tocado por los vientos vacíos, por los vientos grávidos de la eternidad. Un órgano tocado por la muerte misma. Voz no imaginada: presente aquella mañana en el interminable doblar de las campanas lugareñas, tocadas por la muerte, desde la eternidad. Campanas eternas. Eterno caer, derrumbado por la macabra música de bronce. A través de la muerte. ¿Quién era el ministro, el

artista ministro, que ayer, nomás, y antier, cantaba el himno del mundo a la Resurrección, y ahora, ministro de la muerte, a través de la muerte, desahuciaba las alegrías del mundo? Nervios ultraterrenos habría: manos y corazón de arcángel. De los arcángeles funestos. Nervios terribles. Como el arcángel de la expulsión paradisíaca. Como el exterminador de los primogénitos egipcios. Como la teoría de los arcángeles apocalípticos. Como los cuatro jinetes arcangélicos que purificaran el mundo antes del fin. (Mañana del terrible juicio esa mañana de Pascua en que las campanas no cesaron de tocar a muerto.) Rica en experiencia, ninguna emoción —lenta o súbita— en la historia de la dama, en sus viajes por las capitales del mundo, en los santuarios de mitos y leyenda, en las decisivas radas de la vida, ninguna emoción había tenido el ímpetu devastador del concierto —ayer glorioso en la liturgia de la vida; luego en la aniquilación suma de la muerte— tocado en las campanas de un villorrio, por nervios desconocidos. Embeleso —felicidad extraña— del clímax trágico. Nadie, sino el arcángel de la muerte pulsara los bronce, transfigurando en música el sonido, elevando a la eternidad lo transitorio, a la universalidad lo comarcano, y mudando el horror en deleite: catártico.

¿Quién era el arcángel o el hombre capaz de convertir unas tristes campanas en instrumento de música inaudita? Victoria —derrotada— lo imaginaba translúcido, hierático, las manos de sepulturero, las manos de mujer, las manos de cristal, sin ojos ni pies, puros brazos en cruz: al centro, lengua de fuego; las manos de tísico, traspasadas; ozono la cabeza, como un soplo lejanísimo, casi no visible; los brazos atados por una lengua de fósforo, por un resorte de alas incesantes. ¡Quisiera conocerlo! Como antes buscara conocer grandes pianistas, actores de fama, gentes de consagración. ¡Quisiera conocerlo! Como nunca buscara conocer a quien la desposaría.

¿Y si fuese la muerte misma?

¡Quisiera conocerlo!

LA muerte misma —¡qué angustiosa!— que angustiosa disloca el esqueleto de los días, minuto a minuto, a segundos descoyuntados, como dicen que lo hace también el amor. Así las angustias cuando se ignora el mal que tiene postrado al paciente, transcurren las hipótesis de los médicos, el daño se agrava, se frustran todos los recursos, el enfermo es llevado a ciegas y a locas, desesperadamente. Dicen que el amor es también como la muerte. ¿Será ésta o el otro quien descoyunta el pulso de Gabriel? ¿ésta o el otro hace florecer la fiebre? ¿Amor o muerte marchita el ánimo? Dicen que amor es género de muerte. ¡Cuán extraño latido el alterado latir de las campanas, cada día más sensible: alucinadas en rebato sin tino; presas luego de mortal decaimiento! Campanas de aleluya en toques de ánimas. Campanas que languidecen a tiempo de repicar.

—Gabriel está jugando con las campanas— dicen las gentes en el encierro de patios y recámaras.

Pero ya son muchos días. Eso no puede ser diversión. Entonces dicen las gentes, al encontrarse por las calles:

— ¿Qué le sucede a Gabriel?

El desconcierto de las campanas comienza a ser intolerable.

— Gabriel —dicen las gentes en la plaza— está burlándose del pueblo.

Al llamar una tarde para la conferencia de las Hijas de María, las campanas doblan. Desvanecido el equívoco, revienta la indignación:

—Gabriel está burlándose de nuestras tradiciones.

Otro día el toque de las ocho de la noche parece repique de posadas.

— Gabriel está burlándose de nuestros muertos.

O se ahogaban las esquilas por la prisa con que se las volteaba, y las campanas por el frenesí de los badajos, o sonaban tan desabridamente, con tan exasperante, desacordada lentitud de relojes a los que les falta cuerda.

—Qué: ¿Gabriel también se ha vuelto loco? Fueron ocho, doce días desasosegados.

— ¡Esto es inaudito!

Descompuesto el ritmo de las campanas, todo el pueblo marchaba mal. Pensamientos, comunes pasos alterados. General inquietud.

— ¡Es el colmo!

Ya no se podía trabajar y, menos, rezar. Ya no se podía estar a solas. Se dejaba sentir la gravedad del encierro. Se reparaba en la tristeza, en los anhelos contenidos, a la manera como se repara en la propia respiración, en la sístole y diástole del propio corazón.

—Esto no puede seguir así.

Fueron doce días desajustados. El señor cura se rindió al clamor general nacido en la clausura de casas y conciencias; hubo de rendirse a la propia evidencia, y relevó a Gabriel.

¡Qué vulgares, qué sordas tocaron las campanas en manos filisteas! Lo prefirió la mayoría, rencorosa, inolvidando el desacato. La minoría se rebelaba: era preferible oír gritos de vesania, con acentos de vida, que no muertos tañidos, mecánicos. La minoría los rechazaba. Eran insoportables a las orejas de cristal. Fueron insoportables para Victoria, tan insoportables, que la expulsaron del pueblo antes de lo que la dama proyectara: Y nadie supo la causa de su repentina retirada, sólo entrevista por algunos que tuvieron la malicia de conciliar la marcha de la señora con el asalto inesperado de la torre, por obra de Gabriel, quien dobló las campanas tan tremendamente, que muchos lloraron como en calamidad pública, como si vivieran el día del juicio, que no de otra manera, entonces, gemirán, se desbaratarán, se quebrarán los bronce del mundo.

4

VICTORIA y Gabriel se vieron sólo cuatro veces. Fugacísimas. Cambiaron precarias palabras: unas frases de la dama; unos monosílabos del adolescente. Precarias palabras, henchidas de silencios. Grávidos silencios, a luz de miradas. Furtivas. Capaces de volver el revés reservado. Fueron sólo cuatro veces y unas cuantas palabras.

Cuatro veces. La una, Victoria sorprendió al muchacho abstraído en conjugar los clamores de unas agonías; era la primera hora de la tarde; todavía los tenderos no habían vuelto de comer y permanecía cerrado el comercio; los toques habían caído en el desasosiego de Victoria como chispas en polvorín; había salido la dama, como sin rumbo fijo, en recta dirección a la parroquia, por las calles de mediodía, desiertas; cruzó el atrio, desierto; y en aquella soledad fueron sus ojos asaltados por la puertecilla —como fauces— abierta, del caracol que lleva al campanario; instintivamente volvió miradas a todos lados, para cerciorarse de que nadie la veía. ¡Cómo iba a entrar! Mas la puertecilla estrechaba el amago, y de la torre, inflamadas, bajaban las voces de agonía, espasmódicas. ¡Cómo iba a entrar! Pero ya la serpiente de piedra bruñida por manos de años la ceñía sin dejarle luz, la empujaba escalones arriba, en la oscuridad. ¡Si alguien la viera! ¡si alguien supiera su atrevimiento! ¡venir a solas! ¡hallarse a solas en el oscuro laberinto! ¡a solas! estremecida por las calientes campanadas, ¡si alguien la sorprendiera en las tinieblas, en el regazo del caracol! retrocedería. Cuando desembocó en la luz, parecía envejecida: los labios exangües, convulsos; consumida la carne bajo los pómulos; temblorosas las manos, enflaquecidas; contra la palidez, las olas crecientes del rubor, en el rostro; y los ojos de fiebre, brillantes, inflamados con la vibración de las campanas cuyas ondas allá se hacían relámpago. El aire alto estremeció las finas veletas de la nariz, el fino pabellón de las orejas. Manos, boca, orejas, nariz convulsas.

Un relámpago, una descarga del cielo a los pies de Gabriel no hubieran sido como aquella presencia. ¿Desde cuándo allí estaba? Victoria permaneció silenciosa fuera del campanario, atenta —primero— a las manos que tiraban las cuerdas de los badajos con ritmo preciso, tal el pastor que conduce los invisibles hilos de una orquesta, o los alados dedos que juegan saltando sobre las arpas, los alados dedos brincando músicas en las teclas del piano, en los registros del órgano; manos de celebrante, ágiles y graves. ¡Las besaría! Luego quedó atenta en el perfil del tañedor ¡extraño! suave y brusco. Victoria no encontraba punto de apoyo para fijar la construcción; se le volaban los rasgos contradictorios y borrosos; en veces aparecían labios y nariz

delicadamente dibujados, luego la boca se hinchaba groseramente con ímpetu de sensualidad repulsiva, para presto volver al éxtasis, con sienes, pómulos, frente y cejas; no se le veían los ojos, pero se los adivinaba, caído su fulgor en un pozo; la cabeza, los movimientos, el continente todo tenía mucho de arcángel y mucho de demonio: levedad y pesadez, monstruosidad; y un cierto encanto de abandono, de ausencia. Estaba sobre unas vigas, a horcajadas, indolentemente a medio recargar en el muro, abultada la espalda, contorsionadas de feo modo las piernas, el cabello en descuido, sucio; cuando prorrumpía el acorde metálico, un sacudimiento anulaba la negligencia e infundía belleza en los miembros, ahora vivos, luego mecánicos, excepto el constante rigor de las manos, móviles como espíritus. La contemplación de Victoria se prolongaba, fuerte para resistir los embates de repugnancia y para enfrentarse al desencanto (*—será un jovenzuelo sin madurez, todavía sin que se definan siquiera sus rasgos, chocante, insignificante, con la fealdad física y moral de los muchachos en crisis—*); pero impotente para irrumpir en el abismal misterio de aquella vida. Las campanas habían dejado de resonar en los oídos de la dama erguida, las descargas de cuya emoción debieron ser tan poderosas, que despertaron al absorto. Una centella, la bestia más temible no lo hubieran hecho saltar con la pávida violencia con que saltó, como si dispusiera echarse sobre la intrusa. No fue tal ademán, sino la mirada feroz del sorprendido lo que despertó a la absorta, en cuyas orejas habían dejado de resonar las campanas y de cuya memoria se perdía cuanto no era el hombre que hacia el cielo, como desde las nubes, como del sol, tiraba de unas cuerdas, rítmicamente, como sacerdote que oficia, como genio consagrado que siembra las manos, entre reflectores, dentro de la religiosa penumbra del teatro pletórico de contenidas respiraciones. Ya estaban despiertos y enfrente Victoria y Gabriel. Despiertos tras un sueño, tras una espera de años.

Gabriel sintió —sentía— como si un viento venido de lejanísimas regiones, un viento de la noche, descuajara montañas, poblaciones, ríos; y le golpeara la cara, físicamente; y se le filtrara punzocortante por entre la piel, en los bronquios, en los oídos, ahogando sesos y corazón, reventando arterias, cercenando las alambradas de los nervios.

No la conocía, no se había enterado de su estancia en el pueblo. No sabía lo que era una alucinación: lo comprendió súbitamente. No, no podía ser carne y hueso, ni escultura, ni pintura... no era real una imagen así, aquí, a estas horas, en el pueblo, en este pueblo de mujeres enlutadas y muerte, una imagen silenciosa que habría venido volando, ¿de dónde? ¿a qué? ¡comenzará uno, así, a volverse loco! viendo visiones dicen que comenzó Luis Gonzaga, el de don Alfredo; pero no serían como ésta, que lo pusieron furioso; ésta, descendida del paraíso, le hubiera hecho manso y humilde; porque de dónde, sino del cielo, pudo bajar, si es que ha bajado; ¡imaginaciones! en el cielo, no pueden vestirse así, aunque la cara, los ojos, el contorno, el aire no pueden proceder de otra parte; ¿o de las novelas? ¿o de la locura? De la locura, sí, así; también, quizá, sea la locura un a modo de cielo, a veces plácido, a veces tormentoso; la locura por las campanas, el sonido de las campanas, las campanas mismas cambiadas en una imagen... de... ¡mujer! ¿Será una tentación como las que salen en el Año cristiano? Así, aquí, a estas horas no puede ser más que una tentación: el demonio en figura de ángel, con vestido de mujer. ¡Así sería la cantadora de *El final de Norma*! El viento descuajante cambiaba momentáneamente las miradas feroces, dulces, miedosas de Gabriel. (Cuando años más tarde conociera la Victoria de Samotracia, ninguna sorpresa le ofreciera, sino la violenta emoción de recordarle aquel minuto terrible de su vida en que sintió cómo la Victoria de carne y hueso adelantaba el paso — cabeza, brazos magníficos, muslos vivientes, muslos inolvidables al recato feroz, instintivo— y hablaba con lengua de mar, de viento, de campanas; con lengua de noche constelada; con lengua de silencio, íntegros los brazos, la cabeza imperial, el momento terrible.) Crecida la furia del aire, le zumbaban las orejas y creyó desmayarse. ¿Pues no era sólo figuración? Vendría del mar. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿A qué? ¡Se retirara! Imposible rehuirla, sino tirándose de la torre. Imposible darle la espalda, perderse de verla, fascinante. Imposible hablar, preguntar, porque había estallado la vergüenza congénita, la vergüenza de toda la vida, vergüenza de siglos, acumulada en cien herencias, surgiendo virulenta, en millones de gérmenes, en cada glóbulo de la sangre. Ya no era el muchacho demacrado hacía tres minutos. Rojo el rostro, estaba por sudar sangre.

Victoria sintió compasión. El horror primitivo que le causara la faz en crisis de adolescencia, faz que parecía sudosa, grasosa, faz manchada con jiones y tal cual espinilla, terrosa, pálida, de rasgos informes, en proceso de conformación, de madurez; el vello ralo e intenso donde será la barba, dio sitio al vasallaje de lo imprevisto, de lo imposible, bajo el aire gentil, de arcángel; bajo las miradas que no podían ser de este mundo; bajo el imperio categórico de la mandíbula, y el ceño de la frente, y el adivinado suave cutis, y la tez de canela, y la reciedumbre del continente. Vasallaje, adoración, ansias de imposible adoración; pero lástima también, impulso materno, irresistible afán de acudir al asco y remediar la inválida miseria del recién nacido, a punto de llorar: niño, arcángel o demonio, recién venido, nacido, despertado, por gracia o desgracia de mujer.

Esto es la inocencia en varón. Desconocido e inverosímil espectáculo. Avasallador —*podía pensar Victoria*.

—*Esto es haber, en fin, conocido el tremendo misterio, sospechado apenas, de la mujer* —*podía pensar el mozo*.

De siempre me hablaron las campanas por él.

Ya la oía, esperándola, en el tañido que nunca pude arrancar a las campanas.

—*Es lo imposible* —podía gemir la dama.

Y Gabriel: Es la muerte, la muerte que llega.

Victoria —mujer, diosa y estatua—; Gabriel —arcángel—; permanecían inmóviles en el centro de sus torbellinos; temerosos, a una, sin pensarlo, de rozarse y fundir en uno los dos vértigos, el nacimiento de dos inéditas emociones, inverosímiles hasta esa hora.

Gabriel no pudo ya retroceder cuando Victoria —imperial— dio nuevo paso adelante (con el ademán victorioso —muslo, pecho, brazos, cabeza— de la estatua, invisibles las alas). Gabriel no pudo sino cerrar los ojos. Luego se desplomó. Daba lástima; semejante a un arcángel abatido, las alas maltrechas, el rostro sucio; como un pájaro que la tormenta derribara en el fango, inútiles las alas. El rubor había cubierto lo terroso del rostro. Era un cadáver, los ojos brillantes. Daba lástima.

Victoria no pudo contenerse. Incluyó el busto, tendió el brazo, le brillaban los ojos.

Le brillaban los ojos (como si la luz hiriese prismas de lágrimas), le temblaba la mano cuando hizo ademán de ayudar a Gabriel para que se incorporase, mientras le preguntaba:

— ¿Usted está enfermo?

Pero las alas marchitas cobraron vigor; se irguieron, inflamándose; antes que lo tocara, el arcángel dio un salto, agitando los brazos, alas prepotentes, mientras repetía la lengua, seca:

— ¡No! ¡No!

Fue un salto como a impulso de alas más fuertes que las alas de la Victoria helena. Era un arcángel airado. Magnífico. Bellamente magnífico. De ojos y puños terribles. Gabriel amenazante. No el dulce nuncio del misterio, la azucena en la mano; el astro sereno en la frente. Arcángel de fuego a la puerta del paraíso.

— ¡No! ¡No!

Tan enérgico, que la bella mujer depuso su actitud compasiva y, como avergonzada, llena de confusión, bajó el caracol. Era Eva el día que la expulsaron del paraíso.

La segunda vez que Victoria y Gabriel se vieron fue una noche. Quién sabe si por acaso había permanecido la dama en la iglesia mucho tiempo después de acabado el rosario; sólo las lámparas del Santísimo quedaban encendidas; con ruido de llaves y un farol en la mano venía Gabriel a cerrar las puertas; distinguiendo el bulto de la rezagada, hizo mayor estruendo; la mujer se levantó entre sombras y siguió los pasos del muchacho, a quien alcanzó tras del cancel, y cuando parecía salir, se volvió, irguió la figura y dio las buenas noches.

— *Cómo soy tan brusco y fui tan grosero que ni siquiera le contesté, ni siquiera le pregunté cómo sigue Luis. ¡Pero qué me importa, qué me importa, qué me importa!* —pensaba silenciosamente Gabriel cuando se repuso de la impresión; y toda la noche, que fue su primera noche de insomnio.

A la otra mañana el desafinamiento de las campanas ya fue sensible. Subió —como la calentura— el jueves, y el viernes, y el sábado. Corazón

a rebato, el domingo. Corazón loco del pueblo. Y el azoro común.

Miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo, el gusanillo:

—*¿Por qué no le contesté el saludo? Y el vano, maquinal —¡qué me importa! qué me importa quémeimporta, quémeimporta...*

Domingo. Tarde pueblerina. Después del rosario. Recogida la plaza. Idas las gentes de los ranchos. Cerradas las tiendas. Encerradas las familias. Calladas las campanas. Las calles abandonadas. La angustia exasperada. Sin tener a dónde ir, hacia dónde salir. Todavía el sol alto. La tarde clara, inútil. Sordos golpes de sangre, que quiere reventar. Tedio de las horas muertas. El más pesado tiempo en este confín, en este confinamiento. Sin poder trabajar, sin poder ir de visitas, ausente cualquier diversión, despachado el ejercicio vespertino, lejanos todavía cena y lecho. Conversaciones aburridas. Dentro de las casas. Bostezos. Lástima de tarde bonita. De vez en vez, pasos de hombre. Dentro de las casas pueden algunos leer, dormir; pero los más, no. Domingo, finado el ejercicio temprano.

Así fue la tercera vez que se vieron Gabriel y Victoria. El hastío y el sobresalto, apoderados del mancebo, lo lanzaban al campo como sonámbulo, aquella tarde, Domingo del Buen Pastor. Podía después haber jurado que contra su voluntad entró a la calle donde está la casa de los Pérez. Dos días pudo reprimir las instancias del deseo. Esa tarde iba como delincuente. Había salido del curato como si fuera a cometer un crimen. (*No, si nomás paso, a prisa, ¿por qué no? es el camino, al cabo todo está cerrado.*) En la esquina de La Camelia lo encuentra don Alfredo:

—«Qué milagro que andas en la calle» —Gabriel tiembla como ladrón en descubierto—. «Sales como anillo al dedo: dime qué tan cierto es que ahorita está con el señor cura el nuevo director político. Me dijeron... ¿pero por qué tiemblas así? ¿hay alguna mala noticia?»

—«No, don Alfredo, es que venía corriendo. Con su permiso.»

Lo dejó con las palabras en la boca:

— «Oye, pero dime eso del señor cura»...

Y ya consigo mismo: —¡Qué pueblo éste de locos! (Gabriel, consigo mismo, aterrado: Me leería en la frente. Seguro, No, si yo voy al campo. Y

en prueba, no me importa irme por otra calle. Rodearé por el mesón. A mí qué me importa pasar por esa casa. ¡Qué me importa!...)

Realmente no sabe cómo luego se halló caminando por aquella banqueta. Jura que había torcido por el rumbo del mesón. Se le ocurriría que para qué devolverse si al cabo nadie se asomaría, menos... cuando vio entreabierta una ventana y, como si el diablo tuviera las cosas arregladas (yo nomás iba al campo), un bulto, una cara se asomaba, unas manos le hacían una seña (iba y no iba, porque la mera verdad yo tanteaba una cosa; pero salía... no, no, sí, en el fondo pensaba una cosa y quería otra, para qué es más que la verdad, a mí nunca me han gustado las mentiras; pero yo lo que pensaba era ir al campo y me resistí a pasar: pero a la hora de la hora; de veras, yo no hubiera querido y hasta estaba seguro de que no estaría nadie; ha de haber sido el demonio ¿quién más?; pero ya antes el demonio estaba adentro de mí: que ándele, que qué tiene que ver, que al cabo no la verás, que no seas miedoso, que ya no eres un chiquito, que el otro día fuiste medio grosero dejándola con el saludo, que es una persona fina: ¡una de enredos! y cuando ya no hubo más remedio que allí estaba, y casi me di de manos a boca ¿por qué no se me puede olvidar? ¿por qué no me tragó la tierra?)

— Dispénseme, usted puede informarnos qué haya de verdad en que el director político ha ido a visitar al señor cura...

(—Aunque quise, no pude volverme, echar a correr. Si ni siquiera me daba cuenta cabal de cómo había llegado allí. Pensaba ir al campo.)

—...no crea que es curiosidad mía; no lo molestara; pero aquí se ha armado una revolución...

(—Qué ¿de veras me llamaba para preguntarme lo del director? Porque de pronto la que comenzaba a hacérseme una beata preguntona, comenzó a encandilarme.)

—...no se mortifique: alabo su discreción...

(Y de pronto ¡purrrum!)

— ¿Usted no ha estado nunca en Guadalajara?

(—¡Purrrum! ¡purrrum! tupidas, como granizada, las preguntas.)

— ¿No le gustaría estudiar allá música?

—¿No le gustaría dirigir una orquesta?

— ¿No le gustaría ir a Europa?

(Yo ni le entendía lo que decía.)

—Usted tiene mucha disposición.

(Le brillaban los ojos. Me daba miedo.)

—Me gustaría poder ayudarlo.

(Le maliciaba el miedo —pero qué modo: también el gusto— de que alguien nos viera. Le brillaban los ojos de gato... ¡ay, pensamiento sin hechura!)

—Me vuelve loca su modo de tocar esas campanas.

—¿Yo?

—Las toca terriblemente.

—Yo..

— Perdone la detención.

—¿Yo?

(—Ni le oí lo que dijo de más. Pero qué ¿de veras me dijo eso o son puras figuraciones? ¡Se me ha de haber figurado todo, hasta el mal pensamiento de los ojos de gato! ¿De dónde han dado en ocurrírseme tantas cosas y hasta palabras? ¿Le diría siquiera «ya vuelvo»? No, no me despedí. Pero ni es verdad que la vi, que me habló. ¡Figuraciones! ¿Cómo no se me quitan de la cabeza? Y ¡esos ojos! que si no me habló, me decían lo que me figuro...)

El martes, el miércoles, ya era imposible oír el campaneo loco. Al domingo siguiente Gabriel no era ya campanero.

Lunes tres de mayo, día de la Santa Cruz. Victoria y Gabriel se vieron, se hablaron por cuarta y última vez.

EL DÍA DE LA SANTA CRUZ

1

DÍA de ira, de furor, aquel día, esa noche de divina venganza, en que fue concebida la abominación y previno el Supremo Juez un gran castigo para el pueblo. Pero nadie advirtió en el cielo presagios. Era domingo. Domingo dos de mayo. A las tres de la tarde se nubló e hizo calor sofocante, sin que soplara el viento. Resonó un trueno; pero no relincharon los caballos y en esto tampoco vieron presagio las gentes. Como globos de plomo, pesaban sobre el pueblo las nubes, hidrópicas, no grávidas. Vientres atumorados, infecundos. No corría ninguna fragancia, ningún anticipo de tierra húmeda. Entre cuatro y cinco, el nublado comenzó a tomar tintes cárdenos. Resplandor siniestro bañaba las cruces y los horizontes a las seis. Fue oscureciendo siniestramente.

— ¡Siempre no llovió!

—Yo creía que ya eran las primeras aguas.

—¿No lloverá siempre?

¡Qué había de llover! Era cielo cargado de augurios; pero nadie lo reconoció. La noche fue insoportablemente calurosa. Daban ganas de salir a las puertas, de abrir las ventanas, de subir a las azoteas, de tirar las ropas.

— ¡Nunca había hecho tanto calor!

—Nos vamos a asar.

Era como si pasara un ejército de tizones ardiendo, invisible, sin que las tinieblas de la noche alcanzaran a refrescar las huellas encendidas.

El calor sofocante atizaba la desesperación de Damián, propuesto a que no pasara ese día sin obtener una respuesta de Micaela.

(«O ¿qué?, ¿no más me anda dando carita para volarme y montarme en puercos pintos?, ¡ah qué caramba: no más eso faltaba! Si aunque no fuera más que cuestión de orgullo eso no puede quedarse así. Más trabajosas las he visto, como aquellas gringas mañosas, cuantimás una catrincita de mi tierra. Pues ahora me cumple, sin que se pase la noche, o armo un escándalo...»).

También Micaela estaba fuera de sí, muy lejos de conformarse con la sepultura en días monótonos, exacerbada su creciente, insatisfecha sensualidad; pero con un vago temor.

(«¿Lo podré mantener a raya, como yo quiera? Más vale no darle ocasión. Pero es insoportable seguir encerrada como todos estos días por miedo a hablarle. ¿Miedo a un ranchero? ¿Y si también éste se me va, como yo siga haciéndome la remolona? No, es necesario darme a ver. Le pondré un plazo largo; pero con los ojos le haré entender un interés que no siento. Sí, siento interés de vengarme. O yo no soy Micaela, o dejarán de cumplirse mis tanteadas. ¿Miedo?, ¿por qué? Ni que fuera yo Hija de María. Y también, también, aunque sea con éste ¿cómo voy a pasármela sin sentir el rodeo de un hombre? Después de todo no es un pelmazo cualquiera. Ni comparación con Ruperto Ledesma. ¡Y hay que darle en la cabeza a la intrusa Victoria! ¡Quién dijo miedo! Por andar cavilando voy a quedarme sin miel ni jícara. ¡Tengo ganas de verlo! Sí, la verdad. Yo no sé si por este calor; pero hasta me gustaría que me robara. ¡La verdad! ¿Para qué hacerse una de la boca chiquita? Ahora mismo voy a darle ocasión de que me encuentre. ¡Qué calor! Dan ganas de salir desnuda y tirarse a dormir en campo raso...»).

¿Quién podría conciliar el sueño con este calor, en aquellas alcobas sofocadas?

Las familias tenían pretexto para salir: ponerse de acuerdo para la reunión de mañana en la madrugada. Efectivamente: hasta las nueve de la noche hubo desfile de fantasmas y voces por las calles oscuras; travesías de faroles y voces.

En las puertas, en las aceras, resonaban convenciones:

—Nos vamos a juntar en el atrio, antes de las cinco; de allí, como todos los años, nos iremos por la calle del río.

—Bueno. De todos modos los alcanzaremos.

—Nosotras, con doña Tomasita, vamos a salir luego que se acabe la primera misa.

—Quedamos de ir con las Islas. Van a salir del Oratorio.

Cada frase, como si fuera marcada con hierros encendidos, se rompía en la exclamación: ¡qué calor!

— ¡Qué calor!

— ¡Qué calor!

— ¡Qué insoportable calor!

Chicoteaban las palabras en las paredes ennegrecidas.

Dos de mayo. Domingo. Víspera de la Santa Cruz.

—Queremos ser de los primeros en llegar y en volver, para estar a la misa cantada.

—Nosotros también queremos estar de vuelta antes de las siete.

Tinieblas y calor envolvían las Cruces —ahora desnudas—, que amanecerían enfloradas.

Damián se puso en acecho, a escondidas, desde al atardecer.

¿Cómo? ¡Quién sabe! Lo cierto es que Micaela, sin ser vista, supo descubrirlo. Maligno resplandor iluminó las pupilas de la muchacha. —«Que sufra»— dijo casi en alta voz, mientras extremaba precauciones para gozar a sus anchas el rostro y los movimientos del acechante, sin peligro de ser descubierta. ¡Qué intenso placer el de ir descubriendo signos de impaciencia en los gestos y en las posturas del violento galán!, ¡el saberse la causa de aquella espera por parte de un hombre con fama de dominador y bien corrido!, ¡qué placentera zozobra la de advertir en la cara del varón las coloraciones terribles del crepúsculo: cara tumefacta, como de ahorcado; lívida, como de ahogado; terrosa, como de cadáver insepulto!, ¡intensa sensación de verdugo que ahorca, ahoga, niega sepultura, se recrea en las convulsiones de la víctima, ve cómo las sombras de la muerte invaden los músculos, distienden la fisonomía, cubren los rasgos de la vida y arrebatan el pulso! Todo acaba. En la noche, los frecuentes fogonazos de cerillos y la lumbre temblorosa de los cigarros delatan la nerviosidad en creciente. Damián

ha salido del escondite, pasea la calle cada vez con menos cautela, se acerca, esta aquí, se le siente respirar, gruñir, maldecir entre dientes. Vuelve a retirarse.

—«Si se cansara y se fuera para no volver»— piensa Micaela; y está a punto de ir en busca del hombre; por lo menos quiere hablarle; las palabras se contienen ya en la lengua; Micaela se sobrepone; con sangre fría de jugador en riesgo extremo se retira y va a tenderse en el rincón más oscuro del patio. Cielo siniestro, sin estrellas. Pasan las horas.

Damián fragua violencias, más desesperadas a medida que transcurre el tiempo. Ha salido Juanita y ha vuelto. Llegan las Martínez. Cuando salen, las acompañan doña Lola y Juanita. Sale don Inocencio. Sale otra vez Juanita. Ni luces de Micaela. Regresan don Inocencio y Juanita; ésta sale de vuelta con doña Lola. Don Inocencio se queda en la puerta; por fin la cierra estrepitosamente. Llegan un mozo con dos cabalgaduras. Vuelven doña Lola y Juanita. Se oye que cierran con llave la puerta. Ni luces de Micaela.

—«Ni duda que me está tanteando; qué milagro: ¡tan encerradita! Vas a saber de lo que soy capaz. ¿Qué te figurabas?» —masculla Damián.

Micaela siente ruido en la azotea. Piensa con toda calma: —«Es él»— y sigue tendida en la oscuridad. No lo ve; pero tiene la sensación de ser vista. Gozosa sensación de hormigueo. —«Ya es hora»— dice, y se incorpora calmadamente, va a la cocina, enciende un ocote, abre la puerta del corral y, junto a los macheros, se pone a esperar con increíble tranquilidad. Damián repta la barda.

—¿Quién es? —pregunta Micaela con voz calculada.

—Yo soy, Damián, óyeme, no te asustes.

—¿Por qué habría de asustarme?

— Óyeme.

—Lo oigo; pero si hace intento de bajarse, grito.

El tono duro, inesperado, con que Micaela respondía, disipó las malas ideas de Damián. Micaela lograba disimular el miedo que la cogió al advertir el tono jadeante, de súplica violenta, de amenaza, que tenían las palabras de Damián. Ahora era como si él fuese a saltar sobre ella para estrangularla; como si ya sintiese los dedos rudos, convulsos,

coléricos, rozando el cuello, y pronto apretaran; como si le arrojara en el rostro la respiración sudorosa; como si los ojos en los ojos le comunicaran lumbre, odios, deseos. ¿Deseos? A Micaela le castañeteaban los dientes; anudábasele la lengua; con inaudito esfuerzo lograba firmeza de voz.

—¿Qué quiere?

—Que... que por qué no me has... por qué no me ha contestado mi carta...

Al advertir el titubeo de Damián, Micaela experimentó una salvaje alegría, e inmediatamente un desencanto por el fácil triunfo. El deseo de que bajara el hombre se deshizo. La muchacha recobró la sangre fría.

—Porque no me gusta ser juguete de nadie, ni plato de segunda mano. ¿Ha creído usted que yo soy como las otras que se le rinden con verlo nomás? ¿Quién me garantiza sus buenas intenciones?

—Te lo juro. Se lo juro, que no más por usted he sentido ser capaz de todo con tal que me quisiera. Déjeme bajar y se convencerá.

—Si da traza de bajar, gritaré.

— Micaela, Micaelita, déjame que te hable de tú, como antes. Correspóndeme.

—¡Sería fácil! ¡Para que mañana ande presumiendo con otra conquista!

—Ponme las pruebas que quieras. Pero no me desprecies, porque...

— Mejor será que me deje en paz.

— Micaela, Micaela, por Dios, no me haga perder la paciencia.

¿Por qué un rayo, en esos momentos, no abatió a cualquiera de los dos desgraciados? ¿Por qué a esa hora no se abrió la tierra y se tragó a Damián? La noche aciaga hubiese abortado. La vergüenza no hubiera manchado para siempre al pueblo. ¿Quién vendó a Micaela los ojos para dejar de ver tantos augurios funestos? ¿Cómo pudieron estar dormidos hasta los perros de la casa cuando fue concebida la abominación de la comarca? ¿Quién ofuscó la videncia de Lucas Maclas y el celo de don Dionisio, que a ese tiempo debieron recorrer las calles, prorrumpiendo alaridos, como profetas de lengua inflamada? Un silencio de muerte llenaba el hocico de lobo, que era la noche. Micaela, instrumento de la

venganza contra los pecados ocultos y de la admonición para la corruptela en creciente, abrió la puerta a las Furias.

— Bueno; acepto darle un plazo para que me pruebe ser sincero en su declaración.

— ¿Para qué es eso de los plazos? Tú no eres Hija de María.

Saltó Damián. Micaela no gritó.

2

DÍA de la Santa Cruz.

En la negra dimensión de la mañana se llenaron las calles. Había perfumes vegetales, faroles en travesías, conversaciones aligeradas.

Al llegar al enjuto cauce del río, de donde arranca el camino a la Cruz de la Misión, los grupos se hacían compactos y empezaba el ejercicio de las cien persignadas.

En coro, los coros de cada grupo:

Por la señal de la Santa Cruz...

Y con pausas de canto, un canto de sabor funerario, rezaban las gentes, en voz alta, grave, lenta:

*Morirás. Morirás.
Por el Valle de Josafat pasarás.
Con el Demonio te encontrarás.
Y de esta manera le dirás:
A retro vade, Satanás;
Parte en mí no la tendrás,
Porque el Día de la Santa Cruz Cien Avemarías recé
Y otras tantas me persigné.*

Las palabras tenían una convicción fervorosa de profecía un tanto placentera, un tanto nostálgica:

Morirás. Morirás.

Resonaban las cortantes palabras, con un gozo como si la cuesta fuese ya el valle de Josafat, viniera el Enemigo y al conjuro de las enérgicas palabras hubiera de retirarse con la cola entre las piernas, fácil, ridículamente; tan fácilmente como el fervor con que decían los romeros:

Parte en mí no la tendrás...

diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta, ochenta, noventa y nueve, cien veces, con otras tantas Avemarías y persignadas: Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos, líbranos, Señor... No parecían voces de madrugada, en modorra; tenían la claridad de la plena vigilia, el optimismo del alma en combate, firmes los pulsos y la vista, contra Satanás.

Tuvo el amanecer lividez cadavérica.

Cuando llegaban a la cumbre del monte, casi ninguno de los grupos había concluido de persignarse cien veces; caminaban por la cima, en tomo a la Cruz de la Misión, hasta dar fin al ejercicio; entonces, prosternados, hacían el ofrecimiento:

*Adórote, santa Cruz,
Puesta en el Monte Calvario.
En ti murió mi Jesús
Para darme eterna Luz
Y librarme del Contrario.*

Prolongaban el ejercicio otras oraciones, más o menos abundantes, según la devoción de quien guiaba a los grupos. Con recogimiento se hacía el regreso, a fin de que la charla de quienes bajaban no interrumpiera los rezos de los que subían.

En peñas y concavidades continuaban resonando ininterrumpidamente las agudas consonancias:

*ás
ás
ás
ás...*

Monótonamente. Morirás, pasarás, encontrarás, dirás, Satanás... Y el vigor indomable cuando parte en mí no la tendrás... Y el uniforme brío del Por la señal... Y la plañidera cadencia del Dios te salve María... Para volver al convencido, alucinante Moriréis. Morirás.

ás

ás

ás...

Cuesta arriba. Puños de mujeres enlutadas. Hombres de mentón comprimido. Muchachitos de ojos desmesurados.

Ya se ven las cosas. Ya se apagan los faroles. Ya es pleno día.

Y muchos escrupulosos ¡cuántos!, temiendo haberse distraído una, cincuenta, noventa y nueve veces, repiten, repiten, repiten hasta el doble y el triple, para asegurar la victoria en el valle de Josafat. Y parece que no acabarán jamás, porque se los impiden las asechanzas del Contrario.

Lentos los humos de las casas, las campanadas lentísimas —¡qué chabacano campanear sin vida el de la Parroquia!— suben los humos azules y el clamoreo de las campanas, como si también fueran rezando en la ascensión. *Por el valle de Josafat pasarás —con el Demonio te encontrarás— y de esta manera le dirás...*

Sol como de sangre y agua, desteñido. (—«¿Qué sucedió anoche?»). Sol sanguinolento. (—«Algo ha de haber sucedido anoche»). Cielo manchado.

—Seguirá el calor.

— Sí, va a ser un día insoportable.

— ¡Esas nubes!

Desde la Cruz —enflorada—, desde la cuesta se divisan los toques de color: verde, blanco, morado, azul, entre las cruces, por sobre los muros lisos. Colores de papel de china, en tiritas, en rosetones. Colores de hojarasca tierna, en guías, y de buganvillas, de margaritas, de tulipanes, de obeliscos, de yedras. No hay una Cruz que amanezca sin adorno en las casas de piedra, en las de adobe, a la entrada de los caminos, en los sitios de muerte. Banderolas y flecos de papel, manojos de flores recién cortadas, ramas verdes traídas en el fresco de la mañana. Queda en

suspenso la austeridad de las calles, de los muros. Desde la media noche se afanaron las manos de sombra para que retoñaran las cruces de palo y las de cantera, las de cal y canto y las de palma seca.

En los rostros quiere aflorar la sonrisa y hasta parece que los dedos, cuando hacen la Cruz, tienen luces de colores.

3

GABRIEL no se ha distinguido nunca por su devoción externa; pero las gentes no extrañan su indiferencia, ni siquiera tratan de recordar cuándo lo han visto en algún acto piadoso. Tácitamente han convenido en que su sitio es la torre. Allá lo han dejado en paz. De tarde en tarde acompaña al señor cura en llevar el Viático; ni entonces, ni las raras veces que se le mira en la iglesia, da muestras de piedad; cumple mecánicamente sus menesteres, retraído, como si le fuese ajeno cuanto le rodea. Vanamente creyó Victoria encontrarlo en la romería a la Cruz de la Misión.

Desde que le han arrebatado sus campanas no sale de su cuarto, si no es muy temprano a cumplir faenas domésticas; ni para mandados lo han ya ocupado. Le ha cogido un a modo de mal de sueño. Se sorprendió al principio por no experimentar mayor sufrimiento al verse lejos de sus bronces. La insensibilidad ha ido creciendo. Marta y don Dionisio lo vigilan disimuladamente. Se alarmaron con aquella calma. Ni había protestado, ni daba señales de enfado cuando como siempre bajaba a sacar agua del pozo, a partir leña, a barrer y regar la parroquia, las capillas, el atrio, el curato, la calle. Come con igual apetito, aunque siempre fue desganado en el comer. Lo único que denuncia su tristeza es que le hablan y no entiende; se le van las ideas y anda como narcotizado, como sobre algodones; los ojos de desvelado y muy acentuadas las ojeras. Para evitar pláticas o preguntas importunas, antes de las cinco tiene barridos el templo, el atrio y la calle, a las seis termina sus quehaceres y se pierde en el corral o en su cuarto, esquivando aun a Marta y a María. Invencible sueño lo acomete ya a las

ocho, a las nueve de la mañana; despierta a las once, a las doce; lo llaman a comer y vuelta a dormir; pero cuando comienza a oscurecer, el sueño se espanta hasta la media noche o la madrugada.

Comienzan a dolerle los toques de las campanas. No en los primeros días. En los primeros días era sólo una sensación de hallarse lejos, en un cielo y pueblo remotísimos, bajo el gobierno de campanas inclementes. (Lo mismo sentían Victoria, y Marta, y María, y —entre delirios— Luis Gonzaga, y Lucas Macías, y el Padre Reyes. El sentimiento —para algunos más claro, para otros confuso— fue invadiendo al vecindario). Cuando llegan al pueblo las resonancias de los rezos en la mañana de la Santa Cruz y tocan a misa las campanas, Gabriel siente los tañidos como punzadas en el corazón; un ansia le llena la garganta; por primera vez le hormiguean las manos al impulso de rescatar con violencia el campanario para desahogar el pecho.

Y son tan fuertes las punzadas, el ansia y el hormigueo, que sin desayunar ni avisar se sale del curato, elige calles desiertas y huye a donde no lo persiga el extraño campaneó ni la salmodia de la romería. Una súbita idea trata de contenerlo y desviarlo: la forastera que parece una escultura —la forastera que ha sido su narcótico— andará en el monte (*¿por qué no se me puede olvidar?*), y tal vez haya modo de volver a oírla, de poder hablarle (*¿por qué no se me olvida?*); tal vez a ella no le disgustaría encontrarlo (*¿qué me importa!*), y a él se le ocurrirían palabras que decirle (*¿qué podía decirle, dado caso de que la viera?*), y le preguntaría...

Gabriel se detiene, da unos pasos atrás, vuelve la vista con dirección al monte, cavila, baja los ojos al suelo, camina sin acierto de un lado para otro, cuan presto retrocede, avanza; pero un golpe de viento hace perceptible la salmodia en «ás». (*Morirás. Morirás*). Llega el grito de la campana mayor. (*¿Qué feo se siente! Así ha de ser cuando después de muerto un marido escuchara la voz de la que fue su mujer, hablando con otro hombre: ¿qué feo pensamiento!, ¿cómo se me ocurrió? Sí, como si otro hombre pudiera hacer hablar las mismas cosas íntimas a la que uno conoció doncella; y sin transición: dicen que la escultura es viuda*). Entonces Gabriel apresura el paso hasta perder la vista del monte y del

pueblo; hasta perder el oído de la salmodia, del campaneó, de los ruidos vecinales; pero no pierde el tacto y contacto de absurdos pensamientos.

(—Estoy pareciéndome a Luis Pérez, dicen que por ella, se volvió loco, pero no es cierto, ya antes estaba, ¿por qué me quitarían de campanero?, no había pensado en esto, quién sabe si alguien oyó lo que me dijo la mujer, y por eso, ¡dale con la mujer!, ¿dirigir una orquesta?, es de dar risa, qué cosas se les ocurren a las gentes, ¿cuándo se irá para que me deje en paz?, de todos modos en el valle de Josafat, ¿si a mí me pusieran a tocar la trompeta?, sí, yo creo que me conocería y se me arrimaría, pero el marido no la perdería de vista, ¿qué oficio tendría el marido?, ¿por qué se le murió?, ¿lo volvería loco?, más vale hacer aquí las cien persignadas para ver si se van todas estas ocurrencias, Por la señal, será bueno ya no volver al pueblo, De nuestros enemigos, pero por aquí no se va a ninguna parte, Líbranos, Señor, de ella, Dios te salve, Victoria se llama, Ave María, Llena eres de Gracia, si han de seguir ocurriéndoseme revolturas es mejor ya no rezar, entre todas las mujeres, mejor ya no rezo, el fruto de tu vientre, Ave María, a ver si ahora, Morirás, morirás, ella también, Parte en mí no la tendrás, Victoria, Porque el Día de la Santa Cruz, ¿no la veré?...). Cortó el ejercicio a las tres persignadas y se tendió junto a unas peñas. No tardó en dormirse.

4

AQUELLA noche entre el dos y el tres de mayo —*Dies irae, dies illa*— don Dionisio —*Quantus tremor est futurus*— tuvo un sueño penoso —*Quidquid latet apparebit*— en el que habiendo vivido largos años y temores —*Ingemisco, tanquam reus*— sintió que se le agotaban los jugos de la vida —*Mors stupebit et natura*— y que amanecía sensiblemente más viejo —*Culpa rubet vultus meus*—, más triste —*Cor contritum quasi cinis*— y desvalido —*ludicanti responsura*, casi un cadáver— *Per sepulchra regionum*—. ¡Se le desconocía! Era un resucitado de entre los muertos.

Lacrimosa dies illa,

*Qua resurget ex favilla,
Iudicandus homo reus.*

Al despertar sólo sintió un tremendo abrumamiento, un miedo terrible pero brumoso, una ansia de rezar, de clamar

*Rex tremendae majestatis,
Qui salvandos salvas gratis,
Salva me, jons pietatis.*

Como un descoyuntamiento en el potro, acudieron los recuerdos del sueño, y las orejas le zumbaron

*Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum,
Coget omnes ante thronum.*

Acudieron los restos desperdigados y cobraron vida

*Quid sum miser tune dicturus?
Quem patronum rogaturus
Cum vix justus sit securus?*

Sombras lívidas de aquel amanecer, como dentro de una tumba por la que desfilan horas consumadas, consumidas en la hoguera del tiempo que acabó

*Dies irae, dies illa,
Solvat saeculum in favilla:
Teste David cum Sibylla.*

Sí, todo esto: el curato en sombras, al anochecer, y la sorpresa de un hombre que se recata y espera escondido tras el arco del corredor, junto a la cocina, por donde aparece un bulto de mujer —¿es María?, ¿es Marta?—; el hombre le habla con débil susurro, ella trata de huir, él consigue retenerla. —«No, no» —gime la mujer. En la voz, es Marta. En los movimientos, María. —«No, no, pueden vemos, puede venir mi tío, qué vergüenza» —la voz ahora es de María—; «ya te he dicho que no volvieras, no quiero, por favor, por María Santísima». El hombre no dice nada; jadeante la oprime. Don Dionisio se ha quedado inmóvil, tremendamente cargado de ira, impotente para descargarla, los labios y la lengua paralíticos. ¿Qué hace Micaela en el curato a estas horas? ¿No

tiene prohibido María el verla y más aún el recibirla en esta casa? Porque Micaela es. No cabe duda. Suya es la voz y suyos los ademanes. ¿El hombre? ¡El hombre, Dios mío!, ¿quién es? Al fin logra desasirse... María... suyos son los pasos y los gemidos que la llevan corriendo, cayéndose, hacia su cuarto. —«¡Miserable!». También el hombre se pierde, jadeante. No se ve nada. Don Dionisio camina a tientas, encontrando apoyos familiares: éste es el segundo pilar, frente al comedor; ésta es la ventana que da a la sacristía; ésta es la maceta del granduque; aquí está la mesa con el aguamanil y luego la destiladera, con su eterno ruidito, en la oscura noche; don Dionisio alza instintivamente el pie para no tropezar en el batiente de la puerta de su cuarto; una mano temblorosa le tira la sotana y una voz de ajusticiado le habla:

—«Soy un miserable, quiero confesarme con usted, señor cura».

Don Dionisio quisiera negarse. Va a decir: —«Conmigo no»; pero enmudece. La mano convulsa sigue aferrada a la sotana. Ésta es la cabecera del catre, aquí está una silla, éste el borde de la mesa y éstos los libros: a tientas reconoce *Las glorias de María*, que ahora le sirve para preparar sus pláticas del mes de mayo. Aquí estaba —¿dónde está el aparato de petróleo?, ¿y la caja de cerillos? A tientas los busca por la mesa, en el buró, sobre la silla. La mano, la boca convulsas insisten en la imploración. Pero ¿quién escondería el aparato y los cerillos? En la absoluta tiniebla suena secamente el ruido de las rodillas con que se desploma el penitente y comienza la confesión:

—«Merezco el infierno y que antes me quemen vivo. Soy un miserable. Usted había de matarme, señor cura: he abusado de su hospitalidad y de su cariño paternal, he pisoteado sus canas y escarnecido las mayores finezas de su corazón. Judas fue un ángel en comparación conmigo. Máteme usted». El cura siente morir y que le rebrinca la sangre como cuando era muchacho y los amigos lo provocaban con injurias. Está a punto de gritar:

— «¿Eres tú, Gabriel? Ya me lo imaginaba». Sobre los instintos heridos viene a imponerse rápidamente la memoria de que allí está como Juez y ha de renunciar a ser parte, por imposible que la renunciación le parezca; por imposible que resulte olvidar el nombre del pecador y las

delicadezas personales afectadas por aquel pecado. Don Dionisio ahoga el grito angustiosísimo: — «¡Mis sobrinas!», y ha de musitar impasible: —«Continúa, hijo». Doblemente hijo: en el espíritu y en la consanguinidad; con esto, doblemente traidor. Qué trabajo contener las manos que quieren alzarse contra el monstruo; y la voz que quiere gemir: «¿tú, Gabriel?», para dar sitio a la reiteración: —«Sigue, hijo mío». La maldecida voz continúa: —«Y lo peor es que yo no quiero a María, sino a Marta; y queriéndola, he ido en pos de Micaela, engañando a Marta y a María». De nuevo se levanta la trémula mano del confesor para descargar la irritación de todos los siglos y los mundos; en lo alto se deshace en caricia. No, ésta no es la cabeza, ni éste el cutis de Gabriel. ¡No! Es... es... ¿de quién? Quizá sea Damián. Súbito pavor contrae los dedos parroquiales y desusadamente el anciano experimenta náuseas ante aquel confesando; luego su espíritu se conturba por esos humanos sentimientos, por ese asco, inadmisible en un cura de almas, para el que nada deben significar los apetitos ni las vanidades, los intereses y afectos personales. Debe olvidar el recuerdo, el nombre individual del feligrés. Debe sobreponerse a la repugnancia que le inspira esa oveja, y acariciarla evangélicamente. Debe llenar sus oídos con los miasmas que desprende:

—«Mi pecado es mayor, porque deseo a todas las mujeres del pueblo, sin distinción de estado. No puedo ver a alguna, sin desearla. Hijas de María o casadas. Pero no nomás. Tampoco puedo pensar en cualquier mujer, aunque no la conozca, sin concebir torpes concupiscencias. Mujeres que vivan a muchas leguas, en París, en Alemania. Mujeres de la historia. Todas, todas me inspiran malos deseos». Don Dionisio no puede ahora reprimirse y oprime con violencia el hombro del penitente. —«Usted tiene la culpa, señor cura. Primero, porque nunca me ha querido revelar quién es mi madre. Padezco una sed implacable de ternura, de ternura femenina. Después, usted ha impedido astutamente que yo me acerque con tranquila confianza a María y a Marta, como un hermano que se entrega a limpios afectos. Finalmente, usted tiene la culpa por haberme quitado el único cariño que poseía: mis campanas, en las que cifraba y con las que compensaba mi sed inmensa: yo las había enseñado a hablar como quisiera que me

hablaran una y todas las mujeres de la tierra; yo las acariciaba, como hubiera acariciado a una esposa, como acariciara a Marta si usted no me separase de ella. Líbreme de Micaela, que me acarreará todo mal. Si usted no me libra en este mismo momento, yo me entregaré a Micaela, haré a Micaela víctima de mi furor, Micaela y yo seremos la vergüenza del pueblo. Micaela me atrae fatalmente y voy a sucumbir en esta oscura noche, en esta maldecida noche»...

No podía ser sino sangre lo que sudaba don Dionisio en aquellos momentos. Y en el sueño mismo le acometía la duda de soñar. ¿Era víctima de infernal pesadilla? No, ésta es la mesa y ésta la silla de su alcoba. Se restriega los ojos y los siente abiertos. Palpa a la derecha y encuentra la cerradura del librero. Se toca el pecho y podría contar los botones de la sotana, y encuentra el botón quebrado que no ha tenido tiempo de cambiar. Alza el pie, y oye que rechinan los zapatos. Busca la cabeza del hombre penitente y la encuentra, y encuentra los cabellos duros, revueltos, llenos de sudor. Dios mío, ¿quién es? ¿Gabriel? ¿Damián?, ¿el Demonio? De pronto un fogonazo ilumina su conciencia:

—«¡Es el Demonio! ¡Retírate, Satanás, pues quedó escrito que no has de tener parte en mí, ni lograrás perturbarme!»...

El sacerdote hace la señal de la Cruz y prorrumpe en un exorcismo. A ese tiempo resuenan gritos de naturaleza jamás oída en los ámbitos de la casa parroquial. Primero parecían maullidos de gata en brama. Son gritos de mujer a la que ha llegado su hora de ser madre. La gimiente se arrastra hasta los pies de don Dionisio. Sin saber cómo, éste se halla revestido con alba y casulla roja, como si se dispusiese a celebrar misa en honor de algún mártir. ¿Quién lo ha traído al presbiterio? ¿Quién ha dejado llegar a la mujer hasta este sitio sagrado? Ya no son los muros del curato, sino las bóvedas del templo las que se estremecen con los clamores femeninos. Tiembla la lámpara roja en el altar; pero se le distingue el rostro a la mujer. Don Dionisio la mira como Cristo a los mercaderes venidos al templo. Era tal aquella mirada, que la mujer, entre gritos, articuló estas palabras:

—«¡Lo quise! ¡Lo quiero todavía! Yo soy la culpable. ¡Fue por mi gusto!».

Enloquecido, sin control, don Dionisio lanza puntapiés a la pecadora.

—«Nuestro Señor no trató así a María Magdalena, ni siquiera a la mujer adúltera». El párroco no logra dominarse; contra su íntima voluntad sigue lanzando puntapiés.

—«Al vientre no» —implora la cuitada—, «¡no, en el vientre no: es tan sagrado como un altar!».

El pataleo se eterniza.

—«¿Ni siquiera porque soy tu sobrina? ¿No me conoces? Me llamo María Magdalena».

—«¡Yo no tengo sobrinas!».

—«Soy Marta. Tened piedad de mí».

—«¡Lejos, lejos de aquí, miserable!».

—«Yo no tuve la culpa. Damián me forzó. Por favor, que no lo sepa nadie, señor cura, ¿no me conoce?, soy la pobre Micaela y estoy a punto de condenarme».

—«Dios es el que debía ignorarlo, miserable».

Y en efecto, aquél era uno de los vestidos escandalosos que Micaela trajo de México; el mismo que lució el Jueves Santo. No se veía el rostro, ni se reconocía la voz, distorsionada por los gritos. Como nada lograron los puntapiés, el cura pidió al cielo un milagro: que alguien sacara a la mujer del sagrado recinto. Y el milagro fue hecho. Ahora estaban en la recámara de Marta, presidida por María Auxiliadora.

—«Usted tiene la culpa, usted que nos dejó solas, distraído por sus trabajos y preocupaciones. Quiso ignorar que éramos mujeres y, como mujeres, flacas, dispuestas a caer, encerradas en la oscuridad, ansiosas de luz, torturadas de deseos. ¡Yo quería tener un hijo!»...

—«Y el Diablo te dio gusto».

—«No, no fue el diablo»...

—«¿Quién, entonces?».

—«Mi deseo».

—«Fue el Diablo. ¡Te digo que fue el Diablo!».

—«De todos modos, usted tuvo la culpa».

De nuevo prorrumpió don Dionisio en un ¡no!, furioso, al tiempo que se lanzaba a ahogar a... ¿a quién?... ¿a Marta?, ¿a María?

—«Soy Micaela y estoy a punto de condenarme y de condenar a usted, a usted y a todo el pueblo, a todo el mundo: voy a dar a luz un Demonio».

El cura se desmayó. En la eternidad del desmayo continuaban los gritos insufribles, por muchas horas, por muchos días, por toda la eternidad. La mujer no lograba dar a luz, y gritaba horriblemente. No eran gritos de mujer en trance, sino de condenada, en sufrimiento sin término.

—«¡Vamos a condenarnos!».

—Vamos a condenarnos.

—A condenarnos por toda la eternidad.

Don Dionisio —*Dies irae, dies illa*— consiguió despertar —*solvat saeculum infavilla*—, mas despierto —*teste David cum Sibylla*— dudó —*Quantus tremor est futurus*— si ahora estaba dormido —*quando judex est venturus*— o muerto —*cuncta stricte discussurus*— y si todo lo soñado era la realidad mortal.

Sin aclarar la duda, se arrojó al suelo con mayor presteza que otros días y comenzó a fustigarse sin misericordia. El sudor frío se convirtió en hilillos calientes de sangre. Pero crecía la pena, sin consolación. Muerto, don Dionisio asistía a su propio funeral, llorando el himno:

*Huic ergo parce, Deus:
Pie Jesu Domine,
Dona eis réquiem. Amen.*

5

No pudo saber Gabriel qué hora era cuando despertó. El nublado impedía vislumbrar el sitio del sol. Sensaciones de cabal euforia retuvieron tendido al mancebo; placentera distensión de los párpados, de los músculos. El sueño había extirpado los nerviecillos de la inquietud.

—*Estoy como nuevo.* Quiso estrenar su flexibilidad y echó a correr sin rumbo; gozaba trepando las pendientes de los lomeríos; libre de propósitos y con el solo sentimiento de su bienestar —un bienestar de bestia joven—, arribó a la Cruz de la Misión; pensó volverse; la soledad estimuló el deseo de ver al pueblo desde la cumbre; avanzó con cautela de ciervo sagaz.

—*Ya no hay nadie. A estas horas ya no puede haber nadie.*

Allá el pueblo, sin gentes las calles, vacío y sordo, abajo, como si se viera desde una torre celestial. ¿Cómo verlo desde más alto? ¡Subir, subir más alto, contra esas nubes percutidas, contra ese cielo raso: muro de cárcel! ¡Volar alto, más alto, con los brazos tendidos, brincando sobre los nervios de las piernas!

—¡Gabriel!

Y caer de los cielos altos, caer del olvido al calabozo que creyó burlar. Era como si él mismo se hablara y de pronto extrañase su voz.

O como si regidas otra vez por sus manos hubiera vuelto a oír las campanas, y éstas alcanzaran el acento que nunca pudo arrancarles.

—Qué sorpresa.

Tardaban las palabras en bajar al fondo del calabozo.

— ¡Cómo lo he sentido!

—Ya no es posible vivir así.

¿Cuándo caerá otra?

— ¿Y usted? ¡Ya me imagino!

Melodioso monólogo, a pausas.

No, no es la propia voz —esta ruda voz, imposible de brotar—, ni es acorde de campanas.

—Por qué no vino en la mañana. Pregunta sin interrogación.

Sin contestación.

—Creí que lo encontraría.

¿Por qué tardan tanto en descender las palabras?

—Quería verlo.

Las palabras retumban sin eco, al caer en pozo.

— ¿Qué piensa hacer?

Sin pausa:

—Si yo pudiera...

¿De qué le están hablando? Sí, ya lo sabe: de sus campanas.

—Lo que menos esperaba era encontrarlo.

Ahora, de nuevo, la pausa desesperante.

—Muchas veces pensé venir una tarde.

¿No es él mismo quien retarda las palabras en los ajenos labios?

—Imaginaba el placer de oírlo tocar, desde aquí, las campanas.

Sí, Gabriel es el que retarda las voces del monólogo, hasta imprimirles un ritmo de eternidad en el fondo del corazón.

—Ver la torre y el caserío llenos de sol, a esta hora.

Como cuando tocaba sus campanas con lento compás.

—No se me concedió.

Brevísima pausa.

—¿No se me concederá?

En el fondo, muy en el fondo, una palabra quiere brotar para interrumpir el monólogo.

—Ya es hora de volver.

Adelanta la estatua el muslo derecho. Se le desprende una frase fatal:

— ¿Quiere usted acompañarme?

Gabriel siente que lo intiman para salir al paredón.

Si al principio no pudo retroceder, ahora no puede resistirse.

Han cesado las voces, cuesta abajo.

El camino escabroso.

La diosa no puede avanzar con facilidad.

Y aquí —el cielo, el mundo se voltean de revés—, aquí la dama se apoya en el brazo del muchacho.

Rápidamente.

Mano, brazo de mármol tibio.

Silencio tenebroso.

Siniestras penumbras bajo las rocas.

Y otra vez el apoyo.

Y otra, y otra vez.

—¿Por qué no habla?

Silencio de siglos, hasta terminar la cuesta. Dos pensamientos angustiosos extorsionan el cuello y el pecho de Gabriel:

¿Querrá que entremos juntos al pueblo?, ¿si hubiera llovido en la sierra y el río está crecido, cómo podremos pasar en toda la noche?

—¿Qué tiene? ¿Por qué tiembla? Ya me lo imaginaba: usted está enfermo.

El río seco.

—Yo me iré sola desde aquí. Muchas gracias, Gabriel.

¿Por qué no brota la palabra?

—Adiós, Gabriel.

¿Por qué no quiere brotar la palabra?

—Deme su mano. Adiós.

—¿Seño...? (No, no era ésta la palabra que quería brotar).

—Me llamo Victoria.

6

Cómo dieron guerra los gatos anoche. No dejaron dormir.

EL PADRE DIRECTOR

1

NUESTRO Padre director —claman las Hijas de María, entre temerosas o extáticas. Muchos hacen burla del tratamiento y del aludido; éste concita múltiples animadversiones; en cambio no faltan quienes por él dieran la vida.

Se trata del presbítero don José María Islas, ministro de la parroquia y director de la Asociación de las Hijas de María Inmaculada; este cargo le confiere la poderosa influencia que lo hace respetable y temible aun a sus malquerientes. Le basta una mirada rápida o un ademán para que todas y cada una de las Hijas de María lo entiendan y obedezcan. Con una palabra es capaz de transportar las almas a sumos deliquios o sumirlas en infernal desdicha.

La simple vista no descubre la fuerza del eclesiástico, quien deja una primera impresión deplorable, de enfermo que padece neuralgia constante y a cada momento puede desmayarse. Le tiemblan los párpados y los labios, temblor que crece antes y después de romper a hablar: penosa operación en la que toman parte el entrecejo contraído, el exaltamiento de una vena en mitad de la frente, las aletas de la nariz —finísima— y los tremolantes pabellones de las orejas. Al permanecer callado mueve internamente las quijadas. Fisonomía y modales hechos de aristas, nerviosos, privados de cordialidad. Su voz es chillona y de volumen escaso; pero las devotas le han encontrado encantos sobrehumanos.

Para las Hijas de María y para buena parte del vecindario es cuestión indisputable la santidad del Padre Islas; el menor asomo de duda les provoca enojos. Abundan consejas maravillosas, que son artículos de fe para no pocos y orgullo regional aun para los incrédulos: casos

pasmosos de profecía y de curaciones, de ubicuidad y de penetrabilidad, de levitación y de arrobos, de multiplicación de alimentos y socorros para necesitados, de arreglos en asuntos que parecían imposibles, de hallazgos de cosas perdidas, de lectura de conciencias y de sorprendentes consejos.

A riesgo de indignaciones y de que se le crea envidioso, el señor cura Martínez da la cara contra la fácil credulidad; lo hace con energía, pero con prudencia, tomando las cosas en terreno abstracto, recordando la cautela de la Iglesia para dar asentimiento a la santidad y a los milagros familiares, que casi siempre resultan creaciones de la imaginación popular exaltada.

En su fuero interno, don Dionisio tiene al Padre Islas por sacerdote virtuoso; pero víctima del escrúpulo, y en esto le va a la mano suavemente, aunque con pocos resultados. «Después de todo — piensa para sí don Dionisio—, el escrúpulo acrisola la vida parroquial y es un perpetuo toque de alarma, que hasta ahora nos ha sido útil; ¡con que no agoste la virtud de la esperanza!» Con efecto, don Dionisio tiene por confesor al Padre Islas, lo que se añade como testimonio de santidad en pro del ministro.

Mucho más íntimamente, don Dionisio desearía que destellase la caridad en el alma de su colega; con frecuencia el párroco se siente responsable de la rigidez excesiva del Padre Chemita, como lo llama en confianza, y cuyos estados de misantropía espiritual suelen alarmarlo.

El Padre Islas es hermético aun con su propio párroco y amigo. Hay días en que absolutamente deja de hablar y parece dominado por una cólera sorda; entonces aumenta el interno bullir de las quijadas y, recluso en su casa, se niega a todo el que lo procura.

De un año en otro, don Dionisio ha venido difiriendo el propósito de consultar con la Superioridad el caso de su ministro. «Mientras las cosas no vayan a más» —calcula; y así han transcurrido dos lustros.

«Hay una semejanza de caracteres y propensiones entre el señor cura y el Padre Islas» —juzga el Padre Reyes, para quien es cosa clara por qué aquél se confiesa con el segundo: para buscar escrupulosos estímulos y limitaciones en el ministerio, previniéndose contra un criterio de manga ancha.

Desde su llegada al pueblo y mediante el confesonario, el Padre Reyes midió con exactitud la influencia del *Padre Director*, con cuyos excesos no estuvo de acuerdo; pero fiel a su norma de discreción, se cuidó de hacer observaciones. Cuando estuvo seguro de la confianza del párroco, decidió neutralizar indirectamente aquella influencia, que en forma de ideas obsesionantes hacía su aparición aun en hombres maduros, atormentados por vanos temores; en primer lugar se acercó a los niños, luego a los jóvenes, con quienes formó el coro parroquial; después proyecta airear un poco el alma de las mujeres. Tiene que proceder con suma lentitud y con extrema cautela, por las afinidades evidentes — aunque con muy sensibles diferencias— que hay entre el superior y el compañero. ¡Qué diera por desatar en risas la tristeza del poblado y romper las costumbres de aislamiento y proponer a la religiosidad un ritmo alegre! Tampoco él ha escapado al escrúpulo y frecuentemente le asalta la duda sobre si no tendrá razón el Padre Islas en garantizar la pureza de la vida con esa rígida sobrevigilancia que ha llegado a imponer a las conciencias; razonamiento que lo cohibe para proseguir con buen pulso sus tareas renovadoras, y antes lo ha orillado a aceptar funciones de inquisidor, en la empresa de mantener un rígido control sobre los apetitos de la malicia regional.

Un caso de nefasto exceso en la influencia del Padre Islas, el caso de Luis Gonzaga Pérez, ha exacerbado la inconformidad del Padre Reyes y lo tienta a plantear drásticamente la cuestión ante el párroco, pues lo cree caso de conciencia y no le cabe duda cuando relaciona los extremos a que llegó el ex seminarista —manías, fobias, tics—, con la dirección espiritual a que se sujetó en manos del Padre Islas.

«¿Pero cómo se compadece la influencia del escrupuloso sacerdote con la sospecha vehementísima (para el señor cura es cosa evidente) de que Luis Gonzaga concurrió a una reunión de espiritistas? ¿Cómo, tampoco, puede atribuirse a la influencia del Padre José María la manifiesta animadversión y las críticas de Pérez hacia el señor cura?» —cavila el Padre Reyes.

«No obsta. Como no ha obstado para desenlaces funestos en tantas doncellas atormentadas por los escrúpulos y quienes en un momento

de desesperación se dejan caer del peor modo» —se responde a sí mismo el presbítero.

En los días que siguieron al accidente de Luis Gonzaga, el Padre Reyes asistió a la cabecera del joven, cuyos raptos de locura mística y desesperación vinieron a confirmar las presunciones de que un imprudente celo había orillado y quién sabe si sumido en locura definitiva al hijo de doña Carmen.

«Resueltamente no —pensaba el Padre Reyes—, no es mejor la rigidez como método de dirección espiritual, ni menos para temperamentos débiles, como el de este muchacho, como el de tantas muchachas a quienes el Padre José María inspira un sentido sombrío de la existencia. ¿Para qué? ¿Para que al primer choque con la realidad fracasen? ¿Para que los lazos que los unan con Dios sean lazos de temor y no de amor? ¡Precaria y falsa piedad la que se asienta en terreno cenagoso! ¡Pantano de angustias, propicio al desarrollo de todos los morbos, concupiscencias e hipocresías!»

El estado de excitación delirante en que se hallaba Luis Gonzaga y, por otra parte, la enfermedad del señor cura, primero, después la rareza de ánimo con que se levantó, ahuyentando las ocasiones de confidencias, impidieron al Padre Reyes tocar el problema. Luego vino el desastrado caso de Damián y Micaela, que robusteció la temerosa autoridad del Padre Islas.

2

¿CÓMO no había de robustecerla, si todo el pueblo tuvo en él un evidente caso de profecía? No una: muchas veces, y no en privado, sino públicamente, el Padre director aseguró que Damián era la vergüenza del pueblo y de que por él vendría la abominación, se llorarían lágrimas de sangre y nadie detendría la cólera divina. En cuanto a Micaela, ¡con qué solicitud buscó inducirla al camino del bien y cuán amargamente deploró el fracaso de sus esfuerzos múltiples! No valieron consejos, insinuaciones amables, llamados enérgicos, avisos ni amenazas.

"No sólo labrarás tu ruina, sino la de tu familia y la perdición de muchas almas...Ay de aquel por quien venga el escándalo...No puedes esperar más que una muerte violenta, que llene de terror a las gentes" - le dijo una y muchas veces.

Y el pronóstico se cumplió al pie de la letra, por la obcecación de la infeliz.

3

EL caso de Damián y Micaela como cumplimiento de predicción, trajo a la memoria de los vecinos muchos otros sucesos en los que fue fatal desoír los avisos del Padre director. También se recordaron ejemplos de vidas edificantes orientadas venturosamente por el «santito» del pueblo. Las Hijas de María hicieron historia de la Asociación bajo el régimen del «sabio y virtuoso Padre». El raudal de añoranzas y comentarios fue parte a desahogar el agobio común.

En la crónica que pudiera escribirse con este material —y son muchos los que reiteradamente se lo proponen al Padre Islas— vendría en el primer capítulo la ya legendaria existencia de Teo Parga, celosísima fundadora y primera presidenta de la Asociación; mujer de vida tibia y entregada a las comodidades de una excelente situación económica, en vísperas de contraer matrimonio con acaudalado vecino de Juchipila, oía en vano las amonestaciones públicas y privadas del recién venido Padre Islas, anheloso de fundar en la parroquia la Asociación de Hijas de María:

—«Hay gentes que se obstinan en ser llamadas personalmente por la Divina Providencia, sin fijarse en que estos llamados suelen ser rudos...»

— «Usted será llamada con dureza, si se obstina en no escoger de grado el camino que Dios Nuestro Señor le depara...»

—«Teófila, ¿por qué abjura de su nombre, que quiere decir *amante de Dios*, y prefiere el vano y pasajero amor de un mortal?...»

Pasaban los días, llegaban las donas, fue fijada la fecha del matrimonio, el novio se puso en camino con la compañía de parientes, amigos y músicos; pero el hombre propone y Dios dispone: fuera de tiempo, una tormenta se abatió sobre la caravana y un rayo mató al prometido de Teófila Parga; ésta, convicta, herida en lo más vivo del alma, trocó la tibieza en fervor, la riqueza en rigor; se quedó con lo indispensable para el sostenimiento de un asilo de muchachas huérfanas, que desde entonces fue su casa, repartió el resto de su fortuna, se consagró a la fundación de las Hijas de María, extremó la ejemplaridad de su vida y fue premiada por Dios con un don que puso espanto a la comarca: predecía la muerte de las gentes; y ello, con más frecuencia, por revelación en sueños: una mañana se levantaba con el anuncio: hoy en la madrugada, entre las dos y las tres, murió fulano. Fulano vivía lejos, a muchos días de camino, hasta en Estados Unidos; venida indefectiblemente la noticia del fallecimiento, coincidía la hora dicha por Teo.

—«Encomienden a zutano —decía otras veces—, porque no saldrá la noche.»

Y en alguna ocasión zutano se había acostado en perfecta salud. El crujir de maderas —un armario, una petaquilla, una rinconera— le servía también de presagio; no era raro que leyese la proximidad de la muerte en el semblante:

—«Mengano morirá este año... Sería bueno que perengano se fuera preparando: no puede vivir mucho tiempo, quién sabe si no salga el mes»...

Teo no podía resistir vida tan extremada y, como es presumible, tuvo la gracia de conocer anticipadamente la hora de su muerte: —«Yo no saldré este año »

— «Hermanas —decía en las asambleas—, encomiéndenme a la Santísima Virgen: ya se acerca diciembre.»

—«Pero si estás para dar y prestar salud»— le respondían.

—«Yo sé la caridad que les pido. Encomiéndenme a Nuestra Madre y Señora.»

El cuarto día de la Novena de la Inmaculada llegó al asilo con resfrío. Todavía se levantó a misa la mañana siguiente. Por obediencia le mandó el Padre Islas que se recogiera.

— «Recomiende a las hermanas que pidan porque no cambie la fecha: el día de nuestra fiesta.»

—«No diga cosas, no diga cosas: es un catarro que le pasará con cuidarse.»

Por no contrariarla —pues no había gravedad alguna— le administraron los últimos sacramentos el día seis; el día siete amaneció sin calentura; comenzaban las chungas de los propensos al liberalismo; en la tarde, la enferma comenzó a agonizar hasta la una de la mañana en que murió y fue difundiéndose por el pueblo un olor de azucenas.

Como signo adverso, no menos edificante es el caso de Maclovia Ledesma, que habiendo ingresado, de las primeras, a la Asociación, y habiéndose distinguido en los principios por su celo, resultó un día con que dejaba la cinta azul y la medalla de plata porque iba a casarse, como en efecto sucedió; los reveses no se hicieron esperar: el marido perdió tres cosechas año por año, una epizootia acabó con todo su ganado, se frustraron dos embarazos, y esto no fue nada, en comparación con la locura que sobrevino a Maclovia; desde recién casada fue víctima de una tristeza mortal, que nada ni nadie podía disiparle; tras la primera frustración dio en sentirse perseguida, ya por sus parientes políticos, luego por su marido, finalmente por el diablo en persona, que al cabo identificó con el Padre Islas, y entonces comenzó a decirse que ella era la poseída por el demonio, quien ponía en la confusión de su mente tan sacrílego despropósito; víctima del delirio, se rehusó a probar alimento cuando estuvo grávida por segunda vez; entonces pasó lo que ahora de sólo recordarlo hace temblar a las gentes: un domingo, a la hora del mercado, Maclovia se echó a la calle, a medio vestir, gritando cosas horribles: —«¡Ay de ti que dejaste a Dios por un hombre!

¡ ¡Condenada estás!!»...

—«Mírenme todos cómo estoy, así me puso el Padre Islas, que es un disfraz del diablo»...

—«¡Cómo que no matan a ese perro del Padre Islas, que no es más que el demonio en figura de padre!»...

—«Todos son unos cobardes como el marica de mi marido»...

Excitado, el pueblo comenzó a lanzarle piedras, y Maclovio, en medio de la plaza, dio gritos inarticulados, la sacudieron convulsiones tan fuertes que tres hombres robustos no la podían contener; se le puso morado el rostro, se mordía la lengua y echaba espumarajos por la boca; los circunstantes, convencidos de que estaba endemoniada, no hallaban si rematarla a pedradas, o huir del espectáculo; prevaleciera la primera opinión a no interponerse con energía el señor cura; no hubo tiempo de conducirla a su casa: fue allí donde se malogró el nuevo fruto de sus entrañas, y si pudo salvar la vida tras la hemorragia que sobrevino, ya no dio más señales de razón: idiotizada languideció año y medio, gruñía para pedir alimentos y no guardaba diferencia con las bestias para desahogar sus necesidades; menos aún daba señales de reconocer a quienes la rodeaban; una mañana la encontraron muerta, en medio de la mayor inmundicia.

No, esta historia no cabría, con su siniestra ejemplaridad, en el eucologio de la Asociación, plantel de tan fragantes rosas, como aquella bienaventurada Elvira Domínguez, que consumió su plenitud en el Hospital: ella curaba a los enfermos, ella les hacía y les daba de comer, ella salía por las calles a pedir lo necesario para el sostenimiento de la casa; nadie le ayudaba en las faenas de aseo, en el cuidado del huerto, en sacar del pozo toda el agua indispensable para la pulcra limpieza de corredores y salones, ni le arredraba el acompañamiento de moribundos y muertos en las noches eternas; ayudaba serena y devotamente a bien morir, amortajaba los cuerpos, hilaba rosarios por el alma difunta y, cuando amanecía, bajaba al pueblo para disponer el entierro; tísicos, leprosos, palúdicos, hasta locos, hasta enfermos de rabia, sin dolientes y por todos desamparados, recibían asilo; pero la prueba mayor a que se sometió la virtud de la bienaventurada Elvira fue su separación del Hospital, cuando vinieran las religiosas a hacerse cargo de la casa; sin quejas ni protestas, la bienaventurada entró a servir en casa de don Leonardo Chávez, aunque quiso Dios que no por mucho tiempo, pues presto la llamó con muerte plácida.

Lugar no menos insigne ha de ocupar la memoria de Maximina Vallejo, que tan heroicamente soportó la irrisión pública, pues llegaron a tenerla por mujer demente; su celo la inducía a construir capillas y ermitas en los más pequeños poblados de la jurisdicción parroquial; visitaba obstinadamente a todas las familias para que destinaran a oratorio una de sus habitaciones; los domingos salía por las calles y entraba a los comercios pidiendo limosna para proseguir las obras que tenía emprendidas: la capilla del rancho fulano, la ermita en el cruce de tales caminos, la reparación de aquel y aquel templo, la compra de una custodia, de unos ornamentos, de una imagen con ese y el otro destino; ella en persona aparejaba su burrito y salía sola por distintos rumbos, localizando sitios apartados en que debían erigirse las casas de Dios. Nadie sabe cómo desapareció en uno de esos viajes remotos. La versión popular asegura que fue arrebatada al cielo, aunque con disgusto de las devotas Hermanas haya quien diga que un arroyo crecido la arrastró cerca del Río Grande, que va a dar a la mar.

Cosa difícil será decidir la preferencia que obtengan tantas vidas de una virtud heroica, todas dignas del primer lugar. Con Teo, Elvira y Maximina, Jovita Soto —belleza legendaria—, quien para librarse de asedios amorosos buscó en el hospital el contagio de la viruela, que vino a desfigurarla horrorosamente; pero le permitió vivir en plenitud la vida de la Asociación, a salvo de impertinencias. Y Filomena Manzo, animosa para hablar con los difuntos, no con otro interés que el de cumplir las obligaciones que les impedían salir del purgatorio. Y Clara Galaviz, tantas veces levantada por muerta en la iglesia, caída en raptos de divina contemplación. Y Crucita Mora, que supo resistir durante muchos años el dolor y la vanidad de un estigma milagroso que reventó en su pecho, no revelado sino por obediencia confesional, para edificación de las Hermanas, en el momento de administrarle los últimos auxilios.

¡Historial gloriosísimo que con ser inmediato suena de modo arcaico y aun se olvida en el tráfago cotidiano; pero calladamente se prolonga en muchas de estas mujeres vestidas de negro, cuya cinta azul y cuya medalla de plata ni la muerte arrancará del pecho! Baluartes contra las quimeras de los hombres, rehenes divinos frente a la corrupción

amenazante, pararrayos que guardan al pueblo de la cólera celestial. Hoy como ayer florecen las Teos y las Elviras en el plantel de la Asociación. ¿Qué sería del pueblo sin ellas? La ola de fango lo hubiera sepultado mil y mil veces. Aunque no se vanaglorien, muchas han sido socorridas por apariciones prodigiosas, otras escuchan voces sobrenaturales y no faltarán quienes algún día sean reverenciadas en los altares. (Estas ideas han sido tomadas del repertorio habitual que usa en sus alocuciones el Padre Islas.) Y el pueblo lo sabe: alguien es el conductor de la «excelsa pléyade», alguien es el hortelano del «mirífico vergel», alguien ha hecho que prendan las «deíficas rosas», cuyo perfume «satura a la comarca y sube al cielo en holocausto».

4

LA vida privada del Padre director es impenetrable. Nadie, sin excepción, es recibido en el domicilio del sacerdote. Nadie puede decir cómo es el interior de la casa. Nadie ha visto entreabiertas la puerta o las ventanas. Parece una casa deshabitada. El Padre Islas no gusta de que lo busquen allí; pero en casos muy apurados, cuando se le ha de dar un recado urgente del curato, cuando se le requiere para alguna confesión, las gentes tocan a la ventana de junto al zaguán, y sin que se abra, responden por dentro, se transmite el mensaje y se obtiene la respuesta. El eclesiástico rehúye saludar en la calle y que lo detengan o traten de acompañarlo; cuando esto es inevitable, don José María no abre la puerta sino hasta que se ha marchado el impertinente. Por la calle va de prisa, con pasos alterados, como de fugitivo, la vista en el suelo, rígidos los brazos. Entre su casa y la parroquia median tres cuadras, que sólo recorre las veces indispensables: una, en la mañana, para celebrar misa; luego, cuando vuelve para el desayuno, dos o tres horas después; en la tarde, hacia las tres o las cuatro regresa a la parroquia y allí permanece hasta las ocho o las nueve; si ha de permanecer más tiempo debido a alguna ocupación extraordinaria, principalmente en las mañanas, por ejemplo, para acompañar alguna misa de función, se hace llevar los alimentos, evitándose salir a la calle.

Siempre se le ve entrar por la iglesia y nunca por el curato. No acepta nunca sentarse a la mesa del párroco. Asiste por lo regular en la pequeña sacristía de la capilla de las Hijas de María, que ha tomado por despacho. Semejante al señor cura; pero más radical, sólo va a las casas para administrar los sacramentos en circunstancias extremas y siempre que se trate de alguna hija de confesión. Jamás habla con una mujer a solas; en tratándose de cuestiones reservadas, o bien las remite al confesonario (y nunca confiesa mujeres si no hay luz del día) o bien sitúa un testigo a prudente distancia. Todo interlocutor —del sexo, edad o condición que sea— debe colocarse mesa de por medio para hablar con el escrupuloso ministro, quien durante las horas que permanece en su despacho casi nunca se halla solo.

¿Pero qué hace durante las horas en que se encierra dentro de su casa? Que reza, que medita, que se sumerge en éxtasis y en ellos departe familiarmente con Dios y con los Santos, que se le aparecen con suplicaciones las Animas del Purgatorio, que escribe libros místicos con los cuales la posteridad tendrá una sorpresa, que se mete en un cajón de muerto (alguien vio el ataúd entrar en la casa, pero nadie lo ha visto salir) y allí reza, medita y duerme; otros afirman que cultiva un huerto, que parte leña, que condimenta sus alimentos, que cose y remienda su propia ropa. Rumores, rumores de la fantasía colectiva. Lo único que parece cierto es que don José María no come clase alguna de carnes, descuida todo lo que al cuerpo se refiera, principalmente en materia de aseo y de comodidad, le disgusta tener que alumbrarse con luz artificial y detesta conservar animales en su casa; los gatos le crispan los nervios y es una de sus mayores contrariedades oír maullidos en los tejados vecinos.

Dos tías viejecitas, ambas rematadamente sordas, le hacen casa; si cabe, son más reservadas que el presbítero; salen a la primera misa, compran sus menesteres muy temprano y nadie vuelve a verlas en el resto del día.

El Padre Islas no se confiesa con ninguno de los sacerdotes de la parroquia; cada quince días o cada mes hace viaje al convento franciscano de Clamores —doce leguas distante—, cuyo guardián es su confesor.

A excepción del párroco, el Padre Islas apenas si saluda a sus compañeros de ministerio y extrema la distancia con el «tolerante» y «modernista» Padre Reyes y con el Padre Rosas, más atento éste a sus negocios que a la salvación de las almas.

En la agencia de correos no hay memoria de que el Padre director haya depositado alguna pieza, y es muy raro que las reciba. Cuando casi siempre en solicitud de consejos espirituales alguien le escribe (generalmente Hijas de María que se han ausentado), dice a la presidenta o a la tesorera que contesten esto y aquello.

No recibe dádivas. En los primeros meses de su estancia, el vecindario lo colmaba de obsequios y bocaditos, que invariablemente se devolvían con los mismos portadores. Para el día de San José y para el Jueves Santo, durante los dos primeros años de residencia en el pueblo, se le trató de agasajar como es tradición; las devotas bordaron pañuelitos, juegos de servilletas, toallas de mano, un sobrepelliz de sorprendente carrujado, mientras los comerciantes habían hecho comprar un Breviario flamante, con pastas de piel y cantos dorados; la exquisitez culinaria —excepcional— del Jueves de la Cena, tocó a las herméticas puertas. Los gastos quedaron hechos. No hubo manera de que aceptara el más insignificante regalo. Sólo la evidente virtud pudo sosegar el arrebató de cóleras que se produjo. Pese a la lección, las Hijas de María continúan bordando cada año algunos objetos religiosos con la esperanza de que al fin el Padre director los acepte, lo que no han conseguido. Tampoco faltan quienes al tiempo de las cosechas manden al Padre unas cargas de maíz y frijol, un bote de manteca o de miel, una arroba de piloncillo, sin lograr que sus ofrendas traspongan las puertas del enérgico varón.

Más miserables no podían ser las compras que las tías del Padre Islas hacen: medio kilo de arroz para toda la semana, igual cantidad de fideo, azúcar, piloncillo y manteca; cinco centavos de sal, cada tercer día; un real de pan, dos litros de leche, cuartilla de camotes y un huevo, diariamente; cada veintidós días o cada mes, el Padre compra medio hectolitro de maíz, un kilo de sagú y una carga de leña, más algunos litros de frijol; el sacristán le lleva diariamente un costalito de fruta, que don José María paga por anticipado.

El desayuno, que algunas veces toma en la sacristía, consiste en té de hojas de naranjo, una taza de sagú o de atole, un vaso de leche y tres piezas de pan blanco.

Este género de existencia contribuye poderosamente a la exaltación del presbítero en la fantasía popular; pero lo que a las gentes impresiona más es la idea obsesionante del Padre Islas contra todo lo sexual, que raya en ojeriza contra el mismo matrimonio, lo que ha vigorizado una vieja prevención, un celo ancestral por las doncellas, y ha valido al rígido varón la solicitud entusiasta de los llamados a guardar la honra de las familias.

5

CUÁNTOS esponsales ha impedido; a cuántos otros ha llevado dudas y remordimientos. Nada podrá convencerlo de que la virginidad no es el estado perfecto. Invariablemente habla de «la Santísima Virgen», de «la siempre Inmaculada y sin mancilla»; nunca la llama «Nuestra Señora» o «Nuestra Madre»; de su cuenta sólo se la representaría con las manos juntas, la vista baja y quebrantando con las plantas a la inmunda serpiente. Verdad o malevolencia, el Padre Rosas —que tantas bromas hace a costillas de su colega— dice que San Chemita, *virgen y mártir*, ha llegado a proponer la separación de las imágenes de Nuestra Señora y de Señor San José. Ciertamente es que nunca el Padre Islas ha celebrado misa en la capilla de la Sagrada Familia; su poca devoción al Patriarca es manifiesta, no lo menciona en sus sermones y se le han escapado expresiones desdeñosas para el rezo de los Siete Domingos con que suele pedirse a San José lo que mejor convenga en cuestiones de proyectos matrimoniales; desdén extensivo y ostensible para el ejercicio de posadas y singularmente para la procesión con los Peregrinos. —«Esto huele a profanidad» —dicen que ha dicho en asambleas de la Asociación. Visible disgusto externa cuando alguien se atreve a invitarlo para que vea un Nacimiento, en los días de Noche Buena, costumbre que ha ido desterrándose del pueblo, en buena parte por agencias del Padre. San Antonio es también objeto de sus

antipatías: notoria consecuencia, la escasez creciente de fieles que hacen los martes al santo de Padua, y el poco brillo de su novena y fiesta.

Desde que la influencia del Padre director se hizo palpable, fue acentuándose el carácter clandestino de los matrimonios, y fuera de los ranchos no se sabe jamás de comidas y fiestas de boda. La menor ocasión es aprovechada por el Padre Rosas para molestar al Padre Islas en esta materia; cuando lo tiene a tiro, aquél prorrumpe: —«Qué buena pareja hacen fulano y zutana, voy a encomendar su negocio al Castísimo Patriarca Señor San José y al milagrosísimo San Antonio; por mi parte no escatimaré recursos hasta verlos conchabados: yo mismo les impartiré la bendición nupcial, haré que traigan una buena orquesta de Teocaltiche o de Guadalajara, zutanita se vestirá de Purísima como Dios manda, la boda será a las diez o a las once de la mañana, en el atrio, tocará una música de viento, luego seguirá un gran camelotón y a los ocho días habrá tornaboda, como Dios manda.» Las supuestas novias son escogidas por el bromista entre las Hijas de María más distinguidas; y añade a gritos: —«Las mujeres han de ser mujeres. Hay que dar hijos, muchos hijos, a Dios y a la Patria.»

La obsesión del Padre Islas ha ido propagándose. Son muchas las mujeres —y no faltan varones— a quienes si se les quiere ver sufrir o enojarse, no hay más que hacerlos pasar por donde un viento impertinente junte ropas femeninas y masculinas puestas a secar en tendedores. El más leve indicio sexual y aun la sospecha de que algo lo simbolice —llegándose a escrúpulos absurdos— causa desasosiegos trágicos. Los oídos de los confesores llénanse diariamente de nimias turbaciones originadas en motivos triviales. Aquélla duda si al meter la llave dentro de la cerradura o al ensartar una aguja consintió pensamientos inmundos. Ésta no sabe si bañándose pecó contra la pureza. Otra no concilio el sueño creyéndose condenada por haber escuchado tras de la ventana una conversación de hombres cuyo significado no comprende ciertamente, pero imagina deshonesto.

Doña Simona Cervantes ha dejado de ir a su rancho para evitar las ocasiones de ser involuntaria testigo de cómo los animales satisfacen sus instintos. Otras señoras han hecho que sus maridos vendan el

ganado. Es raro que en los establos familiares admitan la presencia de toros, y aun hay quienes extremen el rigor desterrando a los gallos.

Venga o no a cuento, en todo sermón, en toda plática, el Padre Islas desahoga su celo contra los pecados de impureza; y esto que al tocar el tema su voz se hace dificultosa, como si atravesara procelosos mares y temiera caer en demasías o en insuficiencias; los tics vuélvense mortificantes para el auditorio, y esa corriente de sufrimiento, cargada por el tartamudeo del Padre, redunda en eficacia predicativa.

Los niños van adquiriendo uso de razón en este clima de penumbra, inhibitorio. Sus pasos y risas tropiezan en mitad de silencios. Hallan que todo en la vida es un misterio. Escuchan frecuentemente la idea de que mejor hubiera sido que no vinieran al mundo. Flota en la atmósfera una difusa certidumbre de que han venido por caminos de tristeza. Presienten que tras el rostro de sus padres y tras la apariencia de las cosas, un esfuerzo leve pondrá en descubierto algo terrible, cuyo nombre tratan de ocultarles los mayores. Y así en los corazones recientes germina la raíz del miedo y de la curiosidad; germina con pausas mortales; germina.

6

HUBO un momento en que Micaela dio muestras de atender los llamados de la Providencia; pero no la movían las veras de su corazón, sino el temor que los ímpetus de Damián le produjeron y el sentimiento de sucumbir a una pasión morbosa que anulara sus propósitos de juego y de venganza. Esto precipitó la ruina de la desgraciada.

Todavía en el ángulo de la frialdad calculadora, dijo a Damián que daba por terminadas sus relaciones en virtud de haber decidido ingresar a la Asociación de Hijas de María, deseosa de servir a Dios, renunciando al mundo. Damián lo tomó a broma. Micaela insistió en que era resolución definitiva, que luego procuró hacer pública, comunicándola a su tía, a sus padres, a sus amigas, en primer lugar a María, con el objeto de que pronto lo supiera el señor cura; se vistió de negro; buscó hablar con el

Padre Islas en circunstancias de que muchas personas lo supieran, propagaran la noticia y llegara a oídos de Damián, quien ciertamente no había podido ver a Micaela desde la noche en que le comunicó la resolución de terminar.

El Padre Islas dio muestras de alegrarse; pero aconsejó que el paso fuera meditado severamente para discernir el origen de la inspiración y demostrar la firmeza del propósito; «la Asociación es una carroza que lleva directamente las almas al cielo; mas a costa de una vida dura y llena de mortificaciones, de renunciaciones; la que viene por frívola curiosidad, por vanagloria o por cualquier otra causa mundana, es despeñada en los peores precipicios, y más le valdría no haber pretendido nunca el glorioso título de Hija de María».

Micaela soñaba con que ese mismo día, con solemnes regocijos, iba a ser declarada «aspirante», y semanas después se la recibiría por socia ejemplar, saludada con uno de los más bonitos sermones del Padre director, en que se augurara la «santidad heroica», la «edificante virtud», el «premio sublime a la renunciación de las vanidades» y el «triunfo de la más alta pureza».

7

HA venido germinando y ramificándose —como un tumor canceroso— en el alma del Padre Islas — desde seminarista, desde púber— el miedo de sucumbir a pecados de impureza, la desconfianza en sus fuerzas para oponerse al espíritu inmundo, la casi seguridad de hallarse un día manchado con las peores culpas y, por ellas, condenado, impenitente. Tal es el filo agudo en el drama de sus escrúpulos. Ésa es la sombra que vela su semblante y su vida. Por eso busca la soledad.

Como estos niños solitarios que crecen entre mujeres enlutadas, temerosos de cuanto los rodea, temerosos —y cuántos ansiosos— de las palabras y ademanes mayores que puedan revelarles el misterio de la tristeza.

Presbítero solitario que a cada paso siente amagos de un demonio, tal vez ya dentro de él y contra el cual se retuerce y no se harta de clamar.

8

DAMIÁN proyectó hablar con el señor cura, con el Padre Rosas, con el Padre Reyes y hasta con el Padre Islas. ¿Con cuál sería mejor? En esto conoció que estaba enamorado. A pesar suyo. Era una fuerza superior a su afán de despreocupación y capaz de lanzarse contra los montes. No, ya no era orgullo; lo conocía en la necesidad de implorar, necesidad nueva e imperiosa, con principio de llanto, impulso ridículo e incontrolable.

¿Para qué andarse por las ramas? Decidió hablar con el Padre Islas.

—Vengo a hablarle de hombre a hombre.

— Yo no puedo hablar sino como quien soy: ministro de Dios, aunque indigno. (La cara del Padre parecía de palo.)

— Ya lo sé, ya lo sé; pero usted me entiende; quiero que se ponga de modo de entender a un hombre como yo.

— ¿Viene a confesarse?

— Ahorita, ahorita no. Vengo, vengo a pedirle un favor.

— ¿Un favor a mí? ¿A mí?

— Usted es el único que puede hacérmelo. Usted, padrecito.

—No me llame usted padrecito: Padre, a secas.

— Bueno, Padre. Usted ya se imaginará de lo que se trata.

—No; dígamelo.

—Sí, de Micaela, de Micaela Rodríguez, que vino a verlo.

— ¿Qué tiene usted que ver?

— ¿Sabe? Micaela y yo somos... bueno; éramos, éramos novios. Yo... ¿sabe? Yo...

— ¿Cuál es el favor que quiere de mí?

—Diz que quiere hacerse Hija de María y yo, yo no creo...

— ¿Usted sabe cuán grave pecado es el mezclarse en asuntos de conciencia sin estar autorizado para ello?

—No quiero alegar cosas de iglesia. Sencillamente le digo: Micaela me hizo consentir en que me quería (no quiero decir más, como hombre, y porque no viene al caso), y creo que tengo derecho a que me cumpla.

— El demonio habla por boca de usted. Cállese, por amor de Dios.

— Oiga con calma, padrecito, ¡Padre! Yo a nadie le había pedido un favor y sepa que no soy malagradecido. Vamos hablando con calma. Le confieso que comencé haciéndole la rueda a Micaela, no más por no dejar; pero poco a poco me fui sintiendo distinto y ahora he tomado las cosas en serio; usted no lo ha de creer, por lo que dicen de mí las gentes: pero tengo buenos propósitos y pienso ya ponerme enjuicio. Verdad de Dios. (Hizo un garabato de cruz sobre la boca.)

—No peque contra el segundo mandamiento. Yo no puedo oírlo, si no es en confesión. De otro modo no tengo qué ver en el asunto.

—No más deje acabar. Mire que se lo estoy rogando y yo... No, no. No más esto: dicen que usted es un santo y podrá ver... (Bruscamente se levantó el Padre Islas y dio la espalda a Damián.)

— Ha de perdonarme si no le hablo políticamente. Soy hombre de trabajo, y sincero. El favor que le pido es que no admita a Micaela en las Hijas...

— ¡Cállese usted! Lo conjuro en el nombre de Dios Todopoderoso.

— Ya que se pone así, está bueno, Padre; su deber era no nomás no admitirla, sino aconsejarla que volviera a nuestras relaciones. (El Padre, temblando, se tapó los oídos y masculló palabras ininteligibles; luego se desplomó en una silla y rezó exorcismos.)

Esto fue a fines de junio.

ASCENSIÓN

1

DOBLAN las campanas tan tremendamente, que muchos han llorado como en calamidad pública, como si vivieran el día del Juicio, que no de otra manera, entonces, gemirán, se desbaratarán, se quebrarán los bronces del mundo.

— ¡Gabriel!

— ¡No puede ser sino Gabriel!

— ¡Gabriel ha vuelto de campanero!

En todos los labios, en todos los rincones, al conjuro de las campanas, la misma palabra: ¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Gabriel!

Ha vuelto Gabriel. Inesperadamente. Audazmente.

— ¿Quién se murió?

No había enfermos graves, que se supiera.

— ¿Por quién doblan?

Cuando comenzaron a oírse las campanas algunos pensaron que se les había olvidado que ya era Jueves de la Ascensión y comenzaban a llamar por el solemne ejercicio de las doce del día.

— Sí, exactamente, son las once y media.

Persistía el engaño cuando comenzó a distinguirse lo fúnebre del tañido.

— Gabriel sigue haciendo de las suyas. Gabriel está loco. ¡Llamar al ejercicio de la Ascensión, llamar a un solemnísimos Tedeum con dobles de difuntos! ¿Dónde se había visto? ¡Jesús nos ampare!

No era Jueves de la Ascensión. Faltaban dos semanas. Era jueves seis de mayo. El señor cura andaba en la Casa de Ejercicios viendo unos

trabajos de reparación; le tomaron de sorpresa los toques y más el adivinar el pulso de Gabriel, que tenía prohibido subir a la torre; don Dionisio mandó a ver de qué se trataba; como no volvían pronto con la respuesta y las campanas proseguían el concierto fúnebre, don Dionisio decidió venir a informarse por sí mismo; en el camino encontró a Pascual, el sacristán:

—«Ay nomás que Gabriel se trepó a la torre, se encerró por dentro y ni quien lo saque, a no ser que usted mande que se echen abajo las puertas; yo no sé quién le haya dado la orden de que doble, y así, como si el Papa se hubiera muerto; yo creo que nadie le dijo.»

Por puertas y ventanas entreabiertas asomaban rostros inquietos; los comerciantes salían de sus tiendas; había vecinos en las esquinas; al paso del señor cura estallaban las preguntas:

- ¿Qué sucede, señor cura?
- ¿Quién se murió tan de repente?
- ¿Qué pasa?
- ¿Es alguna calamidad?
- ¿Se está quemando algo?
- ¿Hubo temblor?
- ¿Ya comenzó la revolución?
- ¿Se descubrió a los espiritistas?

Pascual era también blanco de la pública impaciencia; pero se encogía de hombros, remitiendo las interrogaciones al párroco, quien contestaba indistintamente «no sé» o «ha de ser una diablura de Gabriel que va a costarle cara».

2

CON laxitud de siervo, Gabriel venía esa mañana cargando un viaje de agua zarca, de la que usan en el curato para beber, cuando a tres cuadras divisó unas cabalgaduras frente a la casa de don Alfredo Pérez y movimientos que indicaban viaje; unos mozos cargaban equipaje

sobre una muía; otro probaba una sombrilla; estaba un caballo aparejado con albardón, y era el propio don Alfredo, vestido de catrín, el que dirigía las maniobras.

Gabriel tuvo una corazonada. Le retumbaba en la frente pensar que sólo había un caballo con albardón de mujer. Gabriel descansó en la banqueta los cántaros de agua y se puso a observar, pálido como la cera. Los ojos le decían que sí. El corazón le gritaba que no.

—¡Sí! ¡Sí!

—¡No! ¡No!

Salió doña Carmen vestida como todos los días, descubierta la cabeza. Y, en traje de camino, cubierta con una capa blanca y con sombrero de alas anchas, Gabriel vio que salía la señora Victoria.

Rendido, el corazón gritaba que sería un viaje por allí cerca, para volver ese día o al siguiente. Los ojos no respondieron a tan peregrina ilusión. Gabriel tomó rápidamente su carga, corrió al curato, trepó a la torre y se puso a ver la calle por donde, con rumbo al camino de Guadalajara, comenzaba a moverse la caravana: Victoria, adelante; dos mozos detrás.

Retumbaban en las sienes de Gabriel los golpes de las pezuñas sobre el empedrado de la calle. Una ola extraña se abatió contra el muchacho. Nunca sabrá explicar cómo tuvo el arranque de apoderarse de las campanas, frenéticamente, para conseguir la voz que necesitaba y desahogar el piélago amargo que lo invadía. Ni llegó a saber lo que tocaba; eran palabras que acudían a su boca y brotaban de los nervios, tirando de los badajos —lenguas de fuego y eternidad—; era la satisfacción de llorar con un canto nuevo y arcaico, sobrehumano, como si concertara las voces de todos los mundos y de todos los tiempos: presentes, pasados y futuros; todas las agonías y todas las esperanzas de los que sufrieron, de los que sufren, de los que sufrirán. Si las fuerzas de la tierra se confabularan presto, no, no, no detendrían al torrente, movido por los invictos poderes del amor y la muerte.

Gabriel pudo ver cómo en el callejón que baja al río, la viajera —tal que si un dardo le hubiese atravesado el pecho— erguía el busto, levantaba la cabeza, detenía la cabalgadura y volvía el rostro hacia la

torre. La campanita de las señas prorrumpió en unos toques graves, pausados, extraños, a los que siguió una especie de repique con las esquilas sopranos, que sublimaban las modulaciones con que llaman a la Salve, los sábados en la tarde, acentos luego mezclados con el tañido ronco de la campana mayor, cuya terrible vibración dominó en seguida y acalló los timbres de las esquilas, al tiempo que la dama levantaba una mano y, como llevada por contraria fuerza, volvía la espalda y proseguía la marcha, perdiéndose en el hondón del río. Tocaron a rebato las campanas, y cuando apareció la dama en la opuesta orilla, los bronces clamaron un rápido acorde triunfal, que bruscamente se tomó en algarabía funeraria, como si torre y pueblo se derrumbaran, y un supremo conjuro se propusiese paralizar la catástrofe.

Más atrás, ahora cada vez más atrás de los mozos, cada vez con mayor lentitud, cual si resistiera opuestos vientos violentísimos, ascendía la viajera por la cuesta de las tenerías, inclinada la cabeza, de vez en más empequeñeciendo la figura y perdiendo rasgos. Habían ya desaparecido los mozos y el caballo blanco de la señora iba ya alcanzando lo alto de la cuesta, donde el camino deja de verse. Los dobles cobraban desesperación, celerantes; pero en su angustia conseguían hacer oír un mego —cifra de final esperanza—. un grito de ternura elocuente, que la dama escuchó volviendo bridas, deteniéndose, alzando la diestra y agitando un velo verde. Se desató la ternura de las campanas en una confusa mezcla de llanto y risa, responso e himno, vacante y repique general. Cinco, diez minutos que parecieron siglos. Cuando la viajera se perdió a los ojos, predominaron los acentos lúgubres con creciente vigor. Era el día del Juicio. Se desbaratarían, se quebrarían las campanas. En el sobrehumano hallazgo de aquella música sucumbirían.

Bruscamente dejaron de tocar. Al recoger el horizonte vacío sus miradas, Gabriel vio en las calles, en las puertas, en las ventanas, en las azoteas, el azoro público. Escuchó fuertes golpes en la puerta del caracol. Volvió a la realidad y ésta le ofreció nutridísima colección de imágenes plenas de mínimos detalles: la cara de risa que tendría Lucas Macías. el puño de manos y la frente plegada de Marta, las cejas del señor cura como nubes de tormenta, el baile de las facciones en el rostro del Padre Islas, el chiflidito nervioso de Luis Gonzaga, el meneo

de cabeza de don Timoteo Limón, los ademanes enérgicos del Padre Reyes, los ojos abiertos de los muchachos acólitos que se ponen como menchos, el arroyito de lágrimas en los cachetes de la presidenta de las Hijas de María, el parado de garza de los norteños en las esquinas, la sarta de palabras en boca de doña Carmen Esparza... Todas las caras, todas las posturas específicas de los vecinos se representaron con asombrosa claridad. Gabriel permaneció inerte, idiotizado. Seguían los golpes en la puerta y pareció que comenzaban a tirarla. Oyó las voces de Pascual, del señor cura y del notario, que lo llamaban. Sonámbulo, Gabriel fue a abrir.

El señor cura contuvo por un hombro el arretrato de Pascual y fulminó miradas contra el autor de aquel escándalo sin precedente.

— ¿Por qué has hecho esto? —No había cólera en su voz; había compasión. Gabriel permaneció mudo, con los ojos cerrados.

— Baja y enciérrete en tu cuarto; allá iré para que hablemos.

En el corredor, de pie, Marta y María lloraban. Marta no separó del rostro las palmas de la mano. María sí: clavó a través de lágrimas una mirada profunda en Gabriel, a quien causó violentísimo choque: se le revelaba en tan críticos momentos otro mundo que instantáneamente le pareció absurdo y luego de una llaneza natural: el amor de María. Creyó volverse loco.

Por loco lo tenían el señor cura y el pueblo entero. Esta certidumbre fue la que despertó en María el sentimiento dado a luz en aquella mirada.

3

SIN éxito había tratado don Dionisio de sobreponerse a las perplejidades en que penosamente lo sumió el sueño de cuatro noches antes y que no lo dejaban libre un solo momento. Había hecho el propósito de no buscar significados a la representación onírica, que juzgó asechanza de Satanás; pero a cada paso lo asediaban en chusma los enigmas: ¿por qué Marta, María y Micaela se confundían en una y la

misma? ¿qué quiere significar esa insurrección de Gabriel, tan ausente, tan despreocupado en la vida real? ¿y lo más extraño: su absurda identidad con Damián el de don Timoteo? ¿y esa horrible imagen de la maternidad y de la común condenación? *Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo.*

Si los interrogantes le espantaban el sueño hacía cuatro noches, desde la hora y punto en que la pesadilla se desvaneció, ¿qué será hoy en que se acuesta más lleno de preocupaciones, impresionado por la actitud de Gabriel y participando del aniquilamiento nervioso en que ha quedado el pueblo después del insensato campaneó? ¿cuál es la evidente relación que hay entre su pesadilla y el sucedido inexplicable de esta mañana? *Libera nos a malo.*

Inmóvil en el lecho, ahora va repasando los sucesos del día y especialmente la entrevista con Gabriel. Primero había sido la zozobra del que advierte algo anormal en su propia casa. La sospecha de una trastada por parte de Gabriel provocó un acceso de cólera, temperado por la fascinante maestría del concierto; quizá no fuera Gabriel, imposible que manos de hombre pudieran tocar así las campanas. ¡Espíritus! ¡Ángeles! ¡Prodigio apocalíptico! A su paso por las calles, viniendo de la Casa de Ejercicios, la alarma de los feligreses amagó contagiarlo. Alguien le dijo que inopinadamente acababa de irse la viuda que vivía en casa de los Pérez; mas no dio muestras de que la noticia le interesara o al menos de quedar enterado; la frase: «Gabriel se ha vuelto loco», repetida de boca en boca, lo absorbía; sí, sólo un loco puede tocar así; no podía menos de parar en eso la decisión de quitarle las campanas; estuvo temiéndolo; y el sueño, el idioma del sueño, la rebeldía en el sueño, ¿no era esto mismo parte del sueño? ¿este tumulto, estas muecas descompuestas del vecindario? ¿este absurdo tañer inaudito? Si está loco Gabriel, don Dionisio se juzga culpable. Se imponía nueva vez, con la majestad, la hermosura de aquella música: puestos en suspenso, los ojos esperaban ver salir de la torre alados caballos negros, o toros con alas de fuego, águilas de nieve, leones, arcángeles. El vasallaje al poder, al misterio y a la belleza del coro escuchado predominó sobre los otros sentimientos del párroco; si Gabriel resultaba el autor del prodigio, don Dionisio se prosternaría

para besarle las manos. Esta idea, y el ver que gente venida de los barrios a informar lo sucedido hacía grupos en la plaza y se apeñuscaba en la puerta del curato, le tomaron el disgusto contra la causa del escándalo. Al abrirse paso escuchó preguntas, hipótesis, amenazas: «que los de Nochistlán vinieron a burlarse y asaltaron el campanario», «que un temblor acabó con Guadalajara», «que la bola comenzó en México», «que los espiritistas eran los que llamaban», «échenoslos fuera y verán»; algunos de los circunstantes traían piedras en las manos; don Dionisio impuso la calma ofreciendo una satisfacción general. *Debitoribus nostris*.

¡Qué cara, de ángel o demonio, tenía Gabriel! *Ne nos inducas*.

Vino el Padre Reyes: —«¿Ya lo sabe usted? Alabado sea Dios, que se fue la alborotadora de prójimos.» Estuvo a punto de ocurrírsele al señor cura una idea; se le fue; quién sabe de lo que se trataría. No hubo modo de comer. Las muchachas llorosas irritaban a don Dionisio. ¿Por qué tanto lamentar una cosa que podía no tener importancia? Si el muchacho estaba loco, ya se curaría. Llegó el Padre Islas: —«¡Bendito sea Dios que nos ha quitado la fuente de tantos pensamientos y deseos impuros; yo creo que una mano del cielo movió las campanas para llorar los infinitos males que deja esa mujer y para alegrarse con su ida!» —«Pudiera ser» —dijo en su interior el párroco, alegrándose de hallar cauce a su cavilación. Por fin decidió verse con el muchacho. *Libera nos*.

Estaba sentado al borde de la cama, la cara en los brazos y éstos apoyados en las rodillas. No se levantó. No dijo una palabra. Comenzó a ser interrogado con dulzura y energía; mas el recuerdo del sueño inmutó a don Dionisio; iba a encolerizarse y optó por salir, pese al caprichoso silencio de Gabriel; éste lo alcanzó cerca de la puerta, se tiró de bruces, implorante:

—«¡Quiero irme de aquí! ¡Déjeme irme!»

Tras unos minutos que duró en reponerse de la sorpresa, don Dionisio pidió explicaciones; el otro, mecánicamente reponía:

— «¡Quiero irme! ¡Ni un día más quiero estar aquí!»

—«¿Tanto te ha podido el dejar las campanas?»

—«No por eso, no por eso.»

—«Reconozco que no te hemos tratado como debíamos.»

—«Al contrario; pero no es eso, no.»

—«Explícate, pues »

—«No me pregunte nada; quiero irme, yo sé lo que le digo.»

—«¿A dónde quieres irte? ¿a qué?»

—«Lejos, lejos, a trabajar.»

—«¿A Guadalajara?»

—«¡No, no, no! Al fin del mundo. A donde no vuelva a saberse de mí.»

Ne nos inducas in tentationem.

¡El sueño! ¡Como en el sueño!

«¿Eres tú, Gabriel? ¡Qué has hecho!»

Y Gabriel, asustado:

— «¡Yo no he hecho nada! No, ¡nada! No me llevaré nada, ni los trapos puestos, si usted no quiere »

Parecía loco. Estaba loco.

—«¿Quieres hacerme un favor, para tu bien? Yo no te digo que no te vayas. Pero te pido que antes hagas unos Ejercicios. Hoy mismo te vas y te encierras en la Casa. Yo te dirigiré una tanda para ti solo; si quieres, otro Padre lo hará. Dios te ha de iluminar lo que más te convenga.»

—«Bueno,» *Adveniat regnum tuum.*

Confesó toda la tarde, hasta la extrema fatiga. Reduplicó el martirio de flagelación antes de acostarse. Quiso dormir. Le daban vueltas los detalles del día, resonaban las campanas, vencían las torpes representaciones del sueño, las hipótesis. Vino a persistir un suceso en el que aparentemente no se había interesado: la súbita partida de la señora hospedada en casa de don Alfredo; se le presentaba en estos momentos la idea que muchas veces quiso en el día conciliar; se incorporó en la cama; pero entonces por qué Gabriel quería tomar un rumbo distinto; la sangre humana se serenó; era esa mujer y no alguna de sus sobrinas; era la pureza del muchacho, en rebeldía; muchacho sano ¿cómo el sueño lo mezclaba con Damián Limón? *Sed libera nos a malo.*

Don Dionisio se quedó dormido.

4

GABRIEL no pudo dormir. Seguían luchando en él ambos fantasmas. El imprevisto, el de María, lograba superponerse y era el rechazado con mayor vehemencia, con la máquina imperturbable del pensamiento persistente: «a estas horas ¿en dónde iré? iré cruzando el Río Colorado; ya pasaría el Llano Grande; sesteará en San Ignacio...» Y ahora: «¿se habrá quedado en Cuquío? ¿iría a dormir hasta Ixtlahuacán?» Y siempre: «¿qué iré pensando? ¿qué estará haciendo? ¿en qué estará pensando?» Victoria. María. El nombre de María le quemaba como la memoria de horrendo pecado. «Antes me iré. Yo no sabía nada. Lejos. No, a Guadalajara no, no. ¡Me muriera! Ni un día, ni una noche más en el curato. Pero a Guadalajara, no. ¡Me voy a volver loco! Las campanas ya nunca, nunca. Si consintiera en quedarme allá una noche más, merecería que me gargajearan la cara, por abuso de confianza; si es para mí como una hermana, intocable; con razón el señor cura, en la Semana Santa, no dejaba de hablar de un traidor; que me truenen, aunque yo no haya tenido la culpa; yo no sabía; mejor que me machuque un tren, lejos, para que se me mueran las dos tentaciones»...

En una celda de la Casa de Ejercicios. Toda la santa noche. Sin pegar los ojos y sin que la rueda de dos filos parara. Sin que ruido alguno, sin que sombra de espanto en el caserón vacío lo distrajeran. Toda la santa noche. Hasta que por la claraboya, cerca del techo, comenzó a entrar claridad, y se hizo legible, sobre la pared, un letrero que decía:

*Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando;
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo.*

Pero ya el pensamiento de Gabriel andaba lejos, en las imaginaciones del sitio por donde Victoria caminara; «quién sabe si haya madrugado y esté bajando la barranca; ¿y si se quedó en Cuquío? entonces apenas iré

por las represas o quién sabe si vaya llegando al cerrito de tierra»... Maquinalmente los ojos volvían a la pared:

mira que no sabes cuándo.

5

AL tercer día, contra la costumbre de mantener aislado al ejercitante y no comunicarle ninguna noticia, el Padre Reyes, después de la misa, comenzó a platicar con Gabriel y quién sabe con qué intenciones, de sopetón, le dijo: —«No tienes más novedad que Luis Gonzaga se huyó de su casa, en seguimiento de la señora que estuvo allí hospedada en días pasados; cuando todos creían que estaba muy malo, y apenas se dio cuenta de que la mujer (creo que se llama Victoria) se había ido, se dio maña para escapar de la casa, conseguir remuda y salir de estampida, el mismo jueves en la tarde; no faltó quien dijera a don Alfredo el rumbo que llevaba el fugitivo, y esa noche salió a seguirlo. Ni quien imaginara el motivo que tuvo Luis para irse tan de repente y sin avisar; los que menos lo imaginaban eran don Alfredo y doña Carmen, para quienes la rápida resolución de la señora en volverse a Guadalajara no podía tener otra causa que los desaires y majaderías que Luis le cometía constantemente, pues parece que no podía verla ni en pintura, como se dice.»

La plática era interrumpida por pausas de silencio durante las cuales el Padre acentuaba lo inquisitivo de sus miradas. Gabriel no pudo disimular la congestión de sentimientos; apretó los labios y fijó los ojos en el suelo, con terquedad.

— «Ahora vamos a la capilla para darte los puntos de meditación acerca de la muerte» —añadió el Padre, tras un largo silencio.

En la tarde vino el señor cura y halló a Gabriel con fiebre muy alta.

—Vámonos a la casa.

— ¡No, señor, por lo que usted más quiera!

— Si amaneces mañana sin calentura, mañana mismo te vuelves para continuar los Santos Ejercicios.

— ¡Por lo que usted más quiera, si es necesario, déjeme en el Hospital! Llegó a decir que ni muerto volvería al curato.

Se presentaron vómitos alarmantes.

Gabriel quedó en el Hospital. Y como no tardaran en venir Marta y María, el enfermo, fuera de sí, comenzó a gritar su amor por Victoria. Don Dionisio sacó violentamente del cuarto a las muchachas. Entonces Gabriel lloró con desesperación e imploró que volviera el señor cura para decirle la verdad, toda la verdad.

6

JUEVES de la Ascensión, a las once y media de la mañana dieron el primer repique para el Ejercicio. Unos de los arrieros que traen fruta de Aguascalientes iban saliendo del mesón y llevaban un burro aparejado, vacío; en vez de tomar la calle que conduce al camino de Teocaltiche, subieron por el rumbo de la Casa de Ejercicios, donde los esperaban el señor cura y Gabriel; éste se arrodilló para recibir la bendición; luego, el anciano y el joven se abrazaron; don Dionisio bajó al pueblo; Gabriel siguió a los arrieros, fustigadas sus espaldas por el segundo repique.

— Cuán desabrido tocan las campanas; ni parece Jueves de Ascensión —comentaban las familias en trance de salir a la iglesia.

— Diz que a Gabriel siempre se lo van a llevar al manicomio.

—Yo supe lo contrario: que nomás eran fríos biliosos y que ahora que se alivie lo va a mandar el señor cura a León o a México, para que estudie con los salesianos.

— Pues en el curato como si se hubiera muerto. Para nada lo mientan. —Peor. Como si no lo hubieran conocido nunca.

Gabriel va subiendo la Loma de los Conejos. ¡Qué le importan las tristes campanas! Ahora es como si nunca le hubieran gustado. ¡Qué le importa irse sin saber cómo descubrieron los Pérez que Luis huía por

Victoria! ¡Cuán extraño le suena este nombre, como si sólo en un mal sueño lo hubiera conocido!

El caminante no puede reprimir el impulso de mirar por última vez al pueblo. En eso escucha, cercanas, clarísimas, unas llamadas hechas con la campana de señas; le corre un calosfrío y se detiene, como si le hablara la voz de María. ¡Es la voz de María!

Gabriel quiere volverse. Hace intentos de retroceder.

¡María! ¡La voz de María!

¡Cuántas veces le habló con esos toques! Y entonces no sabía lo que una mirada le dijo hace hoy quince días.

El repique ahoga los ecos de la campana mínima.

Hoy hace quince días. No proponiéndoselo, no queriéndolo, lanza Gabriel sus ojos al opuesto camino en que hace dos semanas miró un velo verde y una figura esbelta, lejana. Del momentáneo deleite que resucita, vuelve al rencor: por el adiós a esa mujer sufrió María; tanto, que los celos hicieron aflorar en la mirada el contenido sentimiento de la doncella.

(—«Pero la hermosura de Victoria no tiene comparación.» —«¿Y Luis?» —«¿Ves? Te mueven los celos.» —«¡María!» — «¿Así pagas la hospitalidad?»...)

Era el mismo implacable torcedor. Victoria, María. Ninguna. Perdidas las dos.

Empujado por el repique, cuando Gabriel vuelve la vista ya el pueblo no se ve.

Pero se ve todavía el camino de Guadalajara.

Gabriel cierra los ojos y luego trepa en el burro que ha de llevarlo lejos.

Es la hora en que María, hinchado el rostro de tanto llorar, niégase a salir de su cuarto, hasta donde llega la música de la Nona. Seguirá el sermón. (Predicará el Padre Islas acerca del texto consignado en los Hechos de los Apóstoles: «Una nube le sustrajo a sus ojos, y como estuviesen con la vista clavada en el cielo, mientras El se iba, he aquí que dos varones se les pusieron delante con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que de

vosotros ha sido recogido, vendrá de la misma manera que le habéis contemplado.») Cuando canten el Tedeum solemnísimos y echen de nuevo a vuelo las campanas, María todavía estará llorando.

¿Hasta cuándo dejará de llorar María?

En la tarde hubo amagos de lluvia, infecundos. Era jueves veinte de mayo. Jueves de Ascensión.

LA DESGRACIA DE DAMIÁN LIMÓN

1

A MEDIADOS de julio —mes dedicado a la Preciosísima Sangre— comenzó a decirse que don Timoteo Limón y Micaela Rodríguez iban a casarse. Quienes menos lo creían eran los que más propalaban el rumor.

(—«Bueno; pero si lo están casando desde el día en que se murió doña Tacha.» —«Dicen que ahora sí va de veras, que no pasará agosto » —«Pero ¿y de dónde han sacado que con Micaela?» —«Así son las cosas; peores he visto yo.» —«Sí, es cierto.» —«Y esa Micaelita es capaz de hallarle tres pies al gato » —«Lo célebre sería que de veras don Timoteo me la pusiera en paz » —«Y que ella pusiera en paz a la familia » —«Cállese la boca: ya sé por dónde va usted. ¡Jesús mil veces!»)

A medida que agosto se acercaba el rumor crecía.

(—«¿Qué habrá de cierto?» —«Yo no lo he podido creer.» —«Si parece imposible » —«Yo creo que ni viéndolo, lo podré creer.» — «Aunque voy a decirle: los viejos a esa edad son capaces de todo; ni quien los detenga cuando les llega la ventolera del nuevo casorio » —«Sí; pero ¿y la muchacha? Ni que estuviera tan dejada de la mano de Dios » —«¡Esas muchachas, esas muchachas que no tienen temor de Dios!» —«Sí. es cierto; hasta que dan el frentazo.» —«Muchachas de la moda, sin principios.») Iba llegando el mes de agosto.

2

AGOSTO es mes de muerte y de desgracias. El cuchillo de la canícula se mueve a diestra y siniestra. Don Gregorio, el cajamuertero, se prepara con tiempo; desde mayo, desde junio, compra los materiales que pueda ir necesitando y sin que nadie los encargue hace dos o tres ataúdes para que no se le tome desprevenido y allí ande con carreras a la hora de la hora. ¡Pobres de los enfermos crónicos! ¡Ay de los niños! Esa mala luna siniestra. Y los ganados, que sufren diezma. Mes de sequía, de calores malignos, de calma en el regazo de las nubes.

La calma que frustra las siembras. Los enfermos, las madres, los agricultores pasan el mes — hasta el día de San Bartolomé —, pasan el mes con el alma en vilo. ¡Con qué flojera ve don Refugio que agosto va llegando: que le hablan de aquí, de allá, que un viaje a este y aquel rancho, que fulano está en las últimas, que a perengano de nada le han servido las medicinas, que usted tuvo la culpa de que zutano haya muerto! Y como si no fueran bastantes las muertes naturales —¿qué tendrá la luna hermosa de agosto? ¿qué tendrá el sol, y el cielo de fuego, y el aire seco?— vienen las muertes violentas, por accidentes inexplicables o en pleitos repentinos.

Agosto es mes funesto.

3

ALGUNOS comerciantes y otros vecinos a quienes les gusta el mitote preparan viaje a la fiesta de Jalos, el quince. Casi son los mismos que han ido a la feria de Aguascalientes y luego seguirán de fandango en fandango: de la fiesta de San Nicolás en Mexticacán, a la de San Miguel en Yahualica; a Toyahua y a Nochistlán, en octubre; a Teocaltiche, llegado noviembre.

Malas cabezas, por lo general; gentes dadas a los gallos y a la partida; gente sin provecho, sin oficio ni beneficio; pocos, a Dios gracias. ¡Qué bueno que se quedaran por allá y no volvieran a querer inficionar con sus novelorías! Linos están haciendo la lucha para que vaya con ellos Damián Limón, que anda indeciso entre desaburrirse del pueblo y

apartarse para que pinte bien su asunto, salga lo que saliere, o quedarse a jugar el todo por el todo.

— Ya que no pudiste ir a Aguascalientes, vamos a Jalos; ya ves que allí se compra ganado de proporción, y podremos hacer un buen trato con el maíz de este año —propone don Anselmo Toledo a don Timoteo Limón.

— A donde me voy a ir es al otro patio —contesta el invitado.

—Quítate eso de la cabeza. Son tonterías y quién sabe si hasta pecado, por aquello de adelantarte a los Justos Juicios de Dios.

— Mi San Pascual no falla —don Timoteo meneaba la cabeza con abatimiento—, no falla.

— Precisísimamente para que te distraigas debemos ir a Jalos. Ya verás cuán bien te aprueba la vueltecita. Para que te dejen los nervios. Has tenido tantas contrariedades. Vamos, ándale.

— ¿Para qué vamos a tentar a Dios de paciencia? Yo no quiero quedar en tierra ajena — don Timoteo levanta la cabeza con tranquilidad—; que la muerte me agarre bien prevenido.

— Si no te disgustaras, me darían risa tus nervios.

—Yo no salgo de agosto. Mi San Pascual no falla, y por si fuera poco, los avisos de Orión, todas las noches, no dejan lugar a duda.

(«Entonces —piensa ya consigo mismo don Anselmo; y esto piensan muchos otros que han sabido la fúnebre convicción de Don Timoteo—, ¿de dónde ha salido el chisme del matrimonio con Micaela?»))

Ha salido de Micaela. Decaído el impulso de un aparatoso ingreso a la Asociación de Hijas de María, y repuesta del temor que le produjeron los ímpetus de Damián, volvió a su primitivo proyecto: prender fuego a los deseos seniles de don Timoteo, hacerle concebir perspectivas de logro inmediato, vengarse de toda la raza de Limones. Dio los primeros pasos. Tuvo discretas amabilidades con el viejo. Se atrevió a decirle frases de compasión por el abandono en que lo tenían los hijos.

No contaba con el aviso de San Pascual.

No contaba con el destino.

LUCAS Macías gusta repasar por este tiempo su registro de quienes han muerto y de las desgracias acaecidas en agosto, por lo menos desde los años de cuarenta y ocho y de cincuenta, que caen dentro de su memoria personal, aunque suele dilatarlos hacia atrás con testimonios ajenos. Dice, por ejemplo: —«Contaba mi padre que la inundación grande que se llevó todo el barrio de las tenerías fue meritamente la noche que hizo luna llena en agosto del veinticinco, mismo año en que dio el sarampión como nunca, y mi padre daba gracias a Dios de que yo entonces todavía no viniera al mundo porque no hubo familia sin muertito. todos diz que decían que la culpa era del gobernador, el primer gobernador, don Prisciliano Sánchez, que fue de los primeros liberalotes declarados, y en su tiempo vino la masonería, y se hizo guerra a Nuestra Santa Madre; pero no tanto como el treinta y tres, con don Valentín, que quiso robarse los bienes de la Iglesia, y allí que se suelta el cólera; nomás en Guadalajara y nomás en agosto murieron más de dos mil cristianos, y hubo días de doscientos y de doscientos cincuenta fallecidos; aquí el pueblo quedó hecho cementerio, de no haber ni quien enterrara a los muertos, pues el cólera no perdonó ni al cura ni a los ministros, que ya para el doce de agosto se habían ido todos al otro mundo: el día que murió el señor cura, que dicen que fue el cuatro de ese mes, murieron treinta y tres gentes, no más de aquí de la localidad, y luego dicen que Dios no castiga en esta vida; váyanle haciendo la cuenta de los que murieron ese año en todo el país, si nomás en Guadalajara pasaron de cuatro mil, y aquí en el pueblo no bajaron de quinientos, porque fue de las partes en que pegó más fuerte, yo me acuerdo que ya estaba grande y las gentes se medio morían no más de acordarse de ese año, y más de ese mes de agosto del treinta y tres.»

— ¿Y en agosto de qué año te has echado más velorios, Lucas?

—El noventa y nueve. Ora va a hacer diez años. Ustedes se han de acordar del difunto Celedonio Ramírez, que lo mataron en bola los Legaspi diz que porque andaba pretendiendo a su hermana Patricia; no pasaron ocho días sin que cayera Juan Legaspi a manos de Apolonio

Ramírez, que vengó a su tío Cele; luego fue la madre de los Legaspi, a los dos días, unos dicen que del corazón, otros que de un derrame de bilis. El quince cayó de la torre y lo recogieron muerto, el difunto Jacobo Partida, muy buen albañil y hombre muy de su casa: dejó nueve de familia, con la viuda, doña Chole, que ora viven allá en Cañadas. El día de San Bartolomé ¡ah, qué día! ustedes se acuerdan, murieron don Victoriano Rábago, ése sí de derrame de bilis porque en lo que iba del mes la peste no le había dejado ya ni una cabeza de ganado: el día que murió le habían llevado la noticia de que los dos últimos bueyes habían azotado como de rayo; también murió ese día, casi repentinamente, doña Celsa Toledo, la hermana de don Anselmo, dicen que de disgustos con su cuñada; el tercer muerto fue un hijo de Mauricio Reyes, que lo mató un caballo; todavía no enterraban a ninguno de los tres, cuando trajeron el cuerpo de Alberto, que le decían por mal nombre la Cartuchera, y lo mató un rayo, yendo para el rancho de Pastores. Ese año murieron de viejos, casi sin enfermedad, casi sin guardar cama, por unas deposicioncillas, don Chencho Gutiérrez, don Pascasio Aguirre, doña Candidita Soto y don Isidro Cortés. Hubo sus angelitos: un hijo de don Secundino Torres, otro recién nacido de Valente Mercado y una muchachita del difunto Zacarías el Mocho. El último día fue cuando murió de pulmonía el Padre don Arcadio Prieto: ése sí fue velorio, con lo que el pueblo lo quería, que aun decían que iban a pedirlo de cura, ¿y el entierro? Ustedes se acuerdan. Yo no he visto otro tan en grande.

— ¿Ni siquiera el entierro de los Medina? ¿Cuándo fue cuando los mataron?

— En agosto del setenta y siete. Un lunes. Don Lino Villegas había entrado de autoridad al principio de año, cuando el triunfo de don Porfirio, que volvió a poner de gobernador a don Jesús Camarena; don Lino había andado levantado por el rumbo de Mexticacán, donde se juntó el año de setenta y seis con las tropas que traía don Rosendo Márquez; pues a los Medina les levantaban el falso de haber sido espiones del general Martínez y del general Sánchez Rivera, que derrotaron a la gente de Donato Guerra y de Márquez en el punto de Tabasco, el cuatro de marzo; desde entonces los traían de encargo y les decían lerdistas, buscándoles pretexto para echárselos, los Medina,

como no tenían qué deber, siguieron bajando al pueblo, donde los querían por ser tan parejos y tan caritativos; en el fondo, decían las gentes, que era miedo y envidia que les tenía don Lino; en eso que se viene la bola de las elecciones: que si don Fermín Riestra, o que si el general don Pedro Galván; don Lino se hizo riestrista; un domingo aparecieron los de la gendarmería, ya casi en la noche, y como a las ocho cayeron en la casa donde estaban los Medina; iban encabezados por don Lino, que pidió a don Trinidad que se diera preso con sus dos hijos; Medina contestó que ellos eran hombres de paz y que no había motivo para que los apresaran; don Lino les contestó que ya sabía el gobierno que querían levantarse en armas por el general Galván; protestó don Trinidad que era falso y mentiroso, que fuera hombre para no buscar pretextos, queriéndolos perjudicar, que si tenía motivos personales le hablara en lo cortito y a solas, que todo lo que desde hacía tiempo les andaba levantando era pura calumnia, y que ultimadamente no se entregaban a las buenas y menos a él que era un cobarde; don Lino azuzó a la gente para echar abajo las puertas, comenzaron los tiros, las gentes duraron toda la noche medio muriéndose, con la balacera, que duró hasta la madrugada, porque a los Medina se les acabó el parque; los soldados mataron a boca de jarro a don Trinidad y a sus hijos don Justo y Policarpio; dicen que don Lino también les disparó sobre caídos, y luego, enfurecido contra la gente que se arremolinaba llorando, queriendo ver los cuerpos, diciendo que los Medina eran inocentes, trató de dispersarla enfocándoles las carabinas; fue un día muy triste, nublado; parece que se hubiera muerto el padre del pueblo; los pobres que habían recibido beneficios de don Trinidad y de sus hijos no se apartaron de los cuerpos que estaban tendidos en unas cruces de ceniza; fue mucha gente al entierro, a pesar de las amenazas de don Lino, pero yo digo que el entierro del Padre Prieto fue mejor, porque en el otro, la rabia y el miedo de las gentes, digo yo, como que le quitaban solemnidad, y en cambio el del Padre parecía una procesión en grande, muy solemne. Pero los dos entierros, en su tanto, son de los que no se olvidan.

Yo no acabaría nunca de contarles las desgracias que ha traído agosto. Familias hay —ustedes lo saben muy bien— que no pasa un año sin que

se les muera algún deudo, en agosto, y a veces más...

5

POR el Padre Islas no quedó. Viendo que Micaela dejaba el propósito de hacerse Hija de María, procuró verla y animarla para que ingresara en la Asociación, allanándole dificultades, exhortándola cariñosamente.

—«Es cosa de pensarse mucho, como usted me dijo» —respondía con maña la joven, vuelta por otra parte a sus coqueterías. De allí no la sacó el Padre, ni las presuntas Hermanas, escogidas entre las más celosas para el convencimiento de la reacia.

—¡Ay! cómo me duele por ti, por tu pobre familia, por todo el pueblo, la dureza de tu corazón. Quiera Dios desviar el tremendo castigo que te tiene destinado. ¡Labrarás tu ruina y la de otros! — dijo el Padre Islas a Micaela en una de sus últimas entrevistas.

6

COMO a pesar de todo le corría sangre llena de apetitos, don Timoteo no fue insensible a las perturbaciones de Micaela, cuyas primeras leves muestras lo disgustaron porque le pareció que la muchacha quería granjearlo tratando de conquistar a Damián; se le agolparon los prejuicios comunes formados en torno de la coqueta y le chocó tan profundamente la idea de tener por nuera a la hija de don Inocencio, que hubiera hablado con Damián del asunto, si sus relaciones no amenazaran romperse definitivamente al menor choque, y el muchacho cada día estaba más irascible. —«Dicen que es una mujer deshonestas.» No se le apartaba este pensamiento, que llegó a ser obsesión. —«¡Deshonestas!» Quizá por la familiaridad con que la idea se le representaba, o porque las demostraciones de Micaela comenzaron a ser directas y reiteradas, el término fue perdiendo el carácter repulsivo y develando un mundo de atracciones oscuras. —«¡Deshonestas!» El

viejo se sumergía en imaginaciones que lo hacían temblar de curiosidad y de miedo. Intimidades imaginadas al desgajarse la palabra como fruta caída de modo imprevisto, luego robada con sigilos y escondida por un avaro, en cuyos solitarios recreos la cáscara del vocablo desapareció e hizo sitio a la figura mentada, imaginada, desenvuelta y aferrada; inútilmente trataban de ahuyentarla los hábitos de oración y, con más fuerza, pero tan inútilmente, los lúgubres ecos de la campanita de San Pascual Bailón que, según don Timoteo, escuchó la madrugada del diez y siete de mayo, fiesta del Santo, quien anuncia de ese modo a sus devotos la proximidad de la muerte.

No había sido sueño. Del sueño lo arrancó la campana. Bien despierto la escuchó perderse por los aires de la madrugada. Tampoco fue aprensión. Eran los golpes claros de una campana no fundirla por manos de hombres; golpes rectos al corazón, punzantes, inequívocos. Día lunes, diez y siete de mayo, en la madrugada.

Podría ser ese día, esa semana, ese mes, o el que entra, o el siguiente; podría ser en agosto; para fines de año o principios del otro; pero siempre antes de la próxima fiesta de San Pascual, que a veces anuncia exactamente con un año de anticipación. Podría ser ese día. Podría ser en agosto. (El que a hierro mata, a hierro muere.) Más muerto que vivo se levantó aprisa y casi volando llegó a la parroquia. Desde esa mañana comenzó a prepararse, meditando en la inminencia del fin y en la magnitud de sus culpas. (El siete de agosto que viene se ajustarán veinticinco años de la muerte de Anacleto, a manos de don Timoteo, en cuyo recuerdo se hace cada vez más viva y amenazante la mueca del difunto.) No salía de la iglesia. Diariamente se confesaba. Dio trazas de hacer testamento, de perdonar a sus deudores, de arreglar tantas cuentas y renunciar a todos los bienes de la tierra.

Mas ¡oh indómito poder de la carne! Unas miradas de mujer, unas palabras, unos movimientos encendieron la sangre y fueron apagando los ecos de la campana misteriosa, fueron adueñándose del tiempo y principalmente de esas horas en que las mil preocupaciones de la vigilia luchan contra el sueño.

Las fantasías del viejo hallaban pasto, rumiando los detalles de algunos encuentros con Micaela, el sentido que pudieran tener sus

palabras y las inflexiones de su voz. El primer trastorno serio lo experimentó a mediados de julio, en la noche, al salir del rosario; iba por la banqueta del atrio, resbaló en una cáscara y dio en el suelo con todo el cuerpo, sin poderse levantar por la fuerza del golpe, que le produjo sofocación y vértigo; unas manos, unos brazos tibios, apretados de carne, olorosos a perfume —¡nunca, nunca tuvo sensaciones iguales, gratísimas!—, las manos y los brazos de Micaela lo ayudaron a levantar, sintió el contacto con el cuerpo garrido puesto en el esfuerzo, un pañuelo pasó por el rostro quitándole la tierra —¡jamás había imaginado que hubiera suavidades como ésa!— y el cariño de una voz catrina le hizo estremecer:

—«Cómo lo deploro, don Timoteo; ¿se ha hecho daño? ¿quiere que le ayude a llegar a su casa? ¿no está lastimado?» Después:

— «¿Por qué no hay quien le haga compañía?» Después: —«Una persona tan excelente como usted » Finalmente: —«Cómo me gustaría poder llevarlo hasta su casa y curarlo si es necesario. ¡Ay! qué hijos tan malos, tan despegados. A usted le hace falta un buen cariño. Cómo me gustaría servirle de algo.»

En tantos años, en las obstinadas figuraciones nocturnas de tantos años, no había pensado en una mujer como ésta. Tímidamente apareció la lucecilla de la esperanza: ¿por qué no había de ser posible casarse con una joven catrina? ¿Por qué? ¿Por qué?

Al día siguiente, Micaela fue a su encuentro, le tendió las manos con sencilla naturalidad y le preguntó cómo estaba, si se había lastimado, si habían ido por el componedor. —«Toda la noche estuve pensando en usted, si lo habrían dejado solo, si alguna alma caritativa lo atendería, siquiera para llevarle una taza de canela caliente, y abrigarlo bien.»

No sería el primer caso de un matrimonio así. No. No sería.

En las visitas del Jubileo carmelitano se encontraron varias veces, y aún pudo el viejo rozar el traje de la muchacha, que le sonreía zalamera; en uno de los encuentros le dijo:

— «No me olvido de sus necesidades. Acuérdesse usted también de mí.»

¡Cuántos matrimonios así son muy felices! ¿Para qué sirve tener dinero si no se tiene felicidad? ¡No haber sido nunca feliz!

La fama pública que censuraba a Micaela volvió a asaltarlo, sin producirle ni el horror primitivo, ni los deseos posteriores, sino indignación contra la maledicencia pueblerina cebada contra un ángel.

¿Y a su padre, a don Inocencio, cómo le caerá el asunto, caso de formalizarse? ¿qué podría decir?

Las hijas de don Timoteo comenzaron a hacer muy mala cara a su padre y a dirigirle pullas inequívocas; dieron en acompañarlo a la iglesia y en pretender que no saliera solo, contribuyendo a que la tensión aumentara en el «viejo volado», como le llamaban dentro de la intimidad.

¡Efímera ilusión! Llegó agosto y en la madrugada del día primero San Pascual repitió con mayor insistencia y claridad el anuncio de los lúgubres campanillazos, flotantes en el aire con extraño sonar. Por si no fuera suficiente, concurrieron los aullidos de Orión, desde cuando anochece. — «¡Este mes! ¡no saldré de agosto!» Los aullidos de Orión toda la noche y la madrugada del día siete se hicieron tan insoportables, que Damián se levantó y mató al perro con certero balazo.

Hacía veinticinco años, justamente, que don Timoteo era perseguido por las muecas del difunto Anacleto.

La muerte de Orión abrió nuevos abismos entre Damián y su padre.

Al salir del Quincenario la noche del día trece, Micaela estrechó con efusión las manos del viejo, cuya sangre no reaccionó ya. —«Déjame en paz» —dijo con voz cavernosa y echó a andar precipitadamente, frío como muerto.

A los oídos de Micaela llegó la demencia de don Timoteo y no pudo contener la risa. —«Viejos maniáticos. Ni que fuera un santo para que le avisaran cuándo se va a morir. ¡Viejo chocho!»

DICEN que Damián había resuelto volverse a Estados Unidos y sólo esperaba el anunciado testamento de su padre y la entrega de los bienes que le correspondieran. Dicen que se había enfriado su pasión por Micaela y que sólo el desprecio público de que lo hizo víctima la muchacha fue la causa del funesto desenlace.

Las palabras de Micaela en el momento supremo: —*No le hagan nada, ¡suéltelo! él no es culpable, yo fui la que quise, porque lo quiero y a nadie como a él he querido, ¡suéltelo!*, daban lugar a los más encontrados comentarios, que subían desde la indignación por el cinismo (a pesar del precio pagado y de que ya era cosa juzgada por Dios), hasta hipótesis ingenuas que no faltaban, tratando de exculpar a la infeliz.

Había otros motivos de complejidad. Espontáneamente don Inocencio declaró que su hija, desde que volvieron de México, en marzo de este año, no tenía otra idea que salir del pueblo, sin que ningún día dejara de darle guerra por eso, y muchas veces en forma violenta, otras dejando de comer, poniéndose imposible de triste, y llorando; la noche del quince de este mes volvió a su tema con fuerza y se le salieron estas palabras, a las que don Inocencio no prestó mayor importancia:

—«Bueno, si no nos vamos o al menos me mandas a mí sola fuera de aquí, tú serás el culpable de lo que suceda.»

¡Tantas veces había tratado de conminarlo con frases parecidas! La víspera de los hechos —declaraba el padre—, la encontré doblando ropa suya y antes de que yo le preguntara nada, me dijo:

—«No habrá de faltar quien quiera sacarme de este infierno, ya que tú no quieres», a lo que siguió un altercado «en que sí, lo confieso, desgraciadamente le puse la mano, fuera de mí.»

¿Entonces —cavilan los curiosos— por qué Micaela, con peligro de vida, se resistió a seguir a Damián, y cuando éste hizo lo que hizo, aquélla confesó públicamente que a nadie había querido como al malhechor?

Por otra parte, a gritos, los deudos de don Timoteo habían dicho y seguían diciendo que Micaela fue la que azuzó a Damián contra su padre, y a Ruperto Ledesma contra Damián, que muchas veces habían estado a punto de llegar a las manos estos últimos, como lo

atestiguaban muchos hombres del pueblo que intervinieron para ponerlos en paz.

Por lo menos los «picones» que Micaela había dado a Damián, con Ruperto, el día quince, saliendo de la misa cantada, fueron públicos y notorios; horchata que le corriera por las venas, el norteño se hubiera enfurecido. Sucedió que Damián estaba en la puerta del atrio que da a la Calle Derecha, y Ruperto, con otros amigos, en la esquina de «La Flor de Mayo»; Micaela salía en unión de las López (cuando se juntaban eran temibles por sus tijeras y burlas); al distinguir a Damián, Micaela soltó una carcajada mientras decía cosas que aquél no escuchó, pero que propagaron la hilaridad no sólo entre las acompañantes de Micaela, sino entre otras personas que iban cerca.

(Después se supo que lo dicho había sido: — «¿Qué les parecen los pantalones de globito y los zapatones amarillos de perro chato? ¡ Se los paso a ver si se mueren, como dicen que otras se han muerto de puro oír hablar inglés y oler a peluquería barata!» —o bobadas por el estilo.)

Dejó a Damián con el saludo, se dirigió hacia donde Ruperto estaba, le hizo una sonrisa y cayeron de intento unos nardos que la coqueta llevaba en el pecho; Ruperto los cogió y se puso a esperar a Damián, quien sin detenerse pasó y dijo: —«Ay te dejo plato de segunda o tercera mano»; los amigos de Ruperto contuvieron a éste cuando se lanzaba tras de Damián; algunos aseguran que esa tarde o al otro día, Limón mandó decir a Ledesma que se convenciera de que dos hombres no deben pelearse por una hembra sin vergüenza.

¿Qué quiso decir Damián —cavilaban y cavilan los curiosos— con eso de «plato de segunda o tercera mano»?

Todavía el lunes dieciséis, Damián declaró en la tienda de Pancho Pérez que se iba del pueblo porque no quería emporcarse las manos. Nadie volvió a verlo en la semana; se supo que estaba en el rancho.

Ahora se ha conjeturado que sería él un jinete que se oía pasar por la calle de los Rodríguez, ya muy noche o en la madrugada, esos días entre el diecisiete y el veinticuatro de agosto.

Doña Rita, la que cose ajeno, dice que una mañana, sí, fue el miércoles dieciocho, halló un sobre de lino, como de carta de novio, arrugado, en

la esquina de la casa de los Rodríguez ¡lástima que lo echó al fogón!

Y en «La Flor de Mayo» cuentan que uno de los mozos de don Inocencio llegó el martes a comprar un pliego y un sobre finos, y en broma preguntaron si sería para Damián o para Ruperto, quién sabe si para don Timoteo. El mozo, Crescendo, ha confesado que ciertamente la difunta lo mandó ese día, de todo secreto, a comprar papel y sobre; que no sabe más y que puede jurar que nunca llevó ninguna carta a nadie.

La víspera del tremendo día de San Bartolomé, Prudencia recibió un recado de Damián; quería saber si su padre había decidido ya la partición de la herencia, porque (pieria irse a California esa misma semana, dejando arreglado el asunto.

Llegó así el veinticuatro de agosto.

8

SALVADO de la ira popular, seguro en la cárcel, Damián Limón se encerró en mutismo casi absoluto. —«¡Remátenme!» —decía como sonámbulo. Le chorreaba sangre de la cara, pollos golpes de la multitud.

— ¿Por qué has hecho esto?

— ¡Remátenme!

— Es mejor para ti que digas toda la verdad, pronto.

— ¡Remátenme!

Algunas veces añadía maquinalmente, sin convicción: —«Ustedes son cobardes; présteme la pistola para acabar pronto conmigo » No tenía trazas de borracho, como llegó a pensar el director político.

— ¡Remátenme! No merezco otra cosa.

Fuera se oía el furor de la muchedumbre:

— ¡ ¡Maten al asesino!! ¡ ¡Van a dejar ir al parricida porque es masón!!

Hubo necesidad de que interviniera el señor cura para conjurar el asedio de la cárcel; pero ésta fue rondada toda la noche y las siguientes por algunos celosos de la justicia y desconfiados de los enjuagues gobiernistas.

¿Quién pudo dormir esa noche? El que más o el que menos, en todos latía la tragedia. Los no venidos al uso de la razón experimentaban el pulso anormal de la vida: golpes de puerta, pláticas alternadas, velas encendidas, ir y venir por las calles, y de una habitación a otra, precipitadamente; muchos niños asociaban las detonaciones, las carreras, los gritos, los llantos, el plañir de las campanas; otros infantes habían presenciado la conducción del reo, chorreando sangre, rodeado de carabinas, entre puños crispados, entre caer de piedras, entre imprecaciones y lloros, entre la oscuridad creciente de la tarde, y algunas frases resonaban misteriosamente dentro de su inocencia: —«Es un monstruo.» «Mató a su padre » «Mató a una mujer.» «Por poco mata al Santo del pueblo.» «Es un monstruo.»

Y el eco: «mató a una mujer mató a una mujer a una mujer una mujer mujer mujer», en el miedo de las conciencias niñas y adolescentes.

¡Mató a una mujer!

¡Mató a su padre!

¡Por poco y mata al Padre Islas! ¡Al Padre Islas, al Santo!

Predomina en muchas bocas la pregunta:

—«¿Cómo fue lo del Padre Islas?»

«¿Cómo fue lo de nuestro Padre director?»

La versión de Pascual, el sacristán, que acompañó al Padre Chemita — como le llama—, es la siguiente, despojada de interjecciones y comentarios:

—«A las tiros, con la curiosidad, salí al atrio y a poco vi que venía corriendo Juanita Rodríguez, como loca, dando de gritos: "¡la mataron! ¡la mataron! ¡un padre! ¡un padre!"; yo sabía que no estaba el señor cura, ni el Padre Vidríales; por eso corrí a la capilla, a avisar al Padre Chemita, sin esperar a saber bien a bien de lo que se trataba, y contagiado por las ansias de Juanita; el Padre, apenas le dije que no había más que él en la parroquia y al oír los gritos dentro del templo, se levantó.

—"¡Ay, Nuestro Padre, qué desgracia, mataron a Micaela, véngase a ver si la alcanzamos, véngase a ver, vamos corriendo!" —decía Juanita con gritos que resonaban en las bóvedas, olvidándose del sitio en que se

hallaba; volamos los tres en medio de la confusión de gentes que corrían de aquí para allá, preguntando qué sucedía; en esto vemos que Damián, montado a caballo, salía por la bocacalle de los Naranjos a galope tendido, y que lo seguían muchos hombres al grito de "¡agárrenlo!"; cuando el asesino distinguió al Padre Chemita, dio el rayón al caballo, levantó la pistola e hizo dos disparos a boca de jarro, diciendo entre espumarajos de la boca:

— "Usted es al que buscaba, padre jijodiuna, usted tiene la culpa de todo, y el cura, que se los va a llevar... etc. ". ¡La Providencia! Los dos tiros nos rozaron el sombrero; el caballo resbaló y cayó, derribando al jinete, cuando éste hizo nuevo disparo que retachó en el suelo; Crescencio, Juan Lomas, el Champurrado, Tío Cejas y no recuerdo quiénes otros, nos echamos sobre Damián y lo sujetamos; en esto supe que también había matado a su padre, y como si me diera un rayo, lo solté yo, lleno de horror, igual que si fuera un alacrán; creo que sí, le solté una patada que debe haberle dado en las costillas, porque se sofocó y se le cortaron las palabras de "¡montoneros! ¡cobardes!", como si se le cortara la respiración; me acordé del Padre Chemita y sin reponerme del coraje y del susto, seguí hasta la casa de don Inocencio, me abrí paso y llegué hasta la puerta de la recámara a donde habían llevado a la moribunda; estuve allí hasta que salió el Padre con dos lagrimones en los cachetes; nunca lo había visto llorar.

—"¿Alcanzó a confesarse?" —le pregunté, le preguntamos los que estábamos allí. No contestó nada. Tieso, sin hacer caso de nadie, salió a la calle, hizo señas de que me fuera a la parroquia y tomó el rumbo de su casa; dicen que fueron a tocarle muchas veces y nadie dio señales de vida; muy de madrugada le mandó un recado al señor cura, diciéndole que se iba a Clamores y tardaría una semana, pues piensa hacer allá sus Ejercicios Espirituales.»

—«Fue trabajoso agarrarlo —cuenta Tío Cejas entre un gentío que invade "La Flor de Mayo"—; nos trajo corriendo por medio pueblo y hubo un momento en que se nos iba a ir por el camino de Teocaltiche, que a toda costa quería tomar; al principio ninguno traíamos armas ni caballos; esperábamos a que diera vuelta en las esquinas por miedo a un plomazo; a puros gritos íbamos siguiéndolo; yo fui de los primeros;

venía de Las Trojes, quitado de la pena, cuando frente a la casa de los Ramírez oigo los gritos de "¡agárrenlo!" que venía dando Crescencio, por la calle de arriba, mientras no sé quién otro gritaba de más abajo, al tiempo que daba vuelta Damián; unos que estaban en el tendejón de doña Celsa, salieron; Damián nos vio a todos y se echó atrás; Crescencio y yo lo seguimos, luego fuéronse juntando más hombres, y ay andamos de aquí para allá, sacándole a los plomazos que de cuando en cuando nos tiraba; lo bueno fue que por el camino de Teocaltiche venían Juan Lomas y otros individuos a caballo, sacaron sus pistolas y no se arriesgó Damián a jugarse el todo por el todo, sino que saltó la acequia y volvimos a encajonarlo en la cerca de don Matías, que fue el que hizo el primer disparo con una carabina vieja, que no debe aventar los tiros a más de dos metros, pues lo tuvo a boca de jarro y le erró; quién sabe quién gritó: "hay que agarrarlo vivo, no le disparen", y de vuelta lo traemos por toda la calle de los Naranjos. A todo esto ni luces de la autoridad, que se presentó con su policía cuando ya lo teníamos desarmado, bien agarrado y como santocristo; de lo único que sirvió el director fue para salvarle la vida; si no, allí la gente hubiera rematado a Damián.»"

Con una cara que nadie le conocía, llega el señor cura a «La Flor de Mayo» y pide con voz apagada: —«Es mejor que se vayan a sus casas a rezar por tanta aflicción. Váyanse. No es bueno que se haga más escándalo.»

Hace mucho que no salía el pueblo de sus hábitos reservados. El cura va dispersando las chorchitas callejeras, va haciendo que se cierren — como siempre— las puertas, las ventanas y las tiendas en que la curiosidad encontró asilo.

¡Pobre pastor! Andaba en las obras de la Casa de Ejercicios cuando escuchó las detonaciones, bajó corriendo y lo encontraron las tristes noticias. Quiso partirse en cuantos curas fuera necesario y acudir a las distintas partes que lo reclamaban; mandó recados a sus ministros para que acudieran a la casa de don Inocencio y al sitio en que se hallara Damián, en tanto, cogiéndole cerca, se dirigió a la casa de don Timoteo. ¡El desorden que halló por el camino, y en la cuadra y en el zaguán de la casa! Inútiles los ruegos de dispersión: a gritos iban contándole cientos

de bocas lo acaecido: mandó cerrar la puerta y entró — como en iglesia repleta— a la recámara del muerto; el Padre Reyes acababa de santoliar el cadáver, al que antes administró una condicional absolución. —«Ya no hay sino callarse y rezar, rezar» —dijo con voz fuerte, sobre la marea de llantos y murmullos, encarándose a los asistentes; impuso la salida de los que no fueran deudos; y al fin se apartó con Prudencia que lo tenía abrazado desde que lo vio entrar en la pieza. Más por dar desahogo a la cuitada, que por interés de conocer los detalles, le preguntó con tierna solicitud cómo había sido aquello. Frases inconexas, lagunas de llanto, fugas de respiración, improperios. Don Dionisio pudo saber que Damián llegó a media tarde, con aparente calma, y dijo que quería hablar con su padre.

— «Por lo que más quieras —había dicho Prudencia—, no le vayas a tratar nada de testamento ni de cosa que lo altere »

—«No tengas pendiente» —había respondido Damián, por primera vez despojado de la brusquedad con que hablaba en su casa.

«Quién quite y el sentimiento que trae mi padre haya hecho cambiar a mi hermano» —pensó entre sí Prudencia. Todavía estuvo escuchando que los dos hombres platicaban tranquilamente.

—«Yo no sé cómo se te ha puesto eso de irte, si aquí tienes modo de trabajar a tus anchas, en cosas propias, y ganar el dinero que quieras» —oyó que decía don Timoteo, con tono paternal, muy reposado. Prudencia tuvo sosiego para volver a sus quehaceres. En la casa no había nadie. Don Timoteo salió al patio:

—«Prudencia, óyeme, anda allí con mi compadre Zenón Placencia, y dile que me mande las cuentas del maíz comprado al tiempo; lo esperas hasta que tú misma traigas eso, que necesito »

¿Qué podía tardar? Don Zenón andaba en la huerta; pero de todos modos en menos de un cuarto de hora volvió Prudencia y halló la puerta del zaguán abierta; en el patio, anda vete: no estaba el caballo de Damián; pero vio regados unos pesos fuertes; Prudencia tuvo una corazonada, comenzó a llamar a su padre, a Damián; todo silencio; corrió a la pieza ¡y bien muerto!

El señor cura se esfuerza en infundir resignación a la muchacha, le asegura que su padre se hallaba bien preparado para la muerte, le inculca fortaleza para hacer frente a la prueba con que Dios la somete, le dice que debe perdonar y que desde luego debe hacerse cargo de la casa, cuidar el amortajamiento del difunto, sobreponerse a todo con cristiana entereza.

Lo antes posible don Dionisio corre a la casa de los Rodríguez; cuando llega, salen el director político y don Refugio: han ido a dar fe de las heridas.

— Un balazo que le atravesó los pulmones. Crimen vulgar, de los que llaman pasionales — adelantose a decir el director, y añadió—: Ya ve usted cómo está cundiendo el desorden; ya debía decidirse a ayudarnos en la formación del partido de la gente de orden.

¡Crimen vulgar uno de esta magnitud! ¡Crimen vulgar el parricidio, que los anales de la comarca, en cincuenta leguas a la redonda, no habían registrado nunca! ¡Tomar las cosas con ese despego y, a más, querer capitalizarlas en intereses políticos! Al cura se le encendió la sangre; pero supo contener la lengua, despedir al director y entrar a padecer con aquellos feligreses en desgracia.

Le repugnaba el conocimiento de las circunstancias de este otro crimen, mucho más que en el caso de don Timoteo; pero por la combinada versión de muchas bocas, que entre sí se arrebataban las palabras, hubo de saber que volvía Micaela de casa de las López a donde había dado en ir casi todas las tardes, cuando la alcanzó Damián. Dicen que doña Rita, la que cose ajeno, escuchó que le decía:

—«Orita mismo ha de ser y aprisa, si quieres, porque ya te dije que me sucedió una desgracia muy grande» —y que no abrió la ventana porque le dio miedo el tono con que hablaba el hombre.

(Más tarde, y hasta cansar, doña Rita va y viene confirmando y adornando las palabras que oyó detrás de la ventana, cuando cosía.) Crescencio vio que cuando Micaela iba a dar vuelta en la esquina de su casa, Damián quiso levantarla en peso, a fuerza; venciendo el susto, Crescencio corrió en auxilio de la muchacha, en tiempo que ésta lograba correr, y Damián le disparaba, queriendo todavía subirla en la silla; pero al ver que llegaba Crescencio, echó a correr; Micaela dio

algunos pasos, antes de caer, y cuando la recogieron don Jacinto Buenrostro, su mujer y sus hijas, fue cuando dijo:

—«No le hagan nada, ¡suéltelo!, él no es culpable, yo fui la que quise, porque lo quiero y a nadie como a él he querido; ¡suéltelo!» En eso llegaron doña Lola y Juanita (don Inocencio andaba en el centro: le avisaron de sopetón en la tienda de don Hermenegildo Quezada), y aún Micaela pudo decir con trabajo:

—«Ya las voy a quitar de sufrir.»

Dicen que fue lo último que habló; pero todavía daba señales de vida cuando llegó el Padre Islas.

Al ver al señor cura, doña Lola prorrumpe con acento desgarrador:

—«¿Cree usted que se haya condenado? ¡ay, no, Dios mío! ¡dígame usted que no!»

El señor cura trata de serenarla, de consolarla. Como si nada escuchara, doña Lola vuelve de pronto a gritar, como loca:

—«¿Qué le hemos hecho a Dios para que nos trate así? ¡Es injusto!»

Y como las blasfemias no se le caen de la boca, los que primero comenzaron tapándose los oídos, luego deciden abandonar la casa. Don Dionisio permanece allí hasta conjurar la crisis de la pobre mujer. Don Inocencio, encerrado en un cuarto, no quiere dejarse ver de nadie.

El señor cura se dirige a la cárcel. («Un crimen vulgar —va pensando— ¡un crimen vulgar! cuando hace ya casi diez años que no se registraba un homicidio dentro del pueblo; la hora de Satanás pone a prueba el trabajo de mucho tiempo; mis pecados, mis omisiones concurren tal vez a derribarla; ¡pobre de ti, pastor lleno de flaquezas, pobre de ti, pobre de tu pueblo!») Ha ordenado que doblen las campanas, en miserere colectivo, excitando al sufragio por los muertos, a la rogación por los vivos y al remordimiento del malhechor, quien al verse frente al párroco, tuerce las manos y lanza un gruñido seco:

— ¡Ni crea que voy a confesarme!

Y otro, cortante:

— ¡Déjeme!

—Vengo a ver si puedo servirte de algo; no a otra cosa —repone con mansedumbre don Dionisio, y a sus palabras contesta el mutismo del reo, mutismo sobre el que caen, acusadoramente, los dobles de todas las campanas.

— ¿Por qué no hace que se callen esos toquidos?

— ¿Y cómo haremos para que se calle Dios?

— ¡Me van a volver loco!

—Es porque no quieres oír lo que te dicen; sólo haces caso de lo que te recuerdan.

— ¡Mande que se callen!

— ¿Y cómo haríamos para que se callara ese ladradero de perros que llena la noche por todos lados?

— Dice bien. Son preferibles las campanas que los ladridos.

Otro largo silencio en el cuchitril, siniestramente alumbrado por una raja de ocote.

-¿De veras quiere hacerme un favor?

—Ya te dije que a eso vine.

—Dígales que no me dejen a oscuras en la noche.

— Voy a mandarte un aparato de petróleo.

— Usted dirá que tengo miedo.

—A Dios debías tener miedo.

— ¿Quiere que le diga la verdad? Yo, francamente, no creo en Dios.

— Entonces, ¿por qué no quieres oír que ladren los perros, ni quedarte a oscuras? ¿Tienes miedo de que te maten?

— Usted sabe bien que me quisiera morir y que si yo supiera que usted era capaz de hacerlo, le pediría de favor que me matara.

—Tú eras el que querías matarme.

— Sí, ¿por qué voy a negárselo? Váyase, pues.

—No, si no vengo a molestarte con reproches; tú tendrías tus motivos; yo tengo los míos para querer darte buena compañía y tratar de animarte.

—No, váyase, su presencia me hace daño. Y en cuanto a mis motivos...

—No quiero saberlos.

— Déjeme: a usted le echo la culpa de este aire imposible de respirar que hay en el pueblo; a usted, pero principalmente a ese Padre Islas.

— Un aire que quiere impedir los libertinajes fuera de la Ley de Dios.

— Usted comprende que yo no estoy para discusiones.

—Tampoco yo quiero discutir ahora. Descansa. Y cuando quieras reflexionar, no te niegues a las voces de la oscuridad, o de los perros, o de las campanas. ¿Quieres algo de comer? ¿Quieres agua? -No.

—Te mandaré un cántaro de agua. Que pases buenas noches. Si algo se te ofrece, voy a hacer que me avisen. Yo sí voy a pedirte una cosa, una cosa fácil. Cuando ahora o mañana o más tarde te acuerdes de alguna oración, rézala, no vayas a desecharla. Dila con los labios, aunque no la sientas. Yo sé lo que te digo, te aliviará. Por ejemplo, si te molesta el aullido de los perros, procura rezar y poco a poco se te olvidarán.

— Hay cosas que no se pueden olvidar.

—Pero esas cosas pueden servir para tu alma, que es lo principal.

El señor cura se encamina a la puerta. Las campanas han cesado de tocar. Los ladridos cobran intensidad.

— Oiga —gime Damián— ¿cómo voy a creer en el alma?

— No te preocupen tus dudas. No quieras discutir las ideas que se te ocurran. Escúchalas, no más.

— Yo, yo no quisiera quedarme solo, y no es por miedo.

—Si te abandonas, ya verás que no te quedas solo.

— ¿En verdad no se alegra usted de lo que me ha sucedido?

— ¿Cómo piensas eso? Yo quiero ser ahora tu padre; lo quise ser contra tu voluntad, por designio de Dios, y si hay alguien que sienta lo ocurrido, ten por seguro que si se pudiera, yo cambiaría las cosas.

— Eso no es posible. No es posible. A veces sí creo que es todo un mal sueño.

— Lo que sí es posible, créemelo, es la salvación de tu alma.

— Váyase ya, ni crea que voy a confesarme.

— La confesión es cosa libre y ninguna cárcel puede privarte de esa libertad. Adiós, Damián, que Nuestro Señor te abra los ojos.

Todavía en la puerta se volvió para decir:

—Tú, yo, todos somos pecadores; pero también a todos nos iguala la Misericordia de Dios.

En la calle había una luna resplandeciente: la luna de la calma, la luna de las abusiones de agosto, la de la gota serena.

El soliloquio se reanuda: «Pobre de ti, pastor lleno de flaquezas, pobre de ti; las ovejas que se te confiaron van descarriadas; los lobos aúllan por todas partes; una sola que se te pierda — ¡cuántas ya se te habrán perdido! — ¿qué cuentas vas a darle al Señor? Micaela...» Pero el caprichoso pensamiento va a retachar en la memoria de su sobrina María. «¿No es mejor que se hubiera muerto de chiquita? ¿No pudo ser hoy, no puede ser mañana víctima de la epidemia que invade a las almas?» El egoísmo de la consanguinidad, la rebeldía humana se encabrita, y el párroco necesita gran esfuerzo para sobreponerse: «Lo mismo y más debes sentir y cuidar a todos tus feligreses, libre de preferencias y lazos familiares.» El pensamiento se obcecaba. «¡María! ¡María! ¿Qué irá a ser de ti?» Otro pensamiento acude, como espina: «¡Gabriel!»

Llegado al curato, Marta le ruega con la cena, sin que pruebe bocado, como tampoco, vuelto de los velorios, podrá probar el sueño.

Contra la costumbre, como miserere del pueblo, como excitación a los pecadores, cada hora, toda la noche de aquel infando día, y en la madrugada, y en la mañana, cada hora doblaron las campanas.

— ¡Qué distinto de como tocaba Gabriel! —dicen voces temerosas en lo escondido de las alcobas, en el insomnio de patios y corredores.

— Como si también las campanas se hubieran muerto desde aquel día en que las tocó Gabriel por último.

9

SORPRESA no fue; dolor tampoco, ni desvío ni añoranza simples, ni simple desamor, lo que Bartolo Jiménez descubrió en los ojos de su cónyuge —que había sido novia de Damián—, cuando temblando de

cólera, de pánico y de satisfacción vino a contarle lo que acababa de suceder, y al contárselo se atrevió a mirarla, curioso de ver los sentimientos que reflejara. Mejor no lo hubiera hecho. Fue una fiereza contenida de muchos años que de pronto estallaba, mirando a Bartolo con rencor y resentimiento, como a viejo enemigo, como a ladrón que inicua, injustamente la poseyera, como a verdugo, como a causante de la desgracia caída sobre Damián. Peor que si éste lo hubiese dejado seco, abatiéndolo con siete tiros en el corazón. Una sola palabra no medió entre marido y mujer. Sin embargo, los dos comprendieron que la vida cambiaba para ellos en ese momento. Bartolo, sintiéndose humillado en su condición, resolvió allí mismo irse al Norte; cuanto antes, mejor.

10

EL entierro de los cuerpos se precipitó por temor a que mandaran de Teocaltiche un médico que quisiera practicarles autopsia: «tasajearlos como reses —opinaban las gentes—, diz que a pretexto de alegatos en el juzgado; todo, menos eso: ¿para qué si estaban bien muertos y no los habían de resucitar con averiguaciones?» La prisa que arrebatava los cadáveres al culto familiar antes de tiempo fue uno de los detalles más dolorosos en la tragedia.

El pueblo mostró su oscura justicia concurriendo a la misa de cuerpo presente y sepelio de don Timoteo; absteniéndose de hacerlo en el caso de Micaela: sólo el señor cura, gentes de la mayor intimidad u obligadas económicamente con los Rodríguez fueron los asistentes.

La hostilidad popular se hizo ya sentir en el velorio de la difunta, escasa y fríamente concurrido. (Lucas Maclas estuvo en la primera parte de la noche y como no hubo quien le picara ni mantuviera la plática, se marchó a casa de los Limón antes de la hora en que pensaba hacerlo. Su frustrado tema en casa de los Ramírez comenzó a ser el de la *Ley fuga* en los tiempos del general Tolentino, allá por el ochenta y tres y el ochenta y cuatro. Instalado en el velorio de don Timoteo y con

ambiente propicio, inició sus historias con la de una cirquera malabarista que jugaba con muchos tizones ardiendo y cuchillos: «pero dónde, una vez, allí en las fiestas de Nochistlán, se le entrambulicaron las pitas, uno de los cuchillos le dio en el mérito corazón, le cayeron encima los mechones ardiendo, y cuando trataron de apagarla, ella misma era un tizón sangrante, que ni lucha le hicieron»... Era, claro, la historia de Micaela, transpuesta en lejanías de tiempo, espacio y condición.) A la una de la mañana ya no quedaban en casa de los Rodríguez más que peones y medieros llenos de sueño, sin iniciativa para reanudar los rezos por la muerta; en cambio, los rosarios se sucedieron sin interrupción, cada media hora, en tomo a don Timoteo, cuya casa se vio pletórica hasta la hora del entierro. Hubo críticas para el señor cura por haber mandado de cenar al asesino. Hubo sarcasmos para la caja blanca de Micaela. Los Limón anunciaron que no llevarían a la parroquia el cuerpo de su padre si lo habrían de poner en el catafalco que hubiera ocupado el cadáver de la causante de todo, y al fin consiguieron que las honras fúnebres de don Timoteo fueran primero que las otras. — «¿Cómo van a admitir en la iglesia el cuerpo de una...?» —cuchicheaban los adictos a los Limón. — «¡Ni se confesó!» —añadían.

Cuando el mermado cortejo de Micaela pasó de su casa a la parroquia y de allí al camposanto, ni una ventana, ni una puerta cedieron la hostilidad, y hasta los hombres rehuyeron en las calles el encuentro.

—Ruperto —se comentó después— tuvo la desvergüenza de ir al entierro.

— Mayor desvergüenza fue que lo admitieran.

— Y anduvo diciendo que Damián no saldría con vida del pueblo; que él iba a arreglarle cuentas.

— Antes fue cuando debió haberlas arreglado, si hubiera tenido pantalones.

En el camposanto, Lucas Maclas anduvo señalando las tumbas de muertos por la Ley-fuga.

—Si Damián fuera reyista... porque ahora nomás a los políticos se las aplican —comenta uno del corro.

11

AHORA sí ya nos podemos ir componiendo con Prudencia, Clementina y Juan —dicen los que dejaron algún compromiso pendiente con don Timoteo—; lo que es los hijos, hasta el pellejo nos van a quitar.

12

LLEGA el piquete de gendarmería que viene por Damián. Se sabe que no lo llevarán a Teocaltiche, sino a Guadalajara. El párroco se apersona con el director político, en demanda de seguridades legales para el reo.

—Yo no sé nada. Ordenes son órdenes. Allí el cabo de la escolta es el que sabe si puede alguien acompañar al reo. ¡Si aquí fueran corralistas, algo se podría hacer! Además, el reo se ha negado a hacer declaraciones preventivas. Esto le perjudica.

Sólo el señor cura se interesa por la suerte del criminal. Día con día lo visita. El tono de sus amonestaciones cada vez más enérgico, no ablanda la dureza del prisionero, que tampoco quiere admitir la compañía de ningún eclesiástico en su viaje a la capital... o a la muerte.

Sí, entonces, cuando sacan a Damián, en la madrugada del treinta y uno, día de San Ramón, ventanas y puertas abren su curiosidad.

— ¡No quiso al fin confesarse!

—No lo llevaban amarrado.

—No llegará ni a la Labor.

—No le hace que vaya con él el Padre Reyes.

—No quiso declarar nada.

— ¡No quiso confesarse por nada de este mundo!

— ¿Y Ruperto?

—Bien, gracias.

— ¿No le salió al camino? ¿No intentó hacerle algún disparo?

De Ruperto, ni sus luces.

— Ha de haber estado metido debajo de la cama.

— Vestido de mujer.

Cuando la conducta del preso pasó por la Labor de San Ramón, tocaban la tambora y las chirimías; restallaban cámaras y cohetes, lo que dio motivo para llevar al pueblo la noticia de descargas contra Damián Limón, ludibrio de la comarca.

ESTUDIANTES Y AUSENTES

1

MUY en los primeros días de septiembre comenzaron a llegar los estudiantes, que venían a vacaciones, y de pronto el duelo del pueblo pudo sofocar sus locuras y hacerlos partícipes del sentimiento común. Poco a poco, las cosas volvieron de revés y la chispa de los estudiantes fue consumiendo la tristeza, el malestar de las gentes.

La mayoría son estudiantes del Seminario Conciliar. El pueblo se halaga con que lo llamen levítico. De él han salido y salen ministros del Señor, esparcidos por toda la Arquidiócesis. Raro es el año en que van menos de doce muchachitos a iniciar su latinidad; por lo común sobrepasan ese número. Raro es el año en que no haya por lo menos un cantamisa de algún hijo de la parroquia.

El tiempo de vacaciones constituye para el señor cura un período lleno de cuidados y riesgos. ¡Cuántos muchachos ya filósofos y aun teólogos, cuya vocación parecía firme, han destripado en estos meses de libertad, al arrimo de viejos y nuevos afectos! Lo más frecuente: seminaristas que por vanidad o por pasatiempo se hacen de novia, regresan a sus estudios con un principio de disipación, del que difícilmente se libran, y aunque al transcurso del año no formalicen relaciones, divagarán como las chuparrosas, engreídos del mundo: aquí tocarán la guitarra y cantarán tonadas profanas, allá los aplaudirán porque declaman poesías románticas, jugarán a la baraja, se harán célebres por sus cuentos atrevidos, escandalizarán por su poco espíritu de recogimiento, pondrán señuelos a otras y a otras muchachas, y el día menos pensado ahorcarán los hábitos o se harán malos sacerdotes.

No es el solo daño de las vocaciones que se frustran, sino el profundo y permanente de las conciencias de mujer que quedan sobresaltadas —

exaltadas—, inquietas, perdidas en ilusiones y temores. ¡Cuántas — Lina, Magdalena, Gertrudis— llevan años de esperar y desesperar! ¡Cuántas en la vana esperanza se hicieron viejas! Este año ¿cuántas comenzarán la incierta espera, cuyas espinas agudiza el remordimiento de jugar contra Dios, escamoteándole un operario de su viña? Remordimiento de no dormir en todo el año, en muchos años. Angustias de recibir y de no recibir cartas del ausente.

¡Cuántos vendrán con la resolución de cortar la carrera y echarán sal de lágrimas en la esperanza del Cura, en las esperanzas del padre, y de la madre, y de la parentela, que soñaron ennoblecer la estirpe con un ministro del Altísimo! ¡Cuántos otros echarán este año la primera simiente de su desahucio! *Multi siint vocati etpauca electi*.

¿Cuántos? ¿Cuántas? Como si al pobre cura le faltaran motivos de desvelo.

2

LA inquietud externa y las tinieblas disfrazadas de luz, la inquietud del mundo, las múltiples inquietudes de la hora llegan con los estudiantes, cuyo parloteo prolonga los ecos del tráfago y conturba el silencio de las almas, en el pueblo.

Se apresura Lucas Macías a cambiar historias viejas por novedades calientitas. No es que les haga completa fe; pero «atando cabitos se saca el ovillo».

—¿Qué hay de política? —¿Se queda don Porfi? —¿Hay siempre bola? —¿Qué se dice del Centenario?

Y como Lucas, todos los noveleros del pueblo, a cual más, tiran la lengua de los estudiantes, facilísima empresa, pues los recién llegados «piden de eso su limosna», ganosos de lucir su información, su perspicacia, el aplomo de sus juicios y pronósticos, igual que si en sus manos trajeran los hilos del universo y el destino de las gentes.

Los muchachos vienen mentando a un Francisco Madero, que anda por el Norte diciendo discursos antirreeleccionistas; unos dicen que

está loco: nada menos quiere figurar como vicepresidente al lado de don Porfirio; otros, que es espiritista y masón, que llegado el tiempo contará con la ayuda de los gringos; otros, que carece de toda importancia, cuando ni el general Reyes ha podido con la situación; éste sí que nos llevaría al anarquismo; pero no hay caso: no es general, ni siquiera licenciado: un ranchero de Coahuila; ¿cuándo han venido del Norte las revoluciones? —«¿Ya lo ven? Pues ustedes han de acordarse de mí —dice Pascual Aguilera, estudiante de quien se rumora que no volverá ya este año al Seminario—; ¿por qué Madero está metiendo tanto ruido, y se hace oír en todas partes, y en todas partes funda el partido antirreeleccionista, y siendo él rico lo siguen los pobres? Así comienzan los apóstoles. Que se anden con cuidado los científicos y se acuerden de la historia de David y Goliat. Ustedes han de acordarse de mí.» Pero nadie comparte la opinión de Aguilera.

En lo que los estudiantes hallan acuerdo es en la opinión de que Reyes no dará la pelea y las cosas continuarán como hace treinta años.

Lucas Macías procura grabarse las señas: —«Un blanco, chaparro él, de barba, nervioso y simpaticón.» Lucas no sabría explicar por qué desde un principio asoció el nombre y la figura de Madero, con la más sensacional noticia traída por los estudiantes: la vuelta del cometa Halley, noticia que para el común de los vecinos empalideció los temas de política, y sembró gérmenes de zozobra.

— Ni duda cabe que habrá ya no digo revolución, sino guerras, hambre y peste —profetiza Lucas enfáticamente, por todos lados; acogiendo las opiniones de Pascual, añade—: Cuando salen los apóstoles, el mundo los llama locos, les avientan piedras los muchachos, las autoridades los ponen presos; pero nadie los puede callar, nadie los podrá detener.

3

— ¿Y LUIS Gonzaga?

— Rematado, en el manicomio de Zapopan —responde la voz autorizada de Fermín García, que ha venido este año con las Ordenes

Menores, e inclina maniáticamente la cabeza para que todos le admiren la flamante tonsura, grande y escrupulosamente rasurada—; hube de visitarlo la víspera de mi salida; entiendo que durante los primeros días de su permanencia en aquella casa, fue menester aplicarle la camisa de fuerza; yo lo encontré atravesando por un período de relativa calma; su demencia es ahora encarnar al dios que los paganos llamaban Apolo Musageta, o sea, según se lee en los clásicos griegos y latinos, el dios que dirige y conduce a las musas. Ya no sólo la gravedad eclesiástica sino el más elemental decoro impídeme recordar las torpes imaginaciones de nuestro infortunado paisano; básteme decirles que son mujeres conocidas por muchos de nosotros las que Luis, en su insania, pretende convertir en musas. —El remilgado hablar que ha traído el minorista Fermín sume en éxtasis a sus familiares.

No es por cierto novedad para el pueblo el desenlace que ha tenido Luis Gonzaga. Sobre haberlo anunciado Lucas Macías con historias viejas, personas venidas de Guadalajara se encargan de poner al día cuanto le sucede a Luis.

Por los Ruesga, que fueron testigos, pudieron conocerse al día siguiente de la fuga los detalles del encuentro entre Gonzaga y su padre. Don Alfredo dio alcance a su hijo, la misma noche del seis de mayo, en el mesón de Confía, donde cenaba, dispuesto a seguir el camino, terco ante las insinuaciones de los Ruesga, que allí pernoctaban; diversos pasajeros le habían dado rastros de la señora en cuyo seguimiento iba; sin descansar en la noche, contaba con alcanzarla en inmediaciones de Ixtlahuacán. Los Ruesga trataban de disuadirlo y aun de hacerlo volver con ellos al pueblo, cuando apareció don Alfredo en la puerta de la fonda, y sin darle tiempo de hablar, como si lo esperara, Luis Gonzaga se le encaró resueltamente, gritándole:

—«¡Dónde no habría de ser usted, padre! ¡Dónde no habría de querer estorbarme! Pero sépalo de una vez: ¡nadie me podrá detener!»

Su repentina furia crecía, sin motivo:

—«Y ya sabrá, ya le habrán dicho a dónde voy: ¡a casarme con Victoria o a matarme si no consigo que me quiera! ¡No trate de ponérseme delante!»

—Al decir esto levantó la mano tan resueltamente contra el autor de sus días, que los presentes, a una, intervinieron para contenerlo. Don Alfredo se había quedado como estatua.

—«¡Déjenme ir!» — gritaba Luis, forcejeando; logró desasirse con potente, rápido impulso, y se desplomó en una silla, gimiendo:

—«Ustedes tuvieron la culpa, invitándola. Me chocaba, la odiaba. Pero a poco tiempo el diablo me la metió por todas partes, a todas horas, y ni en sueños me dejaba: ora su perfume se metía por las narices, luego su voz por las orejas, y su cuerpo estaba siempre dentro de mis ojos, aunque quisiera cerrarlos, y mi boca, y mi tacto, y mi lengua, y mis pasos. Es horrible; pero yo no puedo vivir lejos de ella; sé bien que si no consiente, me mato, y si consiente, será ella la que me mate; pero yo no puedo vivir ya»...

Crecían los gemidos, que luego se hicieron convulsiones; hasta los escépticos arrieros que allí estaban, comenzaron a alarmarse. No, no era farsa, no era cosa de risa el temblor, luego los retorcimientos del muchacho, quien de pronto se irguió, y con una gran voz, dijo:

— «¡Victoria es mi condenación y no me podré ya escapar!» —todavía masculló palabras ininteligibles y dio contra el suelo, rígido, como difunto. Volvió en sí hasta la madrugada, el temple cambiado: —«Padre ¿dónde estamos?... yo no me acuerdo haber salido de la casa... ¿dónde está mi mamá?... Lléveme con Victoria... Victoria... Victoria... me dijeron que se había ido... háblele... Yo voy a donde usted quiera, padre.» Se quedó tranquilamente dormido. Llegó de Cuquío un práctico en medicina, que aconsejó llevar al joven a Guadalajara, lo antes posible. Don Alfredo mandó traer a doña Carmen. Luis pasó el día como idiotizado. A la mañana siguiente, los Pérez marcharon a la capital.

Otras noticias fueron llegando al pueblo: temerosos de un encuentro con la culpable de todo, los Pérez han ido a México; Luis está mejor, aunque de vez en cuando le llega la demencia de la viuda; Luis dice haber tenido una revelación que le ordenó ingresar de nuevo al Seminario; los Pérez van a volver al pueblo, ahora Luis está empeñado en hacerse jesuita.

En julio se supo que parecía un hecho la entrada de Luis en el noviciado de la Compañía. En agosto, quizá de regreso al pueblo,

llegaron los Pérez a Guadalajara. Luis tuvo nuevo ataque de locura. Luis está en el manicomio de Zapopan.

Cada una de estas noticias iba sonando a cosa más y más remota, de segundo plano. El crimen de Damián las postergó en absoluto.

4

ESTO lo saben sólo tres personas: desde fines de mayo comenzaron a recibirse unas cartas de sobre fino, perfumadas, dirigidas —por aristocrática letra de mujer— a nombre de *Gabriel Martínez*. La primera fue devuelta, pasados quince días, con las notas de «no conocido» —«no reclamada». La siguiente traía como dirección al curato. Se la llevaron a don Dionisio; comprendió la procedencia; caviló; decidió que su deber era incinerarla; igual suerte corrieron las cuatro consecutivas; don Dionisio logró la reserva del agente postal, exponiéndosela como caso de conciencia, por los daños que aquellas cartas podían acarrear. La pieza que trajo el correo del diecinueve de agosto venía con acuse de recibo; no hubo manera de eludir la información: «el destinatario no se encuentra en la población y se ignora su domicilio actual». Esto lo saben sólo el señor cura, el Padre Reyes —vigilante del movimiento postal— y el agente de correos. Mas los seminaristas han traído la versión de que una dama muy distinguida estuvo inquiriendo cuáles eran de acá, y entre las cosas que les preguntó fue si sabían a dónde se había ido Gabriel Martínez, el campanero; por supuesto, aparentando que no le daba importancia; envolviendo el tema en cuestiones relativas a otras muchas personas. El pueblo no sabe a ciencia cierta el paradero de Gabriel.

—«Se fue como vino» —dice Lucas Macías. Misteriosamente.

5

No estando en su mano desautorizarlos, pero mal de su grado, el señor cura recibe los avisos de los estudiantes, que van a pasar en otros lugares parte de sus vacaciones; le molesta principalmente que vayan a las fiestas comarcanas de Mexxicacán, de Yahualica, de Toyahua, de Nochistlán, que se celebran durante los meses de septiembre y octubre.

—«No vuelven iguales.»

—«¿De qué sirve que aquí no haya ocasiones de disipación: días de campo, meriendas, chorchitas, juegos de estrado, y menos otras cosas peores, bailes, por ejemplo, si allá pueden darse vuelo?»

Lo peor es que traen casi siempre algún condiscípulo, algún amigo de esos rumbos, y por quedar bien con ellos ponen al pueblo en un vilo, se hacen facetos, presumen de libertinos, consiguen guitarras, cantan, alborotan, y el vecindario no sólo les tolera, sino que les celebra sus calaveradas. Los extraños vienen con aire de conquistadores: no hay muchacha de buen ver que dejen en paz. El año pasado se hizo necesaria toda la energía parroquial para impedir fiestecillas que trataban de organizarse a iniciativa de los forasteros.

6

EFEMÉRIDES: el tres de septiembre volvió el Padre Reyes de Teocaltiche, a donde fue acompañando a Damián Limón. (Siguen unos juzgando mal estos cuidados para el parricida y mata-mujeres; otros defienden el celo eclesiástico por no dejar perder un alma, y tachan de faltos de caridad a los murmuradores.) El cinco estuvo de vuelta el Padre Islas, y hubo expectación. Pero ambos ministros contrariaron con su silencio la avidez del pueblo. Únicamente se supo que no había habido *Ley fuga* para el criminal: predominó la desilusión.

Quizá traído por un estudiante, comenzó a circular de mano en mano, desde el día nueve, un recorte de periódico, procedente de Guadalajara, en que aparecían con letras de molde el nombre del pueblo y el relato del sensacional crimen, adornado con detalles que los vecinos ignoraban, y que con ser tal vez producto de la imaginación gacetillera,

fueron aceptados como verdades fuera de discusión, por venir impresas; hubo quien aprendiera de memoria el texto, que si en apariencia despertaba enojo por el vergonzoso motivo que hacía sonar el nombre del pueblo, en el fondo les halagaba ver que la prensa se ocupara de un asunto regional.

—«¿Ya vieron lo que dice *la prensa*?» Con énfasis respetuoso era pronunciada la solemne palabra. Se formaban corrillos. Los analfabetos desvivíanse por conseguir y hacerse leer el recorte. Los ánimos iban acalorándose con las discusiones provocadas, que comenzaban por aquello de «¡Qué pueblecito ni qué pueblecito: villa debía decir, y muy cristiana!»; seguían con lo de «*Norteño* debía decir y no *acomodado agricultor*: ¿cuándo ese vago tomó un arado, ni sembró una semilla?», y terminaban con exclamaciones al llegar a estos pasajes del reportazgo:

—«Parece ser que la iracundia magnífica que se posesionó del galán, encendió en súbito y febril amor a la muchacha, cuyas últimas palabras fueron una confesión del morboso afecto; la que momentos antes rehusó seguir al amartelado pretendiente, ahora pedía con delirio que nada le hicieran, pues ella se declaraba culpable absoluta de los hechos. Falta que el criminal quiera valerse de esto en su defensa: ¿se ven casos de cinismo!...»

«No precisamente fue el robo el móvil del parricidio, pues sólo unas cuantas monedas tomó el demoníaco engendro al consumir la negra acción; más bien se cree que la violencia se apoderó del mal hijo, cuando su padre le negó al mismo tiempo el consentimiento del viaje que premeditaba y la parte de la herencia que le correspondía; bien que no falten calenturientas hipótesis en el sentido de que los celos armaron al parricida, pues llegase a afirmar que el muerto también pretendía a la novia del joven Limón.» Estallaban chispazos filosóficos:

—«El cáncer de las costumbres invade ya sectores inviolados, y es tiempo de que la sociedad se vea protegida por una justicia rápida, ejemplar y convincente»... «La opinión pública queda en espera de los procedimientos del Juez Letrado de Teocaltiche, a donde ha sido conducido el reo, por pertenecer a esa jurisdicción criminal»...

«Que pronto el paredón sea el punto final y el debido escarmiento de este drama, sin que valgan triquiñuelas en favor de esta hiena, cuyos

hechos han llenado de espanto a la pacífica y risueña región en que se desarrollaron, y que sin duda producirán horror en el resto del Estado y de la República.»

Una legión de gratuitos corresponsales apareció en el pueblo, rectificando y ampliando esa información; Pedro, Juan y Francisco —cuántos más— se sintieron periodistas y mandaron extensos comunicados a La Chispa, El Regional, El País, y aun al Mensajero del Sagrado Corazón, publicaciones que distintos vecinos reciben, las que no dieron cabida a los escritos, ni dijeron una sola palabra del suceso.

A fines del mes, unos estudiantes que habían ido a Teocaltiche trajeron el rumor de que posiblemente Damián saldría bien librado, primero, porque no habían hecho que soltara prenda en sus declaraciones; y después, porque se decía que faltaba la autopsia de los cadáveres para precisar la responsabilidad del acusado (indignación popular); que la dada por un lego en medicina y por las autoridades que levantaron las primeras actas y describieron las heridas resultaba insuficiente; que por ejemplo, el cuerpo de Timoteo Limón sólo presentaba contusiones, que pudo haberse causado al caer; Damián insistía en declarar que no golpeó a su padre, y bien puede ser que la muerte se ocasionara por un ataque del corazón (—«triquiñuelas, ¡triquiñuelas!, como dice la prensa»); por eso el Juez Letrado pedía la exhumación de los cadáveres para que se les practicara en debida forma la autopsia.

— ¡Horror! Primero que lo den libre, que al cabo Dios lo habrá de castigar, pues Dios no necesita de averiguaciones para hacer Justicia; primero eso, antes que permitir la profanación de cuerpos que han recibido sepultura.

La espeluznante amenaza —pesadilla general— impuso la determinación colectiva de oponerse, con las armas en la mano si era preciso, a que fuera profanado el cementerio e inquietados los cuerpos que allí reposaban. Turbas de chiquillos, con piedras en las manos, vigilaban las salidas para Teocaltiche. Ojos de hombres y mujeres atisbaban, listas las manos para obrar en ofrecido caso.

Un golpe al corazón —inesperado— distrajo la espera vigilante del párroco: una carta que se le dirigía en estos términos: —«Respetable señor cura: Una de las mayores impresiones que hayan conmovido mi

alma, elevándola hacia Dios, me fue concedida en ese pueblo, al escuchar los toques de las campanas, que según mi sentir, concurren muy eficazmente a mantener el espíritu de devoción que allí reina; tuve oportunidad de conocer al humilde joven que con tanta destreza logra que las campanas hablen a los corazones, y desde entonces me ha obsesionado la idea de cooperar para que llegue a ser ese muchacho un gran maestro, y con el favor divino, ¿por qué no?, un gran compositor de música sagrada. Con esta idea he explorado aquí y en la ciudad de México las posibilidades de que inicie tales estudios, que luego podría continuar en algún centro europeo. El maestro don Félix Peredo se ha brindado a impartirle las primeras enseñanzas; por mi cuenta correrá el sostenimiento del joven, a quien con ese propósito he escrito varias veces, sin obtener contestación; últimamente se me informó que ha salido fuera de ese lugar, y como usted sabrá dónde reside y sin duda se interesará por su porvenir, decidí comunicarle mi proyecto, someterlo a su consideración y pedirle que lo dé a conocer al interesado, quien desde luego puede dar providencias de trasladarse a esta ciudad, avisándome para situarle los fondos necesarios.» Firmaba: *Victoria E. Viuda de Cortina*, y la carta estaba fechada en Guadalajara, el 29 de septiembre.

La rompió don Dionisio con violencia irreprimible.

—«¡Arterías de Satanás!»

—«¡Concupiscente atrevimiento!»

—«Cínica»

Todo esto le contestaría.

—No, daría la callada por respuesta. Sí, le contestaría disuadiéndola de inquietar al pobre muchacho. ¿Y si el propósito fuera sinceramente honesto? ¿Tenía derecho a decidir el destino de Gabriel? Decidió, en fin, consultar el caso... no, con el Padre Islas no... con el Padre Reyes.

ORO y tibieza de las tardes, temprana sombra, largas las noches, próximo el fin de las vacaciones. Cae octubre. Cae sobre los campos amarillos. De la tarde a la noche crecen desasosiegos y deseos. Medrosas muchachas enlutadas, que no podrán dormir, a las que les duele posponer más el atrevimiento de acercarse a la cerradura de las puertas para sufrir el vértigo de las palabras temidas, deseadas. Esperanza y temor de los novatos que han logrado entregar una carta, que pasan el día devanando la significación de un gesto, de una mirada, y a la noche consiguen escapar de sus casas, profanar el recato de las nueve, de las diez, de las once ¡y aun de las doce! sorteando miradas y oídos, escamoteando la vigilancia del cura y de sus agentes, afrontando la sorpresa que puedan darles el padre, los hermanos, los primos, los parientes de la rondada, espiando el acabamiento de los ruidos y de las luces que las rendijas filtran, acercándose, acercándose, ganando la banqueta, y el muro, y las aristas de ventanas y puertas, descubriendo a tientas hendiduras y cerraduras, espoleando el ojo entre las tinieblas, juntando el oído, atreviéndose a producir leves ruidos que pueden atraer felicidad o desgracia, una, otra, muchas noches, desesperadamente, sin logro venturoso, bajo estrellas impasibles. Algunos prefieren celar el sueño de madrugada, dejan los lechos a las tres, a las cuatro, se deslizan por las calles, el tacto los conduce a la casa, ventana, puerta, reprimida la respiración para no ahuyentar los tímidos roces que anuncien, tras las maderas como tras una vida, la deseada presencia. Como pájaros locos, puestos en última desesperación, a ciegas, como pájaros perdidos, los deseos van a estrellarse contra las cruces, contra la cantera de las portadas, contra los muros; correteados por los cuatro jinetes de las postrimerías, fantasmas ubicuos que lo mismo salen a la calle, que no se apartan de los cuatro lados de la cama donde la doncella desvela sus deseos y sus miedos; este año los guardianes implacables de las mujeres enlutadas tienen la misma sangrienta máscara que recuerda el rostro, que presenta la memoria de Micaela:

—«¿No te acuerdas de mí?» —dice la muerte;

—«¿No te acuerdas de mí?» —el juicio dice;

—«¿No te acuerdas de mí?» —habla el infierno;

dice la gloria: —«¿No te acuerdas de mí?»

Muerte, juicio, infierno y gloria toman la forma de Micaela, cuya voz de ultratumba clama con fría dolencia, repetida, repetida:

—«¿No te acuerdas de mí?»

Parálisis de terror, ¿cómo podrán vencerte los deseos en las noches largas, en el agobio de las madrugadas?

8

EL CURA don Dionisio María Martínez contestó lacónicamente a la señora viuda de Cortina, y son éstos los pasajes principales de la respuesta: «El joven al que usted se refiere declinó en los días de su partida mi sugestión de que se dedicara a la música; y eso con una especie de horror que juzgo derivado de la impresión funesta que por esos días recibió. Me siento, de todas maneras, en el deber de comunicarle la oportunidad que se le brinda; para eso es necesario, por cuestiones de conciencia que me reservo, la constitución anónima del fondo, producto de su caridad, en las oficinas de la Sagrada Mitra, que será la encargada de ministrárselos como si ella fuese la que otorgara la beca; el Ilustrísimo Señor Arzobispo decidirá si los estudios pueden hacerse en Guadalajara o en alguna otra parte.»

9

COMO casi todas las muchachas del pueblo y principalmente las que sostenían relaciones amorosas, Mercedes Toledo vio en la muerte de Micaela un aviso exclusivo de Dios.

Como muchos otros novios, Julián dio providencias de formalizar el matrimonio, estimando que la reciente lección ablandaría el ánimo de su presunto suegro y de sus presuntos cuñados. Logró comunicárselo a Mercedes, cuya respuesta fue dar por terminadas las relaciones,

decisión que no hizo sino aumentar el mutuo enamoramiento; pero más el de la propia Mercedes, quien quedó sumida en sorda tristeza.

—«Lo quería, lo quería; ¿y por esto iba a desoír el aviso de Dios?»

Recordaba nostálgica su primitivo asco por pensar en las trovas de Julián; el sufrimiento cuando recibió la primera carta; el doloroso, lento y firme proceso de su interés, de sus ilusiones, de su cariño fomentado en el agri dulce clandestinaje de las costumbres lugareñas. Marta era su confidente única: ella le infundía valor, ella se opuso a la decisión de terminar, ella recibía sus cuitas y trataba de consolarla; pero ambas compartían el miedo sembrado por la muerte de Micaela; ¿qué muchacha dejó de soñar terriblemente a la difunta? Cualquier sacrificio con tal de escapar a tan tremendo fin.

— Y si Julián, exasperado, hiciera contigo lo mismo —le dijo el insomnio una noche.

—Tú tendrías la culpa —terció la vieja voz íntima—, nadie más que tú, por no haber mantenido el ánimo de repulsa que tuviste al principio.

— Desde el principio sentí cariño —balbucea el pensamiento de Mercedes.

—Pero ya entonces te sentiste culpable; como ahora, más ahora que antes, más, mucho más, ¡réproba! ¡réproba, que consientes con cierto gusto el pensamiento de que Julián quiera raptarte! ¡lo estás consintiendo, estás gozando en imaginar la gallardía de Julián disparándote la pistola, estás gozando como la otra, como la otra que quiere tu compañía en el infierno!

— Yo no puedo dejar de querer a Julián; ahora lo quiero más —desearía gritar Mercedes. Maquinalmente dice con los labios:

—No, no, se acabó, suceda lo que suceda.

¿Quién podrá sostenerla con autoridad eterna? ¿Quién conjurará sus miedos? ¡Hubiera quien se los tornara en alegre confianza! ¿En quién hallará lo que no encuentra bajo el severo techo de su casa, ni en la inflexible norma del Padre director, ni siquiera en el celo caritativo del señor cura pero tampoco en la piedad consoladora de Marta? Los otros eclesiásticos, las otras personas de respeto, las demás amigas, no pasan

por la imaginación. ¿A dónde volver los ojos? Cuando reza, siente árida el alma, impermeable al rocío, impermeable a las lluvias.

10

PASADAS las fiestas patrias —nunca estuvieron tan desairadas—, el director político hizo viaje a Teocaltiche y a Guadalajara. Volvió entre halagüeño, entre amenazante, diciendo que no había ya peligro de que fueran exhumados los cuerpos de don Timoteo y de Micaela; lo había todo arreglado, y que no molestaran a los vecinos llamándolos a declarar y aun haciéndolos ir a Teocaltiche; pero con la condición de que se prestaran a empujar el partido del orden, «que sostiene la candidatura del glorioso patricio don Porfirio Díaz y del señor Corral»; traía instrucciones de obrar distintamente si el pueblo continuaba mostrándose apático; es más: aplicaría las Leyes de Reforma con toda dureza, sin hacerse ya de la vista gorda; «las autoridades —informaba— están enteradas perfectamente de lo que aquí pasa; yo seguiré haciéndome disimulado (cosa peligrosa: ya ven lo que sucedió a mi antecesor); pero ustedes ayúdenme a pararme el cuello con un gran movimiento cívico; se dejan de molestias, y sirven a la patria; yo me juego mi empleo, como ustedes lo han visto; alguna recompensa me han de dar.»

11

No todos los deseos fueron derrotados. La intrepidez —ávida— de algunas mujeres, venció a las legiones del espanto. María —¿por qué también María, la sobrina del párroco? ¡María, que como ninguna jamás logra desasirse del espectro y la voz de su amiga Micaela! ¿fue despecho? ¿fue desesperación por el comportamiento de Gabriel?— María se contó entre las que rompieron el cerco de temores. La dejó atónita el brusco vacío de Gabriel, cuyo paradero ignoraba; la tragedia

de Micaela no le sirvió de lección: antes la exasperó, sintió frenéticos impulsos de huir o de ser muerta como su amiga, creyose capaz de lo peor; en un momento la tocó el vértigo de la venganza no sobre Damián, sino sobre todo el pueblo, al que quisiera quemar, pulverizar, sepultar en el olvido de las generaciones por venir; deseó con vehemencia no pasajera visitar al preso, y reclamarle que la matara, y besarle las manos asesinas, y mordérselas, y arañarle la cara, y bendecirlo, y maldecirlo, llena de admiración por él, y de odio, y de menosprecio, y de lástima; gustosa se hubiera ofrecido a ser la que llevara del curato los alimentos que su tío mandó a Damián esos días de su prisión en el pueblo; fue de las que se levantaron a ver la partida del reo en la madrugada del treinta y uno; si hubiera tenido una pistola lo habría matado, para luego gritar vivas al héroe; cuando éste pasó, a María se le anudó la garganta y se le soltaron las fuentes de las lágrimas: ¡qué impulso de seguirlo para darle tormento y consolación! ¡tal vez, primeramente, por dejar al pueblo para siempre y jugar la probabilidad, en el camino, de recibir un tiro por la espalda! Negros resentimientos afluyen al corazón y a la cabeza de María, desde la sima del alma, por los vericuetos del cuerpo. Irascible, insufrible cada vez más. Día con día más amargada.

—«¡Estoy de arrancar!» —siente, dice. ¡Arrancar! Un soplo, un insignificante soplo la levantaría. Un insignificante, quizá el más insignificante de los muchachos en vacación, logra sin esfuerzo ser atendido por la sobrina del cura. *Espíritu rudo* lo apodan sus condiscípulos; es hijo de Cirilo Ibarra, el panadero; se llama Jacobo: el *enconchado* suelen también apodarlo, retratándolo con menosprecio; podrían asimismo decirle *trompas* o el *trompudo*, rasgo saliente de su fisonomía; es de baja estatura, de nariz roma, de ojos redondos muy negros, de cejas pobladas, de pómulos angulosos tirando al cuadrado; el ánimo torpe, mas lleno de obcecación, introvertido, caprichoso, pasional; nadie le concede simpatía, ni en su casa; tampoco él parece hacer caso a nadie. Lucas Maclas es el único que ha opinado:

—«Ese hijo del panadero navega con bandera de tontos; es de los de música encerrada.» ¡Ocurrencias de Lucas: es un pobre muchacho que nació para destripaterrones o arriero! ¡Lástima y risa da verlo vestido

con prendas inadecuadas: «gallitos», desechos de las guardarropías con que los ricos de Guadalajara reclaman a los seminaristas el título de benefactores! Jacobo es tan insignificante que no repara en las burlas y conmisericordias que provoca. Si no se hace presente, nadie lo recuerda; y presente, todos lo hacen menos. Como quiera que sea, este año terminó y aprobó el tercero de sus estudios. La impresión general es que no ha pasado del primer curso, ni pasará. Jacobo no anda con preámbulos en sus cosas (si las piensa, no exterioriza su previa reflexión). Jacobo no anduvo con preámbulos para hablarle a María, en las penumbras del curato, a la hora en que cenaba el párroco:

—«Usted me simpatiza y quisiera que fuéramos novios» —y ella, con suma naturalidad:

—«Voy a pensarlo; no dé a maliciar »

La reserva del insignificante llamó la atención de María en los días que siguieron. — «Cómo me choca» —decía consigo misma; era el antípoda de sus novelerías. Muy zongo, el hijo del panadero se quedaba en la sacristía después del rosario, comidiéndose a sacudir, a barrer, a cerrar la parroquia, a apagar las lámparas, menesteres que le permitían entrar y salir al curato, espiando cuidadosamente la ocasión de que nadie lo viera; dejaba que se fueran los otros seminaristas, engañaba fácilmente al sacristán, pasaba con humildad frente a don Dionisio, apagaba cuantas luces podía. ¡Era tan insignificante, por lo demás, que ningún recelo despertaba! Pasaron cuatro días de la primera entrevista. La noche del veintinueve de septiembre se acercó a María y le dijo bruscamente:

—«¿Qué me resuelve de lo que le dije?»

—«Que sí» fue la fría, seca, imperturbable respuesta, mientras decía consigo mismo su autora:

—«Qué vulgar, cuánto me choca.»

Era una sorda y auténtica repugnancia, que le provocaba irritación; pero mientras ésta crecía, mayor placer le daba contrariarla, y tal gozo le compensaba la falta de otros estímulos comunes: cariño, miedo, ilusión, desesperanza. No quería, nada esperaba; el acercamiento del

estudiante no la hacía temblar; sólo se daba gusto en irritarse y en romper el cerco puesto a las mujeres del pueblo.

—«Eso ya lo hizo Micaela» —solía ocurrírsele, sin hacerle mella la falta de originalidad.

—«Micaela y yo fuimos como hermanas; no voy a dejar su empresa de rebeldía; Micaela y Damián son mártires.»

Por otra parte, veía en Jacobo un compañero de menosprecio: ella y sus ilusiones habían sido siempre menospreciadas, vistas con lástima, sujetas a constante anulación. Jacobo y ella desdeñaban la hostil circunstancia de sus vidas. Él no podía ser más ridículo. Por eso también lo desdeñaba, y con desdeñarlo, a sí propia se desdeñaba y él acabaría desdeñándola. Si Jacobo la exasperaba, ella no lo manifestaría: una templada frialdad reguló sus encuentros. El *espíritu rudo* fue inflamándose de amor; pretendió inútilmente ocultarlo a María, cuya irritación caminaba en sentido inverso, acentuando matices de frialdad.

—«Ya es tiempo de hablarnos de tú» —propuso él, a mediados de octubre.

—«Como usted quiera» —respondió María.

Y al día siguiente:

—«Tú no me quieres» —dijo Jacobo.

—«Ya sé por qué lo dice: por la facilidad con que le he correspondido y me he prestado a hablar con usted.»

—«¡Hablame de tú! Oye ¿serías capaz de darme una entrevista larga?»

— «¿Para qué? A nada conduce que nos veamos.»

—«Tengo tanto que decirte y no he podido. Pero ya veo que no me quieres.»

— «¿Por qué no?» — María no puso ninguna convicción en sus palabras que, como todas las noches, fueron cortadas por un ruido inoportuno. Vulgares, rápidos encuentros. Aburrida, María se aferró a no darles fin. Tenía cierto encanto fingir que jugaban a las escondidas, en la penumbra del curato. Tenía cierto encanto sentirse pilar impasible ante aquel torpe jovenzuelo cuyas pasiones despertaban, ineficaces para el contagio. ¡Cuán lejos estaba de los héroes que la entusiasmaban en las novelas y de los criminales cuyos hechos registraban los

periódicos! Cualquier noche lo abofetearía como a un lacayo. En las horas interminables de la mañana y en el desabrimiento del anochecer quisiera salir corriendo por las calles al grito de «¡Jacobo Ibarra es mi novio!» Cuando acaba el rosario siente unas ganas locas de traicionar al estudiante, delatando sus marrullerías al señor cura y al sacristán. En el momento preciso contribuye a facilitar el encuentro entre sombras, a sabiendas de que será un encuentro soso, de que no tendrán que decirse nada, de que logrará sólo irritarse y acrecentar su melancolía de mala ley. Nadie menos que Jacobo (carece de nociones y de aficiones por cosas geográficas, es grosero en lo relativo a música y a lecturas de imaginación, lo tiene sin cuidado el gusto de viajar), nadie menos que Jacobo (sin dinero y sin porvenir) es el que pudiera satisfacerle su gran ilusión de conocer el mundo: Jacobo, que en el mejor de los casos llegará a ser empleado, cuando no un «periquillo» sin oficio ni beneficio. Entonces ¿por qué ha desechado María, con altivez irritante, las demostraciones insistentes que le consagra un muchacho de Teocaltiche, venido al pueblo en compañía de los Aguirre? Dicen que cursa los últimos años de Medicina (durante su estancia en el pueblo ha dado magníficas pruebas de sus conocimientos y altruismo, curando sin cobrar a los pobres y aliviando casos viejos y difíciles); guapo, de agradable palabra, dicen que es rico y de buenas costumbres. A María le hace la corte casi desde su llegada, en los primeros días de octubre, y es asunto público, bien visto —cosa rara— por tirios y troyanos, que se han declarado padrinos y aliados del forastero sangre-liviana; mujeres oficiosas, entre ellas algunas Hijas de María, soplan alientos en las orejas de la muchacha, y aun le traen palabras dichas aquí y allí por el doctor. El señor cura no ha cerrado las puertas del curato al estudiante, con el cual depara, ostensiblemente agrado, y ha hecho excepción en sus hábitos, invitándolo a comer varias veces. Público ha sido el repudio de María. El galeno en cierne persevera sumisamente, no haciendo caso de las descortesías que le corre la zahareña; los proyectos de viaje a Europa que tiene formalizados el pretendiente para cuando se reciba, las crónicas de sus paseos por las principales entidades del país, las impresiones de los libros que ha leído, dejan impasible a María, que se ha negado a escucharlo, le ha devuelto sin abrir las cartas que le manda,

ni se digna mirarlo. ¡Cómo aparentó indignarse y cómo la complació que Jacobo le dijera una noche:

—«Yo comprendo que ese partido no tiene comparación con el mío, y no quiero estorbarte: quedas en libertad, María»! Experimentar el temblor con que fueron dichas estas últimas palabras, casi fue una emoción dulce para la joven amargada. —«Yo no soy mercancía» — repuso con sorda voz y con airado gesto. Marta misma insinuó el agrado con que miraba las demostraciones del teocaltichense, cuyo asueto en el pueblo llegó a su término sin haber conseguido más que penosos desprecios. La noche del día en que se marchó el desdeñado, Jacobo vino a María con lágrimas en los ojos: —«No más a ti me animo a decírtelo: yo no tengo duda ninguna de que triunfaré, aunque nadie lo crea, ni tú misma; tengo todo arreglado para entrar al Liceo este año, y dentro de cuatro, antes me cortarán el pescuezo, que dejar de ser ingeniero; ya este año me sostendré sin ayuda de otros ¿me crees?» — le tomó con fuerza una de las manos y se la besó; María, sorprendida, sí: esta vez emocionada, lo arañó fieramente, casi amorosamente. Durante las noches inmediatas, impidió los encuentros con Jacobo; pero éste se dio maña para hablarle con secreto en la iglesia, durante la misa del domingo último de octubre y para que nadie reparase (a todos parecía tan insignificante, que las gentes pensaron que le daba un recado de su tío).

—«Mañana me voy temprano. Yo no te recomiendo, ni te pido nada. Eres libre. Pero mi compromiso será firme siempre. Si no quieres, tampoco nos veremos en la noche.»

En la noche pudieron verse:

—«Creí que ibas a dejar los estudios para que luego nos casáramos» —dijo María con seca indiferencia.

— «Eso si me quisieras; pero tampoco sin dejar los estudios.»

—«Es verdad: no te quiero, nunca te podré querer.»

—«Te agradezco la franqueza. Yo siempre me sentiré comprometido y seré leal como perro. Ya lo verás.»

No tuvieron tiempo para decirse adiós.

— ¡TODOS fueran como el joven tan educado, que vino a casa de los Aguirre! Ese, que no se sabe dónde tuvo la cabeza María para no hacerle caso.

Como todos los años vinieron estudiantes fuereños, invitados por los de aquí a pasar una parte de sus vacaciones, y profanaron e hicieron olvidar el luto del pueblo con sus algaradas, travesuras y amoríos. Retachaban en las aceras de puertas y ventanas herméticas los gritos, las pláticas resonantes, las jactancias, los apodos, los chiflidos, las canciones y aun los rasgueos de guitarras, que hacían estremecer las cruces, las piedras, los muros recoletos; la profanidad saltaba sobre las azoteas y conturbaba el sagrado de patios, alcobas y oídos de mujeres y niños, como una tolvanera que cuela polvillo y basura por los menores resquicios. Bromazos y agudezas eran comentados en lo íntimo de las casas, con sonrisas o con escándalos.

Todos fueran como el *espíritu rudo*, el *enconchado*, cuyas relaciones nadie sospechó; de cuyos labios, pasos y miradas no escapó la menor indiscreción.

Como todos los años hubo alardes que pusieron en picota la fama de aquella, esa y esta mujer; donjuanes presumidos -a la cabeza los fuereños- espantaron el avispero de las hablillas, de las murmuraciones y de la franca difamación.

Como todos los años, octubre vino a ser una pesadilla para los deudos de doncellas; hubo moquetes en las calles para ahuyentar sospechosos, aunque no se registraron hechos de sangre, las durmió su sueño completo, sin dejar de levantarse al horas de la noche? Comenzaron a respirar cuando los estudiantes dieron traza de irse; mas los últimos días eran los más peligrosos: redobladas cautelas del veinte al treinta de octubre: cuando deseos y nostalgias baten sus esfuerzos postreros: cuando a cuestras de melancolías va llegando noviembre: cuando los que van a partir y han esperado semanas, rondando en vano las calles tenebrosas, las puertas y tapias, los días, las noches y las madrugadas, empeñan sus juveniles bríos por alcanzar unas palabras, unas manos,

quizá unos labios, y siguen de lejos, camino de la iglesia, los bultos, las voces, los pasos, entre los que va la figura, la voz, el paso de la mujer que van a dejar por largos meses, tal vez para siempre, y quien acaso ni siquiera reparó en la devoción a punto de quedar inédita. Cuando mañana es la partida, ya no quieren ver ni hablar: se contentan con ser oídos, con ser sentidos, y golpean los pasos y silban tonadas en las aceras resonantes. Pero los que han cosechado frutos, no se resignan a irse sin lograr uno más, que será su viático, y jamás quieren que el último sea el postrero: ¿han hablado alguna noche por la cerradura? pues ahora su fantasía les demanda estrechar la mano, y si esto consiguieron, desean acariciar el brazo, aspirar el ambiente de la mujer que dejan, regatear hasta lo último su presencia. ¿Y las enlutadas que han resistido semanas y semanas? Su corazón es un reloj que desmorona lentamente los días y las horas que faltan para el tiempo de ausencia, cuando el pueblo parezca más vacío, cerrado y triste; cuando por las calles no se oigan jácaras, pasos de fiebre, silbidos implorantes, durante las noches y en las madrugadas; cuando sea inútil arrepentirse de haber dejado escapar los llamados de la sangre. Así es como muchas, en estas postrimerías de octubre, rompen el cerco de temores y salen al encuentro de una felicidad efímera, que mañana, nomás, caerá en la penumbra de lo azaroso, trocada en pan cotidiano de aflicción y remordimiento, pan de castigo quizá perpetuo. Los deseos de las pálidas mujeres vencen la triple valla de temores: los del olvido, los de la difamación y los de la pérdida eterna del alma.

Fue así, por esto, y por las indiscreciones de mozalbetes jactanciosos, y por el celo de las «hermanas» inspectoras y del Padre director, como fueron expulsadas vergonzosamente de la Asociación de Hijas de María, en asamblea plenaria, Soledad Sánchez, Margarita González, Rebeca Saldaña, y amonestadas tres otras «hermanas». (—«¿Cuántas se le escaparían al buen Chemita?» — murmuran, socarrones, los Padres Meza y Vidríales; mientras las lenguas van señalando nombres de atrevidas, muchachas locas que dieron oídos al mentir de los estudiantes y por arte de Belcebú escaparon a la sanción del Padre Islas, aunque no a la condenación del vecindario.) Las expulsas y las amonestadas cargarán por mucho tiempo, tal vez para siempre, su

vergüenza; el pueblo será hostil para ellas, habrán de renunciar a sus amistades, les negarán el saludo en la calle, les harán el vacío en la iglesia, como a leprosas.

13

CUNDIÓ la especie de que Julián, el ex novio de Merceditas Toledo, se casaba violentamente con una muchacha de Teocaltiche que había conocido en las fiestas de Nochistlán, a donde fue por distraerse de las «calabazas» que Mercedes le dio.

Julián, vuelto al pueblo, anduvo ufanándose de su próximo matrimonio y de las prendas morales y físicas de su futura esposa.

14

LOS estudiantes nuevos y los antiguos cuentan las horas que les quedan de estar en el pueblo, mientras por la garganta les va subiendo el nudo del llanto. Quisieran acarrear con los sentidos la traza de las calles, el contorno de los muros, la silueta de las cruces, los olores de las puertas, de los patios, de las alcobas, el timbre de las campanas y de las voces familiares, el sabor de los manjares caseros, el regusto del aire y de las luces provinciales, la fragancia del humo, de este humo nostálgico de yerba seca consumida por el fuego en las postrimerías del otoño; por eso andan de aquí para allá con ojos, narices, oídos, labios, manos y corazón penetrantes: visitan las casas de parientes y amigos, clavan miradas en los accidentes geográficos que rodean al pueblo, recorren una y muchas veces las calles, engolosinándose con el eco de los pasos en las aceras; no quieren poner fin a las pláticas con los que se quedan. Mañana: ¡cuán lejos todo esto entrañable! Llegado el momento, salen cabizbajos, no se resignan a dejar de ver el caserío, la torre, los perfiles comarcanos, cual si nunca hubieran de tomar.

Como ante diagnóstico imprevisto y fatal, se sublevó Mercedes contra la íntima convicción de su soltería.

El pueblo se ha quedado solo, con sus campanas de Animas. Los estudiantes irán imaginando lo que aquí pasa: el jubileo por las benditas almas del purgatorio, el entrar y salir de gentes que lucran indulgencias por los fieles difuntos en cada estación, la misa de réquiem cantada por el coro del Padre Reyes, el tañido de las campanas.

El tañido de las campanas revive la memoria de Gabriel, en el pueblo. ¡Qué distinto suenan!

Las pláticas reviven memorias de muertos. Los que yacen aquí desde muchos años o desde pocos días, los que acabaron en olor de santidad y los de fin trágico. También los que murieron lejos. Inagotables cómputos de Lucas Macías, que como todos los años va de tumba en tumba, este dos de noviembre de mil novecientos nueve, día de muy espléndida tarde.

Lucas interrumpe sus recuerdos, clava la vista en el cielo y dice:

— Creo que si Luis Gonzaga pudiera componer su *incendio* este año, pondría el retrato de Madero, quitando el de don Porfirio —y como para él solo, Maclas añade: —Un blanco, chaparro él, de piocha, nervioso y simpaticen, dicen que loco y espiritista.

Pronto vuelve a los temas de difuntos:

— ¡Caray, cómo es la vida! Quién había de decirle al famoso Espiridión Ramos, compañero de Antonio Rojas, el que hizo temblar la tierra cuando los franceses, quién había de decirle que lo desenterrarían para que en el mismo agujero en que se pudrió, sepultaran a don Timoteo Limón, que como ustedes han de saber, fue hijo de don Arcadio, mismo a quien Espiridión, después de matarlo, quería que no lo enterraran, y porfió hasta que el cuerpo apestaba, y los vecinos tuvieron que ofrecer dinero al chinaco (dos mil pesos contantes y sonantes) a fin de que diera el permiso para el entierro; ¿quién puede saber ora cuáles son los huesos que quedaron del guerrillero mala entraña? Y luego acá: miren

ustedes, quedaron pies con pies Micaela y la dichosa Teo Parga, que diz que hace milagros. ¡Qué cosas tiene la vida!

Nuevamente lo interrumpen:

— Oye, Lucas, cuéntanos algo de los cometas.

— ¡Huy! Es historia larga. Los cometas...

PEDRITO

1

ENTRE tantas dolientes —junto a María, junto a Mercedes, entre las mismas horas que Micaela, y Soledad, y Margarita, y Rebeca, y Lina, y Magdalena, y Gertrudis; respirando el mismo aire seco— Marta conlleva su propia pena, de tan distinta especie que las otras, punzante como estigma invisible. La juzgarán pueril, se reirían si la confiara en sus términos llanos; pero éstos no expresan el mal incógnito que adolece Marta. En la superficie flota el avizorar quién pueda ser madrastra de Pedrito, el no hallar candidato a gusto, el rechazar la idea de que sea el niño entenado de nadie por mejor que pareciere; atribuir a esto el desasosiego de Marta es andar por las ramas; no: si algo le choca es meterse en vidas ajenas; el pendiente por el huérfano es de acrisolada pureza, libre de sombras. Tampoco se trata —más a fondo— de compasión, celo ni caridad abstractos que hallasen motivo de práctica en el caso del niño; éste es el que despierta la compasión, el celo y la caridad, vibrante una muy humana cuerda, que Marta pudiera expresar por el deseo de ser verdadera madre o por lo menos madrina del huérfano; ansia de un lazo real que fundara su dominio y la hiciera rectora de aquella vida, sin riesgo de que más tarde vinieran a disputársela. ¡Le regalaran al niño, para siempre, sin condiciones! ¡Pudiera el niño ser objeto de regalo! ¡Pudiera comprarlo, como se compra un objeto codiciado! Los horribles dolores que sufrió la madre de Pedrito hasta morir; la tristeza precoz, invencible, que dejaron en el pequeño testigo; el rodar del huérfano entre vecinos compadecidos o comprometidos, que luego se cansan de ser generosos, para Marta son otras tantas causas que originaron y fomentan su limpia obsesión mortificante. Aquí tampoco está la raíz que chupa el contento a la doncella. Como el de María, como el de Mercedes, como el de casi todas

estas mujeres enlutadas, encerradas en el árido contorno del pueblo, el de Marta es un mal impreciso, de oscura procedencia, huidizo cuando se lo trata de fijar; parece miedo al pecado, parece sombra de pecado, desesperanza por el pecado, por el pecado contra el Paráclito, cuya materia es la falta contra la verde virtud teologal de la Esperanza. En Marta no es desesperanza divina, sino humana. ¿Qué será del huérfano en la vida? ¿qué torpes manos vacías de caridad lo inducirán? ¿a dónde lo inducirán? ¿y qué le importa? ¿quién le ha dado jurisdicción en ese destino? ¿Serán argucias del demonio? ¿surte su interés de dañada fuente? ¿por qué —si no— esa vehemencia, esa inquietud, esa tristeza, esos arrebatos, ese dolor que no la deja respirar, y le roe lentamente los planteles de su antigua fortaleza, y le carcome los retoños de sus alegrías?

2

—Yo no sé por qué algunas gentes ofrecidas (por no llamarlas de otro modo) han hecho alharaca porque María, la sobrina del señor cura, no le hizo caso al joven ese de Teocaltiche, como si Gabriel se hubiera muerto, como si María fuera mujer de las de ahora, que por una babiecada de buena figura o de «vénganos tu reino» se echan de cabeza, renegando de todo. ¡Habían de aprender! ¡Y miren que el estudiante le hizo la lucha por todos lados! ¿Qué más puede ser sino que María le tiene ley a su ausente? Y a propósito: he sabido que el señor cura lo mandó a estudiar, no para padre, a una escuela de León: a lo mejor vuelve de licenciado, de médico, ¡quién sabe de qué! Lo que yo digo es que para qué tanto misterio: a lo bueno el señor cura se opone a que se casen, aconsejado por el Padre Islas, como si lo que sucedió con Micaela no les hubiera enseñado que es mejor hacer las cosas por el derecho.

3

UNA no declarada competencia se ha entablado durante los últimos años entre los Padres Reyes e Islas, y sus parcialidades, con ocasión de las fiestas de la Purísima y de Nuestra Señora de Guadalupe; ya el año pasado surgieron pequeños incidentes por el celo de dar más lucimiento a cada una de las dos funciones, y en discutiendo el éxito de la una y de la otra: —«Que la orquesta fue mejor la del día ocho», «que no: que qué esperanzas», «que cómo se puede comparar el sermón de la Inmaculada con el de la Guadalupana», «que los castillos no tuvieron chiste», «que dónde las Hijas de María pudieran sacar un convite como el que sacó el Padre Reyes», «que ustedes no compusieron bien el altar», «que para el once hubo hasta maitines», «que qué mal gusto en el adorno de la iglesia», «que qué miseria de flores y cera»...

Después de los cultos de Semana Santa, los del Ocho de Diciembre, sin disputa, eran los de más arraigo y esplendor. Venido el Padre Reyes, procuró impulsar la devoción a la Virgen de Guadalupe y dio gran solemnidad a las fiestas del Doce de Diciembre, cada vez más rumbosas —«y profanas»— comentan los tradicionalistas, fundados en los números de adornar las calles, imprimir programas y repartirlos mediante convite con música, cohetes y desfile de niños vestidos de ángeles, de misioneros, de indios y de conquistadores; el año pasado hubo fuegos artificiales y para éste se proyecta una gran procesión que hará cuatro paradas en otros tantos altares públicos en que se representarán las cuatro apariciones, con retablos vivos.

Las fiestas de la Purísima comienzan el treinta de noviembre, mezclados los primeros repiques con los últimos plañidos de las campanas en el mes de los Fieles Difuntos. El treinta de noviembre da principio la Novena, esa famosa Novena cuyo texto ha formado el gusto literario de varias generaciones en el pueblo, si mal —también— el demonio la usurpa con arterías para despertar la sensualidad en algunos espíritus débiles y propensos. Luis Gonzaga Pérez la sabe de memoria. Micaela se deleitaba oyéndola. Parafraséanla no pocas de las cartas de amor que circulan ocultamente, pues la nutre con su savia el Cántico de los Cánticos.

Emuladas por el coro del Padre Reyes, cuya cooperación han declinado, las Hijas de María forzaron al Padre Islas para que accediera

a traer músicos de Guadalajara —instrumentistas y voces—, amén del Canónigo Silva, predicador famosísimo.

La condición del señor cura y del Padre Islas —conocedores de lo turbulentos que son los filarmónicos— fue la restringida permanencia de los huéspedes, que han de llegar la mañana del siete, y marcharse al terminar la misa de función, el mismo día ocho, sin agasajarlos de ningún modo e instalándolos, no en casas particulares como se proyectaba, sino en la Casa de Ejercicios.

— ¿Qué irá a hacer el Padre Reyes —pregunta el pueblo— para no quedarse atrás?

— ¿Qué vamos a hacer —preguntan os más ansiosos al Padre Reyes— para no salir con una y un pedazo? Por dinero no se pare —añaden los parciales de las fiestas guadalupanas.

— Ya veremos, ya veremos. No coman ansias —responde don Abundio con su cachaza.

4

ASISTIENDO a su amiga Mercedes en el trance de haber llegado Julián con su flamante desposada en los primeros días de diciembre, Marta creyó descubrir la causa de su propia pesadumbre bajo la falsa resignación de su soltería, lo que la espantó, pues pensaba no haber jamás dado importancia al matrimonio, ni apetecido novio, ni necesitado conformarse por algo de que se sentía libre.

— ¡Tendrán hijos que pudieron ser míos! —La cuita más persistente de Mercedes —todavía rebelde contra un destino que por otra parte juzgaba irreparable—, fue un fogonazo a fondo en la subconsciencia de Marta. Rápidas, no por esto menos intensas, tan intensas que velozmente le quemaron la memoria, surgieron —con significaciones nuevas — mil y una imágenes, ya de la vida trivial, ya del seno del olvido, cuya inédita impronta ofrecía fulgores de categórica evidencia; ¡tener un hijo! ¡envidiar un hijo! ¡no aceptar —sin saberlo— la soltería que la condenaba a la precaria posesión de infantes ajenos: niños de la

doctrina, problemática entrega de Pedrito, deseos de fundar un orfanatorio, una sala para pequeños en el hospital, una escuela de párvulos menesterosos! ¿No es rebeldía la tristeza —como envidia del bien extraño— que últimamente le ocasiona la vista y trato de los niños? ¿la tristeza —como miedo de morir o de pecar— que desde abril, desde que Pedrito quedó huérfano, viene asaltándola? ¿el rehuir con tristeza la indagación —excitante, deleitable, temerosa— del misterio materno, hecho patronato en María Auxiliadora, la Virgen del Niño en brazos? ¿No ha sido sentimiento adverso a la soltería, complicado con cariño de madre, la esperanza de que su hermana se case y tenga hijos? ¿el cariño con que vio a Gabriel y la decepción que le causó su conducta contra María? ¿el interés que tuvo porque se formalizaran las relaciones con el joven teocaltichense? De las mil y una imágenes ha surgido una voz, que ahora le parece tremenda: —«Soltera, ¡soltera para siempre!» No la incita a rebelarse pero la mueve a llorar. Otras revelaciones han sido puestas en claro por el duelo de Mercedes: el vasallaje que le despertaba la vista de Damián Limón, antes del crimen; la piedad que por Damián sintió, después del crimen; el compasivo recuerdo que ahora le causa la suerte del asesino, cuando todos lo execran y muchos comienzan a olvidarlo; para ella sigue siendo tipo de varón; mas al iluminárselo de tal modo la crisis de Mercedes, Marta siente horror por Damián y por ella misma; se arrepiente de las veces que sin saber cómo, detuvo la mirada en Damián y en otros hombres, de quienes vagamente pensó cómo pudieran ser sus hijos, quiénes pudieran llegar a ser sus mujeres, casi sin darse cuenta sino hasta hoy, a la lívida luz proyectada por la desolación de Mercedes. De Mercedes, que se revuelve contra la sentencia de soledad perpetua: —«Yo no podré conformarme nunca, ¡nunca!, ni cuando el pueblo se fije ya en que los encuentro y ella trate de saludarme como a otra vecina cualquiera, creyendo que podemos llegar a ser amigas. ¿Cómo pueden algunas aguantar este sufrimiento y echarle tierra? ¡Tener que vivir para siempre junto a ellos, tener que habituarse a encontrarlos a toda hora, en la iglesia, en la calle; ver que son felices, que tienen hijos, que crecen éstos, que a todos se les olvida que hay una alma en pena, quemándose de envidia, tal vez de cariño siempre vivo! ¡Cada año más vieja, más achacosa, más abandonada y desesperada! ¡Es horrible! Yo

no sé dónde tiene mi padre los ojos o el corazón para no ver, para no comprender, y que me sacara del pueblo siquiera unos días. Yo ¿cómo voy a decírselo? Ni a mi madre. Dirán que son ridiculeces, que qué tiene que ver. Sería peor. Acabaría por odiarlos, como siento ganas de odiar a todo el mundo, de arañar a los que me miran, a los parientes que vienen a sembrantearme, a mortificarme con indirectas. ¡Almas de perro!» Los nervios de Marta reproducen las quejas de Mercedes, tan apegadamente, que la hacen desfallecer, y así la sorprende, por primera vez, el espectro de Micaela, que le dice: —«¿No te acuerdas de mí?»

5

EL gozo al pozo, con todo y presumidas. Llegaron los músicos más muertos que vivos, de tan cansados. Y tardísimo: casi a las cinco de la tarde. Cuando bajaron de las remudas no podían tenerse en pie. Casi ninguno había montado a caballo, y menos para echarse tres jornadas, barranca de por medio. Las vísperas tuvieron que retrasarse hasta las ocho y ¡qué plancha!: hubo gallitos: ¿no había de haber desafinaciones, entradas fuera de tiempo, manifiesto desgano? Por poco y hay bostezos. Las dignatarias de la Asociación, que habían sido las del empeño y no hablaban de otra cosa estos días, quedaron consternadas. Ya parece que hasta los rancheros venían a decirles: —«¿Para esto tanto cuento?» A la salida vieron que se morían de risa los cantores del Padre Reyes. El que nunca hubiera oído música podría darse cuenta del desastre. Apenas mejoró la cosa en la Misa de función. Los filarmónicos amanecieron furiosos por el hospedaje: no habían podido descansar; fueron con el Padre Islas resueltos a en seguida irse; los habían engañado; si el frío en los ambulatorios de la Casa de Ejercicios era insoportable, no más benignas eran las camas puestas, ni la clase de alimentos que les daban; el Padre les echó en cara lo mal que anoche quedaron: creció el enojo de los músicos, hubo de intervenir el Padre Reyes, para mayor humillación, y en tales circunstancias, refunfuñando, sin ensayar, subieron al coro y tiraron a salir del paso, con ira de las unas y mofa de los otros. Lo habrían hecho mejor los niños de la Doctrina y la orquesta

de un rancho cualquiera. Pero no acabó allí el cuento. Los filarmónicos se negaron a partir esa misma tarde, como estaba convenido, alegando la necesidad de descansar; exigieron mejoría en el alojamiento y, como si hubieran quedado tan bien, se plantaron en la plaza e hicieron de las suyas, trabaron amistad con algunos vecinos, por artes de magia consiguieron licores, acabaron embriagándose y, con la complicidad y anuencia del director político (quién sabe si a instancias del propio funcionario), tuvieron la audacia de organizar un «gallo» que anduvo por todo el pueblo, y entonces, sí, tocaron y cantaron divinamente.

A la mañana del día nueve apareció un pasquín en la casa de la presidenta de las Hijas de María:

*La soberbia desechad,
niñas, en toda ocasión,
que al humilde Dios lo premia
Y le da su bendición.*

6

CUÁNTAS heridas abiertas por el rebullicio de los músicos, por las nunca oídas melodías —amor, ensueño, tristeza dulce, íntimo júbilo, hallazgo de buscadas expresiones— que desvelaron al pueblo y revelaron a los adolescentes un mundo, un lenguaje nuevos, en la noche del ocho al nueve de diciembre; mundo y lenguaje presentidos muy cerca, mas inasibles; llenos de celestiales encantos, y al mismo tiempo humanísimos; mundo y lenguaje de los deseos cotidianos, hasta entonces oscuros, de pronto iluminados con magnificencia por el concierto de instrumentos y voces, por las voces que hacían volar palabras de amor y de melancolía, palabras corrientes que alcanzaban en el vuelo la expresión de lo inefable, transfiguradas, como cohetes de luces; mundo y lenguaje de los deseos, liberados por primera vez en la noche del pueblo, en la noche gratamente sobrecogida, transverberada con saetas vibrantes, luego hechas arrullos en los ámbitos de soledad, estremecidos; estremecidos como el ahora deleitable desvelo de viejos

y adolescentes, que nunca oyeron música igual, distinta de la consuetudinaria música eclesiástica; transfixión del desvelo por los venablos melódicos, que atraviesan los muros más espesos, aciertan al pecho, clavan su dulce ponzoña; venablo metálico del violoncello, venablos vegetales de los violines, quebradizos, disparados sobre las azoteas; venablos de aire, frágiles de la flauta, con escalas para trepar hacia las cruces y caer sobre los corazones; venablos punzantes, en plétora explosiva — tenores, barítonos y bajos—, venablos de las palabras cantadas, que ni una quieren perder los oídos en la noche sonora. Es como si volvieran los pretendientes idos para siempre, como si hubieran vuelto los estudiantes de esta y de otras generaciones, como si regresaran los que hace mucho tiempo dieron escándalos de amor, los que con su presencia perturbaron almas ahora ya envejecidas o en el menguante del olvido; como si anticiparan su llegada mujeres y galanes que habrán de cautivar a estos y aquellos ánimos en expectación. La herida de Victoria vuelve a abrirse, y la de otras bellas transeúntes, en los corazones de quienes las desearon; vuelven a abrirse las inquietudes por mujeres mal casadas o de sospechosa facilidad; estallan las fístulas de solteras viejas, arrecia el dolor sordo de inminentes «quedadas», las heridas recientes que causaron los estudiantes vuelven a sangrar; el llanto empapa muchas almohadas; pero no quisiera dejarse de oír esta música, trasunto de felicidades imposibles, también promesa dichosa para los que no han empeñado el corazón y esperan, todavía sin rasguños de desilusiones. No quisieran dejar de oír esta música ni los viejos, que con ella deshacen su edad, ni los jóvenes y adolescentes para quienes levanta castillos, ni los que sufren porque al renovarles los dolores también les inyecta una droga placentera, ni los que desean en vano porque les finge logros, ni los que viven felices porque les confirma su felicidad. No quiere dejar de oírla María, que ha encontrado la voz viva de las ciudades y para quien cuando calle la música el pueblo parecerá más estrecho, más aborrecible. No quiere dejar de oírla Mercedes, a quien promete la reparación del daño que sufre; ni Marta, librada de su pena, recobrado su optimismo; ni Soledad; ni Margarita, ni Rebeca, vindicadas de su vergüenza por esta música, que les trae mensajes de un mundo cuya lengua comenzaron a aprender en las torpezas de los estudiantes; ni

Lina, Magdalena y Gertrudis, cuyas lámparas de paciencia se avivan. Lucas Macías no quiere dejar de oír, que nunca supo de modo tan directo y natural el estilo y costumbres de sus héroes remotos: esto es lo que se usa en las fiestas de palacios y barrios, esto es lo que se oye tocar en las calles, lo que silban las gentes al pasar, lo que mueve los corazones a la hora de ahora en Guadalajara, y en México, y en Querétaro, y en Puebla, y en Guanajuato, y en San Luis: idioma de la música torpemente imitado por la algazara de los estudiantes. Nadie quiere dejar de oír, si no es el Padre director y el señor cura, temerosos de la sensual sublevación y de los males mayores que pudieran originarse si trataran de acallarla. Se cimbra el virtuoso castillo de las «hermanas» dignatarias que trajeron a estos músicos, a estos indecentes mercenarios, que necesitan estar borrachos y tocar profanidades para estar inspirados; a ese chelista, a ese violinista, a ese tenor, que siendo los más borrachos y cuando más lo están, como ahora, son los mejores.

Acústica del silencio —en la perfecta noche clara— por donde tiende sus redes el embrujo —en la noche transparente de diciembre, traspasada por flechas melodiosas, encendidas— y vuelan los deseos vestidos de luces, triunfantes —en la noche serena, que ha logrado callar en sus confines a los aulladores—, y las penas, y las zozobras, y el remordimiento, y las postrimerías quedan momentáneamente atrapados, paralizados, en la malla musical, durante la inesperada noche diáfana del ocho al nueve de diciembre.

Con esta experiencia, María puede formular y formula categóricamente su antes confusa idea — hecha hoy convicción— de que nadie, nunca, en este pueblo ha sentido pasión de amor — embeleso y locura, entrega sin reservas dolorosa y dichosa, contra todos los miedos y al impulso de todos los riesgos—; el amor heroico que inflama las páginas de los libros por ella consumirlos, consumida por ellos. No, nadie, ni Micaela su amiga, trivial coqueta; ni Luis Gonzaga, simulador neurasténico; ni las raptadas en oscuras noches, vencidas por la curiosidad fatalista; ni las que se casan contra viento y marea, para luego caer en la rutina de las costumbres maritales; ni Mercedes, víctima de un vulgar amor propio; ni Damián, fuerza bruta

que sólo rompe obstáculos por orgullo; ni las heroínas fabulosas de Lucas Macías, mediocres vividoras; ni Soledad, ni Margarita, ni Rebeca, ni Lina, ni Magdalena, ni Gertrudis, ni Eustolia, sólo ávidas de sensaciones desconocidas y ansiosas de casarse por mero instinto, sin el profundo, desinteresado e irresistible querer de la pasión de amor. Nadie, no, ni ella misma, triste mujer amargada, fracasada, desesperanzada, incapaz de ser tocada por el alto deseo, entrevisto esta noche a través de las bajas bandadas de los deseos populares; ¡cuán distinto uno y otros! ¡cuán lejos aquél de lo sórdido, de lo mezquino, de lo transitorio! ¡aquel deseo desencarnado: esencial centella! Si Gabriel (¿por qué María, toda esta noche, ha pensado en Gabriel?), si Gabriel escuchara esta música, resolviera sus cavilaciones, a oscuras exploradas en el metal de las campanas. Gabriel sólo encontró la escala de la muerte, colindante del puerto del amor; mas no pudo penetrar en las dulzuras finales o no supo comunicarlas a María, sino por aproximación, mezcladas con sabores amargos. (Ignora María que unos oídos de mujer, los oídos de la forastera funesta, sí escucharon la voz de amor en las campanas de Gabriel.) Alcanza María la precisión de su idea: el amor no es instinto, no es convivencia rutinaria, no puede hacerse costumbre, no es pasajero deleite del sentido, no es juego caprichoso; el amor es identidad de dos almas, y todo lo demás, añadidura; posesión de dos espíritus, y todo lo demás, tropiezo y escoria; el sufrimiento del amor nace del choque contra lo deleznable; los miedos junto al amor son los obstáculos de la carne; lo heroico del amor es la victoria sobre las barreras que impiden aquella identidad, aquella posesión espirituales, con frecuencia frustradas por el uso y por la vulgaridad de la vida. Sin duda Gabriel entreveía esto, que asemeja la memoria de sus tañidos con la belleza de la música. —«Pero ¿porqué — vuelve a preguntarse María— estoy pensando tanto en Gabriel?»

A la mañana siguiente, María, las mujeres enlutadas, los muchachos pálidos, que no han querido perder una nota de la serenata, si se animaran a expresar su sentimiento, sólo podrían decir:

—«¡Qué bonito!..., ¡anoche!»

Unos más, otros menos, los rostros amanecen con semblantes desconocidos. Las bocas enmudecen. Cuando algunas deciden hablar,

denuestan el escándalo, critican la embriaguez del chelista, del violinista, del tenor; el fiasco de que fueron víctimas las dignatarias de la Asociación.

— ¡Buena la hizo nuestro excelente Chemita! —comenta la socarronería de los Padres Meza y Vidriales.

María, que siente todo lo que entrevió, sólo sabe decir a Marta:

— ¡Qué bonito, anoche!

Quizá tampoco a Gabriel pudiera decirle más.

7

LAS cosechas fueron malas. El cielo cebó su castigo sobre aquella región que había dado a luz un criminal como Daminán, de cuya maldad hablaban hasta los periódicos. Pocas lluvias. Aguda sequía que desde agosto se siguió a septiembre, cosa nunca vista, que hizo palpable la cólera de Dios, no satisfecha con tantas y tantas rogativas, con tantas mandas, con tantos desagravios. La peste asoló el ganado. Los animales perjuiciosos que destruyen las siembras abundaron como hace muchos años no se veía.

Leonardo Tovar no sacó ni lo de la habilitación. Había trabajado de oquis. Añádanle las deudas por la enfermedad y muerte de su mujer, más las otras que tenía con don Timoteo.

Llegado el tiempo de hacer cuentas, resultó que sólo a los herederos del finado Timoteo Limón debía trescientos pesos; aparte, a don Eladio García, la renta de dos yuntas de bueyes; a don Tereso Robles, por distintas mercancías para vestir y comer, dieciocho pesos; varios piquillos a otros vecinos, y eso sin contar la asistencia de Pedrito, que andaba de una casa en otra, fiado a la caridad pública, inconstante.

Los hijos de don Timoteo —¡dejaran de ser hermanos de Damián!— son implacables con sus deudores. A Leonardo no sólo le quitaron las tierritas que tenía empeñadas y que valuaron en ciento veinte pesos —ni modo de oponerse a su injusticia—, sino también lo que le quedaba de algún valor: unas monturas, dos rejas de arado, un azadón, la

petaquilla, por poco hasta la cama de la difunta Martina, y todavía les sale debiendo ciento cincuenta pesos, por los que quieren hacerle firmar un papel y que se queden él como peón y Pedrito de mozo al servicio de Prudencia o de Juan. —«Mejor muertos» —dice para sí Leonardo. No le queda más que irse al Norte; pero ¿y Pedrito? ni modo de llevárselo, ni modo de dejarlo que ande rodando entre malas caras como hasta ahora, desde que murió Martina y Leonardo no ha visto la suya. Sólo al señor cura lo confiaría, si la señorita Marta quisiera encargarse del muchacho, al que parece tener buena voluntad; o que quisieran cuidarlo las monjitas del hospital. Por fin se anima a ir con don Dionisio, aunque no a proponerle que Pedrito se quede recogido en el curato.

—Ay el muchacho está ya en edad de hacerles sus mandaditos a las monjitas, y puede servir de monacillo, puede sacarles agua del pozo y yo creo que hasta partirles la leña; es manso; no da guerra, y bien agradecido.

Marta, que supo las pretensiones de los Limón, se atreve a intervenir:

—¿Y por qué no había de quedarse aquí? Buena falta que hace quien ayude a los mandados, desde que se fue Gabriel.

Marta y Leonardo clavan sus esperanzas en el párroco, por cuya frente pasó una sombra cuando su sobrina recordó a Gabriel.

8

EL Padre Reyes ha logrado que sean precisamente los nortños los participantes más entusiastas en las fiestas guadalupanas, brecha patriótica por donde ha ido insinuándoseles poco a poco, tras el fracaso de organizados en una sociedad religiosa de beneficencia mutua.

Nada hubo necesidad de hacer este año para que nadie discutiera el éxito de las fiestas del Doce sobre las del Ocho. La música de viento —famosa— de Mexticacán vino al reparto de las Décimas el día once y se marchó sin escándalos esa misma tarde, acabado el vistoso desfile. Como era de fiar, el coro del Padre Reyes —en los maitines y en la Misa

de función— se lució, superándose. La sorpresa: el desfile cívico religioso, que impresionó profundamente y con el cual quedaba inaugurada la Liga de Nuestra Señora de Guadalupe, constituida principalmente por los nortños, quienes lanzando gritos de «¡Viva México!», «¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!», portando faroles tricolores, abrían la marcha; los dignatarios cargaban las andas del retablo en que se representaba la aparición de la Virgen a Juan Diego, en el Tepeyac; la seriedad, la inmovilidad a lo largo del trayecto y la buena caracterización del niño que hacía de Juan Diego, maravillaron al pueblo; el niño era Pedrito, arreglado por Marta y María; en cuatro esquinas de rumbos distintos hizo paradas el desfile; sendas niñas recitaron poesías alusivas; el pueblo cantó el himno guadalupano y fueron subiendo de tono los patrióticos gritos. El castillo final fue de primera, hecho por unos coheteros traídos de Yahualica. La torre de la parroquia fue iluminada con candilejas.

Nadie quedó tan satisfecha como Marta.

Los Padres Vidríales y Meza se hacen esta pregunta:

—«¿Cómo le habrá hecho este águila de Reyitos para ganarse por fin a los nortños?»

9

LA expresión y cauterización de una herida que había cerrado en falso es comparable a las dolencias de Marta en la crisis de su tristeza. Puesto el dedo en la llaga, cicatrizó firme y rápidamente. Volvió el apetito de alegría, con el presentimiento de una ventura que pronto realizaron la instancia de Leonardo y el favorable acuerdo de don Dionisio. Pedrito vino a vivir al curato, sobre la condición de que su padre no tendría derecho a reclamarlo hasta que la conciencia del chico estuviera en aptitud para decidir su destino. ¿Qué más podía querer Marta? Suya, casi suya, es esa vida que se le da a labrar, como se labra la cera del Santísimo. Carga sabrosa de una responsabilidad apetecida.

Juegos de proyectos, que saltan de uno a otro minuto, llenando las horas de la muchacha.

Y cuando se abrigaban temores por la acrimonia de María, ésta sumó su gusto al de Marta, quiso juntar cuidados de niña que juega con un muñeco y halló en Pedrito un escape para las hieles que la envenenaban. Ayudó al arreglo del Juandieguito, le hizo varios vestidos, lo peinaba todos los días, tuvo decisión para proponer al señor cura que hubiera este año posadas, con el propósito de sacar al huérfano de pastor; fue ahora la de la iniciativa para componer el Nacimiento con una semana de anticipación; y si no logró que hubiera posadas en la parroquia, consiguió permiso para instalar el Nacimiento en la sala del curato.

Secretamente conjurada con Marta, previnieron juguetes y prendas de vestir para que, contra toda costumbre local, llegara el Niño Dios la Nochebuena y dejara sus dones en los nuarachitos del recogido, gozándose con la sorpresa del chico, la mañana de Navidad.

María inventaba cuentos de maravilla, que echaban a volar la imaginación del niño.

Marta gozaba con el aniñamiento y júbilo de su hermana, y se hacía la ilusión de cuidar dos hijos, cuyo porvenir se le confiara.

EL COMETA HALLEY

1

EL 1º de enero de 1910 llegó al pueblo como cualquiera otro día. Navidad y Año Nuevo son aquí fiestas de guardar muy secundarias; menos aún que domingos, pues les falta el alboroto del mercado. Familias e individuos no acostumbran cambiarse regalos ni saludos. Navidad siquiera tiene la extraordinaria liturgia de las tres misas por un mismo celebrante, como en la conmemoración de los fieles difuntos, aunque no todos los años haya misa de gallo, y cuando la hay es una simple misa cantada, sin boato ni ruidos especiales. Un vapor de tristeza que ha ido formándose tras de las fiestas del Ocho y del Doce de diciembre comienza —por Navidad— a ser sensible; se hace más denso a medida que se acerca el fin del año; y estalla en las lentas campanadas que llaman a los ejercicios de acción de gracias y desagravios, el treinta y uno de diciembre; campanadas que suben desde la tarde al seno de la noche, agravándose, haciéndose lúgubres, tocando agonías, en rebato, como si el mundo y la vida estuviesen acabando inexorablemente, para jamás resucitar; vapor de recuerdos, de remordimientos, de tesoros que se pierden, y de fracasos, de horizontes que no se alcanzaron, que no se alcanzarán a ver; vapor de impotencia; tristeza de fuga irreparable a pesar de las manos contraídas en codicioso ademán, tristeza de lo perecedero, de las cosas que ayer eran vivas y hoy son polvo, de lo que hoy vive y a poco, no se sabe cuándo, habrá que sepultar o tirar al viento: el pariente o la ilusión, el afecto, el negocio, quizá la propia vida con flores, hojas y raíces; tristeza pesimista de lo incierto por venir, de la rutina, de los trabajos, de las penas, de los afanes recomenzados; tristeza de los exámenes de conciencia, de las íntimas condenaciones, de los propósitos faltos de convicción y entusiasmo, de los problemas que no puede resolver el tiempo; tristeza del amor inencontrable;

tristeza de la muerte segura e incógnita. Los rostros amanecen con huellas de mortal cansancio, la mañana del día primero. Es como la pereza del forzado, al llegar la nueva luz; pereza frente a una tarea inútil cuanto abrumadora. Suenan por eso a burla los «feliz año nuevo» que a veces traen bocas forasteras; convencionalismo hueco, repugnante, no proferido ni en la intimidad ni en la cortesía del vecindario; fórmula extraña en las costumbres del pueblo. En cambio se oye decir:

— «¿Qué calamidades traerá este año?»;

—«¡A cuántos se nos llegará nuestro día!»;

—«¡Quién había de decirle a zutanito y a menganita, que para este año nuevo estarían bajo tierra! ¡tan llenos de vida el año pasado!»;

—«Si el año es tan malo como el otro, yo no sé ni qué haré».

Del púlpito, de los confesonarios parten las voces de admonición:

—«¿Desaprovecharás esta prórroga de la Providencia? ¿Será otro año perdido para el negocio de tu salvación, el único negocio que debe interesarte? ¡Mira que puede ser el último año de tu existencia!»

Quejas y avisos íntimos. En la superficie de los encuentros y de la vida, el primero del año es un día como cualquiera otro: ni abrazos, ni buenos augurios, ni sonrisas de inteligencia; lo más, la tristeza que sale a flote por los ojos, por los pasos que rehúyen los encuentros de amigos en este día, por la soledad acentuada de las calles.

Ajeno a esta otra rareza del pueblo, el director político anduvo repartiendo enhorabuenas, abrazos y apretones de manos; la frialdad y el espanto en tomo, lo hicieron desistir. Malhumorado, acabó por encerrarse dentro de su casa, siguiendo el uso común.

El 1º de enero de 1910 no hubo más novedad.

2

EN esos primeros días del año vino don Alfredo Pérez a quitar su casa y a malbaratar los bienes que le quedaban. Llegó precisamente la noche

cuando en «La Flor de Mayo» estrenaron la primera lámpara de gasolina que hubo en el pueblo y fue una admiración.

(—«¡Cómo encandila!» —«Parece luz del día.» —«Nomás que las caras se ven como de muerto.» —«Y ese zumbido.» —«Dicen que revientan y ha habido quemazones y muertos.» —«Más vale nuestro aparatito de petróleo y nuestras velas de parafina.»)

Se juntaron muchos hombres en la tienda convocados por la novedosa claridad y no faltó Lucas Maclas; venía de saludar a don Alfredo; la plática, ya en grande, creció con la facundia de Lucas.

—Cuando diz que se prendió la mecha allá a fines del cincuenta y siete fue cuando aquí en la tienda que tenía el difunto Ciriaco Ruelas dejaron de alumbrarse con candilejas de sebo y estrenaron las arañas de bombilla; dieron los vecinos en hacer chorchitas todas las noches para animarse o para desanimarse con los runrunes que llegaban o que se inventaban; por allá desde el cincuenta y dos o el cincuenta y tres, cuando el famoso Amito, el que fue fusilado en Lagos... déjenme acordarme... sí, un cinco de septiembre, cuatro meses después del mentado asalto a ese pueblo; desde entonces, como iba diciendo, había habido paz en el rumbo; pero comenzaron los díceres: que se venía la bola, que había que tomar las armas contra los enemigos de la Iglesia, que un Juárez era ya presidente, que un Miramón le venía a dar en la torre, que había habido levantamientos en Nochistlán y en varios puntos de los Altos, que no habían de tardar en venir los chinacos de Teocaltiche; ¡bueno! todas las noches había de qué hablar, aunque nadie hubiera venido de fuera con mitotes; el arriero del difunto Ciriaco trajo una Constitución, que era el motivo del rebumbio, y para qué les cuento los alegatos que se armaron; había un don Casimiro Torres, abajeño él, con fama de hereje, que por poco lo matan; por cierto que desapareció una noche y después se supo que andaba con don Santos Degollado y que quería venir a prenderle fuego al pueblo, diz que porque era una guarida de mochos; cuando se supo el triunfo de Miramón en Salamanca y el levantamiento del coronel Landa en Guadalajara, y hasta llegó a decirse que Juárez y sus ministros habían sido muertos —esto era por marzo del cincuenta y ocho—, la tienda del difunto Ciriaco fue surtiendo gentes entusiasmadas en la chorchita para entrarle a la bola,

bien a bien ni sabían por qué; después se supo que unos andaban con los liberales y otros con los conservadores; no yendo tan lejos, había unos hermanos que les decían los Monacillos y que se fueron diz que a juntarse con Osollo: el caso es que uno apareció en San Juan de los Lagos cuando Miguel Blanco robó a Nuestra Señora cien mil pesos recogidos en chiquihuites, y contaban que mató a su mismo hermano en la toma de Santo Domingo; quién sabe si por esto —yo creo que por lo del robo en San Juan— quedó parálisis y luego se hizo lazarino: yo alcancé a conocerlo allá por el setenta, que vivía en el rancho de Pastores. Hasta el mismo Ciriaco se fue a la bola y por poco lo fusilan en Querétaro; pero alcanzó a huirse y andando de noche pudo volver al pueblo; allí en el Oratorio de las Delgadillo está el retablo del milagro que le hizo entonces la Virgen de la Soledad. Por cierto que en toda su vida no dejó de arrepentirse de que su tienda hubiera sido la causa de que muchos no volvieran de la guerra...

—Bueno, bueno, ¿y qué te contó don Alfredo?

— ¡Huy! si les digo que me pongo en su lugar y casi me vuelvo loco. ¡Dejar el pueblo sin esperanzas de volver! ¡Malbaratar lo poco que le queda! ¡Verse con tantos recuerdos de otros tiempos y tener que alzar los triques del pobre muchacho! Ése sí que es trago para hombres: ¡vayan ustedes! ¡no más vayan! porque lo que es él ¡qué ha de venir! cada encuentro de conocidos es como si le abrieran la herida. ¡Y menos con esta luz: qué ha de venir! ¡con esta luz que es como si a uno lo encueraran!

— O lo mandaran a la revolución, ¿no, Lucas?

—Por ay... por ay, ¿saben lo que me dijo don Alfredo? El susto que tienen por todas partes con eso de lo del cometa; por algo les estoy diciendo todo el santo día, que no sólo guerra, sino peste y hambre vamos a tener, y creo que ni yo mismo, tan viejo, pueda escaparme; ya lo verán qué pronto.

Fascinación de la ignota luz, venían más hombres y la chorchá se prolongó muy después de las diez —oh nuevo escándalo—, sin que los augurios de Lucas minaran en los concurrentes el descubierto placer de reunirse y hablar sin sentir el paso del tiempo ni los toques de ánimas y de queda, casi ni el recuerdo de la familia que inusitadamente se

desvela, casi ni el peso de los párpados desacostumbrados a trasnochar: placer de viejo hábito difícil de combatir. Mañana volverían, y pasado mañana, y el jueves, el viernes, el sábado, el domingo. ¿Cómo a nadie se le había ocurrido juntarse noche a noche para desaburrirse del encierro?

Apagada la lámpara maravillosa, fueron más densas las tinieblas de las calles, más escabroso el tránsito sobre las banquetas irregulares, más mortecino el resplandor de los aparatos de petróleo colgados a largos trechos por el municipio.

Sin embargo, perduraba el placer de la reunión y el tumulto de las palabras dichas u oídas.

(—¿Cuánto costará una lámpara de gasolina?)

3

— ¡EL cometa! ¡el cometa! ¡el cometa! —y las gentes salían a las calles, subían a las azoteas; la plaza se llenó, la torre se coronó de curiosos; comenzaron a hincarse, la vista en el cielo; comenzaron a rezar en voz alta; hubo quien quisiera gritar, plañir, desmayarse.

Nadie supo quién, el primero, lanzó la mirada y el grito hacia el astro resplandeciente, cuando comenzaba a oscurecer ese día tres de enero: mirada y grito propagados en tiempo fulminante a los rincones de las casas, al secreto de capillas y confesonarios, al corazón de niños, viejos y enfermos.

Avivaba el astro su luz como acercándose veloz contra la tierra, y las gentes hacían impulso de cerrar los ojos en espera del temido choque. Cincuenta manos —peleando— se apoderaron de las campanas y tocaron tumultuosamente. Mujeres y hombres corrieron a las iglesias, congestionaron las entradas, hubo contusos. Proseguía la ilusión de que la estrella, creciendo, avanzaba. Cerrándose los ojos en ese minuto postrero del mundo, desfilaban por la conciencia de los cuitados las alegrías y los remordimientos de toda la vida: grandes y mínimos

recuerdos, escenas banales, actos escabrosos, ilusiones fallidas, rezos en confusión.

Cuán débil e impotente la voz del Padre Reyes comenzó a establecer la calma; cuán poco a poco logró hallar eco y contagio:

—Es la estrella de la tarde, fíjense, ¿no ven que es el lucero de la oración? ¿Dónde ven la cauda? No es el cometa, no tiene cola, fíjense. Vean: es el lucero; siempre por este tiempo resplandece así.

El pánico se obcecaba frente a la desilusión de no atestiguar una catástrofe que los siglos esperan. Las gentes no se resignaban a deponer su dramática tesitura.

4

DON Alfredo Pérez (—«¡Ah, qué buen hombre ha sido siempre don Alfredo!») terminó sus asuntos y mañana se vuelve para Guadalajara. Mañana es dieciocho de enero.

—¡Qué amargos quince días: los peores de mi vida, se lo aseguro, compadre! ¿Se le hace poco desprenderse, como quien dice, de la vida? Cuando recién casado yo veía sufrir a Carmen que no se hacía el ánimo a vivir en el pueblo y ella me hacía la lucha para que nos fuéramos a Guanatos. Se me hacía imposible nomás pensar que algún día pudiera desprenderme de la tierra. Cuando el negocio me hacía dar mis vueltecitas a la capital, se me hacían eternos los días y no hallaba mi sitio ni la hora de volverme. Todavía cuando la desgracia del muchacho, dejé todas las cosas con ánimo de volver a los ocho días. Mi impaciencia con los médicos, casi casi era más por el pendiente de venirme. Yo no sé qué gusto le hallan a vivir entre aquel ruido y aquellas prisas. Ni de paseo, compadre. Allí me tiene usted todas las noches, casi casi sin faltar ni una, soñándome aquí; y al despertar, no se imagina: es como si allá me tuvieran preso; y nomás a toda hora pensando en el pueblo: que cómo estará fulano, que a esta hora pasa siempre zutano y nos saludamos, que a esta hora estarán llamando a la Conferencia de San Vicente, que a esta otra llaman para esto y aquello. Y al despertar y al

acostarme, nomás me digo: ¡un día más y sin esperanza de irme! No, compadre, qué voy a acostumbrarme; por nada del mundo: si en cualquier cosa brinca la diferencia: que si las gentes, todas extrañas, hasta los paisanos, hasta los parientes; no hay confianza; todo es pura hipocresía y caravanas y dobleces; que si la comida, mala y cara; no me ha de creer: la carne, la leche, los huevos, las tortillas, el pan, hasta los frijoles, todo sabe distinto, ya no digamos la manteca, el chocolate, los chicharrones. Aquél es un mundo al revés. Y de México ni qué decirle. Ahí andan muchos alborotados a ir para el Cementerio; si yo fuera ¡cómo iba a dejar mi tranquilidad, mis comidas a mis horas y a mi gusto, mi camita, por ir a pasar trabajos e incomodidades! ¡El Centenario! Ni me hable usted de eso, compadre. A mí nadie me quita que ésa fue la causa y el principio de lo del muchacho: ¡querer hacer una poesía para que lo trajeran en letras de molde y que diz que lo habían de coronar como al mejor poeta de México! ¡Y aquella mujer infame lo voló! ¡No hablemos de cosas desgraciadas! Bastante tengo con estos quince días de andar malbaratando y quitando casa. Todavía cuando me decidí a venir y cuando llegué, alentaba la esperanza de que una casualidad cambiara las cosas y yo pudiera quedarme y mandar traer a Carmen y seguir viviendo en paz; era como la esperanza de los que llevan a fusilar; pero esperanza, al fin. Estuve dos días sin hacer nada. Nunca me había gustado el pueblo tanto, a pesar de los amargos recuerdos que a cada paso se me revivían. Pero no hubo remedio: comencé a tratar lo del traspaso, la venta de las tierritas, el cobro de deudas, el ver a éste y al otro, el tener que repetir a todos la triste historia; cada cosa que se arreglaba era como si me fueran cortando aquí una mano, luego un brazo, luego una pierna. Para lo que sí no tuve valor fue para vender la casa, esta casa que hizo mi tatarabuelo, acarreando piedra desde Yahualica y trayendo canteros de Guadalajara. Hubiera sido como si yo mismo me cortara la cabeza. No. Allí nacieron mi bisabuelo, mi abuelo, mi padre. Allí nacimos yo y mi pobre hijo. Allí... ¡sea por Dios! No, si me gusta sufrir pensando en todo esto: hace dos días que no salgo de estas paredes, nomás haciéndoles cariños, besando las puertas, echándome junto al brocal del pozo, mirando al cielo bocarriba en el patio, podando las yerbitas de Carmen. ¿Se imagina usted la noche que voy a pasar? ¡La última noche aquí en esta pieza donde pensé que habían de velarme,

sin que nada pudiera impedirlo! No, ya no tengo ningunas esperanzas de volver. Ya estoy viejo y la ciudad amarra macizo. Guadalajara no tiene entrañas para los pobres que viven de trabajar. Lo poco que yo tenía se lo han llevado los médicos, los boticarios, los hospitales y los viajes. En México hubo un doctor que me cobró veinte pesos por consulta. Estoy endrogadísimo. Quise girarla por mi cuenta como corredor y todo fueron pérdidas. He tenido que conseguir un empleo en la ferretería La Palma. No, si no me asusta ser dependiente. ¡Ah! pero vivir allá, lejos de mi tierra. Luego que acabé de empacar las cosas que me voy a llevar... entre lágrimas lo hice, ¿para qué lo voy a negar, compadre? me fui al camposanto a ver las tumbas de mis padres y de mis parientes; ¡dichosos ellos, que no les quitaron su tierra! Yo pensaba volver ahora en la tarde a decirles adiós. No sé si no tuve valor o si no pude separarme y dejar de gozar estas paredes todo el rato que pudiera. Es duro, compadre. Que aquí platicábamos Carmen y yo echando tanteadas cuando el muchacho iba a nacer, que aquí dio los primeros pasos, que allí nos sacó un susto cuando la primera vez que se cayó, que aquí le dio Carmen la bendición cuando se fue al Seminario la primera vez, que éstos son sus libros y papeles, que aquéllos sus dibujos y pinturas, que allí nos echaba latinajos... gracias, compadre, gracias. No, si estoy resignado. Sea por Dios; pero es duro.

Poco después de media noche don Alfredo abandonó el pueblo al que ciertamente no habrá de volver.

5

FUE a principios de febrero cuando el paso misterioso de unos hombres dio mucho que hablar y sembró un vago, un pesado temor. Eran siete hombres de catadura indiscernible que venían a pie, las maletas al hombro, estirando un caballejo cargado, y pidieron posada en el mesón a eso de las siete de la noche; uno salió a comprar pan de agua y dos latas de sardinas con tío Ladislao, que es el único que vende «esos pescados tan apestosos»; con el muchacho del mesón encargaron cervezas.

Nadie supo qué camino traían y qué rumbo llevaban. Otro día salieron muy de madrugada. ¿Quién puede afirmar que los vio bien a bien? Se dijo después que muchos vecinos habían oído voces y pasos extraños durante toda la noche, que los forasteros hicieron preguntas capciosas a ése y aquél; pero las versiones de lo preguntado eran contradictorias: ¿habían querido saber el número de sacerdotes o de policías que hay en el pueblo, la frecuencia con que vienen tropas armadas o médicos foráneos, el disgusto por los abusos de las autoridades o el grado de religiosidad que prevalece aquí, los caminos más fáciles que conectan al pueblo, los puntos inaccesibles de la comarca o las mayores necesidades que agobian a los habitantes? ¿Eran protestantes o agentes revolucionarios? ¿Iban al Norte o volvían de allá?

Una cosa pareció cierta: su desconocimiento de la región; hasta el nombre, hasta la existencia del pueblo ignoraban de seguro. ¡Comían sardinas y bebían cerveza! Luego no podían ser de estos rumbos. Hubo datos para pensar que fueran ingenieros: traían teodolitos; pero ¿cómo es que andaban a pie? Se conjeturó que fuesen aventureros en busca de minas o tesoros ocultos, cosas por las que algunos afirmaron que preguntaban.

El director político juzgó que debía tomar cartas en el asunto, pues el estado de alarma colectiva se exasperaba por momentos y el pueblo había quedado en espera de acontecimientos funestos como consecuencia de aquella extraña visita; por otra parte, al director no le cabía duda: eran espías al servicio de fuerzas disolventes que pretenden acabar con el régimen pacifista y progresista de la República. Una cosa lo detuvo para dar inmediata cuenta a la superioridad: el juzgarse culpable de no haber aprehendido a los sospechosos; mas en verdad, él fue de los últimos en saber la noticia, ya entrada la mañana. Ése y los días siguientes fueron interrogados estrechamente cuantos entraron al pueblo, cualquiera fuese la parte de donde venían; se hizo pesquisa entre los vecinos de rancherías apostadas junto a los lugares de tránsito; resultó inútil: nadie daba razón de haber visto a aquellos hombres. Ello exaltó la efervescencia popular.

¿Qué relación había para el común del pueblo entre aquellos viajeros, el fabuloso anuncio de un cometa, los rumores de sismos, calamidades,

revoluciones y peligros en lugares que podían ser muy remotos o próximos? Nuevo motivo para que se manifestara la creciente zozobra colectiva que ahora se mezcla, sin confundirse, con el crónico temor de las postrimerías. Miedo nuevo por algo terreno que sucederá. Miedo de vísperas diferidas. Miedo al hombre, a la naturaleza y a la cólera de Dios. Con la vieja, una nueva zozobra sensible.

El ritmo del tiempo se impone, sin embargo. Pronto comienzan las tandas de Ejercicios de encierro y el piadoso crescendo cuaresmal en cuyo rigor colabora el novísimo sentimiento de peligro.

6

EL recuerdo de Luis Gonzaga Pérez con ocasión de los incendios, el Viernes de Dolores, fue para muchos una cosa remota y algunos lo olvidaron por completo. ¿Dónde habrán quedado los elementos con que componía el ex seminarista sus fabulosos altares? Ingenuamente, don Alfredo regaló al señor cura «los triques del muchacho». Piadosamente don Dionisio no los quemó: los arrinconó entre los desechos de la parroquia.

Desde el despertar, es el señor cura quien más recuerda este día a Luis Gonzaga. El señor cura fue uno de los pocos a quienes don Alfredo quiso contar el estado del joven, y por modo tan patético que no recató crudezas. He aquí el resumen del síndrome. A los accesos de furia sucedió un gran abatimiento, del que fue recobrándose; pero sin sobrevenir la lucidez alcanzada otras veces, cuando pasaban las crisis frenéticas. Todo pareció habersele olvidado, y aunque prevalecía el sentimiento de culpabilidad, no eran claros los objetos de su arrepentimiento, ni se daba cuenta de lo que decía; tampoco daba señales de reconocer a nadie, ni a sus padres. Cuando se le interrogaba o platicaba, o no respondía o era disparatada la respuesta. El Seminario, los libros, el dibujo, el pueblo, los nombres de mujeres conocidas —que antes lo alucinaban— perdieron significación en su conciencia. No pensaba más que en comer; su apetito rayó en gula desenfrenada.

Luego le dio por la humildad y la cortesía extremas: don Alfredo y doña Carmen, al igual que los ínfimos del manicomio, los padres encargados del establecimiento, los médicos, los visitantes y los otros alienados eran objeto de ceremonioso trato; el muchacho se deshacía en caravanas y frases remilgadas, carentes de sentido; por otra parte, a nada oponía resistencia; la humildad llegó a lindar con la humillación: de súbito se postraba frente al más ruin sirviente implorándole perdón y que lo dejase besarle los pies; mas obedecía con presteza si aquél se lo mandaba. Los escombros de la vida pretérita se revelaban en inciertas alusiones: postrándose ante un loquero le llamó señor cura; y aun lego, tomándolo por arzobispo, le pidió que lo admitiera, sin acertar en dónde; yendo de visita un clérigo joven se le arrodilló para suplicar que revisara sus versos. Pronto se hizo sensible que la presencia de mujeres lo inquietaba por modo extraordinario, sin exceptuar la visita de su madre; frente a ellas comenzó a ser procaz. Lo obsceno se convirtió en idea fija, mediante la cual pudo coordinar otras representaciones. Los caricaturescos modales de cortesía se combinaron extrañamente con palabras, ademanes y visajes lúbricos. Fue una explosión devastadora, inextinguible; pero sin arrebatos frenéticos. Obedecía si se le mandaba que callase o estuviese quieto, para luego recomenzar, como una tosferina de ataques incesantes. Afirmaba, primero, que venían a visitarlo; después, que vivían con él, mujeres bajadas del cielo, desnudas, entre las que iba a escoger nueve para esposas y esclavas; el problema era reconocer entre tantas a las que ocultaban el nimbo de musas, destinadas a ser sus discípulas y, más tarde, rectoras del mundo por el imperio de la belleza. Luis adoptó una risible arrogancia; no se dejaba tocar por nadie. ¿Cómo podían dejar de reconocer en él al Dios Apolo, hijo de Júpiter, maestro del Parnaso, dueño y conductor de las Musas? Estas eran; sólo que algunas veces Urania era llamada Victoria, con quien Apolo ejercitaba sevicias de palabra y obra por arrancarle cantos de dolor:

—«Micaela, digo, Terpsícore: ponte a bailar, así, así, mira» —y el Musageta daba saltos de fauno desvergonzado;

— «Tú no te llamas como te dicen, Marta: eres Euteipe; y tú, María, eres la tragedia, no te dejes quitar el papel por Micaela; tú, tú eres

Melpómene; Micaela es la comedia, nomás, la comedia, Talía».

Otras veces, irritado, salía por los corredores:

—«Me faltan Clío, y Polimnia, y Calíope».

En las noches rompía el silencio de la casa:

—«¡Calíope! ¡Calíope! ¿Por qué te fuiste? Calíope, te voy a excomulgar.»

Apolo Musageta representaba ciertos días el vulgar papel de empresario que propone a las Musas en espectáculo.

—«Voy a llevarlas a México, para el Centenario, a ver si don Maximiliano de Habsburgo no quiere birlarme alguna o si a doña Carlota no se le antoja quedarse con otras para damas de compañía. Va a ser un golpe: canto, baile, comedia, tragedia, todo junto.»

Comenzaron a racionarle la comida y hubo conatos de ataques furiosos. Le secuestraron los libros con imágenes de mujer, porque se descubrió que allí se alimentaban sus desatinadas fantasías. Por lo escandaloso de sus palabras y ademanes fue recluido en un departamento especial en que nadie pudiera oírlo ni verlo. La obsesión lasciva nada respetaba. Dio en andar desnudo y a brincos, cual conviene a un dios en levitación perpetua. Un día rehusó abrir la puerta de su cuarto, alegando que lo asediaban miles de mujeres en solicitud de sitio dentro del coro; cuando al tercer día de reclusión hubieron de ser forzadas las cerraduras, Apolo se lanzó terrible contra sus enemigos y no hubo más remedio que aplicarle otra vez la camisa de fuerza; las paredes del cuarto estaban cubiertas con grandes dibujos de mujeres en actitudes indescriptibles, que llenaron de consternación a los padres juaninos; no habían registrado antes un caso de desbordamiento libidinoso tan persistente y tan irrefrenable. La pausa desastrada era todavía desconocida por don Alfredo: Luis, aprovechando un rato de libertad, se había mutilado, y comenzaban los intentos de suicidio.

—Ay, señor cura, yo le encomiendo a usted mi intención: que Dios se acuerde en una buena hora de mi pobre muchacho, si no ha de tener ya remedio. ¿Hago mal en desearle la muerte? Figúrese cómo será la cosa para que yo ande pensando en eso. ¡Qué más quisiera un padre! ¡Tantas ilusiones que teníamos con el hijo único que Dios nos dio! ¿O no era muy inteligente? Usted lo sabe bien. Para mí no había otro, y no era que

me cegara el amor de padre. ¿Quién hablaba como él? Usted recuerda los primeros años en el Seminario, cómo lo pusieron por las nubes. También allá tuvieron esperanzas de que fuera otro San Agustín o Santo Tomás. Estaban orgullosos: acto público y mención de honor en todas las materias. ¡ Si yo pudiera dar mil vidas más porque se aliviara! Pero así, así, ¡mejor que se muera! A riesgo de que Dios me castigue. No ¿qué más castigo? A veces pienso que no es mi muchacho, sino el mismo diablo. Me da vergüenza decirlo. Pero es atroz. Lo viera. Dios quiera que no lo vea, que nadie pudiera verlo así. ¿No es mejor que se muera? ¿Usted sabe lo que se necesita para que un padre quiera la muerte del hijo y del hijo único que podía haber sido yo no sé qué de grande? ¡Con ese talento! señor cura ¿qué le ofreceré a Dios para que me lo alivie? La vida mía y la de Carmen ya casi se la hemos dado. ¡Si usted viera a mi pobre mujer no la conocería! Es una anciana que da lástima. En seis meses parece haber vivido cien años. ¿Mis bienes? Ya todos los perdí. Ahora pierdo hasta mi pueblo. ¿Qué más puedo dar?

Y por enésima vez insinuó que la locura de Luis Gonzaga sea efecto del cometa y brilló la esperanza de que pasado el efecto ceda el mal.

Don Dionisio no tuvo ánimo para interrumpir el escabroso relato que le producía náuseas; tal era el dolor de don Alfredo y la conmiseración que sus lágrimas despertaban en el párroco, quien tampoco pudo dejar de oír otras desagradables confidencias del cuitado feligrés.

— ¿Cree usted, señor cura, que aquella mujer tuvo la desfachatez de buscarnos y de querer llevarnos a su casa? ¡Malvada! Carmen tuvo que decirle su precio, y todavía se hizo la sorprendida y la enojada, que ha hecho lo posible por perjudicarnos, poniéndonos en mal con todo el mundo, y haciendo que se nos cierren las puertas, hasta con los parientes de Carmen. Hemos tenido que explicarles la verdad para poner las cosas en su punto. Por cierto que usted ha de saber que la víbora diz que anda indagando el paradero de Gabriel, porque diz que quiere favorecerlo; ¿qué a poco también le habría echado el ojo para perjudicarlo? ¡Mal haya la hora en que a Carmen se le ocurrió convidarla a que viniera a pasar Semana Santa a esta casa que nomás vino a destruir! Yo no sé cómo en Guadalajara tiene fama de virtuosa; si es su casa, diario está llena de visitas de la mejor pomada; diz que hasta

el señor arzobispo acepta sus invitaciones; no hay Asociación ni fiesta en que no ande metida como presidenta o tesorera. ¡ Si supieran la clase de mujer que es!

—Yo no sé si seré chismoso; pero ¡se ven tantas cosas! y como luego dicen, más vale prevenir que lamentar. Por allí he oído decir entre los estudiantes de por acá que uno que anda destripando es Jacobo, el hijo del panadero, que por mal nombre los estudiantes le dicen el Espíritu rudo; lo de la destripada no era lo de extrañar; lo que sí tengo que decirle, yo no sé si haga bien, es que dicen (yo no lo creo) que Jacobo se hizo novio de su sobrina Mariquita en las últimas vacaciones y que por esa causa va a dejar los estudios para ponerse a trabajar; no ha sido uno el que me lo ha dicho, sino muchos; francamente le digo que yo no lo creo; ¿cómo ha de ser posible? Pero ese principio de chisme han tenido muchas cosas y de todos modos es bueno que usted sepa lo que se dice.

— En Guanatos he oído decir que a Damián Limón le viene la pena de muerte, por más luchas que le hagan. De casualidad me tocó conocer en Escobedo el patio de los laureles, donde se hacen los fusilamientos, y no sé por qué se me vino a la cabeza el pensamiento de usted, señor cura; ya considero lo que usted ha de haber sufrido con esas desgracias de agosto: ha de ser duro para un párroco; ¡hicieron allá un escándalo los periódicos! Y yo nomás considerándolo a usted, casi casi más que a nadie. Y luego supe que la muchacha de don Inocencio Rodríguez quiso alguna vez enredar a Luis. ¡Uno ni sabe los males que a cada paso nos rodean, como dice la oración!

— ¿Usted no cree que tantas calamidades sean efecto del cometa?

La conmiseración fue freno que contuvo a don Dionisio para no interrumpir ni desviar las confidencias de don Alfredo; pero también lo fueron el escrúpulo y la curiosidad paralizantes: el escrúpulo de juzgar hasta dónde le cabe culpa en lo acaecido a Luis Gonzaga, bien sea por extremado celo, bien por negligencia en aconsejarlo, bien por ignorancia del método con que debió dirigirlo rectamente; porque de una cosa está seguro: la vesania del joven estalló a causa de una mala dirección espiritual, que rompió los diques de la cordura; en esto da la razón al Padre Reyes, y no es el caso discernir ahora las responsabilidades de otros. El patético relato —se parte, de verdad, el

alma con ver llorar a un hombre fuerte y bonachón como don Alfredo —, plantea de nuevo la conveniencia de temperar el rigor en la guía de almas, limitar la jurisdicción del Padre Islas, hacer que participe más el Padre Reyes en el gobierno de la parroquia y ponga en práctica sus ideas innovadoras. El anciano ha venido rindiéndose a la evidencia de que hay un cambio al que no escapará su feligresía; es casi una sensación, como la del viento caliente y terroso que anuncia la cuaresma, como el olor de humo en el tiempo de cosechas, como el aire frío que una mañana o una tarde anuncia el invierno. Antes infatigable, don Dionisio ha comenzado a sentir cansancio y deseos de morir. Se siente inconforme consigo mismo y extrañado de notar en sí también algunos cambios lamentables: por ejemplo, esta curiosidad repugnante que lo hace prestar oídos y sobresaltarse por los cuentos del mundo; esta confusión entre su carácter de párroco y de tío, este abatimiento frente a los amagos terrenos y quizá una falta de confianza, de aquella serena y ciega confianza que tenía en la Providencia. Siente cada vez mayor necesidad de charlar con el Padre Reyes, y explayarse, y confiársele.

Despedido aquel día don Alfredo, el cura buscó al joven ministro, y aunque no le confió las anécdotas de su turbación sino por medios muy indirectos, experimentó el gusto del desahogo y el consuelo del viejo que halla el sostén de un mozo.

—Este año quiero que usted dirija de todo a todo las tandas de Ejercicios.

Aunque al principio receló el Padre Reyes, tuvo al fin seguridad para decidirse a imponer una serie de reformas principalmente atañederas a jóvenes y mujeres. No se menoscabó el espíritu ignaciano; pero se suprimieron los toques lúgubres y las representaciones al vivo, teatrales, como el desfile con el ataúd la noche de la muerte, los gritos y toques de trompeta la noche del juicio, los olores de azufre y el arrastrar de cadenas la noche del infierno; se suprimió el tiempo de tinieblas para la disciplina colectiva, encomendándola al fervor individual y privado, susceptible de cambiarse por otro género de mortificación.

Abundaron las críticas. (—«Al paso que comenzamos, para el otro año todos traerán sus camas y sus buenas comidas, se podrá platicar y chupar a toda hora, quién sabe si hasta salir cuando uno quiera; éstos no son Ejercicios ni nada.» —«Menos ruido y más nueces» —decía el Padre Reyes.) Así fue como estuvo a punto de producirse un escándalo grave, no en absoluto resuelto: el Padre Islas no podía sancionar la «blandura modernista», ni compartir la responsabilidad en actos que se relacionaran con su Asociación. Hubo largas disputas que no dejaron de translucir en público, sembrando desasosiego. El Padre director se alejó del pueblo a mediados de la cuaresma, entre conjeturas del vecindario.

Con esta carga de cuidados había llegado el Viernes de Dolores para el anciano cura, sabedor, hacia entonces, del mal sesgo que continuaba teniendo la vesania de Luis Gonzaga. Otra preocupación se recrudecía en el párroco: la inminencia de una traición esperada mes tras mes, desde el año pasado. ¿Los espiritistas? ¿Los norteros? ¿Algún familiar? Contra su voluntad, el tema de Judas incidía en pláticas y sermones. Ni lo sosegaba el pensar que la traición esperada pudo ser el comportamiento de Victoria y Gabriel, o el crimen de Damián, o las infiltraciones de mundanidad entre su feligresía. Golpes más rudos le faltaban, puñalada más artera lo desvelaba, por otra parte, sabiendo que su temor era un género de tentación contra la Fe, la Esperanza y la Caridad, lo que centuplicaba sus angustias.

7

EL sábado nueve de abril, al amparo de la lámpara de gasolina, la tertulia de «La Flor de Mayo» — que había decrecido como efecto de la Cuaresma y de los Ejercicios— volvió a verse muy concurrida. Se comentaba una noticia publicada en El País del domingo anterior, según la cual había peligro de que la tierra chocara con la cauda del cometa Halley, el 19 de mayo; y si escapa, subsistirá el amago catastrófico de que nuestro planeta estalle, a no ser que le hagan un hoyo ancho y profundísimo en el polo norte; pero aun así se correrá el riesgo de que

salgamos de la órbita solar y el globo terráqueo se convierta en un astro errante, según pronósticos de Flammarion.

— Lo que quieren es que de todos modos nos cuerne el toro —pero nadie tomó a chacota estas palabras de Lucas Maclas.

8

BREVE fue la tregua en las inquietudes de María, la sobrina del cura. Pronto se aburrió del muñeco. Pronto la enfadaron las puerilidades de Pedrito. Pronto volvieron a quitarle calma los espejismos del mundo lejano, las lecturas clandestinas, los rumores que llegaban de todas partes acerca de acontecimientos generales.

Unas palabras oídas a don Alfredo Pérez el día que vino éste a visitar a don Dionisio, concurrieron a soliviantarla.

— Cuando vaya, desconocerá usted a Guadalajara: están acabando de tapar el río de San Juan de Dios a todo lo largo, desde el Agua Azul hasta más allá de la Alameda; está bonito. Y luego los tranvías, tanto edificio nuevo: en la calle de San Francisco hicieron uno de cinco pisos, que le dicen el Mósler, estilo americano; automóviles, hay muchos: ¡un ruidazo! ¿Usted se acuerda dónde está la estación de tranvías? Pues mero enfrentito, sobre la calzada, están acabando el monumento de la Independencia, que dicen que va a ser el más bonito que tenga Guadalajara. Ya de México pues ni le cuento: es un barullo que nadie se entiende: allá también el monumento va ya muy alto, muy alto, yo creo que más que catedral: dicen que arriba pondrán un ángel de cinco metros, como volando, y que se podrá subir por un caracol, desde donde se dominará todo el valle, desde Chapultepec, y se podrán ver muy bien los volcanes. Armazones de fierro por todas partes: el Palacio Nacional, el Palacio Legislativo; en fin, es una fiebre. Lo que me dejó embobado fue el edificio del Correo, ¡si viera qué bonito! está por allí cerca de Minería, frente a la Alameda, por medio el Teatro Nacional que están haciendo, éste todo de mármol, que uno por acá ni se imagina... Yo a cada rato me perdía el mes que allá estuvimos, y hasta llegó a

hacérseme bonito perderme, porque así conocí mejor la ciudad; por el estilo ha de haber sido Babilonia.

Cuando se despidió en el zaguán del curato, don Alfredo vio a María:

— ¡Eh, mire a quién me tocó encontrarme! Yo creía que no la iba a ver, casi no he salido. ¿Cómo le va? ¡Tanto que me he acordado! También se ha de acordar, sí, también se acuerda Luis... —María sorprendió en el cura una mirada fulminante que debió entender don Alfredo, quien dio prisa para despedirse: —¡Ah! señor cura. Dios quiera conservársela buena y pura siempre, siempre —le temblaba la voz y se le rasaron los ojos.

9

PRECIPITACIÓN de noticias: la convención antirreeleccionista reunida en el Tívoli del Elíseo, en la capital de la República, proclama la fórmula Madero-Vázquez Gómez para contender en las próximas elecciones; el primero de mayo, según Flammarion, al chocar la cauda del cometa con Venus, los mortales podremos admirar en el cielo bellísimos juegos de luces, que ninguna pirotecnia sueña realizar; don Francisco I. Madero entrevistó a don Porfirio; el 23 de mayo habrá eclipse de luna, que tal vez nadie vea, pues antes, el 18, la cauda del cometa tocará la tierra; grandiosa manifestación en honor de don Porfirio, el glorioso Presidente de la Paz; el cometa es visto con sencillos aparatos, al oriente, después de media noche.

10

LAS novelerías de su hermana vuelven a quitar el sueño a Marta, el sueño que se le va entre las dos y las tres, entre la una y las dos, tiempo en que comienza la inmovilidad frente a los malos pensamientos, junto a las malas obsesiones, y el monólogo de los absurdos, hasta no poder

más, y levantarse mucho antes de las cuatro, tratar de distraerse, rezar, subir al campanario en espera del alba, en busca de la esperanza.

Lo notó don Dionisio y la interrogó.

— Me levanto tan temprano a ver si veo el cometa.

Lo creyó el señor cura o aparentó creerlo. Aquí, como en Guadalajara, como en México, y en Nueva York, y en Madrid, París, Roma, Berlín, las gentes han dado en madrugar con la esperanza de ver al cometa. ¡Defraudada esperanza de los simples ojos! Marta no buscaba el cometa. En los oídos de Marta resonaban palabras de María. En los ojos de Marta giraban las miradas rencorosas de María.

—«¿Tú crees que voy a resignarme, como tú, a ser soltera y a seguir esta vida de pueblo? No, yo no sé qué voy a hacer; pero sí te aseguro que no ha de durar esto, aunque me haya de agarrar a un clavo ardiendo.»

Un clavo ardiendo. Y Marta daba la razón a su hermana. Un clavo ardiendo. Bien duro es resignarse. Un clavo ardiendo. Y nunca del todo. Allí está Mercedes con sus dolencias recrudecidas y en punto de desesperación al ver la gravidez de la esposa de Julián. Un clavo ardiendo. Un clavo ardiendo.

11

DIECIOCHO de mayo. Ni para el Jueves Santo se había confesado tanta gente. Ningún pez gordo dejó de hacerlo. Levantaron temprano los mayores a los pequeños. Nadie trabajó. Nadie hubiera podido trabajar. A medida de la mañana fue creciendo el calor. Pasado el medio día se nubló y comenzó a llover. Siguió haciendo calor. El cielo se comenzó a despejar y el crepúsculo fue maravilloso: el polvo se había hecho luz voladora y de las nubes emergían rayos como pintados. Principió la noche. Llegó el sueño a los niños. Asedió el cansancio a los mayores; el cansancio de la inútil espera durante días, durante las horas de este día en que previno el mundo sucesos que no llegan, fenómenos que no se ven, emociones que no se sienten. Dieron las doce de la noche y la

catástrofe no se produjo, ni se vio, ni se sintió el más leve roce de la cauda, por muchos imaginada como lluvia de filosas espadas o de mínimas estrellas. Hubo quien dominó el sueño hasta el amanecer.

Con reverencial acatamiento fue leída de allí a pocos días una carta del minorista Fermín García, cuyos son estos pasajes: «En virtud de que los superiores me hicieron este año la inmerecida distinción de designarme ayudante en los laboratorios de Física y Astronomía, honra y prez de nuestro querido Seminario, he podido seguir paso a paso la marcha del Cometa Halley ante las miradas atónitas de los hombres y para ello he contado con las sabias indicaciones de dos hombres famosos no sólo en nuestra gloriosa Arquidiócesis, cuna de sabios y de santos, sino dentro y fuera de la República: me refiero a los dos ilustres maestros presbíteros don José María Arreola y don Severo Díaz, los primeros a quienes les cupo la honra de descubrir sobre el cielo de Guadalajara el prodigio celeste; no podré olvidarlo: fue el miércoles 20 de abril, aunque no se le distinguía todavía la cauda: nos prosternamos a dar gracias y entonar himnos de laudanza al Creador, con la salmista: *Coeli anarrant gloriam Dei*; pero donde carezco de palabras para describir la belleza del fenómeno y la intensa emoción de mi alma, es cuando recuerdo el doce de mayo en que se hizo visible la gran cauda del cometa, captada por el telescopio de nuestro observatorio poco después de las 4:30 a. m.; en verdad de verdad no hay palabras para describir la magnificencia del astro y me contento con repetir aquel texto de las Sagradas Escrituras:

"Quod oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus iis qui diligunt illum..."»

—«Ayer, día 20, pudimos ver ya en el occidente al cometa, poco después de la puesta del sol: estaba rodeado de Sirio, Procyon, Castor y Polux, en bellísimo conjunto. Yo creo que al recibo de las presentes líneas ya podrán haber distinguido a simple vista ese anticipo de los goces que en el cielo gozaremos por toda una eternidad si...»

—«También al recibo de la presente habrá pasado el esperado eclipse de luna, que será D. M., pasado mañana; me propongo describir mis impresiones obtenidas a través del telescopio, y ése será el objeto de mi próxima carta. Espero que todos estos acontecimientos no hayan dado

pábulo en el pueblo a supersticiones y temores punibles, propios de personas indoctas, a los cuales no ha escapado el vulgo de esta capital y aun gentes que se suponen ilustradas: fue risible ver el pánico y el alboroto generales del día dieciocho, cuando pasó nuestro planeta por la cauda: las gentes se arremolinaban en las iglesias, plazas y azoteas...»

—«El anuncio del eclipse ha sembrado igual pánico.»

El padre del minorista Fermín García no cabe de orgullo llevando la carta de aquí para allá, sintiéndose superior a los ignaros que padecen miedo mortal.

—Pero si usted también anduvo el día del eclipse que no le cabía el alma en el cuerpo —le decían algunos amigos de confianza.

— Se contagia uno del miedo, aunque no quiera; pero pronto me sobrepuse, ¿no anduve allí ayudándole a tío Cecilio que se le había desmayado la mujer?

— Bueno, ¿y cómo se explica todo lo que sucedió esa noche? El niño de Julián que nació muerto, el ataque del Padre Islas, el aullido de los perros y tantas gentes de los ranchos que se han estado muriendo en estos días, aparte lo que tengamos que ir sabiendo de otros lugares...

El dos de junio, entre nueve y diez de la noche, el cometa fue visible en el pueblo; también el día ocho escamparon los nublados y pudo verse a las ocho y media; la última vez que se le vio fue a las siete del día dieciséis; pero ya los hombres del pueblo estaban ocupados por otro asunto apasionante: don Francisco I. Madero fue aprehendido en Monterrey y trasladado a San Luis Potosí; en la lejana península de Yucatán —región de Valladolid— estallaba un pronunciamiento. Los grandes encabezados de El País fermentaban los ánimos de la parroquia; los vecinos esperaban con ansia la llegada del correo y se disputaban los ejemplares del periódico. Conjeturas y augurios trastornaron la quietud pueblerina. El veinticinco de junio llegaban a Guadalajara cientos de cadáveres y trozos humanos de los percidos en la catástrofe ferroviaria más allá de Sayula. Madero escribió a don Porfirio: «Si desgraciadamente se trastorna la paz, será usted el único responsable ante el mundo civilizado y ante la historia.» El siete de julio se registran graves desórdenes en Puebla. El diez de julio se verifican las elecciones presidenciales. Vuelven a ser declarados Presidente y

Vicepresidente los señores Porfirio Díaz y Ramón Corral. Se desecha la promoción maderista para nulificar las elecciones. Madero sigue preso. Viene luego el dorado paréntesis del Centenario: llegan los embajadores, hay suntuosos banquetes, pronúncianse brindis y discursos, el Palacio Nacional se convierte en maravilloso salón de baile. La policía disuelve la manifestación de los clubes independientes, organizada en honor de los héroes de la Independencia. La prensa no habla ya de Madero.

— Un blanco, chaparro él, de barba, nervioso y simpaticón... —Lucas Macías sabe de memoria lo que dijo Madero al corresponsal de El País en la entrevista célebre.

12

EL niño de Julián, que nació muerto a la mañana siguiente del eclipse, derrumbó en fiebre de remordimientos a Mercedes.

—«Yo lo maté con mis envidias; pero lo hice sin querer: yo trataba de dominar esa tristeza del bien ajeno.» Ni come ni duerme ni quiere ver a nadie. Le avergüenza la misma presencia de Marta, como si al igual de todos viniese por acusarla. Postrada en cama, la crisis de llanto no encuentra término, ni de día, ni de noche, alta la temperatura, en rápida consunción, la cara y las manos de cera, los ojos brillantes de alucinaciones.

—«¡Yo lo maté!»

Don Refugio ha recomendado la urgencia de trasladarla a Guadalajara.

—«¡Tristeza del bien ajeno!»

Aquellos lejanos días en que Julián la cortejaba con ojos de lumbre y ella lo desdeñó. Voladero sin fondo de los recuerdos. Aquellas miradas envidiosas contra el vientre grávido de la mujer de Julián y aquel rencor contra el aire venturoso de Julián.

—«¡Yo lo maté!»

Aquella pecadora sensación de haber sido poseída la noche que recibió aquella primera carta.

—«¡Tristeza del bien ajeno!»

Don Anselmo Toledo, sin perder tiempo, y contra la renuencia de su hija («¡Quiero morirme aquí! ¡No me saquen del pueblo, por caridad!»), la llevó a Guadalajara en los primeros días de junio. Muchas horas, muchas semanas y meses los gritos que daba Mercedes cuando la sacaron de su casa, cuando se perdió al otro lado del río, aturdieron las orejas, el alma de Marta; y la memoria del pueblo. (—«¡Me llevan a matar! ¡Me llevan a matar!») Como un clavo ardiendo, chisporroteante.

Pero más sensacional había sido el ataque del Padre Islas. Mucho más sensacional. Tanto, que muchos ya no podrán salir en vida del callejón de conjeturas a que los metió el suceso. Suceso de pesadilla, con las circunstancias más impresionantes. Acababa de consumir el cáliz y todavía no daba muestras de extender la mano para que le sirvieran las abluciones, cuando prorrumpió en alaridos espantosos, cayó entre convulsiones y fue imposible sujetarlo; se mordía la lengua, se le llenó la cara de espumarajos, se abotagó y sus gemidos parecían cosa del otro mundo, pavorosos, mientras las manos estremecidas y fuertes trataban de hacer daño; muchos fieles corrieron, otros al acercarse no pudieron resistir el espectáculo de la lengua remordida, de los ojos en agonía, del espumarajo, efe los gritos inauditos; perdieron todos la noción del sitio en que se hallaban, y hubo llantos agudos, voces desmesuradas, tránsito en desorden. Acudió el señor cura y por la primera vez pudo vérselo desconcertado, lleno de miedo inocultable; pronto reaccionó para ordenar que fuera conducido el cuerpo al curato, cosa que lograron siete hombres de fuerzas desmedradas por el pánico que les infundía el estertor horrible y las diabólicas contracciones del rostro, en contraste con los sagrados paramentos que revestían al caído. ¡Cuántos jamás podrán salir del callejón de conjeturas en que los metió el suceso!

Los muertos y la calma de agosto, el deber cívico de celebrar en el pueblo el centenario de la independencia y el gusto de algunos por ir a las fiestas, bien a la capital de la República o a la del Estado, iban relegando a planos de olvido asuntos tan apasionantes como la prisión de don Francisco I. Madero, las esperanzas de volver a ver el cometa o el resultado del juicio contra Damián Limón.

Entre las víctimas de la canícula, este año, el trece de agosto, día del Tránsito de Nuestra Señora, murió, impúber, la primogénita de Justino Pelayo, niña vivaracha y graciosa, regocijo de su casa y del pueblo; estaba por cumplir once años; fue muy sentida. El párroco asistió al entierro y le atacó por modo desusado el recuerdo de una confesión de Justino, hacía dos cuaresmas. Era el relato de las circunstancias y estado de ánimo en que una noche, vencido por la tentación, echó los pasos rumbo al río en busca del pecado, escondiéndose de las gentes y de sus propios pensamientos, a punto de volverse varias veces, hostigado por deseos, vergüenzas y temores; lo perseguía la imagen de una mujer llegada esa semana, cuyos encantos y placeres circulaban en secretas conversaciones; pero la imagen de su buena esposa, de sus pequeños hijos, no lo soltaba: ¿qué harían a esas horas?; Consuelo, la vivaracha, rezaría o se empeñaría en que la madre le contara una historia de santos; ¡cuán ajenos los suyos a la acción que perpetraba, cuán ajenos al ardor que consumía su sangre, a la insana curiosidad que lo empujaba, lo empujaba entre la noche! ¡si por su causa les pasara algo! ¡cómo podría volver a ver, a tocar, a su inocente hija? Los deseos fueron más poderosos y atropellaron sus sentimientos de padre y esposo. Desfalleciente tocó a la puerta del pecado. ¿Qué harían entonces su mujer y sus hijos inocentes? Traidor que paga placer y compra tristeza. No; más: la certidumbre de que su pecado será funesto. Estéril deseo de no haber salido de su casa. Angustiosa sensación de hallarse muy lejos, perdido, condenado a no regresar. Eterno tiempo el de poder salir, andar, alcanzar la calle, sentirse otra vez en el pueblo, dar las buenas noches a un vecino. Embarazo de llegar a la casa, de aceptar la cena, de oír palabras inocentes. ¿Cómo dejarían de conocerle su traición? Claro: ni sospecharían; y era peor. El debía confesar su aborrecible culpa, debía confesarse a la esposa y apartarse

de sus hijos, no tocar más a la niña mayor. No pudo. Las manos manchadas hubieron de posarse sobre la inocencia.

Todos estos detalles acometieron al cura. Por primera vez le sucedía tal cosa; siempre tuvo la divina gracia de olvidar cuanto se le confiaba en el secreto de la confesión; jamás ninguna circunstancia le hizo recordar lo que había oído, por escandaloso e inusitado que fuese; y ahora Dios parecía dejarlo de la mano y entregarlo a este nuevo tormento de sentir que violaba el sigilo con sólo recordar la materia de una confesión que creyó haber olvidado en el momento de absolver al penitente. Se puso rojo; comenzó a sudar; se apartó de Justino y clavó las miradas en el suelo, temeroso de que sus recuerdos impertinentes fueran descubiertos.

Y otra vez, con enlace inexplicable, lo asaltó la memoria de aquel sueño y la vaga, punzante zozobra por Marta y por María. ¿Qué torpe negligencia lo ha hecho despreocuparse de los síntomas que una y otra revelan? ¡María! Su actual taciturnidad, su irritabilidad y aspereza demandan atención. En efecto, le ha dicho alguien o ahora imagina que le dijeron... es imposible que se lo hayan dicho; ahora imagina que alguien le dijo haber visto una tarde a María... sí, pudo habérselo dicho algún confesante impertinente, pudo habérselo insinuado el celo de algún escrupuloso, quizá el Padre Islas... no, es una tentación del demonio... le dijeron o imagina que María estuvo viendo hacia el barrio maldito desde la torre o que hablaba en el atrio con una de esas mujeres... ¡tentación de Satanás! ¡Nadie pudo decírselo, tampoco insinuarlo! ¡No!... y que platica seguido con la viuda de Lucas González, y que lee novelas prohibidas, y que dice atrevimientos.

Caían las paletadas de tierra en la tumba de la niña y era como golpes en las sienes del cura.

(— «Mejor fuera María»)

Estremecimiento de fibras humanas, paternas, rebeldes al horrible pensamiento.

(—«No. Mi muchachita, mi pobre muchachita.»)

Y un deseo desesperado por verla, por estrecharla como cuando pequeña; y un olvido de cuanto no sea ella y su felicidad; y un terror de

saber que cuando la encuentre no le dirá una palabra cariñosa ni le dirigirá una sonrisa; él, tan seco, tan culpable del desamor que padece su predilecta.

(—«La viuda de Lucas González anda por malos caminos. Este al menos no es un secreto de confesión. Pero es imposible que María le hable. ¿Por qué tengo lejos a Gabriel? Si se quisieran sería preferible que se casaran»...)

El anciano siente náuseas e impulso de vomitar. Le ataja el desbocamiento de sus ideas la voz enronquecida de Justino:

—Lo que más me atormenta es pensar que yo tuve la culpa. Y que algún día ya no nos haga falta a nadie, a nadie, ni a mí. Que la olvidemos.

Y tras una crisis de llanto:

—Lo único que me consuela es que Dios se la llevó antes de que hubiera peligro y mi castigo hubiera sido peor, peor.

«Antes de que hubiera peligro. Peligro. ¡Peligro!» El señor cura baja del camposanto sin otra idea que buscar a María, encontrarla y hablarle con mimo paterno, alegrarla y arrancarle una sonrisa, una de aquellas deliciosas risas de niña, olvidadas tanto tiempo.

Pero María no está en el curato cuando él llega.

14

SEPTIEMBRE. Volvieron los estudiantes, impusieron de nuevo en pláticas y preocupaciones el tema del cometa, prestaron animación a los lánguidos proyectos de la Junta Patriótica del Centenario, improvisaron un remedo de desfile histórico que no estaba en el programa, perpetraron discursos y poesías, renovaron y abrieron inquietudes en almas de mujer.

Nunca después pudo aclararse si en el mismo septiembre comenzaron las juntas en que algunos estudiantes desempeñaron funciones directivas, como luego se supo; llama la atención el sigilo que supieron mantener los muchachos conspiradores; hay quienes afirman que las

juntas venían celebrándose con anterioridad y que los comprometidos estaban en antigua relación con los Estrada de Moyahua y con otras gentes de los Cañones; para otros, en cambio, la conjura se formalizó a fines de octubre o principios de noviembre, tomando como indicio que los estudiantes anotados habían hecho preparativos para volver a sus cursos, y hubo algunos —Chencho Martínez, Patricio Ledesma— que hicieron el viaje a Guadalajara, se matricularon y desaparecieron para sumarse al movimiento. Prevalece la convicción de que Pascual Aguilera, Pedro Cervantes y Dimas Gómez fueron los organizadores de las juntas, ayudados por los norteros a quienes el Padre Reyes no pudo sosegar, que luego fueron cabecillas famosos. Lo cierto es que nadie sospechó nada. Nadie. Ni el señor cura; el más afectado por los sucesos.

Las gentes volvieron a entretenerse con el asunto del cometa.

15

¡ Si alguien hubiera ido atando cabos!

Muchos días enfurruñada, María se levantó de buenas una mañana, estuvo jugando con Pedrito a las guerras y Marta le oyó decir:

—«¡Lástima que no estés más grande!» Por temor a disgustarse no quiso entrar en explicaciones con su hermana.

Otra vez María dijo a Marta:

—«¿No te gustaría que Pedrito fuera un hombre del que se hablara mucho, un hombre que hiciera famoso al pueblo? Ya es tiempo que de aquí salga una gente que no deje títere con cabeza.»

Marta pensaba cosa parecida; pero le chocó la última expresión de María, sin saber por qué.

Dimas Gómez fue de los que hablaron en la velada del quince de septiembre y mentó muchas veces la democracia. El director político prefirió no entrar en dificultades y se hizo el desentendido, tanto más que nadie pareció fijarse en el tufillo sedicioso del estudiante.

Pascual Aguilera se ausentó dos veces del pueblo y hubo empeño de su parte afirmando que había ido a ranchar.

Aparentemente fue una coincidencia que don Román Capistrán y un grupo de norteros hicieran juntos el viaje a Guadalajara y México para los días del Centenario, y volvieran con unos señores de Moyahua y Juchipila, que permanecieron varios días en el pueblo antes de continuar su camino.

¿Por qué a nadie sorprendieron las frecuentes visitas, diz que de comerciantes, venidos de Mexxicacán y de Nochistlán, de Jalpa y de Tlaltenango, con pretexto de comprar y vender maíz, ganado, lana? Un Enrique Estrada, de Moyahua. Un Pánfilo Natera.

— Cuando el río suena, agua lleva. —Lucas Macías no sabía decir más en su estilo sibilino, tal vez porque no alcanzaba el secreto de la ominosa cautela. Muchas fueron sus mañas para reanudar con Aguilera sus conversaciones del otro año; parecían habersele olvidado a Pascual, o no tener ya interés en el asunto.

— ¿Qué dice el señor Madero? —Lucas disparó a quemarropa la pregunta. —No te hagas; tú estuviste en San Luis: de allí vienes; para que veas que soy de confianza, ni nunca te volveré a preguntar, ni nunca oirás que ande con indirectas que metan en sospechas a la gente. — Pascual insistió en echar a broma las ocurrencias del viejo; pero éste cumplió su palabra, dejó de aludir al río que suena y divagó sus pláticas por cauces muy distintos: travesuras estudiantiles de otros tiempos, raptos famosos de muchachas lugareñas, historias de tesoros escondidos.

A nadie más se le ocurrió pensar que Pascual hubiera estado en San Luis, con Madero.

16

DON Román Capistrán fue a despedirse del señor cura la víspera de salir a México. El dos de septiembre, para mayor precisión. María salió a recibirlo, porque don Dionisio estaba ocupado.

— Ándele, Mariquita, váyase conmigo a México; nos daremos la gran paseada. De usted depende. Lo que sí le aseguro es que no se arrepentirá.

Campechanería o mala intención, a la muchacha le cogió de sorpresa el desplante; ni había tratado al ex director político —desde que lo cesaron venía pocas veces al pueblo—, ni recordaba lo que pudiera decirse sobre su carácter y modales. (Don Román había dejado de ser figura en el repertorio pueblerino.) Herida, desconcertada, confusa, María echó a correr, hirviéndole la sangre principalmente porque no se le ocurrió contestar; pero también con el daño de las palabras: *ándele... váyase conmigo a México*, que pudieron ser broma pueril; y esto la irritaba más: ¿era una chiquilla babosa para que la trataran así? ¿o quién le había contado al viejo sus rabiosos deseos de escapar? y en tal caso ¿por qué se lo proponía como a una cualquiera, con desvergüenza insultante? ¿en qué concepto la tenía el pueblo y se manifestaba en la procacidad senil del Capistrán? ¿la tendrían infamada como a la pobre Micaela?

El coraje se le recrecía furiosamente. —*¿Cómo no le dije su precio al viejo mentecato? ¿por qué le di el gusto de salir humillada?* Recrecía el oleaje de proyectos vengativos, primero contra el autor del agravio, después contra todo el pueblo, contra todos y cada uno de los inaguantables vecinos, de las odiosas vecinas; contra los muros, contra el horizonte, contra el cielo sofocante, contra todo lo que la tenía presa en este aborrecible rincón del mundo.

Ir a México. Pasear. No arrepentirse. Las palabras también crecían, ensanchábanse con significaciones e intenciones nuevas:

—*Ándele, nos despintaremos para siempre de este agujero... Ándele, quítese esos trapos negros que la envejentan... Ándele, es muy muchacha para que la tengan sepultada en vida, sin que sepa lo que es gozar...*

Estos trajes negros.

— ¡Ándele!

La vida entre una Casa de Ejercicios y un Camposanto.

El chal siempre sobre la cabeza. Viuda virgen. Luto de las mangas hasta las manos, del cuello invisible, de las enaguas que cubren las

opresoras botas altas, negras; las medias de popotillo, rudas, negras. Los fondos largos, rudos.

¿Quién le vengaría el insulto, de hombre a hombre? ¡No cuenta con nadie! ¿Para qué decírselo a su tío? Su tío no quiere comprenderla.

Uno a uno desfilan por su exaltación los recuerdos de algunos varones: Gabriel, Damián, Jacobo, Luis Gonzaga, el estudiante de Teocaltiche... Gabriel, no: ni siquiera sabía su paradero. Damián, tampoco: nunca se fijó en ella y fue necesario su crimen para que se fijara ella en él; Jacobo ¡pobre! no había tenido ninguna noticia suya en todo el año ni la entusiasmaba pensar que vendría en vacaciones: tampoco ella lo había recordado en el año, ni por curiosidad; el estudiante de Teocaltiche ¡chocante!... decididamente no cuenta con alguien que pudiera vengarla, decididamente ningún hombre le ha interesado, ninguno tampoco se ha interesado por ella, triste mujer enlutada, desgraciada mujer insatisfecha, envidiosa, insumisa.

Entonces volvía el desfile de los héroes novelescos, de los héroes periodísticos, que le cautivaron sus primeras ensoñaciones; desfile bruscamente interrumpido por la más inconcebible ocurrencia: don Román Capistrán en verdad no es tipo repugnante, nada tiene de ridículo... al contrario; es atractivo, vigoroso, desenfadado; la buena salud, la buena sangre le asoman por los colores y tersura del cutis; barba poblada, ojos claros, nariz fina, cejas nobles, pelo dócil, boca franca, dentadura luciente y canas que le dan majestad patriarcal; hombre fuerte, habituado al trato de las gentes, fácil de ademanes, contagiosa su risa, pronta su palabra y bien entonada...

María tuvo miedo de seguir esta imagen de su imaginación proterva.

Mas la imagen volvió en sueños desapacibles, y allí se confundía con la imagen de Damián, parejas en atractivos, en masculinidad, en atropellada fuerza sin respetos. Entre ambas ahuyentaron a los sueños, desde la media noche. Cerca de la cama yacían, amenazantes, las ropas largas, las ropas negras de ayer y de mañana.

Marta dormía el sosiego de la resignación.

CADA llegada de correo con los periódicos que reseñaban el esplendor de las fiestas del Centenario y ponían de relieve la fuerza del gobierno, daba ocasión al sentencioso discurrir del minorista Fermín García, que iba de un lado para otro cosechando auditorios y admiraciones: —«Me causa profundo disgusto hablar de política, cosa reñida con mi carácter, con mis Ordenes; empero no está por demás repetir lo que es más claro que la luz del día, para disipar alarmas y temores infundados... Más claro que la luz del día: un gobierno respetado, como lo acreditan las brillantes representaciones del mundo entero que han venido a las fiestas; un ejército que puede compararse con los mejores; una prosperidad y riqueza nacionales que se demuestran en cada acto de los programas cívicos... El Centenario ha venido a ser el más efectivo golpe contra los descontentos... Ya vimos lo que pasó con el reyismo y en lo que ha parado ese señor Madero, hazmerreír de la gente sensata»...

Las réplicas y pullas de Pascual Aguilera y de otros estudiantes eran tomadas como prurito de molestar al remilgoso tonsurado.

El vecindario, por lo común, encontraba irrefutables las verdades «de hecho», que aducía Fermín. Suyo también era este razonamiento:

—«¿Por qué habría de venirse la revolución? Aquí, por ejemplo, en nuestro rumbo: nadie se muere de hambre, todos pueden trabajar libremente, hay seguridad y garantías; el que unos años sean malos, culpa es del temporal, de las plagas; pero no del gobierno. Díganme: ¿quién podría levantarse por estos rumbos? Toda es gente buena, que nada tiene que sentir.»

Ya en semejantes discursos no era tan general el asentimiento; venían a la memoria los nombres de personas a quienes les acababan de quitar sus bienes, víctimas de la usura; las quejas de tantos y tantos que no salen de sus deudas por más que trabajan; los pretextos baladíes usados por el director Dolítico, domingo a domingo, para arrestar a gentes de rancho, luego obligadas a trabajar en beneficio del propio funcionario; y las arbitrarias resoluciones administrativas en materia

judicial; os regalos a fortiori para dueños de tierra, de dinero, de instrumentos de labranza, para el director y os empleados gubernativos de planta o transeúntes; los fraudes solapados en la contratación, y con perjuicio de los más pobres, de los más desvalidos. El Padre Reyes aconsejó al seminarista que cambiara de temas; pero los éxitos alcanzados eran muy halagüeños.

18

JACOBO Ibarra no vino a vacaciones. En el pueblo se sabía que desde principios de año estudiaba en el Liceo y al mismo tiempo trabajaba en el bufete de un abogado.

Sin saber cómo, recibió María un recado del *Espíritu rudo*:

—«Inolvidable María: Si piensas por qué no voy al pueblo, debes también pensar que no lo hago, fiel a mi promesa de triunfar y seguro de ti, aunque respetando tu libertad. J. Ibarra »

La sobrina del señor cura se sorprendió de haberse conmovido y guardó el escrito; pero esto no fue parte a impedir que siguiera representándosele la figura de don Román Capistrán, cada vez que oía contar de las fiestas del Centenario:

—«Allí habrá estado»;

—«Le tocaría oír esto»;

—«Debe haber visto eso.»

Figuraciones contra su voluntad, que llegaban a parecerle odiosas; pero imposibles de reprimir.

Ciertamente pensó en Jacobo con más frecuencia, con mayor deleite.

—Gabriel va a venir pronto — anunció una mañana el señor cura con tono de alegría. Lo que fue para Marta un transporte de júbilo, pareció dejar impassible a María.

19

ANTICIPÁNDOSE a los periódicos llegó la noticia de que don Francisco Madero se había fugado.

Mar de conjeturas: que si escapaba por miedo y para disfrutar de una vida plácida en los Estados Unidos, que si lo reaprehenderían y entonces sí quién sabe lo que le sucediera por andar jugando con fuego, que definitivamente se apartaba de aventuras ilusorias viendo lo imposible de enfrentársele a un gobierno cuya fuerza quedaba demostrada en la celebración del Centenario, que otra vez quedaban colgados los ingenuos antirreeleccionistas, que no: que Madero tenía todo listo para encabezar la revolución con la ayuda de los Estados Unidos, que no: que los Estados Unidos quizá lo aprehendieran si cruzaba la frontera y más si trataba de violar las leyes de neutralidad.

—Y tú, Lucas, ¿qué dices de esto? Hace mucho que no hablas de ese chaparro, blanco él, nervioso y simpaticón.

—¡Eh! yo ya soy más del otro mundo que de éste —y de aquí nadie lo sacaba.

Fue por tales días cuando Pascual Aguilera desapareció la segunda vez.

20

DON Dionisio había puesto fin a sus cavilaciones resolviendo la vuelta de Gabriel. Ésta fue la respuesta del muchacho a la carta del párroco:

—«No voy a negarle que su resolución me dio mucho gusto; pero tengo que hablarle con franqueza para corresponder lo que tanto ha hecho por mí; de otro modo no tendría cara para presentármele ni para seguir recibiendo sus favores; yo bien sé que usted malicia lo que me sucede y me ha venido sucediendo desde antes de salir del pueblo; pero yo tengo que decírselo todo para que sepa la verdad completa. No sé cómo, pues quién sabe si le falte al respeto y le cause una contrariedad que yo no quisiera darle. Nuestro director me manda que lo haga y dominándome la vergüenza, y más el miedo de ofenderlo, tengo que decirle que mientras pasa más el tiempo menos se me borra el recuerdo

de María, que no se me quita del pensamiento y que por más que hago no logro sacarme de la cabeza la idea de que yo pudiera casarme con ella. ¡Perdóneme que tenga que decírselo así, como lo siento, y quién sabe si faltándole! Me lo manda el superior, al que le he contado todo y el que sabe que son buenas intenciones las que yo tengo; él también me dice que va a escribirle para que considere esto. Pero yo tengo que decirle algo más, y es que las tentaciones de aquella mujer que estuvo en casa de los Pérez no hicieron más que descubrirme lo que yo siento por María; fue una locura que yo mismo no acabo de explicarme, y ¿para qué ser hipócrita? que muchas veces después me ha intranquilizado días y noches, como mal pensamiento; pero eso mismo me hace sentir que necesito casarme como Dios manda para de una vez verme libre de aquella mala sombra. Si le digo que ésa es la causa de que aquí en la Escuela de Artes y Oficios de los salesianos, a donde su caridad me mandó, no haya querido estudiar música, ni formar parte de la banda, aunque dicen que tengo mucha disposición, y escogí mejor la imprenta, recordando que a María le gusta leer libros y que la otra mujer me inducía a la música, usted verá que de veras tengo el propósito de arrancarme de la memoria para siempre aquel recuerdo que aborrezco sabiendo el mal que me ha hecho, y entregarme a un afecto bendito. He cumplido con hablarle con franqueza. Usted mandará y yo le obedeceré. ¿No cree que sería mejor esperar? Voy a abusar más: si cree que es debido, si no le parece mal, ¿puedo escribirle a María? Perdone tanto atrevimiento; pero no vea mala intención. Una cosa sí me hace querer irme al pueblo: aquí entre los muchachos, principalmente entre algunos del Norte, hay mucha intranquilidad y conversaciones sobre levantamientos»...

21

POR más que a Lucas Maclas le picaran el flaco lado de la política, salía con unas distancias como éstas:

—Dónde que los levantados esa vez no se llevaron ni una muchacha, por lo que la gente, y más las mujeres, dieron y tomaron en decir que

los revolutos no eran hombres, que serían de los otros. Ji, ji, ji...

—El año de noventinueve sí que hubo muchas juidas, yo creo que por miedo al fin del mundo y que no los hallara solitos, ji, ji; ¿cuántos estudiantes vinieron de vacaciones y no volvieron porque les echaron la coyunda? Pioquinto Lepe, que de Dios goce; Gumersindo Parga, que Dios tenga en su santo reino... y otros que todavía viven, aparte de los de los ranchos; casi no había noche que no hubiera pasos de caballos, ni mañanas que no se supiera de muchachas depositadas o desaparecidas; entonces en el curato eran muy rígidos y obligaban a los juidos a oír sus amonestaciones de rodillas, los brazos en cruz, en mera misa mayor, para que todos los vieran y ése fuera su castigo; por cierto que el suegro de Pioquinto nunca les perdonó, ni quiso reconocer a sus nietos, lo que aquí es pan de todos los días; pero el suegro de Pioquinto, que era muy rico, tuvo tan malas entrañas, que dejó morir en la miseria a su hija y a sus nietos, después que Pioquinto se ahogó sin dejarles en qué caerse muertos; bueno ¿y qué me dicen de tantos que han matado a sus yernos, ya bien casados, pero no perdonándoles que se llevaran a las muchachas? La historia de don Pedro Romo es muy antigua; por eso la cuento, aunque ustedes saben que se repite año con año: ese don Pedro tuvo cinco hijas y tres hijos; lo que las muchachas eran de pretendidas, don Pedro y sus hijos eran de celosos, que no más se vivían bebiéndoles el respiro y cuidándolas, que no hablaran ni vieran a ningún hombre, que no salieran a ninguna parte; dicen que ni a la iglesia las dejaban ir sino bien escoltadas y que ni les cuadraba que se arrimaran al confesonario; apenas maliciaban que alguno se quería resbalar, le sacaban pleito, pistola en mano; si lo volvían a ver, llegaba la sangre al río; no más por la mayor hubo dos muertos: un fulano Quesada, de Teocaltiche, y otro mentado el Pistólo, que decían que don Pedro y sus hijos les harían lo que el aire a Juárez, que se casarían con la muchacha por las buenas o por las malas; claro que las dos mayorcitas se quedaron solteras; pero no faltó quien se arriesgara a brotarle a la menor, de nombre María, y burlando la vigilancia entrara en relaciones y consiguiera que la pidieran; dicen que los Romo se pusieron como energúmenos, que se querían comer al Padre que hizo el pedimento, que buscaron por cielo y tierra al pretendiente, que golpearon a la

muchacha; el novio debía tener metido al diablo, porque consiguió ponerse de acuerdo con la muchacha para salirse, aunque los agarraron camino de Guadalajara; en la balacera quedó muerto el novio y mal heridos don Pedro y su hijo mayor; la muchacha desapareció a los pocos días, mucho se dijo que el mismo don Pedro la había matado y todo el mundo creyó que así era...

— Yo alcancé a ver cómo se acabó la familia del difunto Praxedis Torres. También es historia vieja y muy larga; comenzó en el tiempo de Su Alteza Serenísima. Ustedes habrán oído hablar todavía de eso, que fue terrible; lo más terrible de que yo me acuerdo, en cuestión de muchachas robadas. Sucedió lo de siempre: a Praxedis Torres le pidieron la única hija que tenía; hizo el gran sentimiento; trató por todos los medios que la muchacha desistiera; fue inútil; entonces puso plazo de dos años y condición de que los novios ni se vieran ni se escribieran; llegado el término, alargó el plazo por otros dos años. Claro: la muchacha se fue con el fulano, quedó depositada en el curato de Apozol, se casaron al fin. Cuando Praxedis supo el paradero, sin importarle lo del matrimonio, se fue a buscarlos y sin más ni más mató a su yerno, y dejó abandonada a la muchacha; ésta tuvo en tiempo un hijo. Práxedis nunca quiso oír que le hablaran más del asunto; siempre negó que hubiera tenido una hija; y cuando más no podía la llenaba de los peores insultos. Pasaron los años hasta que se le presentó el nieto, se hicieron de palabras, Praxedis le dijo que su madre era una perdida, y el encuentro acabó como ustedes saben: el nieto mató al abuelo. Así siguió la cadena de muertos entre gentes de la misma familia: un hijo de Práxedis mató a su sobrino, y no contento, anduvo buscando a su hermana; ésta se defendió y mal hirió a su agresor, que al poco tiempo, a resultas de las heridas, se fue al camposanto; un hijo del muerto puso fin a la vida de su tía, tan a traición y tan cobardemente, que un primo hermano de la difunta, que dicen que también la pretendió, tomó a su cargo la venganza, y así fue enredándose la cosa, entre parientes, que no había un año sin que alguno matara a otro de la misma sangre. La rencilla no acabó hasta el ochenta y siete; yo vi los cadáveres de los últimos Torres: don Porfirio y don Eustaquio; eran primos segundos; los dos quedaron muertos cuando se daban de puñaladas...

— Lo que fue una tristeza grande para el pueblo fue cuando se huyó con un estudiante la hermana del Padre Gutiérrez, allá por el noventa y tres; el Padre Gutiérrez era el ministro más antiguo: había durado aquí dieciocho años, había sido muchas veces cura interino, todos lo querían por hospitalario y caritativo; era muy sociable. Su hermana, una buenamoza, seguido estaba de paseo en el pueblo; decían que un novio de Guadalajara la tenía entreteniendo hacía ocho años sin dar traza de casorio; en esto que se hace aquí de relaciones con un Tacho Casillas, que diz que debía varias muertes — primo, por cierto, del difunto Timoteo Limón—, y que desaparecen de la noche a la mañana, con gran escándalo. El pobre Padre Gutiérrez no quiso volver a salir de su casa en muchas semanas, no volvió a visitar a nadie y hasta rehuía que lo saludaran; de vergüenza y de pena se fue enflaqueciendo aprisa; pronto, antes de los seis meses, la vergüenza y la pena lo mataron... Yo no sé cómo puedan algunas mujeres con hombres que han matado...

22

DON Dionisio quedó perplejo con la carta de Gabriel. Hubo momento en que se vio tentado a mostrarla a María, cuyo estado de rareza cada vez era más alarmante y quizá se curara con las leales palabras del muchacho. Tardó en contestar, conviniendo al fin en que Gabriel aplazase la vuelta, sin aludir para nada al asunto que le había planteado.

Cuando regresó don Román, el cura no dejó de extrañarse por los regalos que les trajo a sus sobrinas, pues nunca habían cultivado amistad que los justificara. Después de todo eran regalos devotos: unos rosarios de la Villa de Guadalupe, cuya cruz, al centro, dejaba ver, en el de Marta, la imagen de la Virgen, y en el de María, el exterior de la Colegiata. María, secretamente, recibió un frasco de perfume, que devolvió en seguida con el rosario. Don Román comenzó a asediarla en forma:

— ¡Luego sí es un sinvergüenza! —pensaba enfurecida, mientras la quimera del varón atractivo se desvanecía.

— ¿Cuándo vuelve Gabriel? —Fue una pregunta inesperada, que confundió al anciano tío.

— He pensado... quiero que acabe sus estudios... me parece que es lo mejor.

¡Cuán sola, cuán desamparada se sintió María!

23

—¡Nos quedamos huérfanas! ¿Qué irá a ser de nosotras sin nuestro padre? ¡Se nos va el Santo! — Las Hijas de María más adictas acompañaron la parihuela en que fue transportado, a Guadalajara, el Padre Islas.

Después del ataque había quedado paralítico y rehusaba salir del pueblo. Fue necesario que la Mitra se lo mandase, ofreciendo pagar los gastos de curación en Guadalajara.

— ¿Qué irá a ser del pueblo sin el pararrayo del justo?

Pocos vecinos fueron a despedirse. Faltaron muchas Hijas de María. El ataque había matado la fe popular en la santidad del Padre director. No se recataron expresiones de gusto, miradas de satisfacción por la salida del enfermo. Mas el grupo adicto guardó fidelidad. Treinta mujeres enlutadas que plañían fueron a pie junto a la parihuela, cruzaron el río, caminaron media hora, echáronse al suelo para recibir la postrera bendición y regresaron llorosas. La pública indiferencia las irritaba.

— ¡Se nos fue nuestro Padre! ¿Quién verá por nosotras? ¿Quién nos salvará de peligros? Unos estudiantes —nadie supo quiénes fueron— se lanzaron esa noche por las calles gritando, aullando:

— Aquí andan los lobos, caperucitas negras, ¡huy!... aquí van los lobos...

PROPUESTO a enriquecerse y liquidado el problema de las elecciones, el director político había perdido el celo: ni atendía ni le importaba sino lo que favoreciera sus intereses. Condescendía en todo con los vecinos de relieve social o económico y con los levantiscos que pudieran poner en peligro el sosiego indispensable al desarrollo de sus aspiraciones; lo que con éstos era blando y obsequioso, tenía de duro con los pobres desvalidos. En forma turbia se hizo de un pequeño rancho que prosperaba y crecía con rapidez; antes del año era propietario de doscientas cabezas de ganado; casa, caballerizas, establo, cebadero, camino y cercados eran obra de rancheros puestos presos cuando los domingos venían a misa y al mercado, ya porque no trajeran pantalones, porque hicieran basura, porque dejaran en la calle las acémilas, porque les hallaran cualquier vasija con vino, porque cumplieran alguna necesidad en algún rincón del poblado, porque los placeros discutieran lo que les cobraban por impuesto de piso cada vez más gravoso, hasta porque gritaran fuerte o porque tropezaran con alguien.

Para los días de las fiestas patrias, el director político en persona despojó de sus armas a Rito Becerra, cuando éste iba de regreso a su rancho; en vano alegó que las llevaba para su seguridad personal y que no las había portado dentro del pueblo; como no le valieran razones, llamó abusivo al director y trató de oponerle resistencia; se le echaron encima los policías, golpeándolo, y lo hubieran matado si no intervinieran algunos vecinos; el director hablaba de mandarlo en cuerda, por revolucionario; mas como Rito era mediero y deudor de don Anselmo Toledo, la cosa paró en un mes de trabajos forzados. (Rito Becerra no podrá olvidar entre los gestos compasivos que lo rodearon, el de María, la sobrina del señor cura, que pasaba esa tarde por el sitio del atraco; fue de las que gritaron que lo soltaran, se acomodió a limpiarle la sangre, interesó a su tío y al Padre Reyes para que suavizaran el vengativo enojo del director. Agradecido, Rito Becerra fue a darle las gracias cuando quedó libre, platicaron de las injusticias que

sufren los pobres, de la dureza de la vida, de cómo parecía muerto el sentimiento de hacerse respetar y defenderse valientemente.

—«¡Por gallinas merecemos eso y más!» —había dicho Rito, con amargura—.

«Es necesario que alguien haga punta ¡y no faltará!»

La muchacha se despidió en la puerta del curato con un significativo apretón de manos, y volviéndose a Marta le dijo:

—«¡Lástima que Pedrito no esté en edad!»

¡Cómo me gustaría que él fuera el que hiciera punta, que él viniera a remediar tanta injusticia!»)

El director político estaba ciego: ¿Cómo pudo no advertir que Pascual Aguilera, Dimas Gómez, Pedro Cervantes hablaban con Rito y con todos los que, sin duda, tenían agravios contra la autoridad? Pero Pascual Aguilera se había hecho inseparable de don Román Capistrán, con quien el director no quería meterse para nada.

Una cosa molestaba e inquietaba los planes del funcionario: la oficiosidad del cura y, sobre todo, la del Padre Reyes en favor de los pobres.

—«Con usted me arreglo fácilmente; pero dígle al Padre que no se ande metiendo en asuntos de gobierno» —había dicho a don Dionisio.

El temor de salir perdiendo e indisponerse con el sentimiento popular le aconsejó disimulo.

—¡Lástima que yo no sea hombre! ¡Parece que ya no hay hombres! —fue otra extraña idea que obsesionó a María.

25

LA esperada injusticia. Damián Limón fue condenado no más a seis años de cárcel, diz que por no comprobarse el parricidio y porque mató a Micaela pasionalmente; que no habiéndose hecho diz que la autopsia, el cuerpo de don Timoteo no tenía más que un ligero golpe de caída según las actas levantadas; que mucho le valieron al criminal las

palabras de Micaela puestas también, allí, en el acta, y que siempre salía él con que había estado enamorado de la difunta, que no podía olvidarla... Compendio del comentario popular:

—«¡Puras mentiras para querer disimular la injusticia!»

Y para colmo de la excitación pública siguió a la noticia de la sentencia la de la fuga del reo, camino de la capital, a donde lo llevaban a purgar su condena.

—«¡Qué casualidad que se les haya ido, si casi no hay día que no se sepa de cristianos a los que les aplican la *Ley fuga*, sin deber ningún delito!»

26

EL temor y el amor lidiaban en la clausura de su desesperación las vísperas de adioses y ausencias. Entre todos, los amores vacíos; los amores de las doncellas en inútil espera, las que soñaron con la llegada de septiembre, las que recordaban o imaginaban rostros que vendrían, ojos que las mirarían, pasos que las buscarían, vieron cómo se tomaban amarillos los campos, cómo las noches iban acortándose sin que vinieran pasos tras de sus sombras, ni, en parte alguna, brillara la mirada que soñaron. Calles del pueblo, rutas de la casa a la iglesia, de la iglesia a la casa, vacías para ellas, tristes mujeres enlutadas, tristes mujeres presas. Andan aquí, rebullen, alborotan los estudiantes; pero es como si aquéllas fuesen invisibles para éstos, que pasan de largo junto a los rostros ávidos, a la vera de corazones en esperanzado rebato. Ya son los días de la cabal desilusión. Ya se marchan los estudiantes. Viene ya el Día de Difuntos; reanudará la vida su rutina; tomarán las noches ahogadas, en que se debata la estéril rebeldía de las solteras, el deseo impotente de haber sido siquiera engañadas, la convicción agónica de no haber logrado ni una piadosa mentira, ni el don de precario interés. Nadie supo leerles la cara. Ya no es tiempo de que les adivinen su ansia de amor, su mal disimulado desfallecimiento de vivir en inútil espera. Cada noche de octubre troncha la ilusión. Pero

algunas mantienen sus lámparas encendidas, con el recuerdo de inesperadas declaraciones, la misma víspera del viaje y aún la mañana del regreso.

Este año, la lidia del amor con el temor no halló por obstáculo la sombra del Padre Islas; mas redoblan sus vigiliass los deudos de las doncellas cortejadas. Y esto es pugnar descuidos, rápidas escapatorias, entregas de recados, visajes de aliento. Y esto es crecer afanes, convertir en muerte la llama cordial, desesperarse, llorar, imaginar locuras, chocar contra los muros de inveterada contención. ¡Cuántas no podrán recibir viáticos para el año de inmóvil marcha en el ambulatorio pueblerino! ¡cuántas no conseguirán tender la mano para que la estreche un pulso cálido; ni asomar la oreja por hendiduras, en busca de adioses y promesas; tal vez ni hacer lejano ademán de despedida, o siquiera mirar al que parte!

¡Vísperas de noviembre! ¡Postrimerías de octubre! Agónico resonar de cuitas femeninas en el secreto de los confesonarios, en el secreto salobre de lágrimas batidas por la muerte, por el juicio, por el infierno y por la gloria; náufragas de amor y temor.

27

HABÍA motivos para esperar nuevo escarnio a la justicia con que Damián viniese al pueblo y el director político lo dejara en paz, como a otros delincuentes y prófugos que compraban su inmunidad con dineros o amenazas; el solo temor de que tal cosa sucediera irritó los ánimos e hizo que personas de natural pacífico entraran en compromiso de satisfacer lo que la venalidad seguiría burlando. El director se vio constreñido a declarar:

—«Yo me comprometo a que si ese hombre se atreve a venir, lo llevaré, vivo o muerto, a Guadalajara.»

Damián desafió la ira popular. Damián tuvo la osadía de venir. Llegó la víspera de Difuntos. Anduvo rondando cautelosamente las calles, disfrazado de arriero, la barba crecida. Vio de lejos la iluminada tertulia

de «La Flor de Mayo»; escuchó las voces del coro dirigido por el Padre Reyes, que ensayaba la misa de réquiem; una voz de soprano fue obsesionándolo, atrayéndolo, situándolo en la penumbra del atrio, frente a las rejas del curato. Era voz de muchacho y parecía de mujer. Lo que venía buscando allí estaba: memoria y voces de muerte. *Réquiem aeternam dona eis, Domine*. Desafió a sombras y peligros. Pensaba entrar al camposanto, buscar la tumba de Micaela, pasar la noche junto a la muerta. Lo retenían las voces graves y sopranos: *Dies irae, dies illa*. Una macilenta luz permitía ver, a través de una pieza, el corredor del curato. Hubiera querido entrar, hablar con el señor cura. Pronto serían las diez. Una mujer cruzó el corredor y vino a cerrar la ventana. Damián reconoció a María. ¿No venía buscándola también? Se le había olvidado. A María o a Micaela. *Libera eos de ore leonis, ne absorbeat eas tartarus, ne cadant in obscurum: sed signifer sanctus Michael repraesentet eas in lucem sanctam... libera eas...* Damián traía las manos en las pistolas desde que, al amparo de la oscuridad, entró al pueblo. Se acercó a la ventana, escuchó los pasos de María, quiso tocar. Micaela, María. *Lux perpetua luceat eis*. Dejó pasar el tiempo. ¿Entraría al curato? ¿Se retiraría? Una violenta necesidad de hablar con la inseparable amiga de su víctima fue poseyéndolo. Si tocara la ventana, no le abrirían. Ensayó silbar lánguidamente una canción que Micaela cantaba. Cesaron los pasos. Damián guardó silencio. Sentía que la muchacha estaba cerca, junto a las maderas. No pudo contenerse Damián, a sabiendas del horror que podría despertar.

— María, yo soy. Damián. Damián Limón. Óigame.

Inesperadamente se abrió la ventana.

— ¿No sabe que lo quieren matar?

— Quería saludarla. Es bonito jugarse la vida. Óigame lo que le quiero decir: ahora veo que yo nunca supe... que yo nunca supe...

— Que yo fuera la mujer que hubiera matado.

Las palabras de María lo desconcertaron.

— ¡Quién sabe! No puedo pensar en la difunta sin pensar en usted. ¿Le da miedo?

—No le tengo miedo a la muerte.

— Usted es igual a Micaela. Son la misma mujer. La mujer que nadie podrá dominar.

— ¿Vino a matarme?

— ¡Iguales! ¡No me había equivocado! Ahora tengo la certeza. ¿No le da lástima conmigo? Váyase, no quiero que alguien sepa que me habló. Parece como si me hubiera estado esperando y supiera lo que me iba a decir.

— Pudiera suceder.

— ¿Le gusta el peligro?

— No sé lo que me gusta. Quién sabe si me gustara gritar para que lo agarraran.

— ¿Quién se animaría?

— Eso es lo peor. Nadie.

— Fuera de usted.

— Váyase, pues.

— ¡María! ¡María! ¿Por qué suceden las cosas? Déjeme decirle adiós. No. Mis manos no la pueden tocar. Grite que me agarren. Yo no me defenderé.

— Quiero verlo irse. Váyase.

— Usted es más valiente que yo. Adiós. Ya volveré, cuando no le infunda lástima.

— ¿Lástima? Ni lástima, ni sorpresa, ya lo ha visto. Pero váyase y no vuelva nunca.

— ¿Le da miedo pensar que pueda volver sin ocultarme de nadie?

— Ya no puedo tener paciencia de seguir viéndolo allí. Hágame caso de que se vaya.

— Está bien. Comprendo. Adiós, María.

— Váyase lejos, a donde nadie se acuerde de usted.

— Con tal...

— ¿Me oyó? Ni una palabra más. Adiós.

El hombre obedeció con lentos pasos. La mujer no cerró la ventana sino mucho tiempo después, atenta a los ruidos de la noche. Las

campanas doblaron a las diez, en el momento de las últimas palabras. Terminó el ensayo. Resonó en las calles la dispersión del coro. Ladraron con furia los perros. Poco a poco la calma fue completa. Todavía esperó la mujer. Convencida del sosiego, entornó, al fin, las maderas, cuidadosamente.

28

LÍBRALAS del profundo lago y de las fauces del león... el abismo no se las trague, ni caigan en las tinieblas... el Príncipe San Miguel condúzcalas a la santa luz...

Desde la oscuridad gimieron las campanas en el pueblo de muerte, hasta cerca del medio día, sucediéndose de tres en tres las misas, alternando sus oros las flamas de cirios y velas, los ornamentos y el sol, con la negrura de los paños, con la blancura de las calaveras puestas en los catafalcos. Negrura de los vestidos y palidez de manos y rostros. Brillo de los dientes vivos y de las pupilas, en sonrisas y miradas. Animación en la calle por la solemnidad titular del villorrio. A las ocho, vigilia y misa de tres padres, con responsos. Desde la oscuridad, en las salas de las casas, de todas las casas, arden frente al Santo Cristo las velas que no se apagarán sino hasta consumirse, presidiendo rosarios domésticos en sufragio de los difuntos familiares. Todo el pueblo es nave funeraria por el Jubileo de Animas. Lo será también el camposanto, cuando a las primeras horas de la tarde, bajo el palio del cielo, como todos los años, la Cofradía de la Buena Muerte recorra las calles en pos de las tumbas, y allí celebre su Ejercicio y responsos, entre interminable clamor de campanas y el coro de hombres y mujeres, de ancianos y niños, que canta por el camino:

—«*Salgan, salgan, salgan, Animas, de penas; que el Rosario Santo rompa las cadenas*»...

Desde la oscuridad, en los encuentros de la primera misa, comenzó a correr el rumor de un desconocido que anoche anduvo en las calles, que

lo vieron rondar la casa de don Inocencio Rodríguez, que a eso de las once se perdió por el rumbo del camposanto.

— ¡Cuentos!

— ¿Un aparecido?

A la salida de la misa grande, predominaba la certeza de que Damián Limón había estado en el pueblo: coincidían las señas del desconocido: figura, porte, sitios que recorrió. No pudieron engañarse, alucinarse los que lo vieron. Sus pasos tenían explicación, la tétrica explicación del que anda perseguido por la memoria de sus víctimas.

— ¿No diz que era tan valiente? ¿Cómo no se dejó ver?

Y el director político, fanfarrón, seguro de que el prófugo no volverá:

— Yo no puedo aprehender sombras. Me lo hubieran dicho a tiempo: no se me habría escapado.

Rendida por el esfuerzo a ella misma inverosímil, María no puede soportar el peso de su secreto.

A las tres y media recomenzaron los dobles de campanas, llamando a la procesión organizada por la Cofradía de la Buena Muerte. Acude todo el pueblo. Van los Padres revestidos con suntuosos ornamentos negros bordados en oro, brillantes al espléndido sol de la tarde. Brillan la Cruz alta y los ciriales, en manos de monacillos, que abren el desfile. A los misterios del rosario, cientos de bocas entonan el plañidero coro:

— *Salgan, salgan, salgan, Animas, de penas...* mientras en las orejas de María resuena una voz infernal, insistente:

— ¡Ándele! ¡Ándele!

Cerca del camposanto se produce la confusión; hay murmullos profanos, que van creciendo, que todos quieren alcanzar; los monaguillos detienen el paso y hacen ademán de huir; el Padre Reyes, visiblemente agitado, trata de imponer calma; se demuda también el señor cura; ya es abierto el rumor:

— ¡Que allí está!

— ¡Que allí está!

— ¡Que a ver si no se escapa por atrás, saltando las tapias!

— ¡Que vayan a agarrarlo!

La puerta del camposanto está —de par en par— a menos de cincuenta metros del sitio a donde llegaron la Cruz y los ciriales. Retroceden algunos vecinos, algunas mujeres; pero el grueso de la multitud queda galvanizado. Suena un relincho vibrante. Ya sereno, el señor cura se adelanta, y en vano tratan de contenerlo su sobrina Marta y otras personas; mas él mismo queda inmóvil cuando aparece Damián, en la puerta, tirando a su caballo por la rienda.

El prófugo tiene calma para quitarse el sombrero al ver la procesión. Estupefactos, encolerizados o admirados, los vecinos que prometieron aprehenderlo permanecen inmóviles. Ya ven que se dispone a montar sosegadamente, valientemente.

(En María, la voz: — «¡Ándele! ¡Ándele!», no es ya la repugnante voz de un viejo procaz; ahora es el imperativo que se hace familiar: —«¡Ándale, ándale!») Francisco Limón, al fin, pistola en mano, se lanza contra su hermano; pero más rápida, María (la sobrina del señor cura) se le adelanta, interponiéndosele, desarmándolo. Damián ha montado y, sin sacar la pistola, desaparece por el callejón que da al camino de los Cañones. Hay gritos de:

«¡Asesino! ¡Agárrenlo! ¡No lo dejen ir!»

Carreras extemporáneas y sin sentido. Clementina Limón apostrofa a su hermano:

— «¡Mátala!»; y ella misma se lanza contra María, que luego es defendida por Rito Becerra; se dividen las opiniones:

—Hizo bien. ¿Cómo iba a dejar que se mataran hermano contra hermano?

—Ella fue la culpable de que no lo agarraran.

—Hizo bien. Se hubiera desatado la balacera y hubiera habido muchos muertos.

—Ella es cómplice del criminal.

—Hizo bien en ponerse a favor de un valiente.

A la controversia, luego se añadirá la pregunta:

— ¿Por qué lo haría?

Y la maraña de suposiciones:

- Por admiración al valor de Damián.
- Por evitar la balacera.
- Por evitar el fratricidio.
- Porque ha de estar enamorada del matón.
- Por malvada.
- Siempre he dicho que es una malvada.

Pero María no quiere contestar ni al señor cura, ni a Marta, ni al director político, ni al Padre Reyes; a ninguno de los que le preguntan la causa de su proceder sensacional.

Consternación. Indignación. Tardíos proyectos de actuación. Mutuos reproches y múltiples disculpas. El Ejercicio se suspende. Se cierran las puertas del camposanto.

- ¡Debían ponerla presa!
- Es una malvada.
- Se necesita un escarmiento.
- ¡Haber dejado ir al monstruo, a la vergüenza de la comarca, al parricida, matón de mujeres!
- Haberse venido a burlar de todos.
- Y a ella que la pongan presa: es una malvada.
- ¡Es una malvada!
- Y al Rito Becerra, que la defendió.
- Sí, ése que es un socialista.
- ¡Justicia! ¡Justicia!

El mayor triunfo conseguido hasta entonces por el Padre Reyes fue lograr que las gentes se metieran en sus casas, temprano, y que no hubiera tertulia en «La Flor de Mayo». Enmudecieron las campanas a las ocho y a las diez. La palabra sibilina de Lucas había dicho, sin rodeos:

- Esto le va a costar la vida al señor cura.

Y había sido el argumento decisivo del Padre Reyes:

- ¿Quieren matarlo de una vez? Tuvimos que llevarlo en peso a su cama. ¡El pobre!

FUE necesario el estado de violencia, el estrujamiento de nervios, la rebeldía que persistió en la protagonista, para que sin escrúpulos, o venciéndolos fácilmente, abriera una carta de Gabriel dirigida a su tío.

La mujer que no tuvo miedo en hablar con el feroz asesino y en soliviantar la ira del pueblo; la que no dio muestras de arrepentimiento ni explicaciones; la que arrostró injurias, amenazas, pronósticos de muerte para seres queridos, tiembla, llora, se abate, devorando estas líneas:

—«El silencio de usted en lo de mis pretensiones, que ya van tres cartas que me contesta sin decirme nada del asunto, y no más me dice que aprueba retardar mi viaje, me han quitado las esperanzas de que María pudiera salvarme para siempre. De pronto me arrepentí de haberle sido franco; pero yo no podía volver a la casa sin confesarle mis buenas intenciones y esto de que María no se me quitaba del pensamiento, desde que usted me mandó por acá. Lo primero que se me ocurrió con su silencio, fue ir, de todos modos, y hablarle por lo claro a María para saber lo que yo pudiera esperar. Me detuvo el miedo de hacerle a usted traición o de contrariarlo con riesgo de su salud. He batallado mucho. Al fin me decidí por no ser un judas con usted, y aunque reconozco la contrariedad que le daré, creo que no será igual a que hubiera conseguido el consentimiento de María contra la voluntad de usted, manifestada con su silencio. No le había dicho las muchas veces que la señora Victoria me ha ofrecido ayuda para dedicarme a la música, primero en Guadalajara o en México, y que después he de ir a Europa; que es una lástima que desaproveche las buenas disposiciones que tengo. Yo no sé cómo dio conmigo; me escribió algunas cartas; luego ella misma vino dos veces. No se lo había dicho porque tenía la firme resolución de no hacerle caso, y así se lo manifesté; una cosa, no más, tenía que agradecerle y es que por ella conocí lo que siento por María. Para librarme de la tentación fue por lo que le pedí a usted que siquiera me dejara escribirle a su sobrina. Perdidas las esperanzas, queriendo quitarme de la cabeza mis buenas intenciones que pudieran convertirme en un judas, he caído en la mala tentación; usted sabe mis

luchas contra el demonio de ese mal pensamiento. Acaba de volver la señora y le acepté sus ofrecimientos. He huido de los salesianos, negándome a que ella arreglara las cosas, y hoy mismo me iré a Veracruz, para embarcarme rumbo a España. Es inútil hacerme cambiar. Lo único que siento es la pena que le doy, que siempre sería menos que conseguir que María me correspondiera, contra su gusto de usted. Es malo, ya lo sé. ¡Perdóneme! Y comprenda mis intenciones. Pienso que, a pesar de todo, no podré olvidar a María; por eso echo tierra y mar en medio. ¡Dios le pague todo el bien que hizo a este pobre huérfano, hasta el evitar que por mi causa María no hubiera sido feliz conmigo!»...

Traumatismo de muerte. Sí, esto es probar la muerte o el amor; descubrir en el momento de un relámpago que insatisfacciones, acrimonias, audacias, envidias, locuras, deseos, tristezas, curiosidades morbosas, eran sólo esto que al ser conocido se deshace, como burbuja que mucho tiempo estuvo cerca de nosotros y, al ser vista, se rompe; de repente probar el dulce sabor cuando no lo alcanzaremos en más; el dulce sabor acibarado para siempre, acibarado por el despecho; despecho, amor y muerte mezclan sus venenos en fulminante narcótico, que fosiliza las últimas capas de blandura. (¡Victoria!) No es que le pesara ser honrada; quería ser amada. (¡Gabriel!) ¿Qué puede ya esperar? ¿Qué puede importarle que la pongan presa? Ella misma se entregará.

— No, señorita —contestó el sorprendido director político—, nadie ha pensado detenerla; no hay causa, por más que todos los días venga con eso doña Clementina Limón: ahora, que le voy a decir, no me gustó ni tantito su comportamiento, y menos cuando intervino ese bandido de Rito Becerra, que buenas cuentas tiene con la justicia; váyase y no vuelva a dar que decir.

— ¿Aunque me vaya a la revolución?

— ¡Ji, ji, ji..., ¿cuál revolución?... y menos por estos rumbos; ¿no supo lo que decía el minorista don Fermín? Ándele, ándele, no ande condesas bromas que ni de chiste le caen a una mujer, ¿le gustaría que se lo contara a su señor tío? Ándele, váyase, y no ande hablando con ese bandido de Rito Becerra.

—EL cometa Halley la trastornó— fue la feliz fórmula encontrada por el director político, tras muchas cavilaciones, para sosegar a los que solicitaban la aprehensión de María y para mitigar las tormentosas murmuraciones del pueblo.

Estos fueron los cálculos del funcionario: —«Si la detengo, será para multarla o para mandarla a Guadalajara; los mismos que hablan de aprehensión serán los primeros en poner el grito en el cielo, y lo que menos conviene es un escándalo que llegue a oídos del Gobernador; por eso hay que desechar, de plano, también la idea de imponerle una multa al Cura por violación a las Leyes de Reforma; lo que importa es echarle tierra al asunto, convencer al Gobierno de que se trata de un hecho vulgar, que por más esfuerzos que hice no logré capturar al prófugo, a más que tengo la seguridad de que el Gobierno protege al asesino; y eso sí, aprovechamos la ocasión para barrer hacia dentro y regar nuestra milpita. Ese Rito Becerra tiene todavía unos caballitos y es muy útil para cercar, cuando no pueda tomarle también otra carabina tan buena como la que le decomisé en septiembre. Podemos incriminar a Pascual Aguilera, no más por lebrón; ¿quién puede sacar la cara por él? ni es gente de agallas para hacer llegar chismes al Supremo Gobierno. A Clementina y a Pancho Limón les podremos sacar unas reses, manteniéndoles las esperanzas de justicia. ¡Y tantos pobres que anduvieron en la danza! Es fácil enredarlos para ver qué les sacamos, aunque sea trabajo en favor del municipio, al que ahora le interesa mejorar el camino que pasa por mi ranchito.» El cínico se ríe consigo mismo.

Y así se multiplicaron las arbitrariedades contra pobres y desvalidos; pero hizo fortuna la ocurrencia de atribuir al cometa el extraño comportamiento de María.

LUCAS Macías no se dio punto de reposo hasta que consiguió que le leyeran el Plan de San Luis, algunos de cuyos ejemplares circulaban clandestinamente, con discreción absoluta. No era posible disimular la preocupación del viejo. — «Es que también a mí me ha de haber dañado el cometa» — respondía a los impertinentes.

— ¿Y por qué ya no cuentas ni la historia de la hermana del Padre Gutiérrez, con aquello de que por qué algunas mujeres podrán enamorarse de hombres que han matado a un prójimo o a una prójima?

— Porque como que se me hace más bonita la historia de Judith o la leyenda del hermano que quiso matar a Caín sin resucitar a Abel. ¿Quieren que se las vaya contando?

El viejo seguía con atención el ir y venir de los sucesos bajo sorda serenidad, e iba reuniendo cabos; pero sus opiniones eran impenetrables. Oía, interrogaba, metiéndose a todas partes, formando corrillos, rehusándose a comentar las noticias: que Pascual Aguilera fue detenido con pretexto de no haber comunicado que identificó a Damián cuando subía por el barrio de abajo, tomaba la calle del Fresno y llegaba a San Antonio; que mostrándose benigno, el director político le había dicho que le perdonaba el delito de complicidad, conmutándole la pena por quince días de servicios al municipio: que Aguilera escapó sin volverse a saber de él; que también habían desaparecido Dimas Gómez y Rito Becerra; que los policías habían cateado la casa de Rito, y enojados por no hallarlo la saquearon, se trajeron los animales y pusieron fuego a la casa y la troje; que habían dejado de juntarse los que iban algunas noches a la casa de la viuda de Lucas González; que el Padre Reyes había conseguido juntar muy poco dinero para las fiestas del Doce de Diciembre; que muchos vecinos andaban con armas nuevecitas; que los comerciantes de los Cañones habían traído parque...

Por sí, Lucas había visto muchas cosas: que la viuda de su tocayo González platicaba con María, la sobrina del señor cura; que los últimos domingos habían venido pocas gentes de los ranchos; que había habido necesidad de golpear a los presos para conseguir llevarlos al rancho de la autoridad; que fulano, mengano y perengano se negaron resueltamente a venderle maíz, bueyes o tierras...

Al principio fue un misterio para Lucas la actitud de don Román Capistrán, sus relaciones con ciertos norteños y con los comerciantes que dieron en venir al pueblo, su presencia en las juntas con la viuda, sus pláticas con Aguilera. ¿Expondría sus bienes? ¿También se levantaría para vengar su destitución? ¿O era un ladino que al oler la revoluta le prendía una vela al diablo y otra a San Miguel? Esto le pareció la verdad. Y así era.

¿No sucedería otro tanto con el director político? Era imposible que pudieran escapársele ciertos detalles, por lo menos para ponerlo sobre aviso.

Ni el estallido de la tormenta lo despertó. Amortiguados, como llegan al pueblo todos los ruidos del mundo, vinieron los reportajes de El País acerca del descubrimiento de un complot revolucionario; las noticias eran cautelosas, daban la impresión de referirse a un asunto sin importancia; los vecinos las leyeron como si se tratara de un hecho acaecido en China, en Turquía.

Lucas comprendió el esfuerzo de algunos por ensordecir más el clima regional, desviando los comentarios al incendio del Mercado Corona.

Hacia el 23 de noviembre comenzaron a recibirse los periódicos relativos a los sucesos de Puebla, resistencia de los Serdán y muerte de Aquiles.

Luego ¡la revolución en el Norte! ¡la revolución encabezada por don Francisco I. Madero!

— Pronto el Supremo Gobierno los pondrá en orden. Desde luego por acá nada tenemos que temer. Todo se mantendrá en paz. ¿Qué motivos hay acá para una revolución? —insinuó el director político, tratando de serenar la incipiente alarma de los que procuraban hacerse de provisiones, ocultar bienes, trasladarse a la ciudad.

Pronto llegaron rumores, noticias de consternación: levantamientos en los Cañones, más acá de Moyahua, y partiditas en el rumbo de Cuquío, y asaltos en el camino de Nochistlán.

— ¡Se levantó Rito Becerra!

— ¡Pascual Aguilera se fue con los Estradas de Moyahua!

— ¡Que ahí viene Rito Becerra!

— ¡Que Rito Becerra trae más de doscientos hombres!
— ¡Estamos al filo del agua!
— ¡Que viene la gente de Rito Becerra!
— ¡Eh! yo ya soy más del otro mundo que de éste; mi corazón me avisa que voy a morirme apenas en el filo del agua; pero ésta sí va a ser tormenta, les anuncio.

Fue cierto. Una mañana, Lucas mandó pedir confesión; tenía un dolor en el pecho que se le extendía por todo el brazo izquierdo; apenas lo alcanzó el señor cura:

— ¡Estamos en el filo del agua! Usted cuídese: pase lo que pase, no se aflija, señor cura, será una buena tormenta y a usted le darán los primeros granizazos: ¡hágase fuerte! —y luego, como en sueños, como en delirios—: un blanco, chaparro él, diz que loco... muchachos y locos dicen verdades... hágase fuerte.

Fueron las últimas palabras de Lucas, cortadas por un síncope. Acababa con él un capítulo de la historia local. Ese día se supo que los maderistas habían entrado a Moyahua.

32

POR si las moscas y ante la evidencia de que se aproximaba la gente de Rito Becerra con cientos de peones de las haciendas de Cuquío que se le habían unido, el director político abandonó el pueblo con pretexto de recibir instrucciones y traer refuerzo para dar garantías a la comarca. —«¿Con qué elementos podemos ahora hacerles frente si vienen? Ustedes verán lo que hacen, por de pronto, mientras vuelvo.»

Esquilmó precipitadamente lo que pudo, y se fue. Ya no pudieron encontrarlo Rito Becerra y sus gentes, que venían tras él ganosos de pagarse agravios.

—Ora sí ahí vienen.

Era poco después del medio día. Portazos de las tiendas. Carreras en pánico. Unas descargas lejanas. Plegarias a grito herido. Silencio.

Un silencio en que se presienten —más que oírse— llantos convulsos, frases incoordinadas de varones, ir y venir por las alcobas, trepidación de corazones, atragantamiento de bocas secas y preguntas desesperadas:

—«Dónde se habrá metido fulano, zutano, perengano»... los deudos faltantes en el más apartado rincón que sirve a la familia de refugio colectivo. Un silencio en que se adivina el ruido de monedas no escondidas, de monturas a rastras que se quiere poner a salvo de codicias; el relincho de bestias que se trata de ocultar.

—«¿Alcanzaría Pedro a cerrar la tienda?»

— «¿Agarrarían a Juan en el camino del rancho?»

—«¿Se habrá quedado Francisco en la casa de los Toledo?»...

Algunos valientes que no corrieron, alcanzaron a ver coronadas de gente las alturas del Camposanto y la Casa de Ejercicios. Pronto se oyeron tiros, tropel de caballos y gritos estentóreos de «¡Viva Madero!»; pronto bajaron voces extrañas de la torre parroquial y en seguida un repique desbarajustado, cuyos timbres de victoria escandalizaban a los cristianos y azuzaban el miedo.

No era tanto el miedo a Rito Becerra, sino el pavor de creer que vendría Damián Limón a cobrarse malas voluntades.

El enclaustrado pánico ascendió cuando comenzaron los golpazos contra las puertas y gritos remotos o cercanos de —«¡Abran o les tumbamos la puerta!»; golpes de culatazos, de pezuñazos, de machetazos; gritos de júbilo y amenaza, canciones desenfrenadas.

Los oídos atentos pudieron escuchar en la calle la voz del Padre Reyes; luego —también— la del señor cura, mediadores entre las demandas de los levantados y la renuencia de los pudientes a quienes algo se les exigía: cooperación en el préstamo forzoso, devolución de bienes mal habidos, de intereses usurarios cobrados a la fuerza, requisa de armas y caballos, de monturas y víveres.

Llegaban las trémulas noticias al rincón de las casas: —«Que ya tienen presos a los Toledos, a los Rodríguez, a los Limones, y que no los van a soltar hasta que se junte todo el préstamo... que piden diez mil pesos... que ya están sacando el maíz del diezmo... que a Pedro Torres le

quitaron todas las piezas de manta que tenía... que no se conforman con tres mil pesos que ofrece juntarles el señor cura... que anda con ellos — ¡dónde no!— la viuda de Lucas González y otros vecinos que parecían la mera verdad... que viene con ellos Pascual Aguilera... que no, que no viene Damián... que Damián se fue derecho a Chihuahua, que anda con Pascual Orozco... no, que anda con los pronunciados de los Cañones... que los peones de las haciendas de Cuquío son los más bravos... que piden saqueo general... que abrieron la tienda de Pablo Encarnación y la dejaron vacía... que las banquetas están regadas de azúcar, de arroz, de frijol, de maíz... que se quieren llevar a don Refugio el boticario... que quieren que se vaya con ellos el Padre Reyes... que le abrieron la panadería a Leónides Islas... que dicen que si no hay mujeres... que qué se hicieron tantas mujeres»...

Ya oscurece. Ya están a punto de desmayo las célibes, en sus precarios escondites.

— ¿No se sabe que hayan robado muchachas? —congoja de madres, impotente agonía de padres de familia que tanto han celado a sus hijas; rabiosa expectación de los hermanos, de los pretendientes, que luchan contra el pensamiento de la deshonra y el horror a la muerte.

—Si estuviera el Padre director aquí, no habría por qué asustarnos. ¡La muerte: preferible la muerte que la deshonra! —se desboca la sangre bajo los fríos cuerpos enlutados.

— ¿Respetarán la medalla de la Virgen? Por lo menos la respetarán. Bajarían San Miguel y sus ángeles para obligarlos al respeto — inocentes arbitrios de las Hijas de María Inmaculada.

Foscura de las casas y del cielo. Ya las altas Cruces de las fachadas han sido envueltas por la sombra. Ya brillan las estrellas. Noche total, espeluznante, sin que cesen gritos, descargas, risotadas, canciones, antes en aumento.

— Que ya lograron sacar guitarras y que traen obligados a los que sepan tocar algún instrumento... que todos andan ya muy borrachos... que le rompieron el violín en la cabeza a Gertrudis Sánchez... que bailaron en la mandolina de Patricio Gutiérrez... que a pesar de la prohibición de Rito, andan borrachos... que traen a muchos vecinos principales encendiendo los faroles de las esquinas...

— ¿No se ha sabido de alguna muchacha robada? —la pregunta obsesionante.

— ¡Qué falta para que comiencen a sacárselas! Andan todos borrachos. Ninguno quiere respetar a Rito ni a Pascual.

— Andará Damián.

— Dicen que no; pero quién sabe.

— ¡Qué falta para que comiencen a sacárselas de las casas!

— Damián.

— Damián.

— ¡Damián Limón!

— Dicen todos que no anda, no, que no vino, que se fue con Pascual Orozco.

— ¿Ya saben que muchas mujeres andan con los maderistas, carabina en mano, las cartucheras cruzadas en el pecho?

Puertas y ventanas no dejan escapar ninguna luz. Nadie ha encendido en las casas ni un cerillo. Salas, corredores, alcobas, cocinas en tinieblas, en absolutas tinieblas. Lloran los niños. Por modo tan incontenible y creciente, que sus llantos rompen la clausura, suben a las azoteas, caen a la calle, redoblan el espeluzno de la noche, atropellados por carreras, gritos, canciones, músicas desacordadas.

Ya serán las nueve o las doce —¡quién sabe!—, no se han dormido los niños; han despertado los perros, todos los perros, cuyos ladridos dominan el infernal rumor; los niños quieren pan, quieren leche, quieren sueño. Aumentan los estampidos de las detonaciones remotas o cercanas. Crece el aullar de perros. A cada tiro —toda la tarde, toda la noche— se baja la sangre a los talones.

—¿Matarían a alguien?

Recomienza el fervor de los rezos comprimidos en la sofocación de las alcobas.

—No recen tan recio. Que no se oiga.

—No, no prendas las velas benditas. Con la intención basta.

— Belén, tapa bien ese cirio, que no salga la luz.

Rezos interminables en la interminable tarde, durante la interminable noche.

— Que ya le sacaron al señor cura la cometa del día del juicio que tocan en los Ejercicios...

Que ya completaron el préstamo y cargaron con todas las recuas de los mesones, para llevar los víveres...

— Ahora es el mayor peligro de las muchachas.

—Que ya se van...

— Ahora es el peligro mayor...

¿Quién podrá escapar a tan continuos choques encontrados, a excitaciones y sobresaltos que no tienen fin?

Ya se oye una corneta destemplada que imita toques militares, tan raramente oídos en el pueblo. Cesan los tiros. Van cesando en los barrios el paso de cabalgaduras y la gritería.

— Ahí van.

— Ya se fueron. Tomaron el rumbo de Nochistlán.

— Allí sí que va a ser el día del juicio.

— ¿No: y aquí? ¿Se te hizo poco?

—No mataron a nadie. No se llevaron a nadie.

Transcurrido el tiempo, la renuente vigilia en azoro tiene su final estremecimiento:

— ¡ Se llevaron a María, la sobrina del señor cura!

— ¡Cómo!

— ¡ Sí, que no la hallan por ninguna parte!

A los primeros rumores, a la noticia categórica, sigue la ominosa versión y las airadas

— ¿Que se fue por su voluntad!

— ¡Sí, que estaba de acuerdo con los maderistas!

— ¡Que se fueron ella y la viuda de Lucas González!

— ¡Cómo!

—Sí, ¡las dos! iban en unos caballos que le robaron a don Anselmo Toledo.

—Yo siempre pensé que en eso pararía.

—Yo siempre dije que no era gente buena, desde que se juntaba tanto con Micaela.

— Yo siempre anuncié que había de acabar en perdida.

—Leía libros prohibidos.

—Era muy rara.

—Tenía un modo de hablar, de ver.

— ¡Malvada!

— ¡ A fe que su hermana!

— ¿Cómo estará la pobre hermana?

— ¿ Y el señor cura?

— De ésta sí que no sale.

— ¿Conque con la viuda de Lucas González? ¡Par de perdidas!

— Que la vieron salir de esa casa, en las juntas mentadas.

— Yo, yo la vi hablar muchas veces con la viuda.

— Yo la vi salir varias noches en junta con el Rito, con el Pascual, con otros pelados norteños.

— Irá en busca de Damián.

— ¡Cómo ese día del camposanto no la mandaron en cuerda! ¡Ese mismo día!

—Lo que yo dije. ¡Malvada!

— ¡Qué vergüenza!

— ¡Por quien lo siento es por el señor cura: de ésta sí que no sale con vida!

— ¡Qué afrenta para todo el pueblo!

— Y Marta ¿qué irá a hacer? La compadezco.

—No le queda más que irse del pueblo.

—No asomarse a la calle en los días de su vida.

—No dar a nadie ni los buenos días.

— Pero ella qué culpa tiene.

— Yo la vi hablar de noche con el Aguilera, sentados en una pila de la plaza.

— Yo no quise decir antes lo de las juntas por no comprometerme.

— Yo no dije lo de la amistad con la viuda por no escandalizar.

— ¡Qué afrenta para el señor cura! Lo va a matar la pena.

— ¡De ésta sí que no sale, tan viejito y enfermo, tan acabado!

— ¡Esa fue la Judas!

— Diz que por ella corrieron a Gabriel.

— Por ella corrieron a Gabriel. ¡Malvada!

— Por ella corrieron a Gabriel. ¡Perdida!

— ¡Yo la desbarataría si cayera en mis manos!

— ¿Qué hará Gabriel cuando lo sepa?

— ¡Qué vergüenza para todo el pueblo! ¡Irse de revolucionaria!

— ¡Malvada!

— ¡En perdida tenía que parar!

Así los comentarios toda la noche, todo el día, todos los días siguientes, implacables, machuca que has de machucar. Interminables. Las voraces glosas de hombres y mujeres, alimentándose de rencor.

La noche y el día y las semanas que vendrán. Despellejando la memoria de la fugitiva. En las alcobas, en las puertas, en las tiendas, en la plaza, en el atrio, en las calles, en los caminos, en las sementeras. Empecinadamente.

— ¡Diz que dañada por el cometa!

— ¡Perdida!

— Dicen que anduvo diciendo que cómo no era hombre para poner remedio a las injusticias.

— ¡Pretextos de perdida!

— Micaela supo hacerlo mejor, prefiriendo que la mataran a dejarse robar.

—Y ésta no se contentó con irse con uno, sino con una chusma. ¡Dónde se había visto!

— Por su culpa corrieron a Gabriel.

— Que al irse, también gritaba «¡Viva Madero!» como borracha, y que se iba a pelear por la justicia de los pobres; que llevaba cananas y carabina; que se quitó el vestido negro.

— Ya tenían prevenidos, ella y la viuda, unos vestidos de color. ¡Sinvergüenzas!

— ¡ Siempre fue chocante y voluntariosa! Como que no cabía en el pueblo. —La cabra tira al monte. Ya toda la tropa habrá pasado sobre ella.

Las bocas de los niños torcían también el tema:

— Que la sobrina del señor cura se fue con muchos hombres.

33

—COMO todos los días —ésta fue la terminante respuesta que dio el señor cura al sacristán, que se atrevió a entrar para preguntarle si celebraría la primera misa, dentro de pocas horas, cuando la noche —la funesta noche— terminara. El sacristán pretendió llevar su oficiosidad a términos de solicitud cariñosa para inducirlo al reposo, para pedirle que no se levantara temprano; al menos, preguntarle si algo se le ofrecía; parte, por sincera compasión; parte, por morbosa curiosidad. Una mirada inapelable y el principio de violento ademán cortaron al impertinente, que hubo de retirarse olvidando hasta las «buenas noches».

No. Nadie metería su sadismo en la llaga del ejecutado. Convicto de la infamia pudo sobreponerse al aniquilamiento; dio por acabada la búsqueda delirante y vino a encerrarse sin aceptar que ni el Padre Reyes lo acompañara; vino como un hombre que trae puñales clavados y se esfuerza en vencer el vértigo, en acallar los alaridos de la carne, la rebeldía del corazón. Fatigas y zozobras del día, o el tiro final en la chapa de sus afectos humanos, no lo derrumbaron cuando alcanzó el asilo de su cuarto; sólo el desbaratamiento de pecho y ojos, que no pudieron más contener sollozos y lágrimas, alteró el sosiego un

momento, los momentos inmediatos al entrar, echarse de rodillas en el suelo y comenzar los salmos de la desolación.

Postrado, inmóvil, quedó una hora. De su mortal inercia vino a sacarlo el sacristán, para en seguida tomar al huerto miserando: *transfer calicem... transfer calicem... verum tomen non mea voluntas... omnia tibi posibilia... transfer calicem... sed non quod ego volo...* Con la oración luchaban las imágenes del mundo, las ternuras de la tierra, el dolor de la infamia, el porvenir punzante. María pequeña, María consentida, María precoz, ya impaciente, preguntona. Quemaban con lumbré de infierno los recuerdos de filiales halagos, caricias y zalamerías. Luego la hosca figura de Gabriel, zumbido de campanas, Gabriel huido del colegio, robado por aquella mujer. A ninguno pudo defender. No pudo defender a Luis Gonzaga, ni a Mercedes Toledo, ni a Micaela Rodríguez, ni a Rito Becerra, ni al Padre Islas, ni a la viuda de Lucas, ni a don Timoteo, ni a Damián. ¡Miserable pastor que se ha dejado robar las ovejas! ¡Miserable pastor que ha dejado rodar las canicas y no ha podido enderezarles el camino! Año con año se frustran más y más vocaciones de jóvenes que habrían de trabajar la viña del Señor. Con más horrendo escándalo ha ido a la perdición, creciente número de doncellas. Aquello que más deseó, aquello por lo que más trabajó, es lo primero que arrastra la furia adversa. Muchas veces lo halagó pensar que trabajaba bien: Dios castiga su soberbia con derrota espantosa, hiriéndole la más vulnerable afección. Por siempre será ludibrio de sus fieles: ni a la oveja que traía contra el pecho pudo salvar, antes la perdió con mayor escarnio.

Largo rato hace —una, dos horas— que se apagó la luz dentro de la bombilla. Es el reinado de las tinieblas. Toda oración es arrollada por imágenes de amargura: su estéril celo por la pureza, su casa para ejercicios espirituales, los largos años inútiles de severidad contraproducente. ¡Si hubiera dejado que la ternura se le derramara! Ya es insoportable la fatiga de sus piernas, le tiemblan las manos, las rodillas; debe recostarse. No. No. Aunque lo cubra frío sudor. Debe castigar la inutilidad, el fracaso de su vida.

La lámpara sin luz trae como en sueño el recuerdo de Marta, solícita en mantener viva la flama, otras noches, otros días. Blanda figura

olvidada en el egoísmo del martirio. Ella tampoco dormirá, tampoco ha venido a buscar consolación, a dar consolación, a imponer el suave imperio de sus cuidados. No dormirá, entregada a igual suplicio. Desapareció cuando se impuso la realidad brutal. En huerto de amargura no dormirá. Cómo habría de venir, aún más salvajemente herida. El es quien debe buscarla, mimarla, reanimarla, confortarla.

Calambres. Irresistibles. Victoriosos contra toda oposición del ánimo. El cura se derrumba sin sentido en el pavimento.

El romper de la campana lo incorpora. ¿Qué soñó una vez? Todo ha sido pesadilla. Brutal. Realidad brutal. Mano desfalleciente busca la disciplina y, como todos los días, comienza la flagelación.

¡Justicia! Justicia contra el remiso. Los azotes en las cansadas carnes no ahuyentan el retorno de las emociones vividas ayer, de las crueles emociones padecidas, que ya nunca cicatrizarán. Rito Becerra trató de convencerlo acerca de la justicia revolucionaria. Dislates, desatinos le parecieron aquellos intentos de justificación: ¿cómo pueden ser jamás justos el robo, los asesinatos, las depredaciones? Mas él mismo ¿no ha predicado que las calamidades deben aceptarse como azotes de la justicia divina? ¿Por qué no ha de ser la revolución el instrumento de que se sirva la Providencia para realizar el ideal de justicia y pureza, inútilmente perseguido por este decrépito cura?

Un vivo dolor no causado por el flagelo hace que cesen los azotes. ¡Cuan duro y difícil aceptar esta desgracia —que pone fin a la vida, que hace inútiles los esfuerzos ¡tantos! de toda una larga vida— como gusto de Dios! ¡cuán duro pensar, decir: «Bendita seas, María, bendita sea tu perdición!...» La segunda llamada salvó de sus propios pensamientos al anciano; como no se había desvestido en la noche, salió luego de su cuarto, llegó a la sacristía; pero no tuvo fuerzas para ir al confesonario, como todas las mañanas.

Pese al insomnio, a los terrores, a la inseguridad, el templo estaba lleno como si fuese domingo ese día. Llegaban a los oídos del cura las toses y el murmullo; era como si lo esperasen mil ávidas fauces que prolongarían el martirio, como el rumor de multitud pagana en el circo. ¡Sus fieles! ¡La curiosidad mortificante de su feligresía! ¡Qué vergüenza!

Con aparente calma termina de revestirse casulla y manípulo. Al comenzar la última llamada toma el cáliz con decisión y avanza; sube rígidamente al presbiterio; calmadamente, mecánicamente coloca el corporal, se dirige al atril y abre las hojas del misal, desciende la grada erguidamente y, con la misma voz de todos los días, prorrumpe: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritu Sancti. Amen.* Calmadamente, devotamente junta las manos delante del pecho. Como todos los días.

Introibo ad altare Dei...

Un sollozo ahogado de mujer en el expectante silencio de la nave. Marta. Quizás Marta. El cura domina sus reflejos; pero mecánicamente repite las palabras que acaba de decir el sacristán:

Ad Deum qui laetificat juventutem meam...

¡La alegría de su juventud! Ola de amargura baña la garganta del anciano. Desfallece. ¡Su juventud! Alterado el orden, hay una breve interrupción. El celebrante se sobrepone y anuda el hilo del oficio. Como todos los días, hace treinta y cuatro años. Las manos cadavéricas temblándole junto al pecho. ¿Alcanzará a consumir este cáliz de hoy? ¿podrá vencer el vértigo que lo derrumba, la caída que todos esperan con sádico silencio?

Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta: ab nomine iniquo et doloso erue me...

Y de nuevo la obsesión de romper el orden para decir las palabras que tantas veces oyó en labios de Gabriel:

Ad Deum qui laetificat juventutem meam...

San Miguel Chapultepec, 24 de febrero de 1945



AGUSTÍN YAÑEZ nació en Guadalajara en 1904 y murió en 1980. Narrador y ensayista mexicano, figura clave en el desarrollo de la narrativa nacional, sobre todo por *Al filo del agua*, novela que marcó un antes y un después.

Realizó estudios en Guadalajara, su ciudad natal. Posteriormente viajó a la capital del país para ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma. Participó activamente en política y desempeñó importantes puestos públicos, entre ellos gobernador de Jalisco entre 1953 y 1959 y secretario de Educación Pública de 1964 a 1970. Este último cargo le permitió realizar valiosas reformas en el sistema educativo mexicano.

Su obra está compuesta por novelas, cuentos, ensayos y crítica literaria. Entre sus libros más conocidos se encuentran *Al filo del agua* (1947), *La tierra pródiga* (1960), *Las tierras flacas* (1962), *Ojerosa y pintada* (1960), *Tres cuentos* (1964) y *Las vueltas del tiempo* (1975).

En 1973 fue galardonado con el Premio Nacional de Letras. Tanto sus novelas como sus relatos se inscriben dentro de la gran corriente realista que caracterizó a la narrativa mexicana a finales del siglo XIX y principios del XX y que incluye a figuras como José Tomás de Cuéllar, M. Payno, Heriberto Frías y M. Azuela.

Sin embargo, Yáñez supo enriquecer esta corriente al integrar muchos de los recursos técnicos y estilísticos de la vanguardia europea y estadounidense de su época. Produjo así una obra tradicional e innovadora a la vez, cuya original prosa pone de manifiesto la búsqueda

de nuevas posibilidades expresivas. Al filo del agua está considerada, junto a *Pedro Páramo* de J. Rulfo y *Los de abajo* de Mariano Azuela, una de las mejores novelas mexicanas del siglo XX.

Índice

Acto Preparatorio 6

Aquella Noche 12

1 12

2 15

3 17

4 21

Ejercicios De Encierro 25

1 25

2 27

3 28

4 31

5 32

6 34

7 39

Marta Y María 41

1 41

2 42

3 44

Los Días Santos 47

1 47

2 52

3 52

4 54

5 62

El Viejo Lucas Macías 70

1 70

2 72

3 78

Pascua 81

1 81

2 81

3 82

4 83

5 83

6 84

Los Norteños 85

1 85

2 86

3 88

Canicas 91

1 91

2 92

3 92

4 93

5 94

6 94

7 95

8 95

9 96

10 97

11 97

12 98

Victoria Y Gabriel 99

1 99

2 101

3 102

4 103

El Día De La Santa Cruz 109

1 109

2 112

3 113

4 115

5 118

6 120

El Padre Director 121

1 121

2 123

3 123

4 126

5 127

6 129

7 129

8 129

Ascensión 132

1 132

2 133

3 134

4 136

5 137

6 138

La Desgracia De Damián Limón 140

1 140

2 140

3 141

4 141

5 143

6 143

7 145

8 147

9 152

10 153

11 153

12 154

Estudiantes Y Ausentes 155

1 155

2 155

3 156

4 158

5 158

6 159

7 160

8 161

9 162

10 162

11 163

12 166

13 167

14 167

15 167

Pedrito 169

1 169

2 169

3 170

4 171

5 172

6 172

7 174

8 175

9 176

El Cometa Halley 177

1 177

2 178

3 179

4 180

5 181

6 182

7 185

8 186

9 186

10 187

11 187

12 189

13 190

14 191

15 192

16 192

17 194

18 194

19 195

20 195

21 196

22 197

23 198

24 198

25 199

26 200

27 200

28 202

29 204

30 205

31 206

32 207

33 212